Kris L. Jordan

SEMPITERNO

Sempiterno

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Sempiterno.
©Kris L. Jordan, marzo 2023.
Twitter: @Kris_L_Jordan
Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com
www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan
Página web: http://kris-l-jordan.webnode.es/
Instagram: @kris.l.jordan
Corrección: Carolina Ramos.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Le dedico este libro a todas esas personas que luchan contra una enfermedad mental y a sus familiares. Mucha fuerza.

Me pregunto si las estrellas se iluminan con el fin de que, algún día, cada uno pueda encontrar la suya.
El Principito

Nota autor
y agradecimientos:

Quiero daros las gracias de forma especial a quienes habéis participado de una manera u otra en todo el proceso que ha llevado esta novela.

A las lectoras beta: Noelia, Vanessa y, en especial, a Mónica, que ha tenido la paciencia de releer el libro varias veces.

A Carol, por su profesional corrección.

A Marien, por su magnífico trabajo de maquetación y portada.

A Mirian, por el dibujo de esa maravillosa portada en la que ella aparece junto a Álvaro, Alejandro, Pablo, Iván, Kacper. No olvidaré esa tarde en el Parque Europa.

A Ana, mi cuñada, por su dibujo del hanbok. Necesitaba que fuera más visual y ella lo hizo posible.

Pero mi mención especial es para Inés, mi amiga gallega, esa con la que paso horas y horas hablando, a la que le cuento todo y la que le dio nombre a uno de los personajes más bonitos que he creado. Esa niña es mi Inés, mi alma gemela.

He querido incluir un cuento, he dibujado con cariño las páginas de esa pequeña historia que ayuda a Inés a superar un golpe muy duro. He disfrutado creando, imaginando y plasmando cada viñeta.

Este libro ha sido uno de los más costosos, no por la necesidad de buscar información —no he tenido que investigar, pues me he movido dentro de mi mundo, de mi lugar, de mi ciudad— ni por la trama, que también he llevado a mi terreno. Por distintos motivos, ha sido complicado desde el principio, tanto su escritura como el resto del proceso que lo ha llevado hasta la imprenta. Pero al final lo he conseguido, y aquí está, en tus manos.

Quizá esta sea mi última publicación. Digo «quizá» porque nunca se sabe lo que la vida te puede traer, y de eso, créeme, sé mucho por experiencia. Lo único que tengo claro es que, de momento, me despido de las letras, de las horas tecleando frente al ordenador y de este maravilloso mundo que tantas penas y alegrías me ha dado. No me despido con pena, lo hago con la alegría de haber disfrutado a tope, de haber tenido la oportunidad de vivir presentaciones, viajes, ferias, de conocer a gente maravillosa, amigas que a pesar del tiempo han permanecido a mi lado. Otras se bajaron de mi autobús hace ya tiempo, pero no les guardo rencor, seguro que tomaron mejores caminos; quizá ahora viajan en auto y no en bus.

Querido lector, me despido de ti con una gran sonrisa y con esta novela tan mía, tan íntima, tan llena de vivencias, de dolor, de alegría y, sobre todo, de amistad. Con este libro te digo hasta pronto, porque el adiós es triste.

Antes de irme, quiero darles las gracias a todos esos amigos que siguen y seguirán a mi lado, a esos que me lo pusieron fácil. Y a los que me pusieron la zancadilla solo les deseo lo mejor; no soy rencorosa.

Espero que saques una lección de esta historia, que te ayude a creer que es posible encontrar la felicidad y superar todas las trabas que la vida nos pone en el camino. Y, de nuevo, te hablo desde la experiencia: se puede, siempre se puede. Aunque sea duro, aunque creas que ya no tienes fuerzas, se puede.

Por último, por última vez, escribo esa dedicatoria que aparece en todas y cada una de mis novelas y que creo que representa mucho mi forma de pensar, de ser:

Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas. Por favor, recuérdalas, recuérdame.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

Prólogo

—Shhh, shhh, no llores más. —La tomó entre sus brazos y la acunó con cariño.

—*Quiego* que vuelvan —susurró Inés entre hipidos.

—Lo sé, lo sé. —Con paso seguro, la llevó hasta la ventana—. Mira —le dijo tras secar sus regordetas mejillas—. Mira qué bonito está el cielo. Mira cómo brilla esa estrella.

—¿Esa? —La pequeña la señaló, era una de las más bonitas.

—Sí, esa. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Síííí —respondió, entusiasmada.

—Pero solo lo haré si dejas de llorar.

Inés asintió con efusividad. Le encantaban los cuentos, sobre todo los que él narraba, porque ponía las voces de los personajes e interpretaba las escenas, y entonces Inés podía vivirlos, como si se metiera dentro de la historia.

Él tomó una silla, la acercó a la ventana y sentó a Inés sobre sus rodillas. Ambos contemplaron el cielo, en particular, esa estrella que resaltaba sobre todas las demás. Con voz suave, comenzó a narrar el cuento que había creado para que una niña tan pequeña como Inés entendiera lo que era perder a alguien para siempre:

Mamá Estrella

Había una vez una niña que cada noche contemplaba una estrella, la más bonita, la que más brillaba. Como no tenía mamá, también cada noche le pedía al cielo que le bajara la estrella para que cuidase de ella.

—¿Y *pog* qué no tenía mamá? ¿Y dónde vivía? —lo interrogó Inés.

—¿Recuerdas cuando te conté lo que era un orfanato?

—Sí, un sitio donde viven niños que no tienen ni mamá ni papá. El sitio donde *Laga* y yo…

—¡No! —La interrumpió con tanta brusquedad que Inés pegó un bote. Intentó tranquilizarse, estaba asustándola; así que le sonrió y acarició su cabello. ¿Cómo una cría tan pequeña podía intuir algo así? —. Jamás lo hubiera permitido. —Carraspeó para deshacerse del nudo

que tenía en la garganta, que llegados a ese punto se le había instalado fuerte y apretado—. «Esa niña vivía en un orfanato» —continuó con la historia intentando obviar el dolor que oprimía su corazón.

—¿Qué le pasó a su mamá?

—No tenía —improvisó. No había tenido en cuenta, cuando creó la historia, las preguntas que Inés le lanzaría. Era demasiado espabilada, muy lista, y estaba en la época de plantear cientos de interrogantes.

—*Pego* entonces…

—¿Quieres que siga con la historia de Estrella? —le replicó con nerviosismo. En ese momento no se le ocurría ninguna excusa, tenía que salir del paso como fuera.

—*Clago* —contestó, nada convencida, pero tenía tantas ganas de escuchar el cuento que se conformó.

—Pues deja de hacer tantas preguntas. —Pellizcó su nariz respingona. Estaba satisfecho, había conseguido que Inés olvidase lo que la había despertado, lo que la había hecho llorar. La pequeña estaba totalmente atenta al cuento.

Una noche, el cielo le concedió su deseo y Estrella bajó a la Tierra transformada en una mamá. La niña, feliz, se lanzó a sus brazos en cuanto la vio y el pequeño corazón de la estrella se llenó de amor.

—Yo cuidaré de ti —le dijo Estrella—, pero solo por un tiempo. Después, tendré que regresar; las estrellas deben vivir en el cielo.

La niña asintió, era tanta su dicha que no pensó en el mañana.

—¿Qué es «dicha»? —interrumpió Inés.

—Felicidad, alegría.

Por un tiempo, Estrella cuidó de la niña. Le preparaba sus comidas preferidas, jugaban juntas, curaba sus rodillas cuando se caía…

—Yo también me caía —lo interrumpió de nuevo—, y mamá me ponía *Betanine*.

—Betadine —la corrigió. Y decidió añadir a la historia ese pequeño detalle:

Estrella le ponía Betadine.

—Y soplaba *paga* que no me *escociega* —aportó Inés a la trama.

Y soplaba para que no le escociera.

Pasó el tiempo y Estrella comenzó a sentirse mal.

—¿Qué te pasa, estrellita? —le preguntó la niña.

—¿No la llamaba mamá? —Inés detuvo la narración de nuevo.

—Tienes razón…

—¿Qué te pasa, mamá?

Inés asintió contenta. Él tenía en cuenta todas y cada una de sus sugerencias.

—Debo regresar —le contestó Estrella.

—Pero yo quiero que te quedes conmigo —protestó la niña, llorando.

Estrella la tomó entre sus brazos.

—El lugar de las estrellas es el cielo. Mis hermanas quieren que estemos juntas. Los niños que miran al cielo porque necesitan consuelo me buscan y los hombres que intentan guiar sus pasos en la oscuridad de la noche se sienten perdidos sin mí. Además, si no regreso pronto, me apagaré.

La niña se quedó pensativa y tomó una decisión:

—Entonces, debes regresar —le dijo con voz temblorosa y con tal seguridad que asombró a Estrella.

—Eres muy valiente y generosa. Estoy muy orgullosa de ti. Recuerda: siempre te llevaré en mi pequeño corazón de estrella.

La niña, con una gran sonrisa, vio cómo Estrella subía al cielo. No se sentía triste, porque había podido experimentar lo que tanto había deseado y el recuerdo de esa mamá amorosa que la había cuidado, el recuerdo de su aroma, de sus sonrisas, de su amor, la acompañaría el resto de sus días. Además, sabía que ella la cuidaría desde el cielo, contemplaría cómo crecía, cómo se hacía una mujer. No, la niña no estaba triste porque su estrella brillaba, brillaba con intensidad.

—Se fue como lo hizo mamá —afirmó Inés tras unos segundos en los que meditó sobre la historia que él acababa de narrarle.

—Sí. Como le pasó a Estrella, el cielo la necesitaba, por eso se marchó. Mamá es esa estrella, esa cuya luz es tan intensa. ¿La ves?

—Sí. Desde allí me cuida, ¿*vegdad*? —Alargó su pequeña manita intentando llegar a ella.

—Claro. Ella te ve como tú la ves a ella, seguirá todos tus pasos, vigilará tu sueño, estará a tu lado siempre.

—¿Y con *Laga*?

—Por supuesto, con Lara también.

—Cuéntame el cuento *otga* vez —propuso la pequeña Inés tras un largo y profundo suspiro.

1

Quédate con quien te cubra del frío, te cobije ante el miedo y te cuide del mal; y todo eso suceda en un abrazo.

El Principito

CJ estaba parado frente a su escritorio. Había colocado las manos sobre la mesa y lo contemplaba como si no tuviera otra cosa que hacer en la vida. Llevaba así unos cuantos minutos esperando con paciencia alguna reacción de su jefe, pero él continuaba con su tarea sin inmutarse.

—¿Qué? —le preguntó Álex tras soltar las facturas que estaba ojeando sobre la mesa, harto de sentir cómo los ojos negros de su cocinero escrutaban cada uno de sus movimientos.

—Está fuera —le explicó, y cambió de postura; las manos se le estaban durmiendo por haber mantenido la misma posición durante un buen rato.

—¿Quién?

—Montaña.

—¿Qué Montaña? —Antes de formular la pregunta tomó aire con fuerza intentando recuperar la paciencia, que se le estaba agotando.

—Montaña, ya sabes, mi Montaña —le contestó como si fuera un niño pequeño al que hubiera que explicarle las cosas trescientas veces.

—Pero ¿qué narices te pasa? No tengo tiempo para tus tonterías.

CJ no se achantó, y eso que Álex usó un tono severo. Se sentó, se acomodó y se cruzó de brazos.

—Montaaaña —le dijo alargando la a—. ¿Lo has olvidado?

—No conozco a ninguna Montaaaña —lo imitó—, y tengo muy buena memoria.

El cocinero se movió inquieto en la silla. Esa táctica no estaba sirviéndole para nada; Álex jamás olvidaba ningún pequeño detalle, era un tipo con muchísima retentiva.

—Vale, jefe, me rindo. Montaña es mi prima.

—¿Y?

—Necesita trabajo y le dije que… Ya sabes.

—Para, para —lo interrumpió—. ¿Le has dicho que venga aquí en busca de un trabajo?

—Claro, jefe.

—¿Y toda esta comedia que has montado ha sido para…? —Lo alentó a responder con un movimiento de sus manos.

—Pensé que quizá así sería más sencillo.

—Claro, sencillísimo. De verdad que eres increíble. —Soltó una profunda carcajada.

—¿Le digo que pase?

—No. No necesito ningún empleado más.

—Sí, lo necesitas.

—No, no lo necesito.

—Sabana se va, te quedas sin una camarera y mi prima acaba de desembarcar. Llega del pueblo con ganas de trabajar en tu restaurante.

—¡¿Cómo?! —Álex se levantó como accionado por un resorte—. ¿Quieres decir que has traído a tu prima con la promesa de trabajar aquí?

—Hombre, algo tendrá que hacer, yo solo no podré con los gastos…

—¿Pensabas preguntarme o ibas a hacerle tú el contrato directamente? —Se dejó caer en la silla, derrotado.

—Si he estado aquí, delante de tu escritorio, esperando a que te dignases a soltar esos papeles —dijo, señalando las facturas que Álex había dejado sobre la mesa—, es porque quiero que la conozcas.

—¡Oh, vaya, gracias por el detalle! —El tono irónico que usó no le pasó desapercibido.

—Es tu restaurante, tú mandas.

—¡Increíble! —Rio con ganas—. ¿Puedes explicarme por qué coño te consiento tanto?

—¿Porque soy el mejor cocinero de España?

—Creía que eras el mejor del mundo.

—Bah, hombre, no hay que exagerar. —Y, mientras Álex ponía los ojos en blanco, CJ hacía un gesto con una mano quitándole importancia a su supremacía en la cocina—. Bueno, qué, ¿le digo que pase?

—Al menos, sabrá del negocio. Imagino que ha trabajado en esto…

—No —lo interrumpió—. En el pueblo trabajaba en la cooperativa de embutidos.

—¡Esto ya es el colmo! —Golpeó la mesa con uno de sus puños—. ¡Dile que se largue!

—Vamos, jefe, un poco de corazón. Es una chica joven en una gran ciudad, sin trabajo, sin futuro…

—¡Basta! —Esa vez fue Álex el que detuvo la perorata de su cocinero.

—Además, no hace falta tener una carrera para servir mesas.

—He dicho que no y es mi última palabra. Esto no es una ONG, es un negocio. Mi negocio —espetó poniendo énfasis en el posesivo.

CJ juntó las palmas de las manos como si estuviera rezando.

—Porfa, jefe.

—¿Qué tienes, cinco años?

—Vamos, no seas malo, jefe. Es muy trabajadora, muchísimo. Y muy lista.

—¡Mierda! No sé por qué coño me dejo llevar por ti. —Suspiró con fuerza, se rendía—. Serás tú quién le enseñe. —Lo señaló con el índice —. Te ocuparás de que aprenda, y rápido, porque te juro que, como algo salga mal, no solo la despediré a ella: a ti también te largaré sin contemplaciones.

CJ saltó de la silla. Tenía una sonrisa radiante de felicidad. La verdad era que había pensado que iba a ser más difícil, más costoso. De lo que no tuvo duda desde un principio fue de que lo conseguiría; el jefe era un buen tipo y él, un buen negociador.

—Te garantizo que no te arrepentirás.

—Eso espero. Anda, dile que pase.

—Eres la leche, el mejor jefe del mundo, tienes un corazón de oro. La vida te traerá solo cosas buenas. —Conforme soltaba su discurso, caminaba hacia la puerta del despacho sin dejar de mirarlo, dando los pasos de espaldas.

—¡Deja de hacerme la pelota! —le gritó.

Sempiterno

Montaña esperaba nerviosa en el salón del restaurante. Se movía inquieta sobre la silla tapizada en la que CJ le había indicado que se acomodase.

Lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

—¡La leche! —exclamó en voz alta y con su inconfundible acento extremeño.

Sonrió feliz. Ese sitio era espectacular, elegante, y ella iba a trabajar allí, en Serendipity. Tenía ganas de bailar, de reír a carcajadas, pero no quería mostrarse como una loca delante del que iba a ser su jefe, debía verse lo más profesional posible.

Se acomodó la discreta chaqueta que llevaba sobre una blusa sin mangas, se pasó las manos por la falda y contempló las brillantes

manoletinas que lucían sus pies. Su aspecto no estaba mal del todo, a pesar del largo viaje en autobús. Había sido espantoso. Se había confundido de billete y había comprado el del bus que hacía un montón de paradas en vez del exprés, así que el viaje se le había hecho eterno.

CJ había ido a buscarla y la había llevado casi a la carrera directamente al restaurante. Tan solo pudo lavarse la cara, pasarse un peine para arreglar la coleta y darles un poco de color a sus mejillas y a sus labios.

—Ay, Dios, qué nervios —pronunció las palabras con una gran sonrisa en la boca. Tenía muchas ganas de emprender esa nueva vida.

Unos pasos rápidos la alertaron y se puso de pie. CJ, con una copia exacta de su sonrisa, venía a la carrera.

—Montaña, Montaña, vamos, corre. —La tomó de la mano y tiró de ella.

—¿Ya? —Frenó hincando los talones en el suelo.

—Pues claro que ya.

—Pero…, pero… ¿estoy bien?

CJ la miró de arriba abajo.

—Estás preciosa. —De nuevo, enganchó una de sus manos y la obligó a caminar rápido, pero ella lo volvió a frenar—. ¿Qué pasa ahora? —preguntó CJ, impaciente.

—¿Cómo es? ¿Es…, es simpático?

—¿Álex? —Ella asintió—. Es buen tipo, no sé, no tiene nada especial. Si haces las cosas bien, no tendrás problemas con él, pero te advierto que tiene muy mal genio cuando la gente lo defrauda.

—¿Le gustaré?

—Es imposible que no le gustes, le gustas a todo el mundo. —Apretó su mano transmitiéndole energía para pasar la prueba.

Montaña asintió. De nuevo, sus labios se vistieron con esa bonita sonrisa que hacía que su faz brillase y, acompañada de su primo, tras dos golpes en la puerta del despacho, entraron.

Lo primero que le llamó la atención fue la enormidad de esa sala. ¿Allí todo era gigante?

La mesa, tras la que estaba sentado Álex, se encontraba al final de la habitación y, cuando su futuro jefe los vio acercarse, se levantó.

Montaña tuvo la ocasión de contemplar a la persona que iba a contratarla. Lo observó con curiosidad. Era un hombre muy guapo y grande. Llevaba un traje que seguro que le habían hecho a medida. Su mirada profunda la escrutaba; no parecía desagradarle lo que veía, y eso la tranquilizó.

—Jefe —CJ colocó un brazo sobre los hombros de Montaña y la obligó a dar los dos pasos que la separaban de la mesa—. Ella es Montaña, mi prima —pronunció con orgullo.

—Encantada.

—Encantado, Montaña. —Álex le tendió la mano y ella la tomó de manera sutil—. ¡Vaya, me asombra el parecido tan tremendo que tenéis! —exclamó mientras los miraba alternativamente.

—Somos primos hermanos. Eso sí, yo soy mucho más guapo. —CJ siempre bromeaba con eso cuando la gente los comparaba.

—Siéntate, por favor, hablemos. —Álex omitió su opinión al respecto.

Tanto Montaña como CJ tomaron asiento.

—¿Qué tal fue el viaje? —Ella parecía muy tímida y Álex quería que se sintiera cómoda.

—Bien, largo. No son muchos kilómetros, pero me confundí… —El carraspeo de CJ le indicó que estaba enrollándose demasiado, así que cortó su cháchara—, pero bien, gracias.

Mientras que ella apenas podía sostenerle la mirada, Álex pensó que se veía muy dulce y le sonrió intentando tranquilizarla.

—Debes estar cansada, así que no te entretendré mucho. Quiero ponerte al tanto de todos los aspectos importantes, después vete a casa, descansa y mañana ven temprano. Tendré tu contrato para que lo firmes, ya que —miró a CJ— todo ha sido muy precipitado —le dijo.

—A primera hora estaremos los dos, jefe. —CJ ni se inmutó por el reproche implícito en sus palabras que, de manera discreta, acababa de hacerle.

—Más te vale —masculló entre dientes.

Entonces Álex le explicó todo lo que ella debía conocer sobre su restaurante, horarios, sueldo…

—CJ te enseñará cómo trabajamos aquí. Ahora vete.

—Muchísimas gracias, señor.

Los primos se pusieron de pie.

—Por favor, llámame Álex. —Le tendió de nuevo la mano y ella la tomó—. Bienvenida a Serendipity.

Montaña sonrió con timidez.

—Muchísimas gracias, Álex.

Y así fue como comenzó el primer día del resto de la vida de Montaña.

2

Hasta los milagros necesitan un poco de tiempo.

Cenicienta

Un año después

—La mesa cuatro lleva esperando una eternidad. —Montaña golpeó con impaciencia la puntera de su zapato de salón sobre la impoluta superficie del suelo de la cocina.

—¡Ya va, ya va!

La actividad a esas horas era trepidante. Tanto cocineros como camareros se movían por la cocina como si de un baile ensayado hasta la saciedad se tratase. Cualquiera que no estuviese acostumbrado a ese estrés no lo resistiría, pero a Montaña le encantaba su día a día sumida en esa locura. Por fin había encontrado lo que tanto buscaba, un trabajo que le hacía feliz.

—Toma, corre, llévalo. —CJ le tendió el plato destinado a uno de los comensales de la mesa cuatro, elaborado con esmero, cuyo aspecto y aroma eran deliciosos.

Montaña asintió, lo tomó con una mano y, tras empujar la puerta con el trasero, salió con paso firme al comedor.

—Aquí tiene, señor. Crema de hongos con castañas y pato confitado. Que le aproveche. —Dejó el plato sobre la mesa, lanzó una bonita sonrisa y se encaminó hacia otro de los comensales.

Montaña se movía como pez en el agua. Recorría el salón tomando comandas, sirviendo el vino, llevando los platos y siempre con una de sus características sonrisas. Los clientes quedaban satisfechos, no solo por el exquisito sabor de la comida que allí se servía, sino también por el magnífico trato.

Sus comienzos fueron duros, pero no le costó adaptarse y aprendió deprisa, y con el tiempo se había convertido en una de las mejores camareras de Serendipity.

El ajetreo de las comidas empezó a cesar poco a poco. Ya no entraban tantos clientes como en hora punta y las mesas se iban

quedando vacías. La paz regresaba al comedor y a la cocina, aunque el trabajo aún no había concluido.

Montaña entonces se dedicaba a quitar platos, vasos, manteles y dejar las mesas preparadas para las cenas.

Entraba en la cocina con una camarera llena de loza sucia cuando casi chocó con Álex.

—Montaña. Esto…, yo… Estaba buscándote. ¿Puedes venir a mi despacho? —Vaciló al hablar con ella, y eso la extrañó.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó, un tanto preocupada. El jefe siempre era un hombre directo, seguro de sí mismo, pero parecía nervioso.

—Oh, no, no. —Se llevó una mano al pelo y se retiró el flequillo intentando denotar despreocupación, pero sus mejillas sonrosadas no decían lo mismo—. So-solo quiero hablar.

—Vale, voy en cuanto despeje un par de mesas.

Álex empezó a caminar de espaldas hacia su oficina con la intención de continuar mirándola a los ojos.

—Bien…, te espero… Voy… Estaré… esperando…

—¡Cuidado! —le gritó, pues estuvo a punto de chocar contra uno de los pinches.

Álex se giró con rapidez y por los pelos esquivó el cuerpo del joven ayudante, que usó las manos para frenar a su jefe.

—Lo siento, Tom, perdona.

—No pasa nada, jefe.

Montaña lo miró con curiosidad, algo ocultaba. Sacudió la cabeza y decidió hacer rápido su trabajo, necesitaba ir lo antes posible para ver a Álex y salir de dudas.

Fue rápida, esa era otra de sus virtudes. Además de no tenerles ningún miedo a todas y cada una de las tareas que debía desempeñar, las hacía con presteza, profesionalidad y simpatía.

—Montaña —la llamó CJ—. ¿Has terminado?

—Sí.

—¿Comes conmigo? —Siempre lo hacían al final del servicio, aunque la hora de la comida hacía mucho que había pasado. Pero antes de abrir el restaurante y de que llegaran los primeros comensales ninguno de los dos era capaz de tomar nada, así que tenían la costumbre de hacerlo cuando el trabajo ya estaba terminado.

—Vale, pero primero voy a ver a Álex. ¿Sabes si le pasa algo?

—No, ¿por?

—Ha venido a buscarme y lo he notado raro.

—Pues no me ha dicho nada. —CJ se encogió de hombros—. Ve mientras yo preparo algo rico que llevarnos al estómago.

Montaña asintió y encaminó sus pasos hacia el pasillo donde estaba la oficina del jefe.

Vaciló un instante antes de golpear la puerta con los nudillos. No sabía con lo que se iba a encontrar.

—Adelante —dijo enseguida la profunda voz de Álex.

Los pasos que dio hasta llegar a su mesa fueron los mismos que anduvo la primera vez que entró en el despacho acompañada de CJ, y ese recuerdo hizo que sonriese.

—¿Pasa algo? —Se sentó en la silla que había frente a su escritorio. Según parecía, iba a ser una reunión de lo más formal.

—No…, no… Es solo… —Álex se puso de pie, caminó hasta ella y le tendió una mano. Montaña la aceptó. En el preciso instante en que sus palmas entraron en contacto, Álex tiró de su cuerpo, ayudándola a ponerse de pie—. ¿Recuerdas el día que nos conocimos? —Se abrazó a su cintura.

—Nunca podré olvidarlo. —Sonrió y elevó los brazos hasta colocar las manos en la nuca de él—. Estaba tan…

—Bonita —la interrumpió—, apetecible, dulce. —Sintió que los dedos de ella jugaban con su pelo y la besó. Sus bocas se unieron, se saborearon.

—Estaba horrible —dijo tras terminar el beso—. Acababa de llegar de un viaje agotador.

—No. —Enfatizó su negación con un claro gesto de su cabeza—. Estabas tan preciosa que en ese instante me enamoré de ti.

—¡Exageras! —Se carcajeó.

—No, no lo hago.

—Pues no lo demostraste, esperaste dos meses para invitarme a salir.

—¿Dos meses te parecen mucho?

—Muchísimo.

—En mi defensa te diré que no quería asustarte, pero te lo hubiera propuesto ese mismo día.

—¿Crees que soy una mujer asustadiza?

—No, ahora sé que no lo eres, pero en aquel entonces apenas te conocía.

—Exacto, por eso no creo que te enamorases de mí con tanta rapidez.

—¿De verdad quieres discutir sobre ese tema en este momento? —preguntó, un poco molesto.

—No, no quiero discutir. Es solo que me gusta llevarte la contraria. Se te forma una arruguita muy mona aquí. —Llevó un dedo hasta su entrecejo y acarició con dulzura el pliegue que se dibujaba en su piel.

—Eres una bruja. —Álex se carcajeó y, de nuevo, la besó—. Quiero pedirte algo. —Se separó de su cuerpo y, tras meter la mano en uno de los bolsillos de su pantalón, sacó una pequeña cajita, que le tendió con manos temblorosas.

—Ay, Dios —suspiró Montaña. Se imaginaba cuál era el contenido, más aún al ver el nerviosismo con el que Álex le tendía el regalo.

—¿No piensas cogerla?

Montaña no había sido consciente, pero llevaba segundos mirando la caja sin atreverse ni a tocarla.

—Sí, claro… —Por fin la cogió. No pesaba nada y su tacto era suave. Lo miró con una de sus preciosas sonrisas de felicidad y, después de soltar un profundo resuello, con manos vacilantes, la abrió —. ¡Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios! —exclamó, dichosa. Dentro se encontraba la sortija más bonita que había visto nunca.

Álex contemplaba su reacción con dicha.

—Voy a hacerlo —le dijo.

—¿Hacerlo? —Dejó de contemplar el precioso anillo para clavar los ojos en él.

—Sí, voy a hacerlo. —Y, tras soltar esas palabras, hincó una rodilla en el suelo, delante de ella. Le quitó la cajita de las manos, aunque le costó, pues ella la aferraba con fuerza. Sacó el anillo, apartó la caja vacía y tomó la mano izquierda de Montaña—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Ay, Dios, ay, Dios! ¡Sí, sí, sí, sí! —gritó, feliz, y él le deslizó la sortija en el dedo anular.

Sempiterno

Ocho meses después

—¿Estás visible?

—Claro, entra.

—¿Pasa algo?

—No, ¿por qué habría de pasar algo? Simplemente quiero ver a mi primita antes de que todos te avasallen y tu novio se pegue a ti como una lapa. —CJ se dejó caer, con su elegante traje de marca, sobre la cama.

—Pero ¡¿qué haces?! —Montaña, que hasta el momento había permanecido frente al tocador dando los últimos retoques a su maquillaje, se levantó de golpe y, tras tomarlo de una mano, intentó levantarlo de la cama de manera infructuosa, pues CJ le doblaba el tamaño y la fuerza—. ¡Te arrugarás el traje! —protestó, molesta, al ver que, por más que se esforzaba, CJ no movía ni un solo músculo.

Los ojos de Montaña se anegaron y él sintió con preocupación su angustia, así que se levantó para tomarla de los hombros.

—Pero ¡¿qué te pasa?! ¡Es solo un traje! —Las lágrimas comenzaron a brotar de los bonitos ojos negros de su prima. Su reacción era demasiado desproporcionada—. ¡Oh, vamos, Montaña, no es para tanto! Mira. —Se señaló la chaqueta y el pantalón—. ¿Ves? No tengo ni una sola arruga.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —El cambio de tema no le pareció extraño, sabía perfectamente que sus lágrimas no se debían a las arrugas de su chaqueta.

—Montaña… ¡Oh, Dios mío! —CJ la apretó con fuerza entre sus brazos—. Claro que lo sé, ¿a qué viene esto? —Besó su pelo con cariño —. Puedo sentir tu miedo, tus nervios. Lo siento aquí. —La separó de su cuerpo para señalarse la boca del estómago y su corazón—. Y aquí. —Entonces hizo lo mismo con ella.

Montaña dejó de llorar y asintió.

—Desde pequeños siempre me has entendido sin necesidad de palabras.

—Siempre —sentenció él, y la tomó de nuevo entre sus brazos.

—Siempre —corroboró. Apoyó la mejilla en su pecho. Escuchar el ritmo y la fuerza de cada uno de sus latidos, desde niña, había sido como un bálsamo; lograba mitigar su angustia, la llenaba de paz—. Podría pasar horas así.

—Te sientes mejor —afirmó con contundencia. Él también se había relajado.

—Sí. Siempre consigues apaciguarme. —Se soltó de su amarre y, con una sonrisa, regresó al tocador—. Ahora tendré que pintarme de nuevo —expuso tras soltar un profundo suspiro. Si salía así, todos notarían que había llorado, así que se puso manos a la obra y se desmaquilló por completo para volver a empezar.

CJ caminó hasta colocarse a su espalda.

—No debes preocuparte. —Entendía perfectamente qué la había llevado al llanto, a sentirse perdida, temerosa—. Si estás segura del paso que vas a dar, todo irá bien. —Clavó en ella sus ojos, del mismo e intenso color que los de su prima.

—Ya, lo sé y lo estoy.

—Entonces, deja de comerte el coco, termina de arreglarte y vamos a celebrar tu boda.

—CJ —vaciló, pero necesitaba desahogarse antes de dar el paso—. ¿Crees que será para siempre?

—Eso nadie lo sabe. Pero lo que sí sé es que él te adora y que tú lo amas, así que, con esos cimientos, nada puede ir mal, ¿no crees?

Lo contempló. Su confianza la ayudaba a relajarse, ojalá ella estuviera tan segura.

—Hace tiempo, cuando Álex y yo empezamos a salir, me dijiste que pensara muy bien lo que estaba haciendo, que las relaciones en el trabajo eran peligrosas, y más si con quien sales es con tu jefe. En ese momento no quise escucharte, pero no puedo evitar que ahora me asalten las dudas.

—Sabes que estás a tiempo de dejarlo todo, ¿verdad? No pienses nada más que en ti, en lo que quieres. Siempre podrás encontrar otro trabajo.

—Sí, lo sé, aunque sería una auténtica putada y a mi madre le daría un infarto.

—Nada importa, Montaña, solo tú.

—Yo quiero dar el paso, lo amo.

—Entonces, no hay más que hablar, ¿no crees?

Ella asintió mirando su reflejo y se puso de pie con la determinación de caminar hasta el altar y darle a Álex el «sí, quiero».

3

Andar con un amigo en la noche es mejor que andar solo en la oscuridad.

Hellen Keller

Era preciosa: ojos azules, pelazo rubio y un cuerpo de infarto. Era muy bonita, tanto que cualquier hombre se sentiría feliz no solo de tenerla en su cama, también en su vida. Pero Mateo no era cualquier hombre. No deseaba tener a nadie en su casa, en su vida ni en su cama. Bueno, en su cama tan solo para echar un polvo, y eso lo acababa de hacer. Lo demás le sobraba.

Ella lo miraba con los ojos brillantes. Habían follado y la verdad era que había sido ES-PEC-TA-CU-LAR. Incluso Mateo, que hablaba hasta en sueños —según sus amigos—, acababa de quedarse sin palabras.

—Me ha encantado —le dijo ella mientras le acariciaba una de sus mejillas.

Él, aterrado, contempló cómo ponía esa sonrisa que lograba encender todas sus alarmas, esa de «ahora nos hacemos novios y tras unos meses, nos casamos».

—Sí, sí, ha sido maravilloso. —Mateo logró recuperar el habla milagrosamente, o más bien fue el pánico quien lo ayudó a regresar, porque los ojos de Soledad le decían que buscaba más que un simple polvo—. Pero… tengo mucho que hacer… —Se incorporó con gran velocidad, tanta que sin querer asestó un codazo a su respingona y pequeña nariz—. ¡Joder, perdona! —Corrió a excusarse o no se desharía de ella en toda la vida.

Soledad se tocó su apéndice nasal y un «Ay» salió de su perfecta boca de labios gruesos… Uf, unos labios que le habían hecho unas cosas en la po… «¡Para, para, que te dispersas!», le gritó a su libido, esa que tenía tan acentuada, tan sumamente presente que guiaba su vida, sus acciones y que lo confundía hasta el punto de acostarse, sin pensar en la consecuencias, con una de sus mejores clientas. Sí, sí, como lo oyes: era tan imbécil que acababa de echar un polvo con

Soledad, la chica que cada día entraba en su negocio —una cafetería en el centro de la ciudad donde vivía— y se llevaba un café bien cargado y un cruasán a la plancha. Todos los días. «Supongo que, a partir de hoy, irá a la competencia, porque esta me mira con ojos de querer más y ¡no! Yo no puedo darle más, ni a ella ni a nadie», pensó con preocupación.

—No es nada, ¿ves? —Para confirmar sus palabras, retiró la mano con la que se cubría la nariz y le mostró que estaba en perfectas condiciones.

Mateo soltó el aire que había estado reteniendo, se tranquilizó y comenzó a vestirse rápidamente. Tenía que ducharse, pero no en ese momento, porque temía que ella quisiera repetir. Bueno, en realidad, la idea le molaba, pero no, no podía ser. Un polvo por tía era su lema, nada de repetir o corría el riesgo de que ella se pusiera cariñosa.

—¿Por qué te vistes? —le preguntó, molesta, mientras se colocaba frente a él con ese cuerpo hecho para el pecado, esos pechos grandes y firmes.

Se le puso dura solo con mirarla. «¡NO!, para, para, que te pierdes», se gritó.

Puso los ojos en blanco y, con dolor, sacó una de las manos de ella del interior de su bragueta, porque si él era rápido, ella lo era más, y en cuestión de milisegundos le había desabrochado la cremallera del vaquero y ¡tenía una mano metida dentro! Era una tortura. «Ya verás como al final repito, ¡verás como la lío! O me lía. ¡Yo qué sé!, ya no pienso con la cabeza correcta», se reprochó. Pero, de repente, el sonido de su móvil lo ayudó a salir de la nube de sexo en la que se encontraba, de su debilidad, y tras sacudir la cabeza —la de arriba— y obligarla a sacar las manos de sus partes nobles, corrió hacia el salón. Quizá fuera algo importante, seguramente no lo sería, pero lo ayudaría a poner distancia y a no caer de nuevo en sus brazos.

—¿Sí?

—Buenos días, señor Costas. Mi nombre es Jennifer Janet Johason Rodrigues y quiero ofrecerle una magnífica oferta que no podrá rechazar. Desde Pepeph… —Dejó de escuchar, no prestó atención, era una de esas compañías ofreciendo más megas, fibra, llamadas ilimitadas. Pero la utilizaría para deshacerse de Soledad y, como buen actor, puso cara de interés como si lo que le contaba la operadora fueran buenas noticias. De vez en cuando soltaba: ajá, vale, sí… y asentía con efusividad, aunque, en realidad, no le estaba prestando ninguna atención.

La miró por el rabillo del ojo y con agrado. Gracias a Dios y a la señorita de Pepeph… Soledad acaba de salir de la habitación ¡vestida! y preparada para irse. Le entraron unas ganas irresistibles de gritar de felicidad. «Quizá cambie mi compañía de móvil, más que nada como

agradecimiento por esta llamada tan oportuna», sopesó.

La señorita Jennifer no sé qué continuó con su discurso y, en un momento dado, Mateo se retiró el teléfono del oído, miró a Soledad y, con cara de pena, le dijo:

—Lo siento, es una llamada importante.

Ella asintió comprensiva. Seguro que por su cara había deducido que era algo de vida o muerte, Mateo era muy buen actor.

—¿Te veo más tarde? —Tras la pregunta se acercó a él e intentó darle un beso en la boca.

Mateo reaccionó al instante: le hizo la cobra y le mostró el teléfono como si fuera una excusa, como si la persona que estaba al otro lado los pudiera ver. «¡Yo mismo me asombro de la cara dura que tengo!», pensó y le entraron ganas de reír.

—¿Señor Costas? ¿Le interesa nuestra oferta? Ya sabe, más megas, mejor precio. —¡Mierda! Qué torpe, le acababa dar sin querer al manos libres y el sonido de la armoniosa voz de Jennifer se escuchó alto y claro.

—¡¿En serio, Mateo?! ¿Esa es una llamada importante? —Lo había pillado.

Colgó a la pobre… ¿uhhh? Por más que lo intentó, no logró recordar su nombre. Mateo era de lo peor para retener ese tipo de datos.

—Mira…, esto…, esto… —Una clienta a la que atendía todos los días. ¡A la que veía todos los santos días! Con la que hablaba un montón de veces y nada, que en ese puñetero momento no lograba recordar su nombre. Tenía que hacérselo mirar.

—¡Lo que me faltaba! —gritó, cabreada, y con razón—. ¡¿No recuerdas mi nombre?! ¡Increíble!

—Joder, lo siento. Soy muy malo reteniendo esos pequeños detalles. —Otra característica que tenía Mateo, quizá virtud o más bien una faena, era que una vez destapado el cajón de las verdades no era capaz de mentir o filtrar lo que pensaba, lo soltaba como un demente. Sus amigos siempre le decían que era demasiado descarado —. Tus preciosos ojos… —¿eran azules?, tampoco retenía esos detalles —, tus bonitos ojos me dejaron KO y olvidé…

—Déjalo —lo interrumpió—. Solo soy un polvo, ¿verdad?

—Pero un polvo muy bueno. —Sonrió y elevó las cejas alternativamente.

—¡¿Tú eres gilipollas?!

«Uff». Llegados los insultos, la cosa se ponía muy fea.

«Creo que me odia, me parece que me voy a ganar una hostia, así que mejor cierro el pico», pensó.

La rubia lo taladró con sus preciosos ojos. «¡Son azules!, y muy bonitos». Sonrió, contento con su hazaña, y su dicha aumentó cuando

contempló cómo caminaba hacia la puerta y cómo la abría. Pero, antes de salir, se quedó muy quieta, le lanzó una última mirada y esperó con paciencia. Quizá, a que él rectificara o se disculpase. O, quizá, con la esperanza de poder disfrutar de otro buen polvo.

—¿Te veo mañana en la cafetería? —le preguntó él con una gran sonrisa, pensando que lo mejor era actuar con normalidad, como si nada hubiera pasado.

—Confirmado, eres gilipollas. —Pero no, ella no quería pasar página—. No pienso pisar tu puta cafetería en mi vida. Ojalá se te seque el pito, imbécil de mierda.

«¡Vaya boquita! Parece que no solo la usa para besar o chupar… Uff, y cómo la chupa». Mateo se perdió de nuevo en su perpetua neblina de deseo, pensando, otra vez, con la cabeza equivocada.

—No te prometí nada, sabías perfectamente que solo era sexo —explicó en su defensa. Y era verdad: él jamás prometía amor, bombones ni flores; tan solo orgasmos y placer.

Sus palabras la sacudieron por dentro, sabía que él tenía toda la razón. Además, su fama lo precedía, todo el mundo lo conocía en el barrio.

—Hasta nunca —le dijo tras asentir y, dando un portazo, la cerró.

¡Acababa de perder a otra clienta!

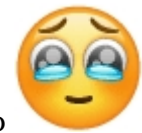
¡La había vuelto a liar!

Se juró una y otra vez que esa sería la última ocasión en la que se dejaba llevar por su libido. A partir de entonces, la cabeza —la de arriba— sería la que tomase las decisiones. Se lo prometió muy solemnemente.

—¡Anda ya!, eso me lo he dicho un montón de veces y siempre la cago —dijo en voz alta.

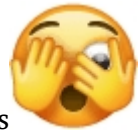
Soltó un par de tacos y, tras tomar su móvil, abrió el WhatsApp de su grupo de amigos y tecleó.

Mateo:
Buenos días



La he cagado de nuevo

CJ:
Buenos días, qué has hecho esta vez??



Espera, no me lo digas
Otra tía que te has follado y no debías hacerlo
porque es…, quién es esta vez?

CJ fue el primero en contestar.

Mateo:

Sandy:
Buenos días
Cuenta, cuenta…
Jaime:
Buenos días

Ya la has jodido otra vez?
Sandy:
Ya apareció el borde del grupo
Os dije que no lo metierais, él no debería estar aquí. Es solo un crío

Sandy era hermana de Jaime y la única chica del grupo; su verdadero nombre era Coral, pero todos la nombraban por ese mote.

Los dos hermanos siempre actuaban como el perro y el gato, y no porque a ella le molestase la presencia de Jaime en el grupo. El problema radicaba en que lo había criado como si fuese su hijo. Tras fallecer su madre cuando Jaime era muy pequeño, asumió ese rol y aún no había sido capaz de superarlo. No quería aceptar que ya no era el niño que la necesitaba, le costaba asumir que su hermano había crecido, que era un hombre.

Jaime:

Crío?
Sandy:
Sí, crío
Jaime:
Vete a la mierda
Sandy:
Vete tú, que estás más cerca

Mateo:

Joder, los dos sois unos críos 🙄
Haya paz!!
Estábamos hablando de lo mío!!
No os disperséis

CJ:
Eso. Si queréis discutir,
hacedlo por el privado

Sandy:
Pues que se vaya él! Es un niño, no quiero que lea las burradas que ponéis. Luego se hace pis en la cama

Jaime:
Eres imbécil!
No te aguanto!

Mateo:
Un niño? Tiene ya veinticinco añazos.

Mateo salió en su defensa. Cuando eran niños, Jaime siempre estaba pegado a ellos y en la época de adolescencia era una molestia, pero ya era un hombre que poco a poco se había ganado su puesto como un miembro más del grupo. No les importaba la diferencia de edad, pues a esas alturas no se notaba y tampoco lo era tanto.

Jaime:
Ni puto caso
Yo seré un crío, pero ella es una vieja amargada
Qué pasa, hermanita?
No has follado?

Mateo:
Yo sí! 🤷‍♂️

Mateo intentó volver al tema que quería tratar.

Sandy:
Bruto!
Veis? Por vuestra culpa mi hermanito dice esas burradas!! Que se vaya del grupo ya!

Sandy ha eliminado a Mocoso Enano
Mateo ha añadido a Jaimito Bro

Jaime:

CORAL, DEJA DE HACER EL IDIOTA!!! 😡

La cosa se ponía fea. Cuando Jaime la llamaba por su nombre verdadero, quería decir que había dejado de lado las bromas y que empezaba a enfadarse de verdad.

Sandy:

NO ME GRITES!! 😠
Jaime:
Como me vuelvas a sacar del grupo…
Sandy:

Qué?? Qué me vas a hacer? Eh? Qué?? 🤷‍♀️
CJ:
BASTA!!!
Regresemos al tema principal, por favor
Estamos hablando de nuestro amigo el follador

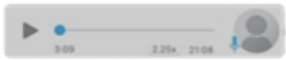
Mateo:

Por fin alguien sensato!! 😜
Roberto:
Halaaaa! Ya me estáis petando el wasap
No tenéis nada mejor que hacer?
Necesito resumen, paso de leer
Sandy:

Buenos días, Roberto. 🥰 Ya era hora de que aparecieses
Roberto:
Es que tengo una vida
CJ:
👋
Ehhhh, Roberto, colega
Lo tuyo no es madrugar
Jaime:
👋
Hola, Roberto

Mateo:

👋Buenos días, gruñón
Yo te resumo
Me he tirado a una de mis mejores clientas 😰
En mi defensa os diré que está muy buena 😜
Sandy ha vuelto a sacar del grupo a Jaime,
se ha puesto muy pesadita
Y yo, como siempre, lo he metido de nuevo



Y entonces Mateo mandó un largo audio de 09:40 minutos, porque era la única manera de desahogarse sin que ninguno lo interrumpiera. Llegados a ese punto, era preferible contar las cosas de viva voz. Además, así se explayaba dando detalles.

Sabía que CJ lo estaba escuchando, al igual que Sandy y Jaime. Roberto no lo haría; si el audio era de más de dos minutos, se negaba a oírlo. «Él se lo pierde», pensó.

CJ:
Mira que te he dicho veces que pienses con la puta cabeza 🙄

Mateo:
Y eso hice 😂😂😂

Roberto:
Con la otra, piensa con la otra
Sandy:
Jaime, no habrás escuchado el audio??

Mateo:
Roberto, tú qué sabes??
No puedes opinar,
ni siquiera has escuchado el audio 😡

Le cabreaba de manera especial que fuera tan cabezón. Cuando mandaba un audio, era para que lo escuchasen.

Roberto:
Ni falta que me hace, no tengo ganas de oír
cómo describes al detalle todo lo que has hecho
Estoy desayunando, no me apetece que se
me revuelva el estómago con tus descripciones
Jaime:
Pues claro que lo he escuchado!!
CJ:
Robertito el virgen y puro 🤣
Roberto:
No: ROBERTO el más maduro de este grupo

Mateo:

ROBERTO el aburrido

Sandy ha eliminado a Mocoso Enano

Mateo:

JODER, SANDY!! OTRA VEZ?? EN SERIO??

Mateo ha añadido a Jaimito Bro

Jaime:

DEJA YA DE TOCAR LAS PELOTAS!!

Sandy:

Lávate la boca con jabón

Mira que te saco del grupo otra vez!!

Jaime:

Vete a la mierda!!

CJ:

Me aburro

Roberto:

Me piro

Idos a tomar por culo

Voy a seguir con lo mío

Mateo:

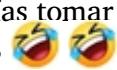
Ya se fue el ogro?

CJ:

Eso parece

Sandy:

Jaimito, mocosete, podrías tomar ejemplo. Vete!!

Os ha gustado mi rima?? 

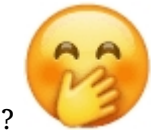
Jaime:

Ja y ja

Eres tan infantil!!

Vete tú

Mateo:

Ya empezáis otra vez?? 

Mateo decidió abrir un chat privado con CJ, porque llegados a ese punto entraban en bucle.

Mateo:
Qué haces el lunes?

CJ trabajaba en un restaurante como cocinero, ¡el mejor del mundo! Al menos, eso decían todos. Sus horarios eran complicados. Cuando todo el mundo disfrutaba de su tiempo libre, él estaba ahí, al pie del cañón, elaborando platos deliciosos y complicados para que el resto del mundo se deleitara con su sabor. Su único día libre era el lunes, al igual que el de Mateo, que, como dueño de una pequeña cafetería, también se debía a sus clientes. Aunque él gozaba de más libertad, pues tenía contratada a una camarera que le cubría las espaldas cuando lo necesitaba.

CJ:
No tenía nada pensado
Pelis, sofá y palomitas?? Te apetece??

Mateo:
Genial! Me apunto!! 👌

CJ:
👌. Pues nos vemos

Mateo:
Hasta el lunes 👋

CJ:
Hasta el lunes 👋

Charlar con sus amigos, aunque fuera por WhatsApp, siempre lo hacía sentirse más vivo. Su unión era muy fuerte. CJ, como el sentimental del grupo, decía que su amistad era sempiterna. Todos pensaron que esa palabra no existía, que CJ se la acababa de inventar. Es más: cuando la pronunció por primera vez delante de sus amigos, estos se partieron de la risa. Pero existía, y para demostrarlo se valió de la RAE.

«Sempiterno: que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin».

Sonaba tan poético que, cuando CJ se la mostró en el diccionario, de nuevo, se partieron de la risa porque fuera tan tiernito. Por

supuesto, él se enfadó y los insultó. Ningún miembro del grupo podría olvidar nunca el cabreo que pilló, más que nada porque CJ era el más tranquilo de todos, casi nunca se alteraba. Sandy fue la que se encargó de poner orden, los regañó y, por supuesto, se puso de su parte. Más tarde, después de pensar y darle vueltas, tras dejar de lado su mente de macho *men*, todos se emocionaron y terminaron abrazándolo. Desde entonces se había convertido en su palabra preferida, una que los cinco, en otro arranque de sentimentalismo —y también hay que decirlo, muchas copas de más—, se tatuaron cerca del corazón. ¿Suena cursi? Por un tiempo, Mateo pensó que sí, que eran cinco tontos muy tontos; en realidad, aún lo pensaba. Pero no podía negar que eran una piña: eran sus amigos, sus *bros* (como los solía llamar), estaban a su lado de manera incondicional y, por mucho que intentaba recordar desde cuándo lo estaban, se perdía en el tiempo. A CJ lo conocía desde la escuela infantil. Luego, en Primaria, se les unió Sandy. Más tarde admitieron en el grupo al benjamín: Jaime. Y el último miembro en entrar fue Roberto; tan solo llevaba con ellos un par de años, pero ya era uno más. Lo conocieron como rival en uno de los partidos de baloncesto que desde niños jugaban. A pesar de ser un duro contrincante y de que al principio les resultó un tipo antipático, de forma casi mágica surgió una fuerte unión con el benjamín del grupo. Con los demás, poco a poco se fraguó una gran amistad hasta que se transformó en un imprescindible.

Sabía que, pasase lo que pasase, su unión nunca tendría fin. Así que sempiterno era su palabra.

Pero no solo disfrutaba de un buen grupo de amigos, Mateo también tenía una unida y maravillosa familia a la que adoraba. El único problema —o ventaja, en ciertas ocasiones— era que estaban un poco lejos. Ellos vivían en Moaña (municipio situado en la provincia de Pontevedra). Allí había nacido su hermana pequeña, una de las niñas de sus ojos, que con tan solo cinco años hacía las delicias de todos. ¿Cómo llegaron sus progenitores a un pequeño municipio de Galicia sin ser ellos de allí? Sencillo: tras unas vacaciones se enamoraron del aroma, del verde, de las playas de Galicia y, más concretamente, de Moaña. Tanto les gustó que cogieron todos sus ahorros, compraron una pequeña casita y se marcharon en busca de tranquilidad. Y allí la encontraron, tanta que al poco tiempo de vivir allí su madre se quedó embarazada. Pero no todo fue dicha. Lara, su otra hermana, no lo llevó tan bien. Por aquella época, tenía diez años, y pasar de la ciudad a un pueblo se le hizo cuesta arriba y se reveló, pero no le quedó más remedio que aceptar.

Mientras, Mateo se había quedado en Torrejón de Ardoz, donde regentaba su negocio: una pequeña cafetería situada en un lugar privilegiado, pues estaba en una zona de paso y llena de tiendas.

Se instaló en el adosado, que hasta entonces había sido el domicilio familiar, y se estableció en este municipio de Madrid donde vivían sus amigos: CJ, Sandy, Roberto y Jaime.

Estaba lejos de la familia, pero hablaba mucho con ellos y aparecía por Moaña cada vez que le daba morriña de su gente, y eso era muy a menudo.

Al acordarse de ellos, le dieron ganas de escuchar sus voces. Sabía que estaban a punto de hacer un viaje, uno que él mismo les había regalado por Navidad. En un principio iba a ser un fin de semana en Roma, pero su madre —que siempre estaba en todo y a práctica no la ganaba nadie— decidió cambiar los días por un lunes y un martes; así sus hermanas estarían en el colegio, en las actividades, y no los echarían tanto de menos.

Se tumbó en el sofá y marcó el número.

—Holaaa. —La voz cantarina de la pequeña Inés le hizo sonreír.

—¿Qué haces tú con el móvil de mamá? —No le dio tiempo a contestar cuando escuchó la voz de Lara, seguro que estaba tratando de quitarle el teléfono. También pudo oír la risilla traviesa de Inés. Con lo pequeña que era, sabía manejar mejor que él mismo el teléfono de su madre—. ¡Suelta, enana! —Se confirmaron sus sospechas.

—Es Mateo —le contestó.

—Mateo, por favor, ven a buscarme, sácame de aquí. —Lara había conseguido quitarle el móvil—. ¡Me aburroooo! —Siempre intentaba convencerlo para que se la llevara a vivir con él.

—Hola, Lara. Sabes que eso no es posible, ¿por qué insistes?

—Voy a morirme aquí metida. Es injusto. Pooorfaaa.

—Lara, déjalo ya.

—¿Sabes qué? Os odio a todos, a todos. ¡Me gustaría que desaparecieseis!

—¡Lara, Lara!

—Ya no está —le dijo la pequeña Inés, que, según parecía, había recuperado el móvil.

—Hola, enana. Dile a Lara que coja el teléfono, que quiero hablar con ella.

—Se ha ido.

Suspiró con fuerza, esa niña era muy rebelde.

—¿Qué haces, pequeñaja? —Decidió dejar el tema de Lara y hablar con ella.

—Veo la tele. *Quiego vegtee.* Ven, Mateo, ven. —Le habría encantado decirle que sí, que iría al instante; disfrutaba mucho con su hermana. Ella era su juguete preferido y la verdad, eso le hacía muy feliz. Además, Lara estaba en una edad complicada y a Mateo le gustaba hablar con ella.

—Ay, enana, no puedo. Mati va a ser mamá, no la puedo dejar

solita. Imagina que llega el bebé y no estoy para ayudarla. —Matilde era su empleada, la había contratado con el fin de tener algún que otro día libre, además de poder contar con ayuda en las horas de más afluencia. Estaba en la recta final de su embarazo y no podía dejarla sola, apenas cabía detrás de la barra.

—Jooo. Yo *quiego vegte* —protestó gimoteando.

—Te prometo que iré en cuanto pueda.

—Yo *quiego* hoy. —Escuchó con total claridad cómo hacía un puchero y a él se le rompió el corazón.

—Anda, peque. Dime: ¿qué estás viendo en la tele? —Intentó distraerla, porque, si no lo hacía, terminaría llorando.

—Dibujos… —Entonces comenzó a contarle de qué trataban, incluso cómo eran. Los describió con su voz de pito y su peculiar forma de hablar, comiéndose letras y añadiendo otras. Mientras la escuchaba con atención, sonreía como un tonto. Podría pasarse así horas y horas.

Se tiraron un buen rato charlando.

—Inés, pásame con mamá.

—Esta *agiba*.

—Anda, dile que se ponga.

—¡Mamááá! —Escuchó su grito e instantáneamente retiró el móvil de la oreja, y menos mal que lo hizo, porque casi le dejó sordo. —¡Mateooo *quiegeee hablaaag*!

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —Escuchó al poco rato la voz dulce de su madre, la única mujer que amaba. Cerró los ojos y la imaginó con su pelo rubio corto, sus ojos azules y su sonrisa maravillosa.

—Hola, mamá. Muy bien. ¿Qué tal va ese equipaje? —Quedaba muy poco tiempo para su viaje y, conociéndola, sabía que debía estar planificando al dedillo todos los detalles. Seguro que habría escrito una larga lista de cosas imprescindibles.

—Gracias a tu padre, mal. Es un desastre. Ay, cariño, qué ilusión me hace, voy a disfrutar como una niña. Gracias por este bonito regalo. —Les había comprado uno de esos cofres de experiencias. Sabía que su madre tenía muchísimas ganas de conocer mundo y, como a su padre le costaba un poco moverse de casa, pensó que esa iba a ser la única forma de obligarlo a salir.

—No me las des, solo quiero que disfrutéis y os hagáis muchas fotos.

—¡Yo también *quiego ig*! —escuchó protestar a Inés.

—Tus hermanas se quedan con Margarita —le explicó—. Inés, no dramatices, que son solo un par de días. —Eso se lo estaba diciendo a la pequeña, que seguramente se había puesto pesadita. Podía incluso hasta imaginarla haciendo pucheros.

—Me habría gustado quedarme yo con ellas.

—Lo sé, cariño, pero Mati debe estar ya apunto, ¿no?

—Ya te digo, cualquier día me da el susto.

—¿Qué vas a hacer? Cuando nazca el bebé, pasará unos meses de baja.

—Estoy en ello, he puesto anuncios para buscar una sustituta. Además, no serán solo unos meses. Mati me abandona, dice que quiere cuidar a su hijo. Me deja —suspiró con tristeza.

—Vaya. Espero que la encuentres pronto y que sea tan responsable como Mati.

—Eso espero. Me gustaría ir al aeropuerto a veros, aunque solo sea un momento. —Su avión salía de Barajas. Debido al cambio de fechas, no les había quedado otro remedio, tan solo salían vuelos para Roma desde Madrid.

—Ni se te ocurra. Ya nos veremos un fin de semana que vengas. Además, vamos a llegar con el tiempo justito para tomar el vuelo. —De repente, se escuchó un gran estruendo—. ¡Ay, Dios mío, este hombre! Te voy a dejar, cariño. Tu padre está enredando con las maletas y al final me la lía.

—Vale, mamá. Antes de que os marchéis, llama.

—Claro. Te quiero, Mateo.

—Te quiero, mamá. Dales un besazo a papá y a las enanas.

4

La verdadera amistad resiste el tiempo, la distancia y el silencio.
Isabel Allende

Domingo

Jaime:
Hola a todos menos a una
A qué hora es el partido??

Sandy:

Hola a todos menos a uno 😜
Mateo:
👋Hola a todos
A las 21:30
Roberto:
Hi. Ok
CJ:

Hola. Ok. Nos vemos😍

Estaban en el equipo de veteranos. Entrenaban siempre que podían y, cuando sus agendas les permitían formar equipo, fijaban una fecha, se reunían en la cancha y jugaban un partido de baloncesto contra otro de los equipos de veteranos que estuviese disponible. Como de niños todos habían vivido en el Parque Cataluña, una barriada de Torrejón de Ardoz, lucían los colores del club al que pertenecía: amarillo y negro. Con respecto al equipo contrario, les daban igual sus colores o las edades, simplemente se juntaban para divertirse.

Ese domingo en concreto habían quedado para jugar con otro grupo de amigos que pertenecían a otro barrio de Torrejón. Lo harían en las canchas que habían alquilado en el polideportivo municipal.

Tras una dura jornada de trabajo, Mateo y CJ se habían encontrado en la puerta del Club Deportivo Parque Cataluña. Como siempre, eran los últimos en llegar debido a su trabajo. Siempre quedaban allí, así

iban los dos juntos.

Antes de entrar en el Ford rojo de CJ, Mateo abrió el maletero y dejó su pesada bolsa.

—Buenas noches —lo saludó al entrar.

—Hola. ¿Cómo ha ido la tarde? —Arrancó y se pusieron en camino al polideportivo.

—Agotadora. Muchísima gente, creí que no iba a poder cerrar.

—La verdad es que llegamos un poco tarde.

—Ya, lo siento, tío. ¿Has esperado mucho?

—No, qué va, yo también he tenido un mal día. Según parece, a la gente le ha dado por salir los domingos. Antes los días fuertes eran el sábado y el viernes, pero ahora…

—Ahora lo son todos.

—Pues sí —asintió—. Oye, ¿y tú prima? ¿Cómo le va? No se deja ver por aquí.

—Solo va del trabajo a casa y de casa al trabajo. Le propuse que viniera al partido, así se la presentaba al grupo como es debido. Pero no hay manera, dice que está cansada. Y de ahí no la sacas. Es como su marido, una ermitaña.

—Qué pena, con las ganas que tengo de verla de nuevo. Ya le vale, con todo el tiempo que lleva aquí y no le he visto el pelo. La recuerdo como una enana pesada que cuando venía del pueblo no nos dejaba en paz ni un segundo. —Como se conocían desde la guardería, ambos habían tenido contacto con sus respectivas familias.

—¿Y no recuerdas cómo se pilló por ti la última vez que fuiste a mi pueblo?

—Pues no… —Mateo parpadeó sorprendido—. ¿Se coló por mí?

—Te adoraba, te idolatraba. Le faltó poner un póster de tu cara en su habitación.

—De eso hace siglos. La última vez que la vi tendría unos…

—Quince —lo interrumpió—. Ella tenía quince y tú, veinte.

—¿Cómo me iba a fijar en una cría?

—Pues ella sí que se fijó en ti.

—Hombre, eso es normal, tengo planta.

—Sí, un cactus —dijo con tono burlón.

Como no estaban muy lejos, llegaron al gran aparcamiento del polideportivo en pocos minutos. CJ aparcó, ambos se bajaron y, tras sacar sus bolsas del maletero, encaminaron sus pasos hasta las canchas. Tenían un pequeño paseo, ya que estaban en la otra punta del gran complejo.

—De todas formas, te aseguro que no la reconocerías, ha cambiado un huevo.

—Espero que a mejor. Porque la pobre era bastante feíta.

—Eh, que es mi prima, no te pases.

—Reconócelo, tú también lo pensabas.

—La verdad es que los quince le hicieron mucho daño, pero ahora es un bombón. Eso sí —lo señaló con un dedo inquisidor—, uno al que tú no vas a hincar el diente por nada del mundo, porque te la corto.

—No te preocupes. Las hermanas, primas y demás familia de mis amigos son intocables. Ni se me ocurriría meterme en ese jardín. No sé ni cómo se te ocurre pensar que podría fijarme en ella, jamás me acuesto con mujeres casadas.

—¡¿Perdona?! —le gritó.

—Bueno, quizá, tan solo un par de veces.

—Sí, sí, un par —dijo con tono irónico.

—Nunca te haría eso porque sabes que te quiero, ¿verdad? —Puso morritos e intentó abrazarlo.

—¡Para, para! —Se alejó de un salto—. Eres un baboso. Venga, corre, que nos van a cortar en cachitos. Llegamos muy tarde.

Cuando entraron en el recinto, los jugadores ya estaban calentando. Roberto les gruñó un «hola» demostrando su cabreo. Jaime lanzaba canastas y les tiró el balón. El resto los abuchearon como protesta por su tardanza e incluso se llevaron alguna que otra colleja.

—¡Vale, vale, lo sentimos! —se excusó Mateo, que rápidamente se había colocado las botas con las que jugaba.

—¡Tíos, ya sabéis lo que es trabajar en lo nuestro! —CJ comenzó a estirar—. Sabemos a qué hora entramos, pero no cuándo salimos.

Tras unos minutos de trote, de lanzamientos a canasta y estiramientos, sonó un largo pitido del árbitro indicando que en breve comenzaría el partido.

Los cinco de cada equipo que iban a jugar se desprendieron del chándal y se quedaron con los pantalones cortos y las camisetas del equipo.

Roberto, Jaime, Mateo y CJ fueron los primeros que saltaron a la cancha; junto a otro miembro de su equipo formaban el quinteto inicial. El entrenador siempre los ponía juntos porque hacían un buen equipo. Se sincronizaban muy bien y lograban un buen número de canastas.

—¡VAMOS, PARQUE! —gritaban al unísono Sandy y sus dos amigas, a las que había logrado convencer para que la acompañaran y así animar a los chicos. A esas horas apenas había gente, pero ellas tres, junto con las novias de algunos de los jugadores del equipo, solían hacer muchísimo ruido.

—Tu hermano se ha puesto tremendo. —Sandy dejó de mirar la cancha para clavar sus pupilas en Encarni, que, sentada a su derecha, no dejaba de contemplar la agilidad con la que Jaime se movía. Era uno de los mejores.

—¿Seguro que te refieres a mi hermano?

—Es el número cinco, ¿verdad?

—Sí. Pero yo no creo…

—Normal que tú no lo veas así —intervino Carla, que, sentada al otro lado de Sandy, también se había fijado en Jaime—, eres su hermana. Pero, como mujer con ojos en la cara, pienso como Encar: está muy, pero que muy bueno.

—¡Valeee! —Sandy se tapó los oídos—. Es mi hermanito pequeño, no quiero que lo miréis con ojos de mujer.

—Tarde —soltó Encarni con voz cantarina—. Amiga, en algún momento tienes que rendirte a lo evidente: ya no es un niño.

En esos momentos Jaime metió un triple y las tres amigas se levantaron de los asientos y lo celebraron con gritos de alegría.

—No quiero que crezca —dijo con tristeza. Para Sandy, Jaime siempre sería su hermanito pequeño.

—Pues ya lo ha hecho, y mucho. Tu gran error —señaló Encarni— es que siempre lo has visto como a un hijo, y no lo es: es tu hermano.

—¿Creéis que soy muy dura con él? —preguntó Sandy tras meditar las palabras de sus amigas.

—Te pasas un montón —sentenciaron ambas casi a la vez.

—No lo puedo remediar. Me sale sin pensar, tan solo deseo protegerlo.

Y quedó demostrado cuando, de repente, ese instinto de protección que tenía hacia su hermano saltó al ver cómo un balón le golpeaba la nariz y de esta comenzaba a brotar sangre.

Mateo lanzó el balón fuera de la cancha para que el árbitro pudiera parar el partido y Jaime buscó con la mirada a su hermana. Ella ya estaba de pie, con un paquete de pañuelos y dispuesta a actuar.

—No. Voy yo. —Encarni hizo un gesto con la mano ordenándola que se sentase de nuevo—. Por una vez en tu vida, deja de ser su mamá.

—Pero… —intentó protestar.

—¡Ni peros ni peras! ¡Siéntate! —le gritó Encarni, y tras arrebatarle el paquete de pañuelos, se encaminó hacia la cancha.

Tan solo tardó unos segundos, los precisos para tenderle los clínex.

—Ya no sangra —explicó Encarni en cuanto se acomodó de nuevo en su sitio—. Pero… ¿Se ha peleado Jaime con alguien?

Todas las alarmas saltaron en la cabeza de Sandy.

—¿Por? —interrogó, ansiosa.

—De lejos no se aprecia, pero al acercarme me ha parecido ver que su ojo derecho está hinchado.

—Podría ser consecuencia del balonazo —aportó Carla.

—Sí, podría ser, pero lo raro es que también he visto que su pómulo izquierdo tiene un moratón.

Sandy ya no fue capaz de disfrutar el resto del partido, estaba deseando que terminara para poder acercarse a su hermano y comprobar por ella misma los daños de los que le había hablado Encarni. Necesitaba saber que le había pasado.

Sempiterno

—Menuda paliza nos habéis dado —les decía entre risas uno de los jugadores del otro equipo.

—Enhorabuena, chicos —los felicitó otro.

El ambiente en el vestuario era cordial. En la cancha eran contrincantes, todos querían ganar, pero fuera de ella el compañerismo los ayudaba a apreciar los logros del resto de los jugadores, aunque no fueran de su propio equipo. En esa ocasión el Parque había ganado con un amplio margen y todos lo celebraban.

—Muy bien jugado, chaval. —El entrenador del equipo contrario palmeó la espalda de Jaime, que, recién duchado, se estaba secando—. Eres muy bueno, ¿nunca te has planteado jugar de forma profesional?

—Muchísimas gracias. —Su timidez al hablar con extraños lo hizo ruborizarse—. La verdad es que solo juego para divertirme…

El tema se zanjó cuando CJ propuso en voz alta ir a cenar todos juntos. La mayoría se apuntaron y, junto con el escaso público —que en su mayoría eran novias, hermanas y amigos de los jugadores—, terminaron en una hamburguesería. Eran tantos que tuvieron que juntar unas cuantas mesas.

Sandy intentó acercarse a su hermano varias veces, pero esa noche era el protagonista y todos querían hablar con el mejor marcador del partido. Además, se había sentado junto a uno de los jugadores del equipo contrario y no paraban de charlar; según parecía, habían congeniado.

El rubio reía alguna ocurrencia que a Jaime se le debía haber ocurrido y a Sandy, pendiente en todo momento de su hermano, casi se le descolgó la mandíbula.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Encarni al ver su cara de estupefacción.

—Mira. Mira cómo se ríe el rubio ese… —Lo señaló sin nada de disimulo.

—¿Qué pasa, te gusta?

—Nooo. ¿Qué dices? Estás loca. —Se puso roja, muy roja, y

comenzó a abanicarse con una de sus manos—. Uff, hace calor, ¿verdad?

—Tú estás fatal —dijo sin entender lo desproporcionado de su reacción. Aunque conocía a Sandy y para ciertas cosas, sobre todo las referentes a chicos, era muy tímida—. Anda, dime, ¿qué le pasa al rubito?

—Que se ríe de lo que dice Jaime.

—¿Y?

—Pues que Jaime tiene menos gracia que una figura de escayola.

—Lo que digo: estás fatal. —Encarni puso los ojos en blanco.

—No dejan de hablar… —prosiguió mientras se mordía una uña.

—Se habrán caído bien.

—Imagino. —Continuó con su escrutinio—. Por fin lo suelta, voy a aprovechar —dijo al ver que el rubio se levantaba para ir al baño. Tomó el paquete de tabaco que Encarni había dejado sobre la mesa y se encaminó hacia su hermano—. Jaime, ¿me acompañas? —Le mostró el paquete de tabaco.

—Sabes que no fu…

—Que me acompañes —ordenó entre dientes.

Jaime resopló, se puso de pie y caminó hacia la salida del local, molesto por la interrupción de su hermana. Estaba teniendo una interesante conversación con uno de los miembros del otro equipo; acababa de irse al baño, pero quería estar para cuando volviese.

—¿Qué quieres? —preguntó nada más poner los pies fuera de la hamburguesería. Sabía que lo que solicitaba no era compañía mientras fumaba, puesto que Sandy era de la liga antitabaco, jamás había encendido un cigarro.

Sandy se guardó el tabaco en el bolsillo de sus vaqueros.

—Mírame.

—Te miro. —Se cruzó de brazos y, sin dejar de rechistar, dirigió sus ojos a los de ella.

—Más cerca. —La escasa luz de las farolas no le permitía ver los golpes que Encarni le había descrito.

Jaime dobló las rodillas y colocó su cara frente a la de su hermana.

—¿Así?

Sandy tomó con sus manos la cabeza de su hermano y la movió de un lado para otro.

—¿Y esto? —Señaló un gran moratón en su mejilla izquierda.

—¡Ay! —protestó cuando ella imprimió, con uno de sus dedos, excesiva fuerza en la sombra casi morada que lucía su pómulo.

—¿Y esto otro? —Entonces su dedo señaló su ojo derecho. Con total claridad se apreciaba el párpado algo abultado.

Jaime se movió inquieto hasta que logró soltarse de las garras de Sandy.

—Nada, no es nada.

—Sí que lo es. ¿Con quién te has peleado esta vez?

—Joder, lo dices como si todos los días me estuviera peleando con alguien.

—Todos los días no, pero de vez en cuando… ¡Eres un desastre, hermano! Siempre te estás metiendo en problemas.

—¿De veras? ¿En serio me estás diciendo esto? —Poco a poco la ira se iba apoderando de él.

—Y tan de veras. Un día de estos vamos a tener un disgusto.

—Si supieras lo injusta que estás siendo.

—¿Soy injusta? —Jaime intentó darse la vuelta y entrar de nuevo en la hamburguesería, pero Sandy lo agarró de uno de sus fuertes brazos—. Me encantaría saber por qué piensas que soy injusta. —Moderó el tono al recordar las palabras de sus amigas. En su afán por protegerlo siempre había sido dura con él—. Por favor, hermano, habla conmigo.

—Ya es tarde.

—¿Tarde? ¿Por qué es tarde? Me estás asustando. Haz el favor de contarme ahora mismo qué ha pasado. ¿Por qué y con quién te has peleado?

—No creo que quieras saber la verdad.

—¡Alucino contigo! Pues claro que quiero. ¿Cómo no voy a querer? Eres mi hermano.

—¡No te metas en mi vida, joder! —bramó Jaime tras soltar una risa irónica que la dejó perpleja.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿A qué viene esto?

—¡Viene a que estoy harto de que intentes mangonearme, estoy cansado de que me trates como a un niño! ¡Tú solo ves mis faltas, solo piensas que soy yo el que hace mal las cosas! ¡Estoy cansado de aguantar tus broncas! ¡Estoy cansado de que me saques del grupo, de que me quieras excluir!

El tono iba subiendo y Sandy temió que, alarmados por las voces, sus amigos salieran a ver qué era lo que estaba sucediendo.

—Shhh —le pidió que moderara el volumen—. Te juro que no estoy entendiendo nada.

—Ya…, nunca has entendido nada.

—Pues explícamelo. Yo solo quiero ayudarte —suplicó.

—No te necesito, puedo arreglármelas solo. Como siempre lo he hecho.

¿Por qué era tan duro con ella? ¿Por qué le decía esas cosas? Sandy no entendía nada. Pero se sintió dolida, molesta, y usó la táctica de autodefensa más antigua: un buen ataque.

—Sí, sí, solito. —Usó su mejor tono de burla, con el que consiguió cabrear más a Jaime, quien, para no decir u hacer algo de lo que luego

se pudiera arrepentir, decidió zanjar el tema.

Metió la mano en el bolsillo de su sudadera y, tras sacar de la cartera un par de billetes, con brusquedad tomó una de las manos de Sandy y la obligó a cogerlos.

—Me piro, paga lo mío y despídete por mí de los demás.

Iba a dar el primer paso para largarse cuando Sandy le agarró una mano.

—De eso nada, tú no te mueves de aquí hasta que no me expliques qué es lo que ha pasado. ¿Por qué me dices estas cosas?

Se desprendió del amarre sin dificultad alguna, pero imprimiendo más violencia de la necesaria.

—Abre los ojos de una vez. —Se los señaló con brusquedad.

—¿Cómo?

Jaime se llevó una mano al pelo, miró al cielo con desesperación y, tras un fuerte gruñido de impotencia, le gritó:

—¡Vete a la mierda, Coral!

Y sin más se marchó, dejándola con la boca abierta. Cuando Jaime usaba su verdadero nombre y no su mote, significaba que había rebasado el límite, así que no intentó retenerlo.

—¡Ya hablaré contigo cuando estés más tranquilo! ¡No creas que esto se va a quedar así! —le gritó.

Y él, sin ni siquiera girarse, se limitó a enseñarle el dedo corazón de su mano derecha.

5

El problema no es el problema.
El problema es tu actitud ante el problema. ¿Entiendes?

Jack Sparrow

Sandy entró en la hamburguesería sintiendo como si un puño le apretara el corazón, como si un peso se hubiera instalado en su estómago. Estaba haciendo algo mal, algo fallaba en su relación con Jaime y no lograba saber qué era.

Necesitaba el punto de vista de Roberto, ya que entre ambos existía una estrecha relación. Lo sabía todo de su hermano, secretos que incluso ella desconocía. Así que hacia él encaminó sus pasos.

—¿Me puedes llevar a casa? —le preguntó.

—¿Ya? —Roberto dudó un instante, pero, al ver la mala cara que tenía su amiga, rectificó al instante. Era el único del grupo que sabía el gran secreto que guardaba Jaime. Los había visto salir juntos, así que quizá, por fin, él había dado el paso—. Pago y nos vamos.

—Toma, esto es lo de Jaime. —Le tendió los billetes arrugados. Abrió su bolso y sacó algo de dinero, que Roberto tomó de su mano—. Y esta, mi parte.

No preguntó, no dijo nada; se limitó a ponerse en pie y se acercó a la barra a saldar la cuenta de los tres.

Todos seguían con sus conversaciones, terminando de cenar como si nada hubiera pasado. Incluso sus amigas parecían ajenas a lo sucedido en el exterior, así que se acercó a ellas para despedirse.

—Chicas, me voy.

—¿Estás bien? —Encarni tomó una de sus manos, la tenía fría como un témpano.

—Nos vamos contigo —propuso Carla.

—No, me lleva Roberto. Quedaos y pasadlo bien.

—¿Estás segura? —interrogó Carla.

—Sí, sí, no os preocupéis, estoy bien, de verdad.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Ya, pero necesito…

—Tranquila, lo entendemos. Anda, ve, y ya nos contarás qué ha pasado cuando te sientas con fuerzas. —Encarni señaló a Roberto, que se acababa de despedir de sus amigos y la esperaba en la puerta.

Sandy se despidió de todos y caminó con paso firme hacia la salida.

—¡Perdona! —Una voz profunda le llamó la atención. Cuando se giró, frente a ella estaba ese chico rubio con el que su hermano había estado hablando toda la noche. Se topó con sus ojos azules, profundos, y con una sonrisa que deslumbraba.

—Ho-hola —tartamudeó. Tenerlo tan cerca la puso nerviosa.

—Disculpa. Soy Carlos —le soltó de golpe.

—Sand… Coral. —Había estado a punto de presentarse por su mote, pero en el último momento rectificó.

—Encantado. ¿Te vas?

—Sí. Yo… tengo… irme —¿Qué le pasaba? Parecía boba. Se insultó mentalmente. Que era tímida con los extraños era algo que tenía asumido, pero esa estupidez mental que estaba teniendo con Carlos jamás le había sucedido con nadie.

—Ah, vaya, qué pena. Una cosa… —Se llevó la mano a la nuca. También parecía tímido, y ese simple gesto hizo que el corazón de Sandy latiera a más velocidad de la debida—. Esto… ¿Jaime se ha marchado ya? Te lo pregunto porque, como saliste con él y no ha vuelto a entrar, pues…

—¿Jaime? —Su mente colapsaba. Apenas entendía qué le estaba diciendo, tan solo miraba esos ojos azules y su boca perfecta, de labios gruesos y dientes blancos.

—Sí, Jaime…

—Oh… claro… Jaime… Él se ha ido antes.

—Vaya… Qué pena. Me iba a dar su número…

—¿De teléfono? —En cuanto pronunció la pregunta se sintió más estúpida. «Eres idiota. Si te parece, va a ser su número de pie. Idiota, idiota», se insultó—. Si quieres, te lo doy… Soy su hermana… —¿Se acababa de ofrecer a darle el número de móvil de su hermanito a ese desconocido sin su permiso? Se arrepintió al instante. «Idiota, idiota», se insultó de nuevo.

—¿De verdad? ¿Me harías ese favor?

—Pues…, pues claro.

Y, sin más, el rubio de ojos azules como el mar sacó su teléfono del bolsillo de su vaquero y esperó con paciencia a que el cerebro de Sandy volviera a ponerse en marcha.

—667… —le dictó Sandy sin creerse aún lo que estaba haciendo.

—Pues… muchísimas gracias… Co… Co…

—Coral, me llamo Coral.

—Coral. Gracias.

Ya sentada en el coche, tras insultarse una vez más, por fin reaccionó y con premura le envió un wasap a Jaime.

Sandy:
Acabo de hacer una estupidez

No se quedó mucho rato esperando contestación porque sabía que no la habría, Jaime estaba tan cabreado que seguramente no leería sus mensajes.

—¿Pasa algo? —Roberto, el prudente Roberto, le estaba dejando su espacio. Con paciencia esperaba a que ella empezase a hablar, a contarle qué le pasaba. No había dicho nada cuando la vio mover los labios como si rezara, ni cuando se golpeó con una mano un par de veces la frente, ni siquiera los cinco minutos de reloj que había estado con los ojos muy abiertos, sin apenas pestañear. Pero, al ver cómo sacaba el móvil y cómo tecleaba nerviosa, ya no pudo más. Incluso para él, que era el más contenido del grupo, había sido demasiado.

—¿Crees que soy muy dura con Jaime? —soltó de golpe, y recordó que era la segunda vez que preguntaba eso en voz alta y en el mismo día.

—¿Quieres la verdad o te la maquillo?

—La verdad. —Por eso lo había elegido a él. Roberto era tan sincero que incluso dolía, pero en esos momentos necesitaba su punto de vista.

—Eres la hostia de dura. Lo tratas como si fuese un niño mimado, y no lo es. Creo que no conoces a tu hermano.

—Puede ser. —Sopesó sus palabras—. Hoy…, hoy me ha dicho cosas… —Suspiró con tristeza.

—Imagino. Te habrá pedido que abras los ojos.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Jaime confía mucho en mí, él me lo cuenta todo.

Sandy sintió una fuerte punzada de celos en su corazón.

—¿Sabes por qué a ti no te cuenta nada? —Roberto hurgó más en la herida.

—Porque no confía en mí.

—No, porque tú no lo escuchas. Solo lo ves como a un niño pequeño, como a ese crío llorón que tenías que cuidar porque no tenía a su madre.

—Eres cruel —dijo con los ojos anegados.

—No, Sandy, solo te estoy diciendo la verdad. Y por eso has querido que fuera yo quien te acompañase a casa, porque sabías que iba a ser cien por cien sincero. ¿O no es así?

Sandy asintió.

—Mira, Sandy… No busco hacerte daño, pero soy directo y, como veo que necesitas que alguien te diga la verdad puesto que tú no

quieres verla, te voy a dar un consejo como amigo. —Dudó, sopesó sus palabras; a veces pecaba de duro y Sandy estaba tocada—. Verás… Jaime tiene problemas…

Sus palabras calaron en Sandy como si de repente le hubieran tirado un cubo de agua helada.

—¿Pro-problemas?

—Sí, y muy graves. Yo no soy quién para contártelo, debe ser él, pero como ninguno de los dos hace nada… ¡Joder, me habéis puesto en un aprieto! —gritó de pronto el contenido Roberto, y eso la asustó mucho más, porque, si él se ponía así, la cosa pintaba muy mal.

—Por favor…, por favor, Ro…

—Habla con tu padre, Sandy…

—¿Cómo?

—No pienso decirte nada más, tan solo habla con tu padre cuando llegues a casa. Pregúntale…

Sempiterno

—¿Papá? —Tan solo pudo distinguir su silueta—. ¿Papá?

Sandy había subido las escaleras hasta su casa con el corazón acelerado. Le temblaron las manos mientras buscaba la llave en su bolso, apenas atinó con la cerradura y recorrió apresuradamente los pocos pasos que separaban la entrada del salón chocando con algunos de los muebles, pues la casa estaba sumida en la total oscuridad. No fue hasta que sus ojos se adaptaron a las penumbras que no reparó en su padre. Estaba muy quieto, inmóvil.

—Papá. ¿Qué ha pasado? —Se arrodilló frente a la butaca que Samuel ocupaba—. ¡Papá! —le gritó, puesto que él no reaccionaba.

—Coral. —Por fin reparó en ella y tocó una de sus mejillas con cariño—. ¿Has cenado?

Desesperada, se puso de pie y encendió la luz.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó una mano a la boca y contempló estupefacta el salón—. Pero…, pero… ¿qué ha pasado?

Todo estaba revuelto, sillas, libros, marcos de fotos tirados por el suelo y…

—¡Sangre! —gritó cuando se acercó a una mancha, ya seca, que resaltaba sobre la tarima—. ¡¿QUÉ HA PASADO?! —gritó, asustada.

Samuel se puso de pie, caminó hasta su hija y la abrazó.

—Lo siento, Coral, lo siento mucho. —¿Estaba llorando? Sí, lo

estaba.

—Me estás asustando. —Intentó separarse del cuerpo cálido de su padre, pero él no lo permitía—. Papá, por favor, por favor.

De repente la soltó, se limpió la cara con las manos y enfrentó su mirada.

—¿Jaime? ¿Dónde está mi hermano? —Sandy había visto algo en sus ojos que le decía que ese era el problema. Además, Roberto había sido claro: «Pregúntale a tu padre»—. ¿Papá? ¿Qué ha pasado?

—Jaime se ha ido. —Y, sin más, de nuevo se dejó caer sobre el sofá.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Ido a dónde? ¿A dónde?

—Vino esta tarde, nos peleamos y se fue. Desde entonces no ha vuelto por casa.

Sandy se acomodó a su lado, las piernas le temblaban. Así que había sido con su padre con el que se había peleado, por eso tenía el pómulo y el ojo amoratados. Con premura lo escrutó, buscó alguna señal de la lucha, pero estaba intacto.

—Le has pegado, pero él a ti…

—No, él no me ha tocado. Nunca lo hace…

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con «nunca»? ¿Le has pegado más veces?

—No… Yo no… —contestó, nervioso—. Solo ha sido esta vez. ¡No puedo consentir…! —De repente cerró la boca y tomó a su hija por los hombros—. Coral, no soy un maltratador, yo no…

—Ya, ya, lo sé. —Su padre siempre había sido dulce, amoroso.

—Tan solo me sacó de mis casillas y todo se descontroló…

—¿Por qué hay sangre? —Señaló la mancha—. ¿Por qué hay sangre?

—No lo sé, te lo juro. Él se fue, no pude ver…

—No pudiste ver los daños —completó la frase.

—No.

Sandy se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—¡Coral! —le gritó Samuel—. ¿A dónde vas?

—A buscar a mi hermano.

Mientras bajaba las escaleras a la carrera, llamó a Roberto.

—¿Dónde está? —preguntó en cuanto él descolgó.

—En mi casa.

—Voy para allá.

No hubo un adiós ni una sola palabra más, ambos colgaron a la vez.

El taxi la dejó justo a la entrada del portal donde Roberto vivía desde hacía dos años. Corrió hasta situarse delante del telefonillo, pero no le hizo falta llamar: un vecino salía en ese instante y, al verla tan apurada, le dio paso.

Tres tramos de escaleras la separaban de su hermano, tres tramos que subió a la carrera. No tenía tiempo de coger el ascensor, y eso que en esos momentos se encontraba en la planta baja, pero no tenía paciencia para pulsar el botón, para esperar encajada en un pequeño habitáculo.

No estaba en forma, así que llegó sofocada. «Ya recuperaré el aliento», se dijo mientras intentaba que entrase en sus pulmones más oxígeno.

Tocó con los nudillos y la puerta se abrió al instante.

—¿Dónde está? —No se saludaron.

—En la habitación de Quique.

No esperó a que le diera paso; entró y se encaminó hacia el pequeño cuarto donde dormía Quique cuando estaba en casa. Como conocía las costumbres de Roberto, sabía que los domingos cuando tenían partido él no estaba, y eso le aportaba más tranquilidad. Seguramente las cosas se iban a poner complicadas y la discusión que en breve iba a tener con su hermano subiría mucho de tono.

Abrió sin ni siquiera avisar. El cuarto estaba oscuro, casi tanto como lo había estado el salón de su casa.

Él no se movió, parecía estar muy dormido. Pero le dio igual, había ido hasta allí para encontrar respuestas y nada la iba a parar. Sin miramientos, encendió la luz y tiró de la manta que lo cubría hasta destaparlo.

—Pero ¿qué coño…? —Un somnoliento Jaime se incorporó asustado. Se restregó la cara con las manos intentando ubicarse, recuperarse. En ese momento no sabía ni dónde estaba.

—¡Levántate! —le gritó.

—¿Estás loca? ¿Pero…?

—¡He dicho que te levantes! —No esperó a que la obedeciera y tiró de uno de sus brazos en un infructuoso intento de obligarlo a ponerse de pie.

—¡Joder, para! Te vas a hacer daño. —Jaime finalmente obedeció: se puso de pie y se colocó frente a ella con un rápido movimiento—. Ya estoy levantado, ahora dime qué quieres y vete. Estoy cansado.

Sandy lo escrutó, analizó su aspecto. Llevaba una camiseta de algodón y un pantalón viejo de chándal. Allí, de pie, con los brazos cruzados y las piernas separadas, imponía y mucho, pero a ella no. A ella, su metro noventa de puro músculo no le daba miedo.

—Pero…, pero ¿qué haces? —protestó, molesto, cuando Sandy lo pilló desprevenido y levantó su camiseta tirando del bajo.

—¿Dónde está? —Jaime intentaba escapar de sus manos, pero ella era muy ágil y rápida.

—¿Dónde está el qué?

Por fin desistió, puso los brazos en jarras y le gritó:

—¡He visto la sangre! ¡Quiero saber de dónde salió!

Jaime suspiró con fuerza. Su mirada se llenó de pena cuando fueron sus propias manos las que levantaron la camiseta y le mostró el esparadrapo que cubría la herida.

—Quiero verla… —susurró Sandy con lágrimas en los ojos.

Se quitó el apósito y ella contempló horrorizada una pequeña costura.

—¿Cómo…, cómo te…?

—Me caí sobre un cristal y…

Sandy cerró los ojos, ya había visto demasiado.

Se sentó en la cama revuelta, las rodillas ya no la sostenían.

—¿Por qué te pegó?

Jaime se acomodó a su lado.

—¿Crees que puede haber algún motivo, que puede existir alguna razón?

Sandy lo miró a los ojos, los de él expresaban tanta tristeza que su corazón se encogió un poquito más. Negó, negó con vehemencia. Se acababa de dar cuenta de que su pregunta no tenía ningún sentido. Nunca, jamás, podría existir un motivo para la violencia.

—Discutimos por… —Meditó sus palabras, las que le diría a su hermana. ¿Hasta dónde podría ser sincero con ella?—. Coral —Jaime se colocó de tal manera que podía tenerla de frente—, a partir de hoy mi vida va a cambiar. Me voy de casa —explicó tras decidir que empezar por uno de los problemas, por el más sencillo, era lo mejor. El resto llegarían más tarde.

—¿Cómo? ¡No, no, no! —Movía la cabeza negando con desesperación. Le resultaba insoportable la idea de no verlo por casa —. Estoy segura de que papá está arrepentido, te pedirá perdón y volveremos a estar bien…

—Coral. —Tomó sus mejillas entre las manos—. Lo tengo decidido desde hace tiempo, esto que ha ocurrido no ha tenido nada que ver. He alquilado un apartamento chiquitito…

—¿Dónde?

—Cerca de aquí. Me dan las llaves el viernes, hasta entonces me quedaré con Roberto. Además… Además, tengo un nuevo trabajo.

—Pero…, pero ¿por qué…?

—No soy el hijo perfecto que papá desea. Me niego a vivir como a él le gustaría que lo hiciera simplemente porque se cree con el derecho de mangonear todo mi mundo. ¡Es mi vida, no la suya! Necesito ser libre porque me ahogo. Quiero trabajar en algo que me guste sin tener que estar dando explicaciones y lo he encontrado.

Sandy lo entendía a la perfección, porque ella también se había acomodado, había dejado pasar sus sueños y se había conformado con un trabajo que no le gustaba nada.

—¿Dó-dónde?

—Phoenix Donerfiel me ha contratado. Voy a trabajar con el mejor fotógrafo del mundo. Voy a ser su ayudante. —Una maravillosa sonrisa se dibujó en su boca.

—¡Oh, Dios mío! —La dicha que Jaime sentía en esos momentos le llegaba a ella a raudales. Lo demás dejó de tener importancia—. Es una gran noticia.

—Lo es, hermana. Es por lo que he luchado toda mi vida y lo he conseguido. Junto a Phoenix aprenderé un huevo, y con el tiempo podré tener mi propio estudio.

Sandy asintió.

—Entonces, debes hacerlo. Tienes que hacerlo sin importar nada más —lo alentó.

A esas alturas de la conversación ambos habían hecho las paces. Siempre las hacían, el lazo que los unía estaba tan apretado que ninguna discusión, ningún enfado podría deshacerlo. A pesar de que Sandy solía ponérselo muy difícil con su afán de protegerlo, para Jaime ella era todo su mundo.

Esa vez, Jaime fue quien dio el primer paso: tiró del pequeño cuerpo de Sandy y la abrazó.

—Papá no quería dejarte ir, ¿verdad? —Apoyó la cabeza en el pecho de su hermano. Jaime se encogió de hombros y no hubo más contestación.

De repente, ella se separó y sus ojos se tiñeron de ira.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Eres un inconsciente!

—¿A qué viene…?

—Has jugado al baloncesto con esa costura —lo interrumpió—. Te podrían haber dado un golpe. ¿Y si se hubiera vuelto a abrir? ¡Lo tuyo no es normal!

—Bah, esto no es nada —le quitó importancia.

—¡¿Que no es nada?!

—No, no lo es —sentenció, y tiró de nuevo de su cuerpo para abrazarla imprimiendo más fuerza aún.

Así estuvieron por un largo espacio de tiempo, hasta que Jaime rompió el silencio con una pregunta que de repente le había venido a la cabeza:

—¿Qué estupidez has hecho, hermana? —Sandy se separó, se acomodó y lo miró sin entender a qué se refería—. Me has puesto un wasap diciendo que habías hecho una estupidez —le recordó.

—Ah, eso… Bueno, yo… le he dado tu número de teléfono al rubiales ese, el del otro equipo…

—¿Te refieres a Carlos?

—Sí. —Se encogió de hombros—. No te enfadas, ¿verdad?

—¿Por qué tendría que enfadarme?

—Porque no te pedí permiso. Pero en mi defensa te diré que esos ojos que tiene me nublaron la razón.

Jaime comenzó a reír a carcajadas.

—No me digas que un hombre ha hecho latir el duro corazón de la Dama de Hierro.

Sandy le dio un fuerte manotazo en el hombro.

—¡Ay! —protestó Jaime.

—¡Te he dicho muchas veces que no me llames así! Ya tengo bastante con que todos me llaméis Sandy —protestó, enfurruñada—. Además, ese tal Carlos no ha hecho nada para que mi corazón…

—No mientas, hermana. Te ha gustado, te brillan los ojos.

—¡No me ha gustado!

—Sí, lo ha hecho —canturreó, y se ganó otro manotazo, solo que esa vez en la cabeza—. ¡Deja de pegarme!

—¡Y tú deja de decir sandeces!

Intentó tomarla de nuevo entre sus brazos, pero ella se escabulló.

—No pasa nada por reconocer que un chico te gusta —dijo entre carcajada y carcajada—. Además, tienes tus motes bien ganados.

—No voy a reconocer que Carlos me gusta, porque no me gusta. Además, no lo conozco. En cuanto a los motes, entiendo el de Sandy, lo acepto e incluso ya me he acostumbrado, pero ¿Dama de Hierro? Ese no.

—Hermana —de repente, se puso muy serio—, deja de huir, deja que alguien entre en tu coraza.

—Lo haré cuando aparezca el hombre adecuado.

—¿Seguro? —Elevó las cejas alternativamente.

—Segurísimo.

Jaime soltó un fuerte suspiro. Se tumbó en la cama, colocó los brazos bajo la cabeza y cerró los ojos.

—Procura que no sea Carlos quien derrita ese corazón.

—¿Por?

—Porque no es el apropiado. Hazme caso.

6

Si llega el día en que no podamos estar juntos, guárdame en tu corazón. Ahí estaré por siempre.

Winnie the Pooh

Lunes

Acababa de aparcar el coche frente a la casa de su amigo CJ cuando sonó su móvil. Lo miró. La notificación indicaba que tenía un wasap y, al leerlo, le dio un ataque de risa. Siempre le sucedía cuando el dueño de los mensajes era su padre «dedos torpes».

Papá:

Hola, Mateo. 😜

Mateo:

Hola, viajero. 😍

Papá:

No te rías de tu podre pabre. 😡

No daba ni una. Sus dedos, gordos como morcillas de Burgos, hacían que sin querer diera a las teclas incorrectas o que, sencillamente, usara las que no debía.

Mateo:
Cómo va eso, padre?

Papá:
Geniel. Estamos en el airopurto. Tu madre está como loca, no me dej ni respirare. 😰

«¡La leche, esto es la leche! No puedo parar de reír», pensó Mateo.

Mateo:
Qué tal el viaje hasta Madrid?

Papá:

Tranquilo, no mucho coche

Mateo:

Estás ilusionado?

Le gustaba picarlo. Sabía que seguramente estaba pensando en su sofá, su partido y su cervecita, cosas que no podría hacer y le hacían feliz.

Papá:

Como un nino, no te jde. Hijo, te voy a dar un concejo: nunca te casete con una mujer más joven que tú.

Yo quiero much a tu madre, pero su energiae me vuelve locoo

Hizo alusión a la gran diferencia de edad que existía entre su padre y su madre, y Mateo era consciente de que siempre lo hacía con la boca pequeña. Fernando adoraba a su mujer, no se arrepentía de nada. La quería tanto que, incluso odiando viajar, había aceptado ir a Roma, pues a ella le hacía muy feliz.

Mateo:

Por eso no te preocupes, no pienso casarme nunca.

Papá:

- Eso no te lo creees nu tú.
- Te dej que tu madre me mira mal.

Mateo:

Habéis llegado con mucho tiempo. Con dos horas antes hubiera valido

Papá:

Ya, pero a tu madre le iba a dar algo
si no salíamos com muuuch tempo

Mateo:

Podría ir a veros

Papá:

No, no, déjate. Lo que me falt: aguan a tu mardre
todo el camino llorando

Y así era siempre que se separaban.

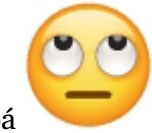
Mateo:

Vale, vale, pero a la vuelta nos vemos sí o sí

Buen viaje, papá . Disfruta mucho y ojo con lo que hacéis

No se os olvide llamar cuando lleguéis

Papá:

Ok, papá 

Mateo:

Ja, eres la caña

Se guardó el móvil en el bolsillo de su cazadora y se bajó del coche con una gran sonrisa dibujada en la boca. Era el efecto inmediato que le provocaba charlar con su padre «dedos torpes» por WhatsApp.

CJ vivía en el Parque Cataluña, en un residencial de bloques enormes.

Subió a la carrera las escaleras que lo llevarían al portal y, tras llamar al telefonillo, entró.

Ya dentro del ascensor, pulsó el piso doce y se armó de paciencia. Ese trasto era tan lento como una tortuga, tanto que le dio tiempo a actualizar su estado en Facebook. Entre todas sus fotos, buscó una en especial. En ella estaban sus padres, sus dos tesoros y él. Era de un verano en el que fueron a la playa. Se les veía tirados en la arena: Inés, rebozada como una croqueta; Lara, riendo a carcajadas, pues la culpa de que la enana estuviera así había sido suya; y sus padres, mirando a ambas con una sonrisa en la boca. «¡Qué verano más bonito pasamos!», pensó mientras pasaba un dedo por la pantalla.

«Feliz viaje, os quiero», escribió, y los etiquetó. Seguro que en cuanto se bajasen del avión su padre, que estaba muy enganchado a las redes sociales, lo vería. Sonrió al imaginarlo, pondría algún comentario y se lo mostraría a su madre.

Cuando llegó a casa de CJ, este lo recibió con un «Bro» y un fuerte abrazo.

—¿*Pizza*? —le preguntó.

Mateo se limitó a asentir encantado y, sin esperar a que se sentara, llamó y encargó dos de las más grandes.

De pronto, el móvil de Mateo sonó. Lo sacó del bolsillo de su vaquero y, al ver el nombre, acompañado de una bonita foto de quien lo llamaba, el corazón casi se le salió del pecho.

—Mati, Mati, ¿qué pasa? ¿Ya viene? —dijo entre resuellos, y comenzó a hiperventilar. Su mente viajaba a mil por hora. Un millón de cosas pasaron por su cabeza.

«¡Mierda, tengo que ir al hospital! Pediré un taxi. Así, con los nervios, no puedo conducir».

Sus ojos permanecían clavados en CJ, que no entendía nada.

—Eres imbécil, ¡Mati está de parto! —le explicó mientras tapaba

con una mano el móvil.

—Tranquilo, jefe, aún tengo a mi bebé dentro de mi barriga. No te llamo por eso. —Sus palabras fueron como un chute de un fuerte relajante, y suspiró tranquilo.

—Falsa alarma —le dijo a CJ, que ya se estaba calzando para salir a la carrera.

—Joder, qué susto me has dado.

—Mira que eres dramático —concluyó Mati entre risas.

—Ve al grano, que estoy en casa de CJ y en breve nos van a traer dos *pizzas*.

—Vale, vale, don gruñón. No seré yo la causante de que no te «coman» tu pepperoni calentita —declaró con tono irónico, pues pensaba que era todo un engaño y que su jefe en realidad estaba con una de sus conquistas. Era lo que tenía su fama de ligón. Mateo no quiso sacarla de su error. Le hizo gracia que, para una vez que decía la verdad, no le creyera—. Te llamaba para decirte que ya tenemos camarero. ¡Yupiiiiii! —gritó entusiasmada—. ¿No te parece genial?

—¿Cómo? ¿Cómo que ya tenemos…?

—Hale, jefe, sigue con tu picha. Uy, perdón, *pizza* —lo interrumpió.

—Anda, me ha colgado —le transmitió a CJ, pues presentía que tenía cara de lelo.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues, según parece, tengo una nueva empleada —dijo Mateo, que ni siquiera había prestado atención a lo que le había dicho Mati, asumiendo que su nuevo empleado iba a ser una mujer y no un hombre.

—Mati es la hostia.

—Sí, sí, la hostia —le dijo muy poco convencido.

—Me recuerda a mí. —Se carcajeó.

—¿Por?

—Yo también lie a mi jefe para que contratase a mi prima. Porque Mati está casada, si no, le tiraría la caña.

—De eso nada, ni casada ni pollas. Mati es como mi hermana, y eso es sagrado.

—Vale, vale. Era broma. Anda, no te quejes, piensa en el trabajo que te ha ahorrado. Llevas días y días quejándote por las entrevistas que tenías planificadas. Además, si la hubieras escogido tú, lo habrías hecho con la otra cabeza y luego pasa lo que pasa…

—Visto así, tienes razón. —A su mente regresó esa clienta que había perdido por un calentón—. Pero, joder, me hubiera gustado opinar, al fin y al cabo, yo soy el que paga.

—Eso mismo dijo Álex. —De nuevo, se carcajeó—. Eres un gruñón, deja de quejarte y pon la peli.

Por fin llegaron las *pizzas*. Se las comieron enteritas, no quedó ni una miga. El resto del tiempo lo pasaron devorando guarrerías varias de esas que tienen muchas calorías —de hecho, terminaron con todas las existencias de CJ— y disfrutando de su sesión de cine de acción.

—¿Te apetece algo dulce?

Después de las *pizzas*, tres cervezas, Cheetos, Fritos y palomitas, algún hueco les quedaba en el estómago, y más si era para degustar el delicioso bizcocho de chocolate que la tía de CJ le mandaba tanto a Montaña como a él.

—Babeo solo de pensarlo —expresó Mateo, poniendo los ojos en blanco.

—Eso sí, prepárate para una sesión intensa de gimnasio. —CJ se levantó del sofá y fue a por él a la cocina.

—Es lo que tiene: tarde de guarrerías, semana de entrenamiento a tope. Que luego no encestamos ni una. Bueno, la verdad es que tú no encestas nunca. —Se carcajeó y recibió la mirada reprobatoria de CJ.

El baloncesto era otra de las cosas que unía a los amigos. De pequeños, sus padres les habían apuntado al mismo equipo, y nunca lo habían dejado. Eran bastante malos, pero se lo pasaban muy bien y era otra buena excusa para juntarse.

Mateo salió de Netflix y se dedicó a apretar el botón del mando a distancia que le llevaba de una cadena a otra. Era la hora de las noticias y en todas las emisoras hablaban de lo mal que estaba el mundo.

No hizo mucho caso a nada, pero una noticia en especial llamó su atención. Subió el volumen, soltó el mando sobre la mesa y escuchó, atento.

—*Terrible accidente en el aeropuerto de Barajas. Ha tenido lugar segundos después de que el avión se elevara.*

»*Tras despegar las ruedas de la pista, el aparato ha girado bruscamente. Esta extraña maniobra ha provocado la pérdida de velocidad y, sin esta, el avión no ha sido capaz de mantener altitud, estrellándose contra el suelo…*

Su aliento se congeló. Lo que mostraba la televisión eran imágenes del aeropuerto de Barajas.

—¿Qué ha pasado? —interrogó CJ, que depositó sobre la mesa las dos gigantescas porciones de bizcocho.

Mateo negó con la cabeza, pues no era capaz de articular palabra porque en ese preciso instante, bajo la foto del avión siniestrado, contempló con pavor el destino y el número del vuelo que había sufrido el accidente.

—Ese era el vuelo de mis padres —acertó por fin a decir mientras sentía cómo un puño oprimía su corazón y un invisible dedo helado recorría su espina dorsal provocando que, por donde pasaba, su piel se

congelase.

El resto de lo que aconteció lo vivió como si una neblina lo envolviera de pies a cabeza. CJ reaccionó al instante y llamó a Roberto. Este se puso en contacto con Sandy y Jaime, y juntos se fueron al aeropuerto.

Los periodistas los asaltaron según caminaban por el largo pasillo que los llevaba hasta la sala donde habían convocado a los familiares de los pasajeros.

Los amigos de Mateo lo cubrían y lo arropaban, escoltándolo de tal manera que ninguno de ellos llegó a tocarlo.

Cuando entraron en una gran sala y la puerta se cerró dejando a los medios de comunicación fuera, contempló con pavor las caras de todas esas personas con las que se sentía terriblemente unido. Sin conocerse de nada, estaban viviendo el momento más horrible de sus vidas y que marcaría el resto de su existencia.

Había llantos, caras de preocupación… Se miraban entre ellos, desubicados, esperando un milagro, deseando que todo fuese tan solo un error o quizá una pesadilla de la que podrían despertar. La mente humana es el órgano más increíble, se protege, y la de toda esa gente luchaba por omitir la verdad, por intentar sumergirse en la fantasía. Por supuesto, sabían que, cuando la puerta que los separaba del resto del mundo se abriese, quien entrase por ella lo haría para comunicarles que todos los pasajeros del vuelo 5022 habían fallecido; pero no querían aceptarlo, no podían aceptarlo. No podían hacerlo, porque entonces su mundo, su vida, explotaría rompiéndolos en mil pedazos.

Mateo se apoyaba en sus amigos, que lo rodeaban, lo arropaban y le daban el calor que necesitaba en esos duros momentos.

Por fin, la puerta, esa puerta del infierno, se abrió. Quien entró por ella fue un hombre con semblante muy serio; tras él, un grupo de personas, médicos algunos de ellos y psicólogos.

—Lamento comunicarles… —Mateo no fue capaz de escuchar nada más. Se negaba a oír sus palabras. No le importaba lo que ese hombre les tenía que decir, le daba igual que lo lamentase, que hubiera sido un fallo del piloto o del avión, todo le da lo mismo.

«¡Quiero a mis padres! ¡Quiero que esto sea un mal sueño!», gritaba su mente.

Una mujer se desmayó y la atendieron con rapidez. Mateo lo contempló como si fuese una película, como si él no fuera el protagonista de esa macabra broma del destino.

De repente, su mente regresó a la sala y comenzó a prestar atención a las palabras de ese hombre cuyo nombre o cargo desconocía, aunque él se había presentado nada más llegar. Enumeró los nombres de los pasajeros como si estuviera diciendo la lista de la

compra. Los ojos de Mateo se movían por la sala, escuchaba con atención y contemplaba, roto de dolor, cómo con cada nombre se oían más sollozos y llantos. Pero el mazazo, el golpe más fuerte, le llegó cuando los nombres de sus padres resonaron en la sala.

Su boca se abrió y se cerró sin control, el aire abandonó sus pulmones y las rodillas se le doblaron. Sus amigos lograron sujetarlo. Si no hubiera sido por ellos, habría caído al suelo como un fardo pesado, como si de repente a su cuerpo le hubieran extirpado todo el esqueleto y tan solo le quedara su traje de piel, insuficiente para mantenerse en pie.

Perdió el sentido del tiempo, ya no sabía si habían pasado unos minutos o si habían sido horas. Estaba perdido, su mente flotaba, flotaba porque intentaba ayudarlo a superar el *shock*.

Terminaron sentados en el suelo. Sandy, a su costado derecho, lo abrazaba con cariño. La contempló: lloraba, pero él se sentía ajeno a todo.

—¿Debería llorar? —interrogó en voz alta, y Roberto colocó una de sus manos sobre la rodilla que permanecía apoyada junto a la suya.

—Deberías sacarlo todo.

Su atención se centró en él.

—Estás llorando —afirmó, y tocó una de las pequeñas gotas que mojaban las mejillas de Roberto—. Si Sandy, Jaime, CJ y toda esa gente que llena la sala están llorando, ¿por qué yo no puedo hacerlo? ¿Qué me pasa?

Desesperado, apoyó la cabeza sobre la pared que sujetaba su espalda, que le impedía terminar tendido sobre el suelo, y cerró los ojos. Su mente se llenó con imágenes de la conversación con su padre en WhatsApp.

—Dedos torpes —dijo en voz alta, y una sonrisa se dibujó en la boca—. Él y sus dedazos.

De repente, abrió los ojos y, mirando hacia todos lados, comenzó a negar:

—No, no. No puede ser cierto, hace nada he hablado con mi padre por WhatsApp —explicó a sus amigos con la voz quebrada, como si unos mensajes escritos en un móvil fueran suficiente excusa para suponer que todo era solo una pesadilla—. Me he reído de cómo sus dedos regordetes pulsaban mal las teclas táctiles de su Samsung y ahora…, ahora ese tipo llega y me dice que no está, que no va a estar nunca más. Absurdo, ilógico, me niego, me niego…

Roberto intentó abrazarlo, consolarlo, pero Mateo no se lo permitió, no quería aceptar la verdad.

—¡¿Qué hago?! Y… ¿ahora, ahora…? ¡¿Qué hago?! —gritó, desesperado.

Su cabeza era un hervidero de imágenes, de pensamientos que se

mezclaban y verbalizaba sin darse cuenta.

Su cuerpo protestaba, temblaba, convulsionaba como si hubiera recibido una potente descarga eléctrica.

—Esta mierda duele, duele físicamente. Tengo frío, mucho frío. —Uno de los psicólogos se acercó a él y colocó sobre sus hombros una suave manta, a la que Mateo se abrazó como si fuera un salvavidas.

—Gracias —balbuceó—. Necesito ayuda. ¡Joder! Quiero llorar, lo necesito, pero no puedo. Por más que pestañeo, que me esfuerzo, mis lagrimales están secos. Esto no es normal, ¿verdad? Debería llorar como un crío. ¿Por qué no lo hago? —le preguntó, desesperado.

7

Vendré como la lluvia, vendré como la primera nevada. Le rogaré a Dios que al menos me permita eso… Te amo.

Goblin (K-drama)

Ese veinte de enero se quebró su alma, se rompió su corazón. Era totalmente consciente de que su vida se iba a transformar de tal forma que no la reconocería, ya nunca llegaría a reconocerla, ni a ella ni a sí mismo.

A partir de ese veinte de enero empezaba el primer día del resto de su vida y estaba perdido. Mateo, el tío despreocupado, ese que echaba un polvo cuando le apetecía, con quien le apetecía y donde le daba la gama, había muerto en ese aeropuerto. Mateo, el tipo alegre, bromista, ese al que le encantaba ir de fiesta, emborracharse, viajar, ese que nunca se planteaba tener ataduras, ni siquiera cuidar de una planta, pues no quería ningún tipo de responsabilidad, ese Mateo se había esfumado en esa pista con sus padres.

Ni siquiera pudo llorar, no pudo hacer lo que su cuerpo ansiaba. No pudo encerrarse en sí mismo, aislarse, dejar que sus heridas se cerraran a solas, porque tenía que tomar el mando, dejar a un lado su pena y hacerse cargo de todo. Ya no estaban ni mamá ni papá para hacerlo ellos, para ayudarlo, para dejarles el marrón como siempre había hecho. Ahora era el cabeza de familia, con la responsabilidad de cuidar y ayudar a crecer felices a dos niñas, a sus hermanas.

Todos sus pensamientos, tras salir de esa sala del aeropuerto, estaban puestos en Inés y Lara. ¿Cómo se lo iba a decir? ¿Qué harían a partir de ese día? ¡Joder, ni siquiera tenía tiempo para derrumbarse!

—Debo ir a Moaña. —Sentado con sus amigos, juntos, como siempre, como debe ser, tomó esa decisión. Llevaban un buen rato en silencio, lo que acababa de vivir había sido muy duro y difícil. Despedirse de ellos lo había roto un poco más—. No puedo demorarlo más, la vida sigue y mis hermanas son mi prioridad, me necesitan. —Hasta el momento, habían estado con Margarita. Mateo agilizó los trámites todo lo que pudo porque no quería demorar el viaje. Ellas no

sabían nada, debía ser él quien se lo dijera.

Con toda seguridad, iba a ser muy duro, pero Mateo había madurado en esos días más que en todos sus años de vida.

El recuerdo de las caritas de sus hermanas cuando les dio la noticia se quedaría grabado en su memoria para el resto de sus días.

La pequeña Inés no entendió muy bien lo que sucedía, pero Lara se derrumbó, se aisló y no quiso recibir consuelo de nadie. Si lloró para desahogarse, solo ella lo sabía, porque nadie la vio.

Se trasladaron a Torrejón de manera casi inmediata. Mateo pensó que quizá la rutina las ayudaría a aprender a vivir sin ellos. Pero cada día pesaba más.

Un nuevo instituto para Lara, un nuevo colegio para Inés y retomar su trabajo en la cafetería supusieron un agotador paso.

Las noches de Inés se llenaron de pesadillas, lloraba, los llamaba a gritos y Mateo solo podía acunarla, abrazarla e intentar darle consuelo. Y, mientras, Lara no se lo ponía fácil, no lo ayudaba en nada. Enfadada con el mundo, pero sobre todo y de manera injusta con él, se aislaba. No le dirigía la palabra, tan solo lo hacía para hablarle de manera déspota, para exigirle las cosas que quería o para intentar malmeter y enfrentarlo con Inés.

Cada día era una tortura, pero las noches lo eran más aún. Nunca lograba consolar a Inés, que, finalmente, se dormía agotada de tanto llorar. Nada había sido efectivo hasta esa noche, esa en la que se le ocurrió contarle un cuento.

Inés se despertó, como siempre lo hacía, gritando, llorando aterrada y Mateo corrió hasta su habitación.

—Shh, shh, no llores más. —La tomó entre sus brazos y la acunó con cariño.

—*Quiego* que vuelvan —susurró Inés entre hipidos.

—Lo sé, lo sé. —Con paso seguro, la llevó hasta la ventana—. Mira —le dijo tras secar sus regordetas mejillas—. Mira qué bonito está el cielo. Mira cómo brilla esa estrella.

—¿Esa? —La pequeña la señaló, era una de las más bonitas.

—Sí, esa. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Síííí —respondió, entusiasmada.

—Pero solo lo haré si dejas de llorar.

Inés asintió con efusividad. Le encantaban los cuentos, sobre todo los que él narraba, porque ponía las voces de los personajes e interpretaba las escenas, y entonces Inés podía vivirlos, como si se metiera dentro de la historia.

Él tomó una silla, la acercó a la ventana y sentó a Inés sobre sus rodillas. Ambos contemplaron el cielo, en particular, esa estrella que resaltaba sobre todas las demás. Con voz suave, comenzó a narrar el cuento que había creado para que una niña tan pequeña como Inés

entendiera lo que era perder a alguien para siempre:

—¿Cómo se titula? —preguntó.

Mamá Estrella

Había una vez una niña que cada noche contemplaba una estrella, la más bonita, la que más brillaba. Como no tenía mamá, también cada noche le pedía al cielo que le bajara la estrella para que cuidase de ella.

—¿Y *pog* qué no tenía mamá? ¿Y dónde vivía? —lo interrogó Inés.

—¿Recuerdas cuando te conté lo que era un orfanato?

—Sí, un sitio donde viven niños que no tienen ni mamá ni papá. El sitio donde *Laga* y yo…

—¡No! —La interrumpió con tanta brusquedad que Inés pegó un bote. Intentó tranquilizarse, estaba asustándola; así que le sonrió y acarició su cabello. ¿Cómo una cría tan pequeña podía intuir algo así? —. Jamás lo hubiera permitido. —Carraspeó para deshacerse del nudo que tenía en la garganta, que llegados a ese punto se le había instalado fuerte y apretado—. «Ese niño vivía en un orfanato» —continuó con la historia intentando obviar el dolor que oprimía su corazón.

—¿Qué le pasó a su mamá?

—No tenía —improvisó. No había tenido en cuenta, cuando creó la historia, las preguntas que Inés le lanzaría. Era demasiado espabilada, muy lista, y estaba en la época de plantear cientos de interrogantes.

—*Pego* entonces…

—¿Quieres que siga con la historia de Estrella? —le replicó con nerviosismo. En ese momento no se le ocurría ninguna excusa, tenía que salir del paso como fuera.

—*Clago* —contestó nada convencida, pero tenía tantas ganas de escuchar el cuento que se conformó.

—Pues deja de hacer tantas preguntas. —Pellizcó su nariz respingona. Estaba satisfecho, había conseguido que Inés olvidase lo que la había despertado, lo que la había hecho llorar. La pequeña estaba totalmente atenta al cuento.

Una noche, el cielo le concedió su deseo y Estrella bajó a la Tierra transformada en una mamá. La niña, feliz, se lanzó a sus brazos en cuanto la vio y el pequeño corazón de la estrella se llenó de amor.

—Yo cuidaré de ti —le dijo Estrella—, pero solo por un tiempo. Después, tendré que regresar; las estrellas deben vivir en el cielo.

La niña asintió, era tanta su dicha que no pensó en el mañana.

—¿Qué es dicha? —interrumpió Inés.

—Felicidad, alegría.

Por un tiempo, Estrella cuidó de la niña. Le preparaba sus comidas preferidas, jugaban juntas, curaba sus rodillas cuando se caía…

—Yo también me caía… —lo interrumpió de nuevo—, y mamá me ponía *Betanine*.

—Betadine —la corrigió. Y decidió añadir a la historia ese pequeño detalle:

Estrella le ponía Betadine.

—Y soplaba *paga* que no me *escociega* —aportó Inés a la trama.

Y soplaba para que no le escociera.

Pasó el tiempo y Estrella comenzó a sentirse mal.

—¿Qué te pasa, estrellita? —le preguntó la niña.

—¿No la llamaba mamá? —Inés detuvo la narración de nuevo.

—Tienes razón…

—¿Qué te pasa, mamá?

Inés asintió contenta. Él tenía en cuenta todas y cada una de sus sugerencias.

—Debo regresar —le contestó Estrella.

—Pero yo quiero que te quedes conmigo —protestó la niña, llorando.

Estrella la tomó entre sus brazos.

—El lugar de las estrellas es el cielo. Mis hermanas quieren que estemos juntas. Los niños que miran al cielo porque necesitan consuelo me buscan y los hombres que intentan guiar sus pasos en la oscuridad de la noche se sienten perdidos sin mí. Además, si no regreso pronto, me apagaré.

La niña se quedó pensativa y tomó una decisión:

—Entonces, debes regresar —le dijo con voz temblorosa y con tal seguridad que asombró a Estrella.

—Eres muy valiente y generosa. Estoy muy orgullosa de ti. Recuerda: siempre te llevaré en mi pequeño corazón de estrella.

La niña, con una gran sonrisa, vio cómo Estrella subía al cielo. No se sentía triste, porque había podido experimentar lo que tanto había deseado y el recuerdo de esa mamá amorosa que la había cuidado, el recuerdo de su aroma, de sus sonrisas, de su amor, la acompañaría el resto de sus días. Además, sabía que ella la cuidaría desde el cielo, contemplaría cómo crecía, cómo se hacía una mujer. No, la niña no estaba triste porque su estrella brillaba, brillaba con intensidad.

—Se fue como lo hizo mamá —afirmó Inés tras unos segundos en los que meditó sobre la historia que él acababa de narrarle.

—Sí. Como le pasó a Estrella, el cielo la necesitaba, por eso se marchó. Mamá es esa estrella, esa cuya luz es tan intensa. ¿La ves?

—Sí. Desde allí me cuida, ¿*vegdad*? —Alargó su pequeña manita intentando llegar a ella.

—Claro. Ella te ve como tú la ves a ella, seguirá todos tus pasos, vigilará tu sueño, estará a tu lado siempre.

—¿Y con *Laga*?

—Por supuesto, con Lara también.

—Cuéntame el cuento *otga* vez —propuso la pequeña Inés tras un largo y profundo suspiro.

Sempiterno

Lara, como cada noche, se había despertado alertada por los gritos de su hermana. Sabía que Mateo iría a su cuarto a consolarla. Así que hizo lo que siempre hacía: se tapó la cabeza con la colcha en un intento infructuoso de evadirse del llanto de su hermana, que no cesaba, que le taladraba el corazón. Pero esa noche era diferente, porque esa noche, de repente, el llanto se había detenido. Con asombro, se sentó en la cama y agudizó el oído. ¡No se escuchaba nada! ¿Le habría pasado algo a Inés? Asustada, se levantó de la cama y corrió hasta el cuarto de su hermana.

La puerta estaba entreabierta y le llegó la profunda voz de su hermano:

Había una vez una niña que cada noche contemplaba una estrella, la más bonita, la que más brillaba. Como no tenía mamá, cada noche le pedía al cielo que le bajara la estrella para que cuidase de ella.

Se aferró con las dos manos al marco de la puerta y se asomó.

Mateo se había acomodado en una silla y, junto con Inés, que permanecía sobre sus rodillas, miraba por la ventana.

No hizo ningún ruido, reteniendo incluso el aliento. Se quedó allí, quieta, escuchando esa historia, ese tonto cuento. Prestó atención a cada palabra, a cada pregunta de Inés, a cada inflexión que Mateo le daba a su voz y, sin darse cuenta, sin ser consciente de lo que hacía, cerró los ojos y se dejó llevar. Con una sonrisa, permitió que su

cerebro dejase de pensar en lo que había perdido para centrarse en exclusiva en esa historia, que su corazón dejase de estar roto en mil pedazos para permitirle que latiera como el pequeño corazón de la estrella. Se quedó allí hasta el final. Escuchó el cuento dos veces, porque Inés le había pedido a Mateo que se lo narrase de nuevo, y solo reaccionó cuando escuchó cómo la pequeña lanzaba una pregunta:

—¿Y papá? ¿También está allí *agiba*?

—Papá… —El nudo que, perpetuo, estaba instalado en su garganta, se apretó con más intensidad, tanta que apenas lograba respirar.

—Papá es esa otra estrella —dijo Lara, y ambos se giraron al escuchar su voz. Inspiró profundamente y, con paso firme, se acercó a ellos—. ¿La ves?

—¡Síííí! —gritó Inés, entusiasmada.

—Así están juntos. —Lara intentó sonreír, pero le resultaba muy difícil ser feliz desde que ellos se habían ido.

Mateo la miró con asombro. Llevaba mucho tiempo sin hablar con ellos; a él ni siquiera lo miraba a la cara, como si fuera el culpable de que sus padres hubieran muerto.

—Así papá *cuidagá* de ella, le hace *geí*, le canta.

—Sí, como aquella vez en su cumpleaños —intervino Mateo—. ¿Os acordáis?

—Sí, cómo íbamos a olvidarlo. —La risa de Lara hizo que su corazón latiese más fuerte—. Pasé mucha vergüenza.

—Yo no me *acuegdo* —protestó Inés.

—Eras muy pequeña. —Lara se sentó en el borde de la cama, frente a ellos—. Papá le cantó una canción de amor, una muy vieja. —Se rascó la cabeza en un gesto cómico, como si de esa forma, de manera mágica, pudiera recordar el título.

—*Your Son*, de Elton John —intervino Mateo.

—Uff, cada vez que recuerdo su pronunciación en inglés… Fue horrible —prosiguió Lara—. Delante de todo el restaurante, se puso de pie y comenzó a berrear.

—Cantaba muy mal —explicó Mateo.

Llegados a ese punto, los tres se carcajearon. Pero, de repente, la realidad en la que vivían inundó sus mentes y esas bonitas sonrisas se congelaron como si no tuvieran derecho a disfrutar de un poquito de felicidad.

Mateo y Lara cruzaron las miradas sintiendo culpabilidad y, al instante, se evitaron. La atmosfera se enrareció. Estaban tan incómodos que no sabían qué decir, cómo actuar.

—Ahora, quiero *dogmig* —les dijo Inés tras soltar un gran bostezo.

Los hermanos se sintieron aliviados; nadie mejor que Inés, de

manera inconsciente y en su inocencia, para aliviar la tensión.

Mateo la metió en la cama y tanto él como Lara le dieron un beso a la pequeña. Se encaminaron juntos hacia la puerta y ni siquiera habían salido de la habitación cuando escucharon la profunda respiración de su hermana, que les indicó que estaba dormida.

—Lara, espera. —Tomó su mano antes de que se escabullera, quería aprovechar que estaba tan receptiva—. Por favor, hablemos.

Lara asintió, no lo rechazó y juntos bajaron las escaleras hasta el salón.

—¿Quieres un vaso de leche? —le propuso.

—Vale.

A Mateo le vino genial ese inciso, porque preparar los dos vasos de leche caliente le daba la oportunidad de recuperarse del *shock* que había supuesto que Lara les hablara, que dejase que la cogiera de la mano y que incluso estuviera dispuesta a dialogar con él. No quería que viera sus ojos brillantes, así que, mientras metía los vasos en el microondas, al darle la espalda, ella no podía contemplar su semblante triste, apagado, y eso lo ayudaría a recuperarse para encararla.

Sonó el pitido que indicaba que la leche ya habían alcanzado la temperatura marcada. Tras abrir la puerta del microondas y sacar los dos vasos, tomó aire con fuerza, se giró con uno en cada mano y por fin miró a su hermana a los ojos.

—Toma. —Lara se había sentado en una de las altas banquetas frente a la isla que presidía la cocina.

—Gracias. —Le dio un largo trago y dejó el vaso sobre el mármol —. Oye, Mateo, ese cuento…, ¿dónde lo has leído?

Él se apoyó en la encimera y le sonrió.

—En ningún sitio, me lo he inventado.

—¿De veras? —lo interrogó Lara, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. No sabía que tenías tanta imaginación.

Mateo se rio a carcajadas cuando a su mente llegaron la cantidad de historias que, en el pasado, se había inventado cuando quería largar a una de sus conquistas.

—Te aseguro que tengo mucha.

—Ya veo. —Lara le dio otro trago a la leche—. ¿De qué querías hablar conmigo?

—Me ha encantado que por fin me hablaras, que me hayas ayudado con Inés. Gracias.

—Bah, no es nada. —Se encogió de hombros.

—Pero también me gustaría saber cómo te sientes tú.

—Oh, no, no, no, no. —Negó con vehemencia y algo de nerviosismo. No se sentía preparada para ciertas conversaciones—. Yo no soy como Inés. Con un cuento no vas a lograr nada, porque no

quiero hablar de eso. —Y «eso» era la forma en la que llamaba a la muerte de sus padres.

Intentó levantarse, huir como siempre hacía, pero él fue más rápido y la retuvo sujetando con las manos sus delgados brazos.

—En algún momento tendrás que hablar de lo que pasó, desahogarte.

—¿Como lo haces tú? —le reprochó.

—Yo soy el adulto, tengo que mantenerme íntegro. Si yo me hundo…

—¿Nos vamos todos a la mierda? ¿Te crees el ombligo del mundo? ¿Crees que sin ti nos derrumbaríamos? Hemos vivido muchos años sin que nos cuides, ¿sabes?

Mateo pestañeó, incrédulo ante sus palabras.

—Es injusto que me eches eso en cara, y lo sabes.

—¿Saber? ¿Yooo? —Impregnó sus palabras con un gran toque de ironía—. Yo no sé nada, tan solo soy una adolescente. No, yo solo sé que haces y deshaces lo que te da la gana con nuestras vidas. Nos has traído aquí sin preguntarnos qué queríamos. Pretendes que nos adaptemos a tu vida. —Lo señaló con asco.

—Pero…, pero… esto es el colmo. —Lara lograba sacarlo de quicio de tal manera que para desfogar, para intentar serenarse, asestó un puñetazo a la encimera de mármol. Contó hasta diez y tomó aire para llenar sus pulmones antes de hablar, no quería decir nada de lo que luego se arrepintiera—. Según parece, yo tengo la culpa de todo.

—Pues sí. De muchas de las cosas, la tienes.

—¡Mi vida también ha cambiado, ¿sabes?! ¡Yo también he perdido! —gritó furioso, pues no pudo seguir conteniéndose.

Lara pestañeó un par de veces, no se esperaba ese arranque de su hermano. Lo había estado buscando, ya que deseaba que estallara, pero hasta entonces no lo había logrado y en cierto modo la había pillado desprevenida, pero se repuso con prontitud.

—Oh, qué pena, me dan ganas de llorar —dijo con sarcasmo.

Y, sin más, corrió hacia la puerta de la cocina, colérica con el mundo, con ella misma, con la situación. Buscar alguien a quien culpar, desahogar su frustración con quien menos culpa tenía, no lograba consolarla, no ayudaba; pero, por más que intentaba contener su ira, era como un río bravo, uno que con las lluvias crece, se desborda y se lleva todo lo que hay por delante, sin preocuparse por el rastro de miseria y desesperación que deja a su paso.

Dio un fuerte portazo al salir y Mateo se dejó caer sobre la banqueta que había ocupado hacía tan solo un segundo, cuando pensó que por fin conectaban de nuevo, que la Lara que él conocía regresaba para facilitarle el tránsito a esa nueva etapa que se habían visto obligados a vivir. Se derrumbó de nuevo. Todo había sido un

espejismo.

Se sintió impotente e incapaz de llegar a ella.

—Yo tengo la culpa de todo —dijo en voz alta, más perplejo que enfadado—. ¿Hasta del calentamiento global?

8

El pasado puede doler, pero, tal y como lo veo yo, puedes huir de él o aprender.

El rey león

El estudio donde trabajaba Jaime como ayudante de Phoenix Donerfiel estaba muy cerca de la estación de Atocha y, como había problemas para aparcar, Sandy siempre iba en tren.

El traqueteo del vagón no le era del todo desagradable. Además, a esas horas no había mucha gente, así que pudo sentarse y dejarse mecer mientras su cabeza se llenaba de pensamientos. Apenas tenía tiempo ni para relajarse, esa media hora de viaje la usaba para dejarse llevar, incluso para meditar sobre el camino que estaba tomando su vida.

—«Sonrío porque eres mi hermano, me río porque nada puedo hacer para evitarlo». —Mientras leía la frase que alguien había escrito en la chapa del vagón, su boca se vistió con una de sus dulces sonrisas.

Desde que su hermano pequeño se había independizado, las cosas con su padre estaban frías, casi gélidas, porque no aceptaba que por su culpa Jaime se hubiese ido de casa. Nunca le perdonaría que lo hubiera golpeado, no aceptaba la violencia en ninguna de sus formas. Además, ella tampoco estaba feliz en el trabajo, puesto que Samuel era el jefe y no le quedaba más remedio que compartir con él espacio y mucho tiempo. Su puesto de «chica para todo» que desempeñaba en la fábrica de papá nunca había sido de su agrado, pero tras el incidente lo era mucho menos.

Cerró los ojos y se visualizó siendo valiente, reaccionando y dando el paso que su hermano pequeño había dado y por el que sentía mucha envidia. Pero ¿a quién quería engañar? Siempre había sido una cobarde y el pasado, ese capítulo tan vergonzoso de su vida que trataba de olvidar —aunque nunca lograría hacerlo—, no ayudaba en nada a saltar los obstáculos con los que se encontraba, pues era un recuerdo constante de que una vez fue valiente, confió, se embarcó y fracasó de manera estrepitosa. No, definitivamente, Sandy había

dejado de soñar con una vida diferente. Su destino era monótono, aburrido: un trabajo que odiaba, viviendo en casa de papá y dejándose llevar como lo hacía en esos momentos, en ese vagón…

Un recuerdo bonito la asaltó e hizo que sonriera, el recuerdo de que no todo en su vida estaba perdido. Quizá, solo quizá, apoyándose en él lograse saltar los obstáculos que le impedían ser feliz y no terminar sola:

Hacía tan solo un par de días, tras bajarse del tren, exactamente igual a como lo haría dentro de unos minutos, por casualidad, cerca del estudio de Phoenix se había encontrado a Carlos, ese dios rubio que muchas noches se colaba en sus sueños.

Desde que había puesto los pies en la acera esperando que la luz del semáforo pasara del rojo al verde, no había apartado sus ojos de él. Era como un imán que la atraía, y aún no entendía muy bien el motivo. Era guapo a rabiar, pero esa no era suficiente excusa; veía chicos como él casi a diario. Le gustaba acompañar a Jaime en el estudio y a él acudían montones de modelos guapos, pero Carlos tenía algo, algo que a sus ojos lo hacía único.

—Hola —lo saludó cuando, tras ponerse verde el semáforo, se había cruzado con él. Cada uno iba en un sentido: ella, hacia el gran edificio donde trabajaba Jaime y él, hacia la estación.

—Ho-hola. —Ni siquiera la había mirado, estaba enfrascado en su móvil. Caminaba y sonreía mientras pulsaba teclas. Sandy deseó saber con quién estaría wasapeando, pero lo que más le hubiera gustado era que fuese con ella con quien se mensajeaba.

—No me recuerdas, ¿verdad? —Su cara lo expresaba con total claridad y para Sandy fue un duro golpe, ella no podía olvidarlo y eso que apenas lo había visto un par de veces. Sin embargo, para él no era nada más que una extraña.

—Lo siento, yo…

El claxon de los coches los hizo reaccionar. Estaban parados en el centro del paso de peatones y el semáforo ya estaba rojo.

Carlos tomó la mano de Sandy y tiró de ella hasta sacarlos de la carretera, pues no reaccionaba, parecía que sus pies se habían pegado al asfalto.

—Uff, hemos estado a punto de morir atropellados. —Sonrió y el corazón de Sandy se saltó por lo menos dos latidos.

—Sí…, lo siento, siento haberte asaltado así…

—No pasa nada… Bueno, ¿me dices de qué nos conocemos?

—Oh, claro… Soy Coral, la hermana de Jaime.

Carlos abrió mucho los ojos y la inspeccionó con meticulosidad.

—¡Es cierto, ahora te recuerdo! —exclamó, y sus mejillas se tiñeron de rojo—. Lo siento, perdona. Soy un desastre para las caras. —Evitaba su

mirada con timidez, se notaba que estaba avergonzado.

—No pasa nada. Tan solo nos hemos visto en aquel partido, es normal que no me recuerdes. —«Aunque yo a ti nunca te olvido», pensó con cierta tristeza.

—Pues qué bueno encontrarnos, ¿verdad? —Parecía nervioso, incluso incómodo.

—La verdad es que sí. Jaime trabaja allí —señaló el alto edificio que estaba al otro lado de la calle—, y he venido a verlo.

—Ah, ¿sí? Vaya, qué casualidad, ¿no?

—Si te apetece… Vamos a comer juntos… Si quieres, puedes venir con nosotros. Seguro que a Jaime le hace ilusión volver a verte.

—Huy, no puedo —la interrumpió—, tengo…, tengo cosas que hacer. ¿Otro día?

—Vale, pues otro día será. Si me das tu número de teléfono… —¿De dónde, una chica tan cobarde, había sacado tanta valentía? No quería ni pensarlo.

—Claro. Apunta.

Y así fue como Sandy consiguió el número de Carlos. De eso habían pasado solo dos días y había wasapeado con él unas cuantas veces. Ahora lo conocía un poquito más y lo que iba descubriendo de él hacía que su corazón latiese más fuerte, más rápido. Aunque su hermano se empeñaba en romper la burbuja en la que se encontraba flotando, pues, en cuanto llegó al estudio y le contó su encuentro con Carlos y que tenía su número de teléfono con cara de quinceañera enamorada, él le dijo una y otra vez que dejase de pensar en Carlos, que nunca podría haber nada entre ellos y, con palabras textuales, «que vaciase su cabecita de pajaritos». Pero ella no pensaba renunciar. Para una vez en su vida que, tras su absoluto fracaso en cuanto a relaciones se trataba, se fijaba en un tío, no iba a dejarlo pasar porque a su hermano le entrase la neura protectora. Además, por más que le preguntaba los motivos, él no se los quería dar.

Cuando escuchó el pitido y la voz que indicaba por megafonía que había llegado a su estación, su mente regresó al presente, a ese vagón.

Se apeó y, ya en la calle, en ese semáforo en el que había tenido el encuentro con Carlos, se afanó por buscarlo entre la gente. «Las casualidades pueden repetirse», se dijo, pero ese no fue el caso: Carlos no estaba al otro lado. Soltó un profundo suspiro y decidió que esa misma noche lo llamaría y le propondría una cita. Sí, iba a hacerlo. Dejaría de lado sus inseguridades, sus miedos y se lanzaría. Iba a dejar de dar vueltas a las cosas, a partir de esa noche tomaría las riendas de su vida. Decidida y feliz, entró en el lujoso portal. Fermín, el portero, la recibió como era su costumbre con una sonrisa y su pregunta habitual:

—¿Cómo está hoy la muchacha más bonita de Madrid?

—Feliz, hoy me siento con ganas de comerme el mundo.

—¡Vaya, vaya, cuánta energía! —exclamó una voz a su espalda.

Era Phoenix, el jefe de Jaime, que le dio un abrazo tan fuerte que apenas le permitió respirar.

—Estás preciosa. ¿Cuándo vas a salir conmigo?

—Tú siempre tan directo —protestó Sandy, escabulléndose de su amarre— y tan… discreto —dijo con ironía.

Lo contempló de arriba abajo, era tan esperpéntico en su aspecto que le encantaba descubrir con qué nuevo *look* la sorprendería. En esa ocasión había cambiado su tono de pelo del verde al azul oscuro. Llevaba un abrigo largo de color amarillo chillón y, bajo él, lucía un impecable traje negro.

—Pero te gusto. —Sonrió, travieso, y dio una vuelta completa exhibiendo su extraño *look*—. ¿Sabes, Fermín? —Tras soltar un fuerte suspiro, clavó sus bonitos ojos verde esmeralda en el portero—. Esta chica me tiene loco de amor. Intuyo que le encanto, pero se hace la dura. —Elevó uno de sus brazos para colocarlo sobre los hombros de ella.

—Es una pena, señor. Hacen muy buena pareja.

—¡¿Verdad que sí?! —Miró a Sandy—. ¿Ves?, ¡todo el mundo lo dice!

—No pienso salir con el jefe de mi hermano —le siguió la broma. Desde el día que conoció a Phoenix, su relación se había hecho muy estrecha. Se gustaron a primera vista, lástima que no fuera como pareja, porque estaba segura de que Phoenix sería el novio ideal: detallista, cariñoso, muy buena gente. Pero no podía ser, ella tenía a otro en su corazón. «Uno que ni tan siquiera te recuerda», meditó apenada.

—Pues, si ese es el problema, lo despediré.

Lo empujó con fuerza, logrando separarse de su cuerpo.

—¡Ni se te ocurra!

Phoenix rio a carcajadas.

—No me rindo. —La señaló con uno de sus largos dedos—. Algún día caerás en mis redes. —Y, sin más, comenzó a caminar hacia la puerta—. Jaime esta arriba, tiene visita.

—Adiós, Phoenix.

—*Bye, bella.*

El ascensor era tan antiguo que parecía increíble que funcionara. Era una auténtica joya: dorado, con grandes cristales y una puerta de forja. Le encantaba subir en él, era como retroceder a otra época.

Antes de llegar al piso, ya se escuchaba la música que salía del estudio de manera atronadora.

—Cualquier día los vecinos llamarán a la policía —dijo en voz alta.

Tocó con los nudillos, pero nadie abrió. Normal. Con ese volumen, ¿quién iba a escuchar sus golpes? Así que, decidida, entró sin más, porque sabía que Phoenix no cerraba con llave. Ese edificio era muy seguro, el portero no dejaba subir a nadie que no estuviera autorizado.

—¡Holaaa! —gritó, pero su voz quedó amortiguada por el solo de guitarra eléctrica que salía por los altavoces del estudio—. ¡Jaaaiiimeee! —lo intentó de nuevo.

Al no recibir respuesta, caminó hasta la sala contigua y, cuando llegó allí, su corazón dejó de latir.

De pie, frente al gran ventanal, estaban Jaime y su visita, abrazados y comiéndose a besos. Tan solo veía la espalda de su hermano, el cuerpo del otro hombre permanecía cubierto por el de él. Observó, como hipnotizada, cómo las manos de ese hombre lo tocaban, cómo apretaban sus glúteos de manera ansiosa.

Sandy sacudió la cabeza una y otra vez. Quizá estaba viendo mal, tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada.

—¿Jaime? —susurró, y lo hizo justo en el instante en el que la canción cesó.

Él la escuchó, escuchó su voz. Rompió el contacto de sus labios y ambos se miraron aterrados. ¡Mierda! Joder, no quería que ella se enterase así. Debería haber sido más prudente, más cuidadoso.

—Coral… —No se atrevía a encararla, pero se giró despacio, manteniéndolo a él oculto por su gran cuerpo.

Lo que vio en los ojos de su hermana lo impactó: estaba sorprendida, asustada.

—Yo… —Quien se escondía detrás de Jaime dio un paso a un lado para que ella lo pudiera ver y entonces su aliento se congeló—. Será mejor que me vaya…

Comenzó a caminar hacia la salida con la cabeza gacha, huyendo de su mirada.

Jaime apagó el equipo de música, una nueva canción sonaba de manera atronadora y necesitaban silencio.

Ambos escucharon cómo se cerraba la puerta, la visita se acababa de ir.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensaba hacerlo… Te juro que estuve a punto de hacerlo, pero…

—¿Cómo no me he dado cuenta? —La pregunta iba más bien dirigida a ella misma.

—No te fustigues, no creo que sea algo que se vea a simple vista.

—¿Desde cuándo…?

—Desde cuándo ¿qué? ¿Desde cuándo soy gay?

Se colocó frente a Sandy.

—No. ¿Desde cuándo estás con él?

—Desde hace un par de meses.

—Ahora lo entiendo, ese era el motivo por el cual no debía fijarme en Carlos. —Las lágrimas mojaban sus mejillas. Acababa de descubrir que a su hermano le gustaban los hombres y que estaba…, estaba con él—. No fue casualidad que me lo encontrara hace un par de días. —Cabeceó molesta—. ¡Seré idiota! ¡Me has engañado! —Sollozó—. Dime algo: ¿os habéis reído mucho a mi costa? ¿Fue divertido?

—¡No, no, te juro que no ha sido un complot, te juro que…! —Sandy comenzó a caminar hacia la puerta—. Por favor, no te vayas. Hablemos, por favor.

Su voz sonó tan triste y apagada que Sandy recordó que ese era su hermano pequeño, aquel al que juró proteger, cuidar; así que, decidida, cambió su rumbo hacia uno de los sofás que usaban para las sesiones de fotos y se sentó.

—Adelante. —Lo alentó con el movimiento de una mano.

Jaime se colocó de espaldas a ella. Se sentía muy avergonzado, no por su inclinación sexual —eso era algo que tenía claro desde hacía muchos años—, sino por el engaño, la mentira.

—Soy un cobarde, un cobarde que se oculta dentro del armario para que el resto del mundo no lo juzgue. Yo quería gritar lo que soy, lo que siento, pero… tenía miedo a la soledad.

—¿Tan poco me conoces, hermano? ¿Pensabas que te juzgaría, que no estaría a tu lado?

—No me lo ponías fácil. —Soltó una risa que denotaba impotencia.

Sandy sollozó con tristeza.

—En eso tienes razón, he sido una loca protectora.

—Muy loca y muy protectora. Apenas me dejabas respirar.

—Pero eso no te da derecho a ocultármelo. Sabías que Carlos me gustaba, lo sabías.

—Te avisé, te lo dije un montón de veces.

Ella asintió y, por unos segundos, permanecieron en silencio.

—Papá siempre me ha maltratado. Tú pensabas que me metía en peleas, pero era él quien me golpeaba por todo: por sacar malas notas, cuando rompía algo sin querer, por ser como soy… Y esa última vez que me pegó… —continuó Jaime. Tragó saliva con dificultad, se estaba rompiendo y no podía remediarlo— lo hizo por ser gay.

—¡No, no, no! ¡Mientes, eres un mentiroso! —Se tapó los oídos. No quería escuchar eso, no podía ser, no aceptaba que su padre fuera un homófobo, un violento que no admitía que a su hijo le gustasen los hombres. Un hombre que golpeaba a un niño indefenso. La imagen de padre abnegado que hasta el momento había tenido se derrumbó, se quebró como lo estaba haciendo su corazón.

Jaime se giró y corrió a su lado. Se colocó de rodillas delante de ella.

—¡Tienes que escucharlo, es necesario! —La obligó a quitarse las

manos de los oídos—. Él me golpeó por ser gay. Debes saber la verdad. Nunca has visto al verdadero Samuel porque contigo siempre ha sido un padre cariñoso, pero no es así, no lo es. Abre los ojos, Coral, ábrelos de una puta vez. Es un mal hombre. La verdad…, la verdad es que no sé cómo se enteró. Quizá alguien me vio con un chico…, no lo sé, y me da lo mismo porque en el fondo quien le haya abierto los ojos me hizo un favor, me ayudó a liberarme. Estaba cansado de ocultar lo que soy, harto de esconderme cuando no estoy haciendo nada malo. Podría haberme callado, podría haberlo negado, pero por una vez me enfrenté… Le dije la verdad, lo que soy.

—¡No puedo, no puedo! —Se llevó una mano al corazón en un absurdo intento de calmarlo, le dolía—. Espera, déjame asimilarlo. —Le costaba respirar y él le dio tregua. Permanecieron en silencio unos minutos, largos minutos que ayudaron a serenar los ánimos.

—Lo siento —Jaime fue quien tomó de nuevo la palabra—, pero no te queda más remedio que aceptar lo que somos: una familia de mierda con un padre violento, maltratador, un hermano cobarde y gay que ha intentado por todos los medios protegerte de la realidad, aun a sabiendas de que algún día te enterarías de todo.

—Yo soy la que debe sentirlo. He estado ciega, totalmente ciega —sollozó con tristeza—. ¿Cómo no me he dado cuenta? Debiste decírmelo. Te aseguro que nunca lo he sospechado, si lo hubiera hecho… ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Qué podrías haber hecho tú? Todo ocurrió cuando eras tan solo una niña.

—¡Lo que fuera! —gritó con impotencia—. Habría hecho cualquier cosa. Sabes que no se lo hubiese permitido.

—Lo sé, y por eso callé, por eso mantuve el secreto. Él nos habría largado de casa, habríamos terminado en la calle.

—¡Mejor vivir en un banco que dejar que te golpease!

—Joder. Deja de decir tonterías, Coral, esto no es una telenovela —suspiró, exasperado—. Debes comprenderme. Estaba atrapado.

Y tenía toda la razón del mundo, por eso Sandy decidió mantenerse en silencio.

—Cuando me hice adulto, no volvió a golpearme. Quizá temía que respondiera a sus golpes. Ya no era un niño delgaducho, ahora soy fuerte y más grande que él. Pero ese día… se enfureció tanto cuando le confirmé…

—Se enfureció tanto que te pegó —terminó la frase por él—, pero eso no sucederá nunca más. A partir de ahora, no volveremos a saber nada de él. No pienso quedarme ni un segundo más en su casa ni trabajaré para él.

—¿Estás segura? —Jaime sabía la devoción y el amor que Coral sentía por su padre.

—¡Por supuesto que lo estoy! Eres mi hermano pequeño, y todo el que te haga daño me lo hace a mí. Además, mi relación con papá ya estaba prácticamente rota desde que te pegó. Apenas hablamos. Lo he estado rehuyendo… porque cada vez que lo miro a la cara recuerdo tus heridas. Nunca lo perdonaré, y menos ahora que sé toda la verdad. Ya no quiero saber nada de él.

Jaime asintió.

—En cuanto a lo de Carlos —prosiguió tras secarse las lágrimas—, eso ha sido un golpe bajo, hermanito.

—Analízalo, Coral, mira dentro de ti. Tenías muchas pistas delante de tus narices, pero insistías en vivir tu cuento de hadas.

—Eso es injusto. Sabes que después de lo de…, de lo de Juan me cerré, ningún chico me había vuelto a gustar y Carlos… No sé qué me pasó con él. —Suspiró con fuerza.

—Lo siento. Siento de verdad que te hayas enterado así. Lamento que me hayas pillado, sobre todo con Carlos. Pero te lo repito: delante de tus ojos tenías muchas pistas para saber lo que estaba pasando.

—Sí, es cierto, pero no las vi. ¡Dios, me siento tan ridícula! He ido ciega por la vida sin darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

—Shhh, shhh. —La abrazó con fuerza—. No te juzgues tan duramente, estabas muy ocupada intentando protegerme.

—Y ni eso lo hice bien —susurró con la voz entrecortada, aferrándose al cuerpo de su hermano.

—Lo hiciste bien dentro de tus posibilidades. Me he convertido en el hombre que soy gracias a ti.

Coral se recompuso y se separó lo suficiente para poder mirarlo a los ojos.

—Entonces, te doy la razón. No lo hice tan mal, porque eres un hombre maravilloso.

Jaime dejó un dulce beso sobre la frente de Sandy.

—Te quiero, hermanita.

—Te quiero, hermano.

—¿Lo superarás? —la interrogó él.

—¿El qué?

—Lo de Carlos.

Sandy lanzó un profundo suspiro.

—Pues claro que sí. Tampoco estaba enamorada, tan solo me parecía mono.

—¿Mono? —resopló, molesto, y la separó para poder mirarla a los ojos.

—Tan mono como tú. —Le pellizcó un moflete con fuerza y él protestó con energía.

9

—¿Qué día es? —preguntó Winnie the Pooh.
—Es hoy —susurró Piglet.
—¡Mi día favorito! —dijo Pooh.

Unos días después

Jaime:
Buenos días, grupo
Mi hermana y yo tenemos noticias que daros
Quedamos hoy? ❤️

CJ:
Buenos días
Joder, qué alegría me ha dado ver un mensaje en el grupo

Últimamente estamos muy perdidos 😭

Por mí, genial. 👌
Hora y lugar

Sandy:
Holiiii

Tienes razón, CJ, hace mucho que no hablamos 😭

Tengo muchas ganas de achucharos 🥰 🥰

Roberto:
Buenas
Sin que sirva de precedente,
voy a deciros que añoraba vuestros mensajes
Por mí, también ok, lugar y hora

Jaime:
Ehhhh, el gruñón nos echaba de menos 😉

Roberto:

Creo que me estoy haciendo viejo

Sandy:

MATEOOOOOOOO!!!

Chicos, falta Mateo por confirmar

Mateo:

Buenos días.

Ya voy, ya voy, qué prisas!!

Jaime:

Cómo va todo, Mateo?

Mateo:

Todo lo bien que se puede estar con una adolescente.

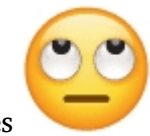
Lara me vuelve loco

Sandy:

Que no cunda el pánico!!

Si necesitas ayuda, aquí estoy

Jaime:



Claro, como entiendes tanto de adolescentes

Sandy:

Entiendo mucho porque te

tengo a ti para entrenar

Jaime:

Ya pasé la adolescencia hace un huevo

Creo que más bien estarás aprendiendo de ti,

que llevas toda la vida en esa etapa.

MADURA!!

Sandy:

Uy, uy, uy, no me provoques, enano

CJ:

Entonces, a qué hora quedamos hoy??

Jaime:

Jajajaja, mira quién me llama enano.

Tapón!!

Roberto:

Me aburrooooooo!!

Sandy ha eliminado a Mocoso Enano

Mateo:

Ya empiezan

Mateo ha añadido a Jaimito Bro

Jaime:

COÑO, CORAL, NO EMPIECES A TOCAR LAS NARICES

Sandy:

NO ME GRITES!!!!

Mateo:

PAZ

Y AMOR

Uffff, me están dando ganas de ir
y daros collejas a los dos

Roberto:

Otra vez y sin que sirva de precedente,
me estoy partiendo de risa.
Joder, esto también lo echaba de menos.
Confirmado: me estoy haciendo viejo
Solo falta que Mateo mande
un audio de doce minutos

CJ:

Hora y lugar

Mateo:

El lugar tiene que ser mi casa, no puedo dejar a mis chicas solas y un bar está descartado

Jaime:

Pues en tu casa

Sandy:

En casa de Mateo

Tienes cervezas???

Mateo:

Alguna tengo.

Roberto:

Yo me encargo de comprar el alcohol 😉
CJ:

Yo llevo cena 😉
Sandy:
La prepararás tú?
CJ:

Of course

Sandy: 🥳🥳
Mateo:
Sobre las ocho?

CJ: 👍

Jaime: 👍

Sandy: 👍
Roberto: 👍
Mateo:
👋 Nos vemos
CJ: 👋
Sandy: 👋

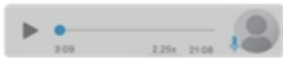
Jaime: 👋

Roberto:

Ehhhh, ya os vais?? 😩
Se terminó el espectáculo?? 😮
Me dejáis así?? 😬
Quiero mi audio de doce minutos!! 😭
Mateo:

Pero si luego nunca los escuchas, cabrón
Roberto:

Pero los echo mucho de menos 😭😭😭
Mateo:


Audio 06:40

Roberto:

Gracias, Bro 😍😍

Sempiterno

—Joder, Lara. No me jodas hoy, que viene el grupo a casa. Están a punto de llegar.

—No digas tacos delante de Inés, que luego los dice ella —le susurró al oído.

—Mierda. —Se golpeó la frente, molesto; era algo que siempre se le olvidaba. Miró de reojo a la enana, que, por supuesto, estaba atenta a todo lo que pasaba—. Pues…, pues… mecachis en la mar, Lara. Porfi, haz lo que te pido.

—¡No! No pienso recoger mi trabajo de la mesa del salón porque necesito espacio.

—¡¿Y dónde coj… narices vamos a cenar?!

Mateo observó toda la superficie de madera llena de papeles, cartulinas de colores, rotuladores…

—Pues… allí. —Lara señaló la pequeña mesita que estaba frente al televisor.

—¿Cómo nos vamos a sentar siete personas allí?

Lara se encogió de hombros.

—¿A que lo tiro todo a la basura?

—¿A que no te atreves? —Se colocó delante de su hermano y lo desafió con la mirada.

—¿A que… a que lo hago? —Y muy muy despacio alargó una mano hacia la mesa.

Lara simplemente se cruzó de brazos y lo contempló con chulería.

—Mateeeooo, Mateeeooo. —La pequeña Inés se había levantado del sofá y tiraba con insistencia del bajo de su camiseta—. ¡¡MATEEEOOO!!

—¡¿Qué?! —le gritaron los dos a la vez.

—Están llamando a la *puegta* —explicó Inés.

Entonces ambos repararon en el sonido atronador del timbre.

—Me cag… ¡Mecachis, Lara! Ya están aquí. Jod… Porfa, quita todo de la mesa, porfaaa, porfaaaaa. —Su tono de súplica y su mirada de cachorrito indefenso lograron el milagro.

—¡Eres irritante! —protestó Lara, y se puso a recoger.

Cuando la puerta se abrió, el caos entró junto con su grupo de

amigos. Uno a uno lo besaron y abrazaron como era su costumbre, como si no hubiera pasado el tiempo. Las voces de todos llenaron la sala; el trajín de gente poniendo la mesa, colocando cervezas, comida, refrescos para las niñas se hizo incesante.

Se sentaron todos frente a una deliciosa comida realizada por el mejor chef de Madrid. Las risas y las conversaciones sazonaron la mejor cena que Mateo y sus hermanas habían tenido desde la partida de sus padres.

No se habló de nada que pudiera enturbiar la alegría de ese encuentro, no se mencionó ningún tema triste, todo era alegría. Un soplo de aire fresco para la familia Costas.

El postre fue el plato más delicioso de todos. CJ había horneado un pastel de chocolate expresamente para las niñas, porque sabía que a ambas las volvía locas.

Tras la cena, el caos se coló de nuevo en la sala. Entre todos quitaron la mesa, lavaron los platos, recogieron y lo dejaron todo impecable.

Terminaron acomodados, los que tuvieron suerte, en el sofá y los demás, por el suelo.

Mateo dejó de hablar, se limitó a observar a su grupo de amigos. Sandy y Jaime estaban sentados en el sofá, fueron los más rápidos y consiguieron buenos asientos. Él había pasado un brazo sobre los hombros de su hermana y no paraba de sonreír. Al otro lado de Sandy, Roberto les contaba una historia que había sucedido esa misma mañana en la biblioteca en la que trabajaba; la anécdota les hacía reír a carcajadas.

CJ estaba en el suelo, apoyado en las piernas de Sandy y esta acariciaba, de forma distraída, su cabello.

Lara permanecía cerca de Jaime, sobre el reposabrazos, y lo miraba con admiración. Para ella era como un ídolo: guapo, simpático, cariñoso, y encima trabajaba con famosos. Lo adoraba.

Mientras tanto, Mateo, sentado en la butaca, tenía a Inés sobre sus rodillas. La pequeña bostezaba y estaba seguro de que en poco tiempo se iba a quedar dormida.

La palabra felicidad le llenó el corazón. Una punzada de culpabilidad le pinzó ese órgano: era feliz, y sus padres habían muerto. De repente, se sintió tan mezquino que necesitó esconderse, salir de ese salón plagado de buenas vibraciones, de gente que lo quería y apoyaba. ¡No era justo! No era nada justo.

—Voy a acostar a Inés —dijo, poniéndose de pie con la niña entre sus brazos.

Todos asintieron y continuaron con sus risas, sus conversaciones. Todos menos CJ, que sabía, por la expresión de la cara de su amigo, cómo se sentía. Entre ellos no había secretos, pues se conocían mejor

que a sí mismos.

—Lara, es hora de dormir —ordenó Mateo a su hermana. Temía su reacción, porque Lara nunca lo obedecía en nada, siempre se quejaba, se lo ponía todo muy difícil, y él esa noche no tenía fuerzas para lidiar con su tozudez.

—Joooo, ¿no puedo quedarme un poco más?

—Por favor, Lara, hoy no —le susurró.

Y, para su total sorpresa, la niña se levantó y, tras despedirse de todos y de manera muy efusiva de Jaime, caminó delante de él hacia las escaleras.

Ya con Inés acostada, Mateo se acercó a la habitación de Lara. Ella estaba en la cama, con un libro entre sus manos.

—Lara —la llamó desde la puerta. Ella dejó de leer y posó sus preciosos ojos sobre los de Mateo—. Gracias.

—¿Por? —preguntó, arrugando la frente.

—Por no ponérmelo difícil.

Lara sonrió y asintió.

—No te acostumbres. Soy una adolescente, y ese es mi trabajo.

La boca de Mateo se vistió con una sonrisa torcida. Se acercó hasta la cama y besó la frente de Lara.

—No te quedes hasta muy tarde leyendo.

No esperó respuesta por su parte, sabía que le costaba mucho dormir y que leer la relajaba.

Bajó las escaleras y se encontró con que sus amigos, en su ausencia, habían ido a por cervezas.

—Toma, esta es nueva. —Roberto le tendió una copa llena de una cerveza negra—. Cuidado, que es fuerte.

Le dio un largo trago, la saboreó y puso los ojos en blanco.

—Guau, está buenísima.

Se sentó en el suelo, CJ le había robado el sitio. Pero no protestó, en esos momentos estar rodeado de gente le venía genial.

—Chicos. —Carraspeó. Todos dejaron de hablar y lo observaron con atención—. Sé que he estado ausente…

—No hace falta que digas nada, todos lo entendemos —lo interrumpió Sandy.

—Lo sé, pero necesito deciros… Poco a poco estoy regresando, adaptándome a esta nueva vida, y de verdad que agradezco teneros a mi lado. Con vosotros, todo será más fácil. —Tragó el nudo de su garganta—. Y ahora vamos a lo importante. ¿Cuál es esa noticia que nos tenéis que dar? —Vio los ojos llorosos de Jaime y Sandy.

Un silencio sobrecogedor llenó la sala.

—Empezaré yo —dijo Sandy, y se puso de pie frente a su cuadrilla —. Han pasado ciertas cosas. —Miró a su hermano, esa parte de la historia debía contarla él—. Bueno, mi vida va a cambiar. Ya no vivo

con mi padre.

—¿Cómo? —intervino CJ.

—¿Por qué? —la interrogó Mateo.

—Me alegro —Las palabras de Roberto hicieron que todos los ojos se volvieran hacia él. Era el único del grupo que, desde hacía tiempo, conocía el secreto de Jaime.

—Más tarde… —vaciló Sandy, pues no sabía ni por dónde empezar.

—Luego, yo os lo explicaré —intervino Jaime—. Sigue.

—Pues eso, que ya no vivo con mi padre ni trabajo con él. A partir de ahora, voy a ser la ayudante y chica para todo del actor Paul Lee Hallen.

Silencio total, bocas abiertas de estupefacción y ojos que expresaban sorpresa. Todos estaban en *shock*.

—Cuando dices Paul Lee Hallen —el primero en reaccionar fue Roberto—, ¿te refieres al actor, modelo y cantante ese tan famoso?

—Pues claro. ¿Acaso conoces a otra persona en el mundo que se llame Paul Lee Hallen?

—Pero ¿cómo? —Mateo parpadeó un par de veces, incrédulo con la noticia.

—El metomentodo de Phoenix se lo ha conseguido —contestó Jaime, molesto. Él no estaba de acuerdo con que su dulce hermana trabajara para ese tipo—. Pero no os creáis que es un chollo, ese individuo es muy complicado de tratar.

—¡Joder, vas a trabajar para Paul! —CJ por fin había recuperado el habla y pasó totalmente de los comentarios despectivos de su amigo hacia su ídolo—. Me encanta ese tío. Hace un papel que te cagas en la serie *Nunca es tarde para una eternidad juntos*, lo borda.

—¿De verdad has visto esa serie romanticona? —Jaime lo miraba como si fuera un bicho raro, un ser amorfo y un pelín asqueroso que de repente la ciencia hubiera sacado a la luz.

—¡Pues claro que sí! Y lo que lloré. Cuando lo veas, dile de mi parte que me pareció fatal que al final él muriera, eso no se hace. Tenía que haber terminado con ella, pero van los putos guionistas y se lo cargan —protestó, molesto.

—¡Ale!, ya me has jodido la serie, pedazo *spoiler*. Pues ya no la veo —soltó Mateo, aunque no tenía la más remota intención de hacerlo.

—Pues no sabes lo que te pierdes. La trama es una pasada, pero, sin lugar a dudas, lo mejor es la interpretación de Paul —continuó CJ con mucho entusiasmo.

—¡Basta! —gritó Sandy, interrumpiendo al fan loco y ganándose la atención de todos—. Hablemos de mí, por favor. —Suspiró con fuerza, recompuso su sonrisa y continuó—: La verdad es que estoy muy nerviosa. Espero estar a la altura.

—Y lo estarás, hermanita. Te lo aseguro.

Jaime, que había tratado con él, que lo conocía, sabía que iba a ser complicado y duro, tanto que había insistido, le había rogado para que no lo aceptara. Pero su jefe metió la pata hasta el fondo. Al ver la desesperación de Sandy por encontrar trabajo y la oportunidad de que optase a ese puesto que se había quedado vacante —gracias al despotismo de Paul—, no se lo pensó dos veces. Le presentó al representante de Paul y le habló de lo maravillosamente paciente que era Sandy, virtud necesaria para tratar con Paul, y el contrato se hizo efectivo en pocas horas.

—¡Me van a pagar una pasta! ¡Viajaré por todo el mundo! ¡Voy a conocer y a moverme con famosos! —exclamó, entusiasmada.

—Vas a tratar con el tío más borde, clasista e intratable del mundo —expresó Jaime usando un tono monótono, pues denotaba lo aburrido que estaba de decirle lo mismo una y otra vez, aunque ella no le hacía caso.

—No seas aguafiestas —lo regañó—. Estoy feliz, no estropees mi dicha.

—Solo te advierto. —La señaló con un dedo.

—Vale, vale, déjame en paz. —Se sentó de nuevo mientras todos le sonreían y le daban la enhorabuena. Nadie hacía caso a Jaime, pensaban que exageraba.

—Eso, vale ya —intervino CJ, que llevaba un buen rato mordiéndose la lengua para no decir nada—. Cuando lo veas, pídele un autógrafo para mí, porfa. Oye, tráelo un día y así me hago una foto con él. Podría prepararle alguno de mis platos. Ostras, me imagino a Paul en el restaurante.

—Lo perdemos de nuevo —le susurró Sandy a su hermano.

—Corta el rollo, CJ. —Mateo puso orden—. Ale, Jaime, te toca.

—Vamos, Jaime —lo alentó Roberto, conocedor de lo que iba a comunicarles.

Fue su turno y, como había hecho su hermana, se puso de pie ante sus amigos.

—No sé por dónde empezar. —Se tocó la nuca con nerviosismo—. Uff, bueno, solo espero que no me juzguéis.

—Dale, tío, que me estas poniendo nervioso —expresó CJ—. Ve al grano.

—OK. OK. Soy gay —soltó, y de nuevo las bocas se descolgaron y los ojos se abrieron por la sorpresa. Pero inmediatamente se repusieron.

—Vale, ¿y? —dijo Mateo.

—¿Esa es la noticia? —intervino CJ—. Pues vaya mierda de noticia comparada con la de Sandy. Esa sí que es una noticia cojonuda. Paul, uff, el gran Paul. ¡Voy a ser amigo de Paul!

—¿Ves? Te dije que a nadie le iba a importar. —Roberto se levantó y, tras palmear en un hombro a Jaime, lo llevó hasta el sofá para que se sentase.

—¿Pensabas que nos iba a importar? —lo interrogó Mateo, y Jaime clavó sus pupilas en él—. Hombre, nos ha sorprendido, pero es tu vida, tío, tu cuerpo y tu corazón. Mientras seas feliz, nos da igual con quién estés, con quién te acuestes. Lo que más me inquieta y sobrecoge es redescubrir esa faceta moñas de CJ, eso sí que es una cosa espeluznante.

El aludido le lanzó un cojín a la cara.

—Moñas, dice. Pues si ser sensible, ver series cojonudas y ser fan de Paul es ser moñas, ¡lo soy! ¡Soy un moñas! Y no me avergüenzo —se defendió.

—Baja el tono, que las chicas están durmiendo —lo reprendió Mateo.

—Yo sí me avergüenzo de CJ —expresó Roberto, levantando la mano, y se ganó otro lanzamiento de cojín que acertó de pleno en su cara, pero que solo ocasionó más risas.

—Pues me importa una mierda, paso de ti —le respondió. CJ se hizo el ofendido y habló solo para Jaime—. Si pensabas que nos importaría, ¡nos ofendes! —exclamó—. ¡Parece mentira que no nos conozcas! Te queremos. Además, de forma egoísta, me mola. Cuando salimos, todas las tías se fijan en ti. De esta forma, podemos usarte como imán para atraerlas y luego nos las llevaremos nosotros.

Todos los cojines volaron hacia él, golpeándolo; pero, lejos de enfadarse, CJ rio a carcajadas hasta que Mateo lo reprendió:

—Vas a lograr que las niñas se despierten.

—Perdón, lo siento.

Todos se acomodaron de nuevo, solo que esa vez en silencio.

—Tengo que contaros algo más… —La voz de Jaime sonó vacilante. Esa parte de su vida lo avergonzaba tanto que temía revelarla, y más delante de todas esas personas a las que amaba de forma incondicional.

—No temas, estamos aquí para apoyarte en todo. —Roberto, que por supuesto lo comprendía a la perfección, pues hacía tiempo que conocía ese secreto tan doloroso para su amigo, lo alentó.

—Mi padre me pegaba, me ha maltratado desde que era un niño.

Y así comenzó a soltar todo ese peso que había soportado. Les narró su sufrimiento, sus miedos y lo que esos años de padecimiento habían hecho con su forma de ser, cómo habían logrado trasformar al Jaime adulto en una persona insegura, llena de fobias. Todos lo arroparon, lloraron junto a él, y Jaime se sintió libre. Ya no tenía que esconderse nunca más. Para él, comenzaba el primer día del resto de su vida.

10

Yo no quiero sobrevivir, quiero vivir.

Wall-E

El iPhone de última generación salió volando hasta estrellarse contra el suelo. Por el «crash» que hizo al estamparse, todos supieron al instante que, con toda seguridad, había pasado a mejor vida. Pero claro, a un tipo como él, al que no le faltaba el dinero, le importaba bien poco destrozar uno de los móviles más caros que había en el mercado.

—¡¡LARGAOS!! —gritó con voz potente.

Y, sin dilación, todos obedecieron. Conocían por experiencia lo hiriente que podía llegar a ser cuando estaba enfadado y no se acataban sus órdenes al instante. Con paso rápido y sin rechistar, tanto la maquilladora como el resto del equipo —incluso el fotógrafo, y eso que estaban en su estudio— salieron y lo dejaron solo.

—¡Maldita sea! —Con el brazo derecho barrió la mesa, arrastrando y tirando al suelo todos los productos que había estado usando la maquilladora.

La ira se había apoderado de él y apenas podía contenerse. Respiraba de manera costosa, las aletas de su nariz se dilataban como si fuera un toro a punto de embestir, las venas de su cuello se marcaban como si estuvieran a punto de estallar.

Un montón de palabras malsonantes salieron de su boca. Primero usó su lengua natal, el inglés, pero después utilizó el castellano, que dominaba a la perfección y cuyos insultos le resultaban más descriptivos, más imaginativos.

Dos toques en la puerta le indicaron que su arrebato había llegado a oídos de su mánager, porque solo Pepper se arriesgaría a intentar estar en la misma sala en la que estaba Paul Lee Hallen presa de uno de sus ataques de ira. Todos lo temían, incluso él; la diferencia era que el equipo podía huir, escabullirse y esperar hasta que se le pasara, pero Pepper no tenía otro remedio que lidiar con el despotismo del actor.

—Le-e —tartamudeó mientras asomaba la cabeza. No se atrevía a meter el cuerpo entero, no fuera que él le lanzase algún objeto con la intención de golpearlo.

—¡Vete! —le gritó, y clavó sus ojos inyectados en sangre sobre esa pequeña cabeza que asomaba por la puerta entreabierta—. Quiero estar solo. —Su tono se moderó y Pepper suspiró, se relajó.

Según parecía, el Tsunami —mote con el que todo el mundo lo nombraba— estaba perdiendo su fuerza destructiva, así que se envalentonó y dio dos pasos hacia el interior.

Contempló sin inmutarse, pues ya estaba acostumbrado a ver los estragos que Lee ocasionaba, todos los destrozos que después la agencia New Stars tendría que pagar. Caminó hasta el iPhone, por supuesto sin bajar la guardia y mirándolo de reojo por si tenía que salir corriendo. Aún no se fiaba, verlo calmado no le garantizaba que no terminara arrojándole alguno de los objetos que estaban por el suelo. Se agachó y tomó lo que quedaba del móvil con manos temblorosas. Contempló el desastre. Ya no tenía solución, más le valía comprarle otro nuevo.

—¿Por qué sigues aquí?

Se sobresaltó al escuchar su voz.

—¿Qué ha pasado? —Intentó parecer calmado, moduló las palabras con suavidad procurando no alterarlo más.

Lee cerró los ojos. Su expresión facial había cambiado, parecía totalmente perdido.

—Nada. No ha pasado nada. —Mentía de forma descarada y a Pepper, que conocía cada uno de sus gestos, no le pasó desapercibido. Pero prefirió no ahondar, dejarlo de momento. Su integridad física le importaba más que una de las rabietas de su estrella principal e insistir, indagar, seguro que lo pondría en riesgo—. ¿Dónde está Ratoncillo Torpe? Llevo todo el día sin verlo. Ni siquiera ha venido a buscarme esta mañana. No me ha preparado la ropa, el desayuno…

Lee tenía una fea costumbre, una que todos odiaban: nunca llamaba a su personal por su nombre, porque en muchos casos ni se molestaba en saber cuál era. Siempre les ponía un mote, la mayoría de las veces despectivo, desagradable, y Ratoncillo Torpe era el que había asignado a su ayudante personal.

—Ratonci… —Pepper rectificó al instante—: Ismael —intentó corregirlo, aunque sabía que caería en saco roto— re-nun-ció —vocalizó de manera exagerada.

—¡¿CÓMO?! —gritó, ofendido.

Al segundo, Pepper se insultó mentalmente, otra vez había despertado al Tsunami.

—Se fue, Lee… Se marchó —explicó con voz temblorosa.

—Pero…, pero… ¿por qué?

¿Lo preguntaba en serio?, ¿no entendía las razones? «Increíble», pensó Pepper. Pero, vamos, que él no iba a abrir sus ojos a la evidencia, no iba a ser quien le dijera que todos allí lo odiaban, que nadie lo soportaba, no lo iba a hacer porque quería seguir en el planeta Tierra.

—Porque eres un niño malcriado, un déspota inaguantable, un caprichoso… —La voz de la señora Amanda Stone les llegó con absoluta claridad, indicándoles que estaba dentro del estudio.

Ambos se giraron para poder contemplarla. Caminaba con la seguridad que le aportaba creerse una reina, y en realidad lo era, pues tenía en su poder la agencia más importante del mundo: New Stars.

«Por fin», se dijo Pepper respirando tranquilo. Acababa de llegar la caballería en su rescate. Amanda era la única persona en el mundo, en el universo, que se atrevía a decirle al Tsunami la verdad, la única que podía llevarle la contraria y reprenderlo con severidad cuando era necesario.

Amanda contempló el desastre que había ocasionado Lee y después clavó su intensa mirada en él.

—Todo esto lo vas a apagar tú de tu bolsillo —ordenó.

—Sí, señora. —Lee bajó la mirada.

Pepper abrió bien los ojos, no quería perderse el maravilloso espectáculo de contemplar al Tsunami desvalido, temeroso. «Que se joda», pensó con regocijo. Le encantaba ser testigo de cómo él probaba su propia medicina. La jefa no solía desplazarse a los estudios o a los platós, ella trabajaba en las oficinas que New Stars tenía ubicadas en pleno centro de Madrid. Pero, cuando lo hacía, era para meter en vereda a su estrella más despótica, la que más líos provocaba o, como en esa ocasión especial, para ordenarle algo muy concreto y que sabía que iba a desencadenar una de sus pataletas.

La señora Stone posó su dura mirada sobre el mánager.

—Deme eso. —Señaló el pobre iPhone que aún mantenía en una de sus manos. Pepper se lo entregó y ella lo miró, lo examinó molesta—. Veo que ya has recibido la noticia. Ahora entiendo este desastre, has tenido otra de tus rabietas. —Suspiró con fuerza y arrojó el maltrecho teléfono a la papelera—. He hecho el esfuerzo de venir a verte para contarte todo en persona y me encuentro…, me encuentro con este desastre que has montado. Estoy muy cansada de ti. —Se colocó frente a Lee y clavó uno de sus dedos de uñas rojas en el fornido pecho del actor—. A mis oídos llegan tus niñerías y, como he podido apreciar, no exageran. Esto tiene que terminarse. A partir de ahora, o cambias, o te juro que hago lo que sea por hundir tu carrera y tu triste vida. Sabes que tengo el poder suficiente para borrarte del mapa con un simple soplido.

Los ojos de Lee se elevaron al instante hasta encontrarse con los de

ella.

—Lo-lo siento, yo… —balbuceó.

Un fuerte regocijo recorrió el pequeño cuerpo de Pepper. «Eso, cabrón, tartamudea acojonado. Jua, jua, jua», una risa diabólica llenó su mente. Se sentía muy dichoso. Cuando estuviera solo, llamaría a Ismael para contarle con pelos y señales cómo ese imbécil sin corazón se había arrastrado como un vil gusano y cómo el tacón de aguja de la megajefa lo había aplastado contra el suelo.

Amanda se giró hacia la puerta, pero antes de irse le habló con voz alta, clara, y con el mismo despotismo que él solía utilizar:

—Como veo que ya estás al corriente de todo, no tengo nada más que hacer aquí. Tienes un nuevo ayudante, más te vale que te dure. Y, por cierto, como ya lo sabes todo, no me andaré por las ramas: harás lo que debes, lo que yo deseo, y sin rechistar. No me obligues a venir a verte de nuevo. Soy una mujer muy ocupada, no puedo perder el tiempo contigo. ¿Entendido?

—Sí, señora. —Su voz sonó tan apagada que apenas fue audible.

—¡¿ENTENDIDO?! —gritó.

—¡SÍ, SEÑORA!

Esa vez, Lee escupió sus palabras con rabia, y Pepper se echó a temblar. Cuando se fuera la única persona que contenía a ese Tsunami, los platos rotos los pagaría el resto del personal, los trabajadores que ninguna culpa tenían y que no parecían importar a nadie. Sabía que la señora Amanda no se había desplazado hasta allí porque Ismael le importase o porque le preocupase que su chico, su estrella más brillante, destrozase y pisotease al resto del mundo. No, ella estaba allí porque seguramente quería algo de la bestia, algo de lo que él se había enterado por el iPhone quizá por pura casualidad, algo que lo había llevado a enfurecerse tanto que incluso lo había arrojado, dejándolo inutilizable. Odiaría hacerlo, pero no se negaría, nunca lo hacía, porque, para él, Amanda Stone era como Dios y su palabra, un mandamiento. Nunca la desobedecería, jamás le levantaría la voz o discutiría con ella. Se limitaba a acatar sus mandatos con un «Sí, señora» y después…, después descargaba su ira, la impotencia que sentía, sobre el resto del mundo.

Los ojos de Lee se volvieron vidriosos mientras contemplaba cómo la puerta se cerraba tras Amanda. No dijo nada, tan solo se dejó caer sobre la silla que había estado ocupando mientras Alba, la maquilladora, hacía su trabajo.

Pepper contó mentalmente los segundos que él tardaría en insultarlo, incluso se resguardó, porque estaba seguro de que ya no lo libraba ni Dios: le iba a arrojar algo, seguro. Pero, tras llegar al veinte, sus ojos se abrieron como los de un búho por el asombro. ¿Qué le pasaba a ese cabrón? ¿Por qué no escupía sapos y culebras?

—Ratoncillo Torpe… —Su voz lo sacó de su estupefacción y, por instinto, Pepper se cubrió la cara esperando el golpe de algún objeto. Pero, como este no llegó, se atrevió a mirarlo—. ¿Se ha ido… de verdad? —Lo había amenazado un montón de veces, pero Lee no creyó que fuera capaz de hacerlo, ni siquiera el último día cuando tras…, no recordaba cuál había sido el detonante de la gran bronca que le echó, se despidió de él en unos cuantos idiomas.

—*Adiós, goodbye, auf wiedersehen, adieu, addio, annyonghi gyseseyo* —le había dicho, y tras ello, para darle más teatralidad al momento, cerró dando un fuerte portazo.

—Sí, se ha ido —espetó con rabia Pepper, aunque no salía de su asombro. Según parecía, a Lee le afectaba la marcha de Ismael. «¿A que al final va a tener corazón?», se preguntó.

—Pues vaya puta mierda. Ahora, ¿quién va a ser mi sirviente? No puedo hacer yo las cosas…

«Pues no, no tiene corazón», se respondió Pepper al instante. A ese energúmeno solo le importaba él, él y él.

—Ya tiene sustituto. —«Otro pobre incauto», pensó apesadumbrado.

—¿Y dónde está? Mal empieza. Necesito…, necesito muchas cosas. Un iPhone nuevo, por ejemplo…

Pepper no respondió, se limitó a salir e ir a buscar a la pobre e inocente mujer que esperaba al otro lado de la puerta; si es que seguía allí, que lo dudaba, pues seguramente había sido testigo de todo lo ocurrido. Las voces la habrían alarmado y quizá, si era sensata, estaría corriendo, alejándose del Tsunami.

Pero al abrir la puerta y encontrarla con cara de estupefacción, alucinada por los gritos, las entradas y salidas del personal, se dio cuenta de que no había sido tan inteligente como en un principio pensó.

—¿Quieres seguir adelante con esto? —Lo intentó de nuevo, parecía una buena chica.

—Yo… Sí, claro.

—Bien…, pues pasa. Él quiere conocerte. —Su tono expresaba cansancio. Esa chica iba a durar en manos del Tsunami dos asaltos. Al tercero, correría lejos llorando.

Sempiterno

Sandy había tardado horas en elegir lo que se iba a poner en su primer día de trabajo, sabía que la imagen era muy importante y más en el mundo en el que se iba a mover.

Con el armario del pequeño apartamento que había alquilado abierto de par en par, fue desechando prendas.

—Mini, descartada. —Arrojó sobre la cama una pequeña falda rosa demasiado atrevida para un primer contacto—. Vestido de flores… —Se lo colocó sobre el cuerpo y se miró en el espejo—. Uff, demasiado soso. —La prenda terminó sobre la montonera de ropa que había desechado. Pero de pronto su mano acarició uno de sus trajes, un sastre precioso que se había comprado en Sfera y que le quedaba de vicio.

—¡Bingo! —gritó, entusiasmada.

Lo combinó con una blusa semitransparente y un precioso bodi, que era la prenda ideal para no verse demasiado provocativa, pues era tupido y tapaba todo lo necesario.

Ya vestida, se contempló con entusiasmo.

—Una buena imagen para el primer día del resto de mi vida —se dijo.

No solo llevaba las prendas ideales para ese puesto, Sandy también se había vestido con el traje de la ilusión, la esperanza y las ganas de encontrar lo que le haría feliz. Se había deshecho de la Sandy que tenía una vida que odiaba, un trabajo que detestaba. Ahora su vida sería diferente, porque ella era otra mujer, una segura que iba a pisar fuerte con los tacones de sus botas negras.

Como hacía mucho frío, se cubrió con uno de sus mejores abrigos y una bufanda, que combinaba a la perfección con sus guantes y su gorro de lana.

Llegó con tiempo de sobra al estudio donde la habían citado, así que aprovechó para tomarse una tila, pues los nervios la mataban. ¡Iba a conocer a Paul Lee Hallen! Cantante y actor famosísimo. Ese día iba a rodar un *spot* publicitario, así que su mánager la había citado en esa dirección para que tuviese el primer contacto con él.

Se tomó la tila despacito y con cara de asco, pues odiaba su sabor. Pero era ese líquido apestoso o un buen lingotazo de *whisky*, y como el alcohol le afectaba mucho, se decantó por la infusión. No era plan de llegar borracha el primer día de trabajo.

Diez minutos antes de la hora acordada, caminó con piernas temblorosas hasta el estudio. En la entrada se encontró con el mánager de Paul, el señor Pepper, un hombre muy bajito y delgado con cara de buena persona. Muy amablemente se presentó y esa fue la primera vez que escuchó la pregunta que él le haría en varias ocasiones.

—¿Quieres seguir adelante con esto?

—Sí, cla-claro —contestó Sandy sin entender a qué venía esa cuestión. Si estaba allí, si había firmado el contrato, era porque deseaba ese trabajo.

El gran suspiro de tristeza y frustración que él lanzó la dejó descolocada, pero no quiso pensarlo mucho, ya estaba bastante nerviosa.

Juntos subieron el pequeño tramo de escaleras que los llevó a una entrada majestuosa, cuyo suelo pulido hacía que sus tacones repiquetearan. Caminaron hasta una de las puertas tras las cuales diversos fotógrafos tenían sus estudios, y allí, parada frente a las grandes hojas de madera, presenció un espectáculo extraño, uno que terminó de descolocarla del todo.

La primera vez que se abrió, contempló boquiabierta cómo un montón de gente tras la orden de «Largaos» dada por una voz profunda y muy masculina salía de manera apresurada.

La segunda, el señor Pepper entró de manera taciturna, como si dentro hubiera un monstruo dispuesto a terminar con su vida.

Escuchó voces, gritos y después, silencio. Sandy tuvo miedo. ¿Y si le había pasado algo? ¿Llamaba a la policía? Miró a todos lados, estaba sola, la gente que había salido del estudio se había pirado. «¿Qué hago?», se preguntó. Pero no tuvo que hacer nada, porque de repente una mujer impresionante, elegante, bella y con un aura de poder irrumpió en el estudio sin ni siquiera molestarse en tocar a la puerta.

La señora, que por cierto ni la miró, salió al poco rato.

De nuevo, todo quedó en silencio y, de nuevo, Sandy dudó. ¿Qué estaba pasando? No tuvo que esperar mucho, porque, de nuevo, las grandes hojas se abrieron y el señor Pepper le indicó que pasara tras lanzarle otra vez la pregunta: «¿Quiere seguir adelante con esto?» y ella responderle otra vez con un sí rotundo.

Y así fue como Sandy pudo ver por primera vez en persona a un ídolo de masas, a un actor impresionantemente guapo, a un cantante de los más famosos y, tras su tosco y antipático saludo, a uno de los tipos más bordes que había conocido.

Paul Lee Hallen, alias Tsunami, entraba en su vida, en su mundo, para ponerlo todo patas arriba.

11

Estás completamente loco, pero te diré una cosa: las mejores personas lo están.

Alicia en el País de las Maravillas

Esperaba la cola con toda la paciencia del mundo. No quedaba otra, parecía que toda la gente se había puesto de acuerdo e ido a la misma hora del día al supermercado.

Se había colocado en la caja número dos, que, según parecía, era la más lenta. Todas avanzaban menos la suya y Mateo comenzaba a desesperarse.

Miró su reloj, no porque tuviera la necesidad de ver la hora, sino más bien como un tic nervioso que expresaba desesperación.

De repente, recordó que se le había olvidado meter en el carro uno de los artículos que había ido a buscar, así que, como le quedaba mucho para llegar a la caja, avisó a la señora que tenía detrás.

—Disculpe —le dijo con amabilidad—. Dejo mi carro un momento aquí, me voy a acercar un segundo a por algo que se me ha olvidado.

—¿Y? —La mujer ni siquiera lo miró.

Mateo pestañeó. ¿Y? ¿Qué tipo de pregunta era esa? ¿De verdad tenía que dar más explicaciones?

—Es simple, señora: la estoy avisando de que dejo mi carro y ahora vuelvo.

—Me parece perfecto, *señor*. —Pronunció la última palabra con tono burlón. Según parecía, no le había hecho ninguna gracia que la llamara señora—. Como si a mí me importara —dijo para ella pero en voz alta, sin importarle nada que él la escuchara.

Mateo alzó las cejas, resopló y, sin darle más explicaciones, dejó su carro en el orden que le correspondía en la fila y se acercó con paso rápido al pasillo donde estaba el café. Su primera intención al entrar en el supermercado había sido ir precisamente a por ese producto, pero al final llenó el carro con un montón de artículos y lo más importante se le había olvidado por completo.

No tardó ni un minuto en regresar a la fila, que apenas se había

movido. Intentó colocarse en su sitio, pero sus pasos se congelaron al instante cuando, con total perplejidad, vio su carrito abandonado fuera de la larga comitiva de clientes hartos de la espera.

—Pero ¡qué coño…! —Sus ojos se clavaron en la rubia antipática. Ella ni se inmutó, ni siquiera lo miró—. Disculpe, *señora* —pronunció poniendo énfasis en la palabra que parecía molestarla de manera especial—. ¿Ha quitado usted mi carro de la fila?

Por primera vez, la mujer clavó los ojos en él.

—Que yo sepa, señor, usted se ha ido de la fila, así que ha perdido la vez.

—Pero será hij… —Calló el insulto que le venía a la cabeza, pues la cara de Lara se le representó con total claridad dentro de su cabeza, regañándolo por usar tacos—. Mire, no quiero montar un numerito…

—Pues no lo haga —lo interrumpió—. Vaya al final de la fila. Ha perdido su sitio, señor.

Mateo no daba crédito a lo que le estaba pasando, pero no quería discutir, ya tenía en su vida suficientes problemas y suficiente drama. Tras un gruñido con el que demostró lo enfadado, cabreado y molesto, terriblemente molesto, que estaba, tomó su carro y se dirigió al final de la larguísima fila.

Salió del supermercado soltando pestes. Cómo le cabreaba la gente egoísta. Ojalá el karma hiciera que esa pedante *señora* —enfatizó la palabra dentro de su cabeza— tuviera que esperar colas el resto de su vida y un día la venganza se le presentase en plato frío. Un día, él estaría detrás de ella en la fila y entonces… Iba imaginándose la situación cuando llegó a la cafetería.

—Hola, jefe —lo saludó Tomi—. Uff, traes mala cara.

—¿Qué coño haces? —preguntó con tono áspero.

—Descanso, jefe. No hay clientes que atender. —Estaba sentado ojeando su móvil.

—¿Crees que te pago por descansar?

—No, claro que no.

—Pues mueve el culo y ponte a…, a hacer algo, lo que sea.

Tomi se levantó con tanta rapidez que la silla estuvo a punto de caer al suelo. El jefe tenía muy malas pulgas y más le valía obedecer a la primera.

—Tráeme un café —ordenó, soltando las bolsas de la compra, y ocupó el sitio en el que había pillado vagueando a su empleado.

Mientras Tomi se lo preparaba, lo observó y poco a poco se fue relajando. Si algo le había enseñado la vida era que no debía darles importancia a ciertas vicisitudes. Existían otros sucesos más importantes que una mujer borde a la que, con toda seguridad, no vería nunca más. No, ella nunca entraría dentro de esas cosas importantes que le iban a quitar el sueño, no se lo permitiría, más que

nada porque no tenía ni tiempo ni ganas de comerse la cabeza con estupideces.

Cabeceó, molesto consigo mismo, y se sintió mal con Tomi, pues había pagado su mal humor con él y era un buen tipo.

Sonrió al recordar cuando Mati lo había llamado aquel día para decirle que ya tenía un nuevo camarero, jamás pensó que el elegido sería un hombre. Es más, si el Mateo de antes, al regresar al trabajo, se lo hubiera encontrado detrás de la barra, lo habría despedido sin contemplaciones. Pero, claro, ese Mateo ya no existía. Ahora era un hombre práctico, uno que pensaba con la cabeza que tenía sobre los hombros y no con la que tenía dentro de su bragueta, esa que hasta entonces había movido todas sus decisiones, su vida. Ahora Tomi era lo mejor para él, porque, a pesar de despistarse de vez en cuando, era un buen tipo, trabajador y obediente. Su vida era complicada, no podía estar pendiente de ciertas cosas, y con Tomi sabía que su negocio estaba bien atendido.

—Tu café —le dijo, poniendo la taza sobre la mesa y sin mostrar la más leve muestra de enfado.

—Tomi, perdona. —No había sido justo y quiso disculparse—. He pagado el cabreo contigo.

El camarero se limitó a encogerse de hombros y sonreír al jefe. No se lo tendría en cuenta.

Mateo palmeó con cariño uno de los hombros de su empleado. Sí, definitivamente, Tomi había sido la mejor elección.

La puerta se abrió e Inés entró como una exhalación.

—Mateeeooo, Mateeeooo, ¿sabes qué? —No lo dejó ni siquiera abrir la boca para responder su pregunta—. La *pogfe* me ha dicho que… —Comenzó a contarle todo con tal entusiasmo que él no pudo hacer otra cosa que escucharla con total atención.

Lara entró tras su hermanita con cara de malhumor, pero, claro, ese era el semblante que lucía a todas horas. Estaba peleada con él, con el mundo, y, por supuesto, la nueva obligación que hacía unos días le había impuesto Mateo la molestaba sobremanera.

Se acercó a él y, sin tan siquiera un «hola», le puso en la mano una hoja de papel, que Mateo miró al instante.

—Me va a estallar la cabeza. Así lleva desde que la he recogido del logopeda —le explicó a Tomi, que estaba preparando la merienda para las chicas—. Ponme algo fuerte —le pidió mientras se sentaba en uno de los altos taburetes para poner la máxima distancia con su hermana.

—¿Quieres un *whisky* doble? —preguntó Tomi, muerto de la risa con las ocurrencias de Lara.

—¡Te he escuchado! —gritó Mateo—. ¡Ni se te ocurra! —dijo, aunque sabía perfectamente que Tomi bromeaba—. ¿Qué coñ… repámpanos es esto? —preguntó, sacudiendo la hoja de papel que le

había dado Lara.

Mientras, ajena a la tormenta que estaba a punto de sacudir la cafetería, Inés seguía su cháchara sin importarle que nadie la estuviera escuchando.

—La profe me tiene manía —sentenció Lara sin pestañear.

—¡Claro, claro! ¡La profe, los compañeros, yo, el mundo, Tomi, todos te tenemos manía!

—Yo no, jefe. Yo no le tengo… —Calló al ver cómo Mateo lo fulminaba con la mirada. Tomi era buena gente, pero un poco cortito.

—Y, como lo estoy haciendo muy bien, la *pogfe*… —Inés subió el tono de voz.

—¡Esto es el colmo, Lara! ¡Jod… cáspitas!, ¿qué coñ…, qué narices has hecho?

—Así que *dentog* de poco… —continuó Inés, ajena por completo a la otra conversación.

—Nada, te lo juro. No he hecho nada. —Lara se encogió de hombros para darle más énfasis a sus palabas.

—Dice que tienes que *gegalagme*… —siguió Inés.

—Pues, si no has hecho nada, ¿por qué cojo… narices quiere verme?

—Y yo qué sé, no estoy dentro de su cabeza —contestó con chulería.

—¿Que no estás en su cabeza? —Soltó una carcajada irónica.

—Dice que me *gegales* un gatito —soltó la pequeña, y entonces todos se quedaron en total silencio.

—¡No, de eso nada! —gritaron a la vez Mateo y Lara.

—Sí, me lo tienes que *gegalag*, y ya está. No podéis *decig* nada *pogque* va a *seg* mío, solo mío —sentenció, enfadada, y se cruzó de brazos.

—¡Lo que me faltaba! —gritó Mateo con impotencia. La vida parecía carcajearse de él.

—Se escuchan los gritos desde la calle. —Mati y el cochecito donde dormía su bebé atravesaron la puerta.

—¡Tía Mati! —La pequeña Inés trotó feliz hasta los brazos de la excamarera.

—Hola, peque. —Mati se la comió a besos mientras la niña reía a carcajadas.

—¡Me cag… me cachis en la mar, Lara! —Mateo releía la hoja que su hermana le había entregado sin prestar atención a la entrada de la que había sido su empleada—. ¡¿Por qué no me has dado antes la nota?! —Tenía fecha de hacía un par de días y la cita con la tutora era ese mismo día.

—Hola, exjefe —lo saludó Mati.

—Hola, Mat. Perdona, pero ahora mismo tengo una crisis entre

manos. —La miró por unos instantes, pero enseguida su atención regresó a Lara—. Estoy esperando una explicación.

—Como no te des prisa, no llegas —dijo la niña con retintín.

—¡Me cag… cachis! —Mateo miró hacia todos lados como si necesitase una señal, algo que le indicara qué debía de hacer.

—Vete, corre. —Mati salió en su ayuda—. Yo me quedo con las chicas y, si hace falta, le echo una mano a Tomi.

Se puso en pie y caminó con premura hacia la puerta.

—Gracias, Mat, muchísimas gracias —le dijo. Al pasar por su lado, soltó un suave beso en una de sus mejillas—. Ya hablaremos cuando vuelva —amenazó a Lara, y salió a la carrera. Iba a llegar tarde, de eso no le cabía duda.

Sempiterno

Sudoroso por la carrera, Mateo llegó a la puerta del aula con la esperanza de que la tutora no se hubiera cansado de aguardar su llegada.

Con los nudillos, dio un par de golpes y un tosco «Pase» le indicó que la profesora había tenido la paciencia suficiente como para esperar el cuarto de hora que se había demorado en llegar.

—Lo lamento, yo… —La excusa se le cortó de golpe al verla—. Vamos, no me jodas. —Soltó un fuerte resuello. Le entraron unas intensas ganas de reír; ya que el destino se partía el culo a su costa, bien podía hacerlo él también.

—Estaba a punto de marcharme —lo amonestó—. Imagino que será el padre de Lara Costas. —Le tendió una mano a modo de saludo y lo observó con atención, parecía demasiado joven para tener una hija de la edad de Lara.

—¿No me recuerda? —la interrogó con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿Debería?

—Pues sí, SEÑORA, debería recordarme.

—Pues la verdad es que no. Ahora que lo pienso, me suena de algo…

—Usted fue quien sacó mi carro de la fila —explicó, molesto.

—Ah, ahora lo recuerdo. —Y, para la total sorpresa de un boquiabierto Mateo, comenzó a reírse a carcajadas. Su alborozo era tal que incluso lagrimeaba. Mientras, Mateo la miraba muy serio—.

Perdone-ne —intentó recuperarse, pero, cada vez que lo miraba y lo veía tan enfadado, contemplándola con cara de cabreo, el ataque de risa se hacía más intenso—. ¡Ay, ay, Dios, hacía tanto que no me reía así!

—Vaya, me alegra hacerla feliz —dijo con ironía.

—Ay, de verdad, disculpe. Ya, ya se me pasa. —Pero no era así, sus carcajadas continuaban sin que pudiera remediarlo.

Cuanto más reía ella, más se enfadaba él.

—Pues nada. Cuando usted quiera, empezamos la reunión.

—Ya, ya, se lo aseguro, ya me recupero. Pero, por favor, ayúdeme, deje de mirarme así porque si no…, no podré…, no podré parar —explicó entre carcajada y carcajada.

Mateo resopló, sacudió la cabeza molesto, tomó una de las sillas que usaban los alumnos y se sentó frente a la mesa de la profesora.

—No soy el padre de Lara, soy su hermano. Mateo, Mateo Costas. —Tomó el mando de la situación, porque ella seguía muerta de risa y así no terminarían nunca.

—Ya decía yo que lo veía muy joven. —Se secó las lágrimas y se recompuso—. Creo que debemos empezar de nuevo. Mi nombre es Marisa Romero, soy la tutora de Lara. —Volvió a tenderle la mano a modo de saludo y él, aunque reticente, se la estrechó—. Antes de nada, quiero pedirle disculpas por lo del… —Frenó su discurso porque el ataque regresaba—. Bueno, por lo del supermercado. No suelo ser tan borde, se lo aseguro.

—Dejemos el tema, por favor. Háble me de Lara. En su nota ponía que era urgente.

—Sí, estoy muy preocupada. Me gustaría poder reunirme con sus padres, me parece genial que usted se implique, pero siempre es mejor…

—Ellos no pueden venir —la interrumpió.

—Si es por cuestiones de horarios, podemos cuadrarlo de alguna forma.

—Nuestros padres han fallecido. Pero, sinceramente, me resulta extraño que no lo sepa. Informé de todo al instituto cuando la matriculé —explicó, un tanto molesto.

La sonrisa de Marisa se congeló en sus labios.

—Oh, vaya, lo siento mucho. No quiero que suene a excusa, pero llevo poco siendo su tutora y, según parece, la comunicación con mi antecesora ha fallado de manera estrepitosa. Le pido mis más sinceras disculpas.

—Ya, eso veo. —Sonó irónico, estaba cansado de la aflicción que todos mostraban cuando se enteraban de lo de sus padres. Estaba harto de esas palabras vanas que todos soltaban, de las miradas de pena. No necesitaba la compasión de nadie, ni él ni sus hermanas los

necesitaban.

—Ahora empiezo a entender —susurró Marisa.

—¿Cómo?

—Perdone, estaba pensando en voz alta.

—Ya veo, eso es algo que suele hacer muy a menudo. —Recordó el incidente en el supermercado y cómo expresó sus pensamientos sin importarle que él lo escuchara todo.

—Lara necesita ayuda —soltó sin hacer caso a sus palabras—, así que usted y yo vamos a trabajar mano a mano para darle lo que necesita. Olvide todo lo demás. Lo único importante es ella.

A partir de ese día, las tutorías se sucedieron. En un primer momento, el tema principal era Lara, y Marisa le dio unas pautas para tratar con la adolescente tirana que tenía en casa. Pero, poco a poco, la amistad floreció entre ellos y comenzaron a charlar sobre sus vidas más allá de la relación profesor-familiar.

Una bonita amistad surgió entre los dos, una que, además, le suponía una gran ayuda a Mateo, ya que el aura de positividad que envolvía a Marisa había comenzado a hacer mella en él.

12

La amistad no se trata de a quién has conocido por más tiempo.
Se trata de quién entró en tu vida y dijo: «Estoy aquí para ti» y lo hizo.
Anónimo

—Pero ¿a ti te parece normal?

—Claro —replicó Mateo mientras conducía camino de la Warner.

—Pues no lo es. No es normal que pasemos el domingo con mi tutora —protestó Lara con energía.

—Vamos a pasar el día con Marisa y su hija, no veo por qué eso está mal.

—¡Espabila! —le gritó, molesta—. Ya soy la rarita en el instituto. Cuando se enteren de que veo a Marisa fuera de clase, ¿qué crees que me va a pasar? Vas a conseguir que se rían de mí, que me hagan el vacío, vas a arruinar mi vida —dramatizó.

—Vamos a la *Wagneg*, deja de *quejagte* —intervino Inés.

—Enana, cá-lla-te —vocalizó Lara.

—¿Por qué narices eres la rarita? —quiso saber Mateo.

—Está bien claro: porque soy la pobre huérfana. Todos me miran con pena.

El corazón de Mateo se encogió. Lara nunca hablaba de lo que había sucedido, y le sorprendieron sus palabras.

—No me gusta que digas eso —susurró Inés—, me pone *tgiste*.

Lara miró a su hermanita, sus ojos se habían llenado de lágrimas y se reprendió por la poca delicadeza que había tenido.

—Inés, mira, mira, la Warner. —Le vino genial el gran cartel que anunciaba la proximidad del parque de atracciones para destensar el ambiente que había creado—. ¡Vamos a pasarlo genial!

De repente, su protesta por la idea de Mateo de quedar con la tutora había pasado a un segundo plano. Había hecho daño a Inés y pensaba hacer todo lo posible para que la pequeña volviese a sonreír.

Justo en la entrada estaban esperándolos Marisa y su hija, Nadia. La familia Costas no llegaba puntual, pero Mateo ya se había dado por vencido: con Lara, era imposible llegar a la hora acordada.

Desde el primer instante, Nadia y Lara se gustaron, conectaron. Tenían la misma edad y los mismos gustos, así que no se separaron la una de la otra, como si fueran amigas de toda la vida, y la pequeña Inés las seguía como un perrillo.

Caminaban por el parque cuando Marisa le taladró los oídos con uno de sus gritos:

—¡Mateo! —La miró molesto, pero ella no le hizo ningún caso y comenzó a tirar de su mano para arrastrarlo hacia Coaster Express, la montaña rusa más alta y larga de Europa—. Vamos a subir ahí —afirmó con contundencia, como si no admitiera réplica alguna.

—No, no, no, no. Inés no puede subir, es muy pequeña… —La usó como excusa porque lo aterraba la altura. Sentía escalofríos solo al contemplar la estructura de madera. Tragó saliva con dificultad, ni loco subiría allí. Era impresionante, con subidas y bajadas infinitas.

—Me refiero a ti y a mí.

—¡¿Yo?! ¡¿Ahí?! —Su voz sonó chillona—. Es-estás loca. —Su cara de pánico provocó las risas de las tres niñas y de la profesora.

—Nosotras llevaremos a Inés a los caballitos —intervino Lara.

—Mejor yo me voy con Inés a los caballitos y vosotras… —No lo dejaron terminar.

—*Nop*. —Lara lo miraba con una sonrisa maquiavélica.

—¿Te estás vengando? —le preguntó entre dientes.

—*Sip* —afirmó, y tras tomar de una mano a Inés y de otra a Nadia, salió corriendo hacia el tiovivo.

Mateo miró hacia el cielo y protestó con energía, pero, cuando se quiso dar cuenta, estaba sentado en uno de los vagones esperando a que la atracción se pusiera en marcha.

—Joder, Marisa, ¿por qué me haces esto? Tengo terror a las alturas, a la velocidad, a despeinarme, a… —Lloriqueaba—. Prefiero los caballitos, es más tranquilo, más…

—Soso —lo interrumpió.

El la miró boquiabierto. ¿En qué momento habían adquirido tanta confianza? ¿En qué instante se había convertido en algo más que la tutora de Lara? Negó con la cabeza porque esa mala mujer que se había reído de él sacando su carrito de la fila, poco a poco, se estaba convirtiendo en una buena amiga, de manera mágica, rápida y sin pedir permiso, como solo lo hacen los buenos amigos.

La barra de seguridad bajó y Mateo se aferró a ella con ambas manos.

—¡Eh, oye! —le gritó al muchacho que comprobaba que todo estuviera correcto—. Esto no se abrirá, ¿verdad? —le preguntó mientras tiraba de la barra intentando verificar que estaba bien anclada.

El chico no le contestó, se limitó a encogerse de hombros.

—¡¿Qué quiere decir con ese gesto?! —le preguntó a Marisa, asustado.

—Que eres un moñas. Venga, tonto, relájate y disfruta.

El primer grito de Mateo casi la dejó sorda y lo lanzó simplemente porque la atracción se puso en marcha,

—Te juro que esto no te lo perdonaré en la vida —dijo cuando la vagoneta comenzó la primera subida—. Mataré a Lara con mis manos y, luego, a ti. —Fue a señalarla, pero, como para eso tenía que despegar una de sus manos de la barra, decidió dejarlo.

—¡AHHHHHH! —chilló cuando de repente la vagoneta comenzó a bajar a toda velocidad.

Marisa reía a carcajadas y soltó la barra para elevar los brazos y disfrutar de la adrenalina.

—¡NO TE SUELTES, POR DIOS! —le gritó.

—Vamos, Mateo, ¡vive, disfruta! Suéltate. Vas a dejar las huellas impresas en la barra —se carcajeó.

—¡NO, TENGO MIEDO!

—Nada malo va a pasar. —Le tendió la mano—. Yo te sujeto. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Mateo se quedó sin palabras al ver los ojos de ella. Ya no sonreía, no se refería a esa atracción, a ese momento; su ayuda, su mano, iba más allá de su miedo a las alturas.

La tomó, porque en su vida le vendría bien contar con un aliado como ella. Lo poco que iba descubriendo de Marisa le aportaba paz, alegría, positividad, y últimamente andaba escaso de todas esas cosas. Así que se aferró a esa mano, cerró los ojos y se dejó llevar. Entonces disfrutó, sintió el viento sobre su cara, la velocidad en su estómago, y rio a carcajadas.

Cuando bajó de la vagoneta, sus piernas temblaban. Sus manos también, pero no le importó nada: ahora ella, su amiga, lo sujetaba.

—No pienso subir nunca más a nada parecido a esto —dijo con voz temblorosa, señalando la atracción. A pesar de que al final, aunque jamás lo reconocería ante ella ni su hermana, lo había disfrutado, la adrenalina no le resultaba para nada placentera; prefería tener los pies sobre la tierra.

—Vale.

—Y ahora iremos a donde me dé a mí la gana. —Marisa asintió—. ¡A los caballitos! —sentenció.

—Sí, ahora es el momento de ir al tiovivo, te lo has ganado.

Mateo escogió un hermoso y brillante caballo negro. Su corcel cabalgaba cerca del de Inés, que reía feliz. Tras ellos, Lara y Nadia protestaban por lo aburrido que les resultaba dar vueltas en el carrusel, más que nada porque era la segunda vez que se habían visto obligadas a montar, y Marisa contemplaba embobada a Mateo. En ese

instante, viéndolo sonreír como un crío, fue consciente de lo que necesitaba esa mano que ella le tendía, de lo importante que era ayudarlo a salir de su letargo, y se prometió hacer lo que fuera necesario. Por él, por Lara y, por supuesto, por la pequeña Inés.

Comieron en una de las hamburgueserías del parque y tomaron un café sentados en una de las mesas exteriores.

—¿Tienes frío? —preguntó Mateo al ver que Marisa se cerraba la cazadora—. ¿Quieres que entremos dentro?

—No, desde aquí podemos ver a las niñas. —Y así era, ellas esperaban en la cola para subir a una atracción.

—Marisa…

—¿Uhm? —Posó los ojos en él, a la espera de lo que al parecer quería decirle, pero le resultaba incómodo—. Dispara sin miedo.

—¿Por qué haces esto por nosotros?

Marisa sonrió y, de nuevo, clavó la mirada en las niñas, que estaban a punto de subir.

—Lara necesita ayuda y tú… Tú me caes muy bien.

—¿Sueles hacer esto muy a menudo?

—¿Hacer el qué? ¿Implicarme con una alumna? ¿Venir a la Warner con un chico guapo? ¿Tomar un café?

—Venga, va, ya sabes a qué me refiero.

—Implicarme en lo que hago, en lo que me apasiona, es una de mis virtudes. Aunque, según mi ex, era un defecto.

Las niñas subían a la vagoneta que las iba a trasladar al mundo de Scooby Doo. Sentaron a Inés entre las dos y los saludaron agitando las manos.

Marisa sonrió y correspondió a su saludo.

—No puedo remediarlo, me gusta ayudar —continuó explicándole.

—Y ahora nos quieres ayudar a nosotros. Como si fueses una ONG. No me gusta que nos veas como a unos pobres chicos necesitados. —En su discurso sonó molesto.

—No pienso que seáis unos pobres chicos necesitados. —Lo miró enfadada—. Creo que Lara necesita romper y yo puedo ayudarla. Tengo experiencia, ¿sabes?

—¿Y yo?

—Tú, ¿qué?

—¿Entro en el lote?

—No, qué va, tú solo me caes bien. Aguantas mis bromas, y no todo el mundo las acepta.

—Yo no aguanto tus bromas, no me hacen gracia. Más que nada porque siempre me las haces a mí.

Ni siquiera lo miró, se limitó a lanzar un «Ja».

—¿Y lo que nos reímos? —le dijo, mirándolo con una gran sonrisa.

—Tú. Tú eres quien se parte de la risa.

—Es que eres tan genial.

¿Qué podría replicar ante eso?

—¿Sabes?, estás loca.

—Loca y feliz.

Mateo terminó sonriendo. Era lo que tenía esa mujer: siempre lograba sacarle una sonrisa. No era posible aburrirse estando junto a ella y él estaba muy necesitado de sentir ese soplo de aire fresco, esa energía que desbordaba por cada poro de su piel.

—Marisa, ¿hace mucho que estás divorciada? —Cambió de tema, le apetecía saber más de ella.

—Sí, Nadia tenía tres años cuando lo dejamos.

—¿Fuiste tú quien terminó?

—Vaya —volvió a clavar la mirada en él—, estás muy preguntón.

—Tengo curiosidad.

—Ya veo. —Chasqueó la lengua—. Fue de mutuo acuerdo. John y yo somos buenos amigos, pero una pareja horrible.

—¿John? ¿No es español?

—Inglés, y de los de pura cepa. —Elevó la mirada al cielo y resopló —. Terminaba con mi paciencia. Yo, hiperactiva y él, un sin sangre. ¿Te lo puedes imaginar?

—Puro caos. —Soltó una carcajada.

—La palabra caos se queda corta al describir nuestra relación. Nos queríamos mucho, pero no podíamos convivir, así que decidimos terminar.

—Hicisteis bien.

Ambos se quedaron en silencio durante un buen rato.

—¿Qué? —preguntó de repente Marisa.

—¿Qué de qué?

—Suelta lo que quieres preguntar.

—¿Por qué crees que…?

—Escucho los engranajes de tu cerebro —lo interrumpió.

—Además de profesora, psicóloga, tutora experta, etcétera, etcétera, ¿también eres médium?

—A todo eso, súmale impaciente. Como tardes en preguntar, te vas a quedar con la duda. Además, las chicas están a punto de volver. Dispara o perderás tu oportunidad.

De nuevo, lo miró. Sus ojos conectaron y Mateo se sintió tímido, pero le pudo más la curiosidad.

—¿Sigues enamorada de él? —soltó tras un profundo suspiro.

Pero la pregunta se quedó en el aire, pues las niñas llegaron a la carrera.

Sempiterno

Era domingo, y eso significaba partido.

Mateo se había tomado el día libre, dejando a Tomi solo al frente del negocio para ir a la Warner, pero no pensaba faltar al evento más importante de su mayor afición: el partido que, si nada pasaba, los proclamaría vencedores absolutos contra uno de sus rivales más difíciles.

—No puedo faltar —le explicaba a Lara, que, por supuesto, ponía pegas a su salida precipitada de la Warner.

—Siempre fastidiándome la vida. —Y, para ponerles más dramatismo a sus palabras, lanzó un sollozo.

—Jod… Cáspitas, Lara, no hay quien te entienda. Primero protestas por venir y ahora, por irnos, ¡me estás volviendo loco!

—Podemos hacer una cosa —intervino Marisa, que veía que a Mateo se le terminaba la paciencia—. ¿Qué os parece si vamos todas a ver a Mateo? —preguntó con una gran sonrisa.

—¡Sí, sí, sí! —gritaron entusiasmadas Nadia e Inés.

—Vale, me mola la idea de verlo hacer el ridículo, porque seguro que es un desastre y no mete ni una canasta —explicó Lara, poniendo una de esas sonrisas que le helaban la sangre a Mateo.

—Y tú qué sabes si nunca has ido a verme —replicó, molesto.

—¡Pues, hale, a los coches! —intervino Marisa para calmar los ánimos, pues se avecinaba otra discusión entre los hermanos.

Caminaron hacia el estacionamiento. Las chicas delante, hablando de sus cosas y ellos, siguiendo sus pasos.

—Mateo, ¿en serio?, ¿cáspitas? —le preguntó Marisa carcajeándose.

—¿Qué pasa?, es una palabra bien bonita.

Cuando llegaron al polideportivo, Mateo le presentó a sus amigos y ella, por supuesto, se los ganó con su sentido del humor y simpatía.

No ganaron, pero Mateo disfrutó como nunca. Sus chicas lo animaban desde las gradas. Por supuesto, Lara no, ella estaba pendiente de Jaime.

Él era un jugador mediocre, pero esa noche jugó como nunca. Incluso metió dos triples que les dedicó a las chicas.

Hinchado como un pavo real, salió de los vestuarios. Ellas lo estaban esperando. Inés se lanzó a sus brazos mientras Marisa y Nadia lo felicitaban con efusividad.

—¿Y tú, Lara? —La miró con tristeza—. ¿No vas a felicitarme?

La niña se encogió de hombros y cedió, al fin y al cabo, esa mirada de cachorrito mojado que ponía Mateo conseguía afectarla.

—Bueno, no lo has hecho del todo mal —explicó con poco entusiasmo.

Pero para Mateo fue suficiente, no podía pedirle más.

—Eh, Marisa, ¿os apetece cenar algo? —propuso CJ.

—No, no, será en otra ocasión. Es muy tarde —contestó Marisa.

—Joooo, porfaaa —protestaron a coro Lara, Nadia e Inés.

—Lo siento, chicas, pero mañana hay cole, así que todo el mundo a casa ya. —Cuando Marisa se ponía seria, nadie discutía sus órdenes.

Se despidieron de los chicos y comenzaron a caminar hacia los coches.

—Vaya, profe, eres toda una profesional —le dijo Mateo entre susurros para que las niñas no lo escucharan—. Casi has conseguido que me cuadre.

—Aprende, amigo, toma nota. Si no lo haces así, se te suben a la chepa. Ese es tu problema, Mateo: no sabes dar órdenes, eres un blandito —se mofó de él.

—Sí, es cierto. Soy muy muy blandito.

13

Toma mi sonrisa. Es algo pequeña, pero siempre sabrá brillar en tu corazón.

El Principito

El primer día del resto de la vida de Sandy no fue como ella lo había imaginado. Paul no era el cantante, actor y chico de anuncio que mostraba al mundo con sus trabajos, sino que era el hombre más maleducado, borde, egoísta y tirano que existía en el mundo. Incluso si existieran mundos paralelos al nuestro, sería el campeón superando a los alienígenas más dictadores de esos mundos.

Un «Te lo dije» salió de la boca de su hermano cuando, tras sufrir al insufrible Paul, se reunió con Jaime para cenar y contarle todo lo que había sucedido en ese extraño primer contacto.

Ese primer contacto con él había sido un total despropósito. Nunca, a pesar de los años, los siglos, la eternidad, olvidaría esa primera vez.

—¿Vas a ser tú quien cuide de mí? —soltó cuando la tuvo delante, y descaradamente, sin cortarse un pelo, la contempló de arriba abajo—. ¿Va a ser ella? —le preguntó a su mánager.

—Sí, ¿no te parece maravilloso? —Pepper intentó sonar entusiasmado, pero la voz le salió extraña.

—No sé, parece poca cosa.

—Viene muy recomendada.

—Es como un pequeño gnomo.

Sandy los miraba sin poder dar crédito. ¿Es que no se daban cuenta de que estaba delante? ¿No eran conscientes de que estaba escuchándolo todo?

—Un taponcín —continuó Paul—. Te llamaré así: Taponcín.

—¿Cómo? —preguntó Sandy.

—Disculpa a Paul —corrió Pepper a explicar—. Siempre llama a la gente por un mote.

—Tendrás que acostúmbrate, Taponcín

—¡TAPONCÍN! —gritó, molesta, mientras Jaime se carcajeaba—. El muy gilipollas me llama Taponcín Sonrisas.

—TE-LO-DI-JE —vocalizó.

—Sí, es cierto, es cierto y yo-yo no te hice caso. —Lloriqueó y de un trago se bebió la segunda copa de vino.

—Renuncia, hazlo, huye —le propuso, muy serio.

—¡No, de eso nada! —Se llenó la copa hasta el borde y le dio un buen trago—. A ese tío me lo meriendo yo, ya lo verás, en nada come de mi mano. Lo voy a estrujar como si fuera un trapo para limpiar la mierda. —Mientras hablaba, iba haciendo con las manos el gesto de retorcer un paño, recreándose en lo bien que se sentiría si pudiese sustituir ese pedazo de tela por la garganta de Paul.

Un fuerte «piiii» la sacó de su ensoñación. El móvil que le había dado el mánager de Paul sonaba y ella tenía la obligación, por contrato, de mirarlo al instante.

—¿Es él? —la interrogó Jaime.

—Sí, es su majestad.

—No lo mires.

—No puedo, me pagan mucho y a cambio tengo que estar disponible.

—Uff, hermanita, has vendido tu alma al diablo por un puñado de dólares.

—No seas tan dramático —susurró.

Pero en su interior sopesó las palabras de Jaime, la verdad es que era la mejor manera de expresar la realidad. El diablo era Paul y ella había firmado su sentencia. Pero tenía algo muy claro: no pensaba dejar a medias ese trabajo, no pensaba ceder al desánimo, porque Coral, alias Sandy, era una mujer fuerte. Iba a demostrarle al mundo que no se rendía y, además, el sueldo era tan bueno que no podía renunciar a él. Se mordisqueó el labio inferior.

Sacó el móvil del bolso y miró el WhatsApp.

Jefe tirano:
He decidido cambiar tu mote
Taponcín Sonrisas es muy largo
Desde ahora serás “Sonrisas”

—Este tío es gilipollas —soltó Sandy tras releer el estúpido mensaje.

—¿Qué dice?

—Me manda un wasap a las doce de la noche para decirme que me va a llamar Sonrisas.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Mira. —Le tendió el móvil para que lo leyera.

—Es la caña. —Se carcajeó.

Jefe tirano:
Oye, contesta
Sé que me has leído
No puedo dormir
Me aburro
Holaaaaaaaaaaaaaaaa

Sonrisas:
Vale, que sí, que lo que tú quieras

Jefe tirano:
Qué haces?
No duermes?

Sonrisas:
No puedo, estoy contestando tus wasaps

Jefe tirano:
Muy mal, Sonrisas
Mañana a primera hora debes estar en mi piso.
Así que a dormir

Sandy no le contestó; arrojó el móvil dentro del bolso y, de nuevo, se bebió la copa de un solo trago para aliviar sus penas, que eran muchas.

—Por lo menos te llama Sonrisas, es mejor que Taponcín —le dijo Jaime tras secarse los ojos, que le lagrimeaban por la risa.

—Oye, pues, visto así, es mucho más bonito.

—Así me gusta, hermana. Tú nunca pierdas esa bonita sonrisa. —De pronto, se quedó callado y comenzó a reírse a carcajadas—. Bo-ni-ta son-ri-sa —tartamudeó entre carcajadas—. ¡Sonrisas, Sonrisas! —gritó haciéndole burla con el mote que le había puesto Lee. Sandy lo miraba seria y, sin piedad alguna, le asestó un golpe en la cabeza con uno de los cojines—. Vale, vale, haya paz —rogó Jaime. Se recuperó y prosiguió con su discurso—. No pierdas la sonrisa ni la positividad ni, por supuesto, la paciencia.

—De esa tengo mucha, ya lo sabes.

—Depende, conmigo no tienes tanta.

Sandy pellizcó una de las mejillas de su hermano.

—Porque te quiero.

—Pues vaya suerte la mía.

—Mucha.

Jaime reparó en la gruesa agenda que estaba sobre la mesa del salón.

—¿Y eso? —La señaló con uno de sus dedos.

—La vida, milagros y obra del gran Paul Lee Hallen.

—¿Cómo?

—Toda su información, sus citas, las cosas que le gustan. Tengo

que saber hasta cuál es su color preferido, su talla de zapatos, de calzoncillos…

Jaime se puso de pie y, con gran velocidad, tomó el grueso cuaderno entre sus manos.

—Esto es un tesoro hermana, ¿puedo? —Puso su mirada de corderito, pero de nada le iba a servir esa vez, Sandy ya se había puesto de pie e intentaba arrebatársela.

—No, no y no. Esto es privado, no puedo ir aireando las cosas de ese tipo. Aunque sea un imbécil, tengo que ser profesional. Además, he firmado un acuerdo de confidencialidad y, como salga algo de ahí —señaló el grueso cuaderno—, puedo terminar en la cárcel.

—¡Anda ya!, ya será menos.

—No, no. Te aseguro que termino entre rejas porque me llevarán a juicio, tendré que pagar una indemnización tan grande que tendré que vender mi cuerpo por las calles para poder comer y entonces será cuando dé con mis huesos en prisión, porque te mataré por no haberme hecho caso y no haberme devuelto mi agenda. —Le tendió la mano para que él depositase el cuaderno y Jaime lo soltó de mala gana.

—Vale, lo entiendo. Pero, anda, cuéntame un poquito. Solo un poquito. Palabrita del niño Jesús que de aquí no sale. Andaaa, solo un poquitooo. —Su cómico gesto de juntar dos de sus dedos cada vez más hasta dejar un mínimo espacio entre ellos la hizo reír.

—Eres un cotilla. —Lo tomó de la mano y, tras dejar la agenda de nuevo sobre la mesa, se sentaron frente a sus copas de vino, que llenó de nuevo—. Paul tiene rasgos asiáticos porque su abuelo era coreano.

—Eso ya lo sé, lo sabe todo el mundo.

—¿En serio?

—Pues claro, no sé en qué mundo vives. Siempre se especuló sobre sus ojos rasgados. Además, es uno de los rasgos que, según la opinión general, más atrae y gusta de él.

—Pues yo no lo sabía. —Se encogió de hombros—. El caso es que a mí también me llamaron mucho la atención. Lo he visto en películas, pero en persona se aprecia mejor ese rasgo característico de la raza asiática. —Recordó lo mucho que la impactaron. Eran profundos, de un color negro intenso, brillantes y muy bonitos.

—Cuéntame algo más jugoso.

Sandy se dio un par de golpecitos en el mentón mientras sopesaba qué información podría ser más interesante.

—No tiene ningún contacto con su familia asiática, ni siquiera ha viajado para conocer sus raíces ni visto nunca a esa parte de la familia.

—Lo sé —dijo Jaime con tono cansado—. Según dicen, ellos tampoco quieren saber nada de él.

—¿También sabías eso?

—Yo y el resto de los seres humanos. Internet arde con todo lo referente a Paul.

—Pues yo debo ser un marciano.

—Más o menos. Venga, déjate de tonterías y cuéntame algo que nadie sepa.

—Lleva trabajando en el mundo del espectáculo desde que nació. Con pocos meses, protagonizó un anuncio de pañales y, desde entonces, no ha parado.

—Bah, eso también lo sabe todo el mundo.

—A ver, listillo, ¿y sabes quién es su madre?

Jaime puso los ojos en blanco.

—La dueña de New Stars, la agencia de espectáculos más famosa del mundo.

—Eres muy fan de ese tío. No sabía que te gustaba tanto.

—Hubo un tiempo en el que me ponía, y mucho. Pero he crecido y ahora lo veo con otros ojos. Más que nada porque he tenido el «placer» de trabajar con don Tsunami y se me pasó la tontería de golpe ante la cruda realidad. De todas formas, hermana, creo que me estás tomando el pelo. Esa es información esencial, casi todo el mundo lo sabe.

—¿De verdad pensabas que te iba a contar algo? —le dijo con tono sarcástico—. Ya te he dicho que no quiero terminar en la cárcel.

—Muy listilla, sí, señor. Anda, vamos a dormir.

—¿Me dejas quedarme?

—Pues claro, eso ni se pregunta. Ya veo que vienes preparada. —Señaló la bolsa con todo lo que iba a necesitar al día siguiente. La llevaba siempre que quedaban por si se le hacía muy tarde—. Además, has bebido y mañana tienes que madrugar. Duermes en el sofá. —El apartamento era tan pequeño que tan solo tenía una habitación.

—En la cama —protestó.

—Sofá.

—Cama, piensa que mañana me tengo que enfrentar a mi primer día de trabajo, ya que hoy ha sido solo una toma de contacto con el Tsunami. Tu sofá cama es cómodo, pero prefiero tu camita blandita, suavecita. —Hizo un cómico puchero con el que logró su objetivo.

—Vale, pesada, yo dormiré en el sofá.

Al día siguiente tenía resaca, una de órdago, pero tras una larga ducha, dos cafés cargadísimos y un ibuprofeno, condujo hasta el ático de muchos metros cuadrados que tenía Paul en pleno centro de Madrid, en una zona exclusiva donde la *crème de la crème* vivía a todo trapo separada del resto de los mundanos mileuristas.

Cargada con una gruesa agenda donde llevaba apuntadas todas y cada una de las citas, deberes, costumbres, manías y demás vicisitudes sobre la vida y milagros de don Tirano, se encaminó con paso firme —pues no debía mostrar debilidad delante del ogro porque, si lo hacía, se la iba a comer— hasta la gran puerta de madera maciza tras la cual se encontraba el hombre que iba a descolocar su mundo milimetrado.

No fue necesario llamar, la puerta se abría con una contraseña y ella la conocía, pues don SOY-EL-REY-DEL-MUNDO no quería ser molestado y el muy… prefería que entrase sin llamar.

Sandy rezó a todos los santos para que él no estuviera en pelotas y entró reticente.

—¿Sonrisas? —Escuchó su voz al final de un largo pasillo—. ¿Eres tú?

—Sí.

—Mueve el culo y ven.

Sandy dejó sobre la mesa su bolso y la pesada agenda y se encaminó hacia la habitación de donde venía la voz masculina.

—Que no esté desnudo, que no esté desnudo —iba diciendo en voz baja como si fuera una oración.

Pero Dios la había escuchado a medias, pues se lo encontró vestido con tan solo unos vaqueros desgastados.

—Necesito una camisa. —Ni hola ni nada, de golpe exigiendo.

—¿Y?

—Sonrisas, busca una camisa. —Chasqueó los dedos de una de sus perfectas manos de piel suave, uñas recortadas y pintadas de negro mientras con la otra le señalaba una puerta blanca que ella supuso que era el armario.

«Joder, ni que fuera un perro —se dijo molesta, pero obedeció al instante—. Paciencia, paciencia, tú puedes», se alentó.

Abrió el ropero y su boca se descolgó con estupefacción al contemplar el gigantesco vestidor repleto de trajes de todos los colores, cazadoras, abrigos, jerséis… Había tal cantidad de prendas de gran calidad que aquello parecía El Corte Inglés, bueno, más bien, una de esas *boutiques* que llenan la Milla de Oro.

Sandy no reaccionaba, solo había visto ese tipo de vestidores en las películas. Era un sueño hecho realidad, el mayor espectáculo del mundo. Suspiró y sonrió dichosa, lo que daría por tener uno así. Calculó mentalmente lo que tardaría en poder poseer uno parecido a ese con el pedazo de sueldo que le iban a pagar.

—Sonrisas, estoy esperando. —Paul la sacó de la neblina de envidia que la envolvía con su molesto tono burlón.

Sacudió la cabeza, le lanzó una furtiva y rápida mirada de odio intenso a la que él no hizo ni caso, más que nada porque no le estaba prestando la menor atención, y caminó hasta la zona donde estaban las camisas, colocadas con máxima pulcritud en perchas y por colores. «Un poco neurótico. A ver si va a ser un psicópata», pensó. Pero enseguida descartó esa posibilidad: lo primero, porque era la envidia la que hablaba y, lo segundo, porque dudaba mucho que él se hubiera molestado en ordenar su ropa cuando ni siquiera era capaz de coger la camisa que iba a ponerse.

Tocó las prendas con veneración. Eran prendas de calidad, de marca.

—¿Qué camisa quieres?

Él se encogió de hombros. Según parecía, se dejaba llevar por el gusto de ella, y eso la entusiasmó. Le faltó dar un grito de alegría, le encantaba la moda y allí había prendas para combinar a su antojo.

De todas las maravillosas prendas, tomó una camisa de lo más moderna y actual.

Se acercó hasta él con ella entre sus manos y se la sobrepuso para ver el efecto que hacía con esos vaqueros con aspecto de haber sido usados y lavados un millón de veces, llenos de rotos en zonas estratégicas. Seguro que eran de uno de los mejores diseñadores y le habían costado una pasta.

Lo observó con atención. ¡Quedaba genial! Combinaba perfectamente.

—Esta —le dijo mientras se la tendía.

Paul elevó las cejas y extendió los brazos.

¿Quería que ella se la pusiera? Sus gestos se lo indicaron con total claridad y procedió a ello con los dedos hormigueando por lo incómodo de la situación.

Él no se lo ponía fácil, no colaboraba, estaba quieto como si fuera un muñeco inanimado y, tras empinarse, porque ni tan siquiera fue capaz de encorvarse para que ella llegara a sus hombros, le colocó la prenda y comenzó a abrochar los botones.

Paul tenía un cuerpo esculpido por el intenso ejercicio al que se sometía todos los días; nada de descanso, porque su profesión requería que estuviera siempre en forma. Una dieta estricta y muchas horas de gimnasio habían logrado que todos sus músculos estuvieran duros, abultados y perfectos, sin nada de grasa.

Sandy se sintió cohibida, tenía una belleza tan abrumadora que sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. Era inevitable, al fin y al cabo, era humana. ¿Cómo no le iba a gustar un cuerpo como el de Lee?

—Si quieres, puedes tocar.

Ella elevó la mirada para poder ver los preciosos ojos negros de Paul y, al apreciar su expresión socarrona, el rojo intenso de sus mejillas pasó a ser un escarlata ira.

No contestó, porque se conocía y cuando se enfadaba no medía, así que se limitó a terminar su trabajo mientras mentalmente se amonestaba por haber bajado la guardia por un instante.

—¿Qué hay en la agenda? —preguntó Paul mientras se contemplaba en el espejo y asentía, le gustaba su *look*.

—Tienes la grabación de un anuncio, una entrevista en la radio, otra en la televisión y firma de autógrafos en la Fnac de Callao.

—Un día intenso. —Sandy vio con total claridad cómo el brillo travieso de sus ojos se opacaba y su expresión cambiaba de forma radical. Parecía agotado, y eso que el día acababa de comenzar—. Vamos, Sonrisas, empecemos.

14

En el mundo existe una persona que tiene el mismo latido de corazón que el tuyo, esa persona es tu destino.

Doctor Stranger (K-drama)

Esa tarde, Roberto estaba encargado de la sala donde el cuentacuentos actuaba representando una historia destinada a niños de cinco a siete años.

Se había completado el aforo, ya que esa actividad siempre creaba mucha expectación.

Niños y padres reían con el cuento, seguían con atención la trama y ejecutaban cada una de las órdenes que el narrador solicitaba.

Roberto se fijó en uno de los pequeños, el pobre se había quedado dormido en una postura que le resultaba de lo más incómoda. Estaba sentado sobre la alfombra, su espalda no se apoyaba en nada y cabeceaba intentando acomodarse. Se acercó a él intentando no interrumpir ni molestar al resto de los espectadores.

Lo tomó entre sus brazos y miró hacia todos lados en busca de la madre o padre del niño, pero, según parecía, no estaba allí, y eso le enfadó. Algunos padres veían la biblioteca como una guardería y, sobre todo cuando hacían ese tipo de actividades, dejaban a los niños y se marchaban, aun a sabiendas de que las normas requerían de su presencia para la vigilancia de sus hijos.

Se encaminó hacia la silla que había estado ocupando hasta entonces y lo acomodó entre sus brazos. El pequeño ni se inmutó. Debía tener unos cinco años y a esa edad, lo sabía por experiencia, los niños eran capaces de dormir en cualquier sitio y postura.

Esperaría así hasta que la madre o el padre apareciera y luego les echaría un buen sermón.

—¿De verdad no te importa?

—Pues claro que no.

—Pero es tu tarde libre, dudo mucho que la quieras pasar con un niño.

—No tengo nada mejor que hacer, te lo aseguro. Además, me encantan los niños.

—¿Y Álex?

—Trabaja. —Suspiró con tristeza—. Últimamente, es lo único que hace.

—Vaya, te veo preocupada. ¿La cosa va mal?

—Fatal, amiga, la cosa va fatal.

Montaña estaba sentada en el salón de su casa con una taza de café entre sus manos.

Pablito, el hijo de Marta, la única amiga que tenía, la única a que le había permitido entrar en su vida, jugaba a su lado mientras ellas charlaban y Montaña se desahogaba.

—¿Hablaste con él? —interrogó Marta con preocupación.

—Sí, lo hice. —Sus ojos se anegaron. Ese era un tema delicado, muy duro.

—Te dijo que no, ¿verdad?

Montaña asintió.

—¿Y qué vas a hacer?

Montaña se encogió de hombros.

—Tengo que pensar porque yo quiero hijos, deseo ser madre y no puedo esperar. Se me pasará el arroz.

—Ya, te entiendo.

—Pero él no quiere, se niega en rotundo, ni siquiera quiere hablar del tema. Anoche intenté contarle cómo me siento, lo mal que me encuentro, y no quiso escucharme. Se marchó y ha pasado la noche fuera, no sé ni dónde.

—Vaya, pues las cosas están peor de lo que pensaba.

—Pues sí, y no sé ni qué hacer ya. —Un largo suspiro salió de su boca—. Pero vamos a dejar el tema, por favor. —Con dificultad, tragó el nudo que desde hacía días apretaba su garganta a todas horas—. Necesito evadirme, hacer algo diferente y llevar a Pablito a la biblioteca, es un planazo para mí.

—Me da apuro…

—Anda ya. Tenemos confianza de sobra y sabes que lo hago de mil amores, adoro a ese renacuajo.

—La verdad es que me haces un gran favor, está como loco con el cuentacuentos y me daba penita decirle que no iba a poder llevarlo.

—Tú no puedes, pero su tía Montaña sí. Así que vete tranquila, que esta tarde yo me ocupo del peque.

Y así fue como Montaña terminó en la biblioteca municipal, en una sala llena de niños y padres, escuchando una historia sobre piratas, flores de colores y el arcoíris.

Se acomodó en la alfombra con Pablito entre sus piernas y disfrutó como una niña del ambiente que el narrador creó en cuanto empezó a contar la historia. Pero, de repente, sintió que su móvil vibraba dentro de su bolso y, pensando que podía ser Marta, cometió el error de tomarlo entre sus manos y mirar quién la llamaba.

Era Álex y tenía que contestar, porque llevaba desde la noche pasada sin saber nada de él. Cortó la llamada, luego marcaría ella.

—Pablito, tengo que salir un momento. No te muevas de aquí —le susurró. El niño estaba tan entusiasmado con el cuento que asintió sin ni siquiera prestarle atención.

Procurando no molestar, salió de la sala; no se alejaría mucho. Decidió quedarse cerca de la puerta, así estaría totalmente segura de que Pablito no iba a moverse de allí, pues era la única salida.

Marcó el número.

—Hola. —Álex contestó al primer tono. Su voz le indicó que estaba decaído.

—Hola —lo saludó con voz seca. Seguro que estaba arrepentido, pero a ella no se le iba a pasar el enfado por muy afligido que se mostrara.

—¿Dónde estás?

—En la biblioteca con Pablito.

—¿Pablito?

—El hijo de Marta.

—Ah, ya.

Se hizo un largo silencio.

—¿Dónde has dormido?

—En el restaurante. Montaña, yo-yo lo siento.

—Estoy un poco cansada de tus «lo siento».

No era la primera vez que la dejaba así, sin saber nada de él. Nunca olvidaría la primera vez que lo hizo. En aquella ocasión se asustó tanto que incluso llamó a la policía, desesperada, aterrada al pensar que algo malo le había sucedido. Pero luego apareció con sus «lo siento» y sus ojos llorosos llenos de arrepentimiento. En ese entonces, llevaban poco tiempo de casados y la ilusión la hizo perdonar y continuar con su bonito proyecto de vida juntos, ese por el

que apostó con los ojos cerrados a pesar de tener miedo. Tras esa primera vez, vinieron muchas otras, y las fuerzas flaqueaban. Comenzaba a cansarse. No bastaba el amor para mantener la llama, eran necesarias la confianza y la tranquilidad, y con Álex estaba perdiendo ambas cosas.

—Ya, sé que te lo he dicho muchas veces, pero te prometo que…

—No quiero promesas —lo interrumpió—, y más si no vas a cumplirlas. Mira, ahora no puedo seguir hablando. Luego, en casa.

—Vale, vale, lo entiendo. Ve con Pedrito.

—Es Pablito. —Puso los ojos en blanco. Le parecía increíble que no supiera el nombre de ese niño al que ella adoraba como si fuera su sobrino—. Cuelgo, que lo he dejado solo. Adiós. —No esperó a escuchar su despedida y colgó.

Entró de nuevo a la sala, el cuentacuentos había terminado y la gente comenzaba a salir. Corrió hasta la alfombra donde había dejado al niño y su aliento se congeló cuando vio que no estaba allí. Comenzó a ponerse nerviosa, no podía haber salido de allí sin que ella lo viera, así que intentó tranquilizarse.

—Tiene que estar aquí —pronunció las palabras en voz alta para infundirse calma.

Miró hacia todos los lados, hasta que uno de los empleados de la biblioteca llamó su atención agitando una mano.

—Ay, Dios, qué susto —le dijo cuando, tras acercarse a él, vio que tenía a Pablo entre sus brazos.

Roberto había estado atento a la puerta, esperaba ver entrar al irresponsable que había dejado a ese niño solo. Así que, cuando ella entró y vio su cara de apuro al llegar al punto exacto donde hacía unos minutos había recogido al niño, supo que debía ser la madre del pequeño.

Pensaba darle una larga charla sobre lo imprudente que había sido, explicándole como hacían en esos casos que la biblioteca no era una guardería donde se podía dejar a los niños e irse a tomar un café, pero sus reproches se congelaron cuando la tuvo cerca. No era una belleza de esas que quitan el aliento al primer vistazo, pero sí tenía algo especial, algo que lo removió por dentro y que lo aterró, porque, desde lo que le había pasado con Rebeca, ninguna mujer lo había atraído hasta el punto de olvidar su enfado, de dejar a un lado el raciocinio.

—Tranquila, está bien. Se ha quedado dormido y me ha dado pena dejarlo en el suelo.

—Muchísimas gracias. —Sonrió, y el duro corazón de Roberto se sacudió—. Ay, Dios mío, seguro que piensas que soy una irresponsable, pero te juro que he salido solo un momento. Tenía una llamada importante. Además, me he quedado junto a la puerta para

vigilar… —Calló de golpe su atropellado discurso con el que pretendía excusarse no solo con el empleado de la biblioteca, sino con ella misma, pues se sentía fatal por haber dejado a Pablito solo. Sus mejillas se tiñeron de rojo, estaba muy avergonzada.

Entonces el pequeño abrió los ojos, se desperezó y los miró a ambos.

—¿Se ha terminado? —preguntó con tristeza.

—Sí, pero mira. —Roberto, acostumbrado a tratar con niños de esa edad, se puso en marcha de inmediato porque sabía que, si no hacía algo con rapidez, con toda seguridad se pondría a llorar. Así que lo bajó al suelo, tomó su pequeña mano y lo llevó hasta una de las estanterías—. El cuentacuentos ha dejado este libro para ti. —Se lo tendió, era la historia que se había representado en esa sala.

—¿Para mí? —preguntó, entusiasmado.

—Claro. ¿Te llamas…? —Clavó sus ojos en Montaña y esta vocalizó el nombre del niño—. ¿Pablo?

—Sí. —El pequeño alzó su mirada del libro para observarlo a él con los ojos muy abiertos por el asombro— ¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo dijo. —Señaló al cuentacuentos, que en ese momento salía por la puerta rodeado de niños.

—Alaaa, ¿de verdad?

—De verdad.

Pablo sonrió feliz y se tumbó en la alfombra para mirar el libro.

—Gracias de nuevo —le dijo Montaña, y volvió a sonreírle.

—No ha sido nada. No podía dejar que se quedara sin saber el final de la historia. El pobre se ha dormido cuando llegaba lo más interesante.

—Me siento fatal, si no me hubiera movido de su lado…

—No habrías podido hacer nada —la interrumpió—. Cuando un niño decide dormirse, ni una sirena consigue despertarlo.

—Se nota que tienes mucha práctica con los niños y que yo no tengo ninguna. —Bajó la mirada.

Sus palabras sonaron tristes, y eso descolocó a Roberto.

—¿No es hijo tuyo?

—Oh, no, no.

—Ah, vaya, pensé…

—Es de una amiga.

—Ah, claro. Me llamo Roberto —se presentó, y le tendió la mano a modo de saludo.

—Ya, ya he visto… —Señaló la chapa que, prendida en su camisa, indicaba su nombre y en la que había reparado nada más acercarse a él—. Montaña —se presentó ella, y tomó su mano.

Ambos sintieron el fuerte chispazo que, de manera mágica, los sacudió. La química había actuado entre ellos sin explicación ni

sentido. Acababan de conectar, y eso nadie ni nada lo habría podido detener.

Montaña rompió el contacto al instante. Suficientes problemas tenía ya en su vida como para añadir la extraña atracción que estaba sintiendo hacia ese desconocido del que tan solo sabía su nombre, que trabajaba en la biblioteca y lo que más le había agradado de él: haber sido testigo de la profesionalidad y el cariño con el que había tratado a Pablito.

—Creo que será mejor que me vaya. Se hace tarde. —Montaña intentó normalizar la situación—. Pablo, cariño, es hora de irse. —Se había colocado de rodillas sobre la alfombra que ocupaban el pequeño y el gran libro.

—Pero no he terminado —susurró con la mirada clavada en las gruesas páginas.

—Si quieres, puedes llevártelo —le explicó Roberto, que se acababa de acercar a ellos.

—¡¿De verdad?! —gritó Pablito con entusiasmo.

—Claro, llévatelo a casa y mañana me lo puede traer Montaña.

—¿Mañana? —le preguntó ella.

—Sí. Ven, te abriré una ficha y así Pablo podrá llevarse el libro.

Ella asintió y juntos caminaron hasta el mostrador.

—Solo tienes que darme datos básicos, no te comprometen a nada —le explicó Roberto. Se sentía feliz. Había conseguido lo que pretendía, volver a verla, y en breves instantes obtendría su número de teléfono.

Tras abrir la ficha a Montaña y conseguir levantar a Pablo de la alfombra, los acompañó hasta la salida de la biblioteca.

—Por la tarde me va a ser imposible venir, tendría que ser a primera hora. ¿A qué hora abrís? —le preguntó Montaña ante la puerta de salida.

—A las diez y media. Pero, si te apetece y puedes, pásate sobre las nueve y te invito a un buen desayuno. En la cafetería de al lado sirven uno de chuparse los dedos.

—Oh, vaya. —Tenía o más bien debía declinar su invitación. Sabía que se estaba metiendo en líos, pero su boca habló antes de que su cerebro reaccionara—. Estaré aquí a las nueve.

—¡Genial! —exclamó él con entusiasmo.

15

Es mejor arrepentirse después de actuar que arrepentirse de no haber hecho nada.

Boys Before Flowers (K-drama)

Al día siguiente

Montaña acudió puntual a su cita. «¡No es una cita! Tan solo voy a devolver un libro», corrigió a su subconsciente, ese que nunca le mentía, ese que la intentaba prevenir de lo que podía suceder si lo veía de nuevo. Ese que le gritaba que no siguiera por ese camino. Se estaba exponiendo, era una mujer casada y no podía sentirse atraída por un hombre al que acababa de conocer, del que no sabía nada.

A las nueve en punto llegó a la puerta de la biblioteca con un nudo y un hormigueo instalados en su estómago.

Allí estaba Roberto, esperando con una gran sonrisa. Caminar hacia él le permitió contemplarlo. Era guapo, muy guapo. Llevaba un largo abrigo de paño y una bufanda envolvía su garganta. Debía medir cerca de los dos metros, pues la sobrepasaba con creces, y eso que ella no era una mujer pequeña. Su pelo, recogido en una coleta, se veía brillante, bonito, y lucía una perfecta barba recortada. El conjunto era impresionante, un chico atractivo, y ella estaba a punto de desayunar con él. Detuvo sus pasos. Aún estaba a tiempo, podía darle el libro y decirle que se tenía que ir. Podía huir. Era lo más sensato, lo mejor. Tomó la determinación de cortar por lo sano.

Sempiterno

—¿A que está bueno? —le preguntó Roberto, señalando la taza que

ella sostenía entre sus manos.

Montaña no le había hecho ningún caso a esa voz interna que le susurró e intentó prevenirla, y había terminado en la cafetería. Ahora estaba sentada frente a él con una humeante taza de café, que se llevó a los labios, y miles de mariposas revoloteando en su estómago.

—¡Buenísimo! —exclamó, dichosa, tras dejar la taza. Sus ojos chispeaban de placer, hacía años que no paladeaba un café tan exquisito.

Roberto contemplaba cada uno de sus gestos con total atención, ni siquiera había puesto azúcar en su café, pues permanecía absorto en ella. Deseaba memorizar sus facciones, porque era preciosa, natural y lo atraía de una forma tan potente que le asustaba.

—Por tu acento, deduzco que eres… ¿extremeña? —Por fin habló y abrió el sobrecito de azúcar para verterlo en su café. Si continuaba así, ella se asustaría. Seguro que la estaba incomodando. Tenía que normalizar la situación y no parecer un baboso.

—Exacto. Soy de un pequeño pueblo que está a unos veinte kilómetros de Cáceres. Tienes buen oído para los acentos, muchos piensan que soy andaluza.

—Tengo un buen amigo que es de tu tierra, así que conozco el deje a la perfección. Además, debo ser sincero contigo: tu nombre es muy extremeño. He ido un par de veces a Cáceres y sé que la Virgen de la Montaña es su patrona.

—Vaya, me sorprendes gratamente. No todo el mundo sabe de dónde viene mi nombre.

—Trabajo en una biblioteca, leo mucho —le explicó, e hizo un simpático gesto elevando las cejas—. Además, me encanta viajar y, cuando lo hago, suelo investigar sobre el lugar y sus costumbres. Soy muy curioso. —Mordió la tostada y, tras darle otro largo trago a su café, continuó con lo que de verdad le interesaba: saber más de ella, conocerla más—. ¿Te gusta viajar?

—Me encanta.

—Un punto más.

—¿Cómo?

—Un punto más que demuestra que somos compatibles.

—¿Tenemos más puntos? —Montaña le siguió el juego porque, por primera vez en mucho tiempo, se sentía cómoda. Le divertía.

—Un par de ellos.

—¿Cuáles son?

—A ambos nos gustan los niños.

—Sí, eso es cierto. —Lo observó con atención, esperando a que él continuase enumerando todos los aspectos que tenían en común—. ¿Ya no hay más? —preguntó, pues él no abría la boca nada más que para dar cuenta de su tostada.

—De momento, no, pero estoy seguro de que poco a poco descubriremos que somos almas gemelas. —Sonrió satisfecho—. Y dime, Montaña, ¿dónde trabajas?

—Soy camarera en un restaurante.

—¿Te gusta?

—No me disgusta. Lo mejor es que trato con gente. Soy un poco solitaria; creo que, si no fuera por mi trabajo, no habría conocido a nadie en Madrid.

—¡No me lo creo! —exclamó, asombrado con lo que ella le estaba diciendo—. Me pareciste una mujer simpática y muy sociable.

—Eso fue porque me pillaste con la guardia baja. Por norma general, no suelo hablar con extraños. Fuera del trabajo, claro está.

—Pues ese es otro punto que tenemos en común, yo también soy un poco introvertido.

—¿Tú? No lo pareces, seguro que tienes muchos amigos.

—No tengo muchos, pero los que tengo son los mejores y siempre me reprochan que salgo poco, que no me relaciono, que soy un pelín borde.

—Vaya, me sorprendes. Tú también das otra imagen.

—Si lo dices por lo simpático que estuve contigo ayer, puedo decirte que fuiste una excepción. Habla con otros padres de los que vienen a las actividades, ellos te dirán que soy de lo más antipático.

—Investigaré al respecto porque no puedo creer que alguien piense que eres antipático.

—Que no te cieguen mi buena planta y mi belleza. —Se señaló, y Montaña rompió a reír.

—Tarde, ya estoy atrapada por tu belleza. —Tras soltar esas palabras, carraspeó. «Pero ¿qué estás haciendo?», se regañó, e intentó regresar a un tema más cómodo, uno con el que no pareciera que estaban ligando—. Y a ti, ¿te gusta pasar las horas de tu día en una biblioteca?

—Mucho. Me hace feliz, muy feliz. Me encantan los niños y aquí tengo la oportunidad de tratar con ellos, de hacer talleres, organizar cuentacuentos como el de ayer —su voz sonaba enérgica. Se veía que le gustaba su trabajo por el entusiasmo que mostraba— y conocer a mujeres tan interesantes como tú. —Le guiñó un ojo y a Montaña le subieron los colores.

Otra vez coqueteaban. Sintió unas intensas ganas de huir a la carrera de allí. Una alarma que no dejaba de sonar en su cerebro intentaba avisarla de que no continuase por ese camino ni con él.

—Es bueno tener algo que te haga feliz. —No quería escuchar a esa voz en *off*, no quería irse. Allí, delante de Roberto, se sentía viva, y esa sensación le encantaba. Llevaba tanto tiempo dormida que ese soplo de aire fresco le estaba sentando tan bien que deseaba continuar

sintiéndolo, disfrutándolo.

—Y tú, Montaña, ¿tienes algo que te haga feliz?

Sopesó qué responder a una pregunta tan simple y, a la vez, tan complicada. Antes, hacía ya meses, habría contestado que sí, que tenía a su marido, un hombre bueno que lograba solo con su sonrisa que fuera dichosa. Pero en ese instante de su vida, en esa etapa, Álex tan solo era un extraño que convivía con ella, su jefe y, en algunas ocasiones —las menos—, un amigo.

—Se hace tarde. —No quiso ahondar en el tema. Aún no se sentía preparada para asumir que Roberto la atraía y que el amor por Álex se había fundido a negro hasta desaparecer por completo.

—Entiendo —dijo él en voz muy baja. Se limpió con la servilleta que había mantenido aferrada con una mano y sonrió—. No tengo prisa, Montaña, podemos ir despacio. Tú marcas el ritmo.

Ella bajó la mirada, en cierto modo se sentía avergonzada. ¿Estaba engañando a Álex? ¿Estaba mintiendo a Roberto?

—¿Crees que omitir información es una forma de engaño? —La extraña pregunta la sorprendió tanto a ella como a él. A Montaña, porque no era capaz de saber qué le estaba sucediendo. ¿Por qué su boca y su cuerpo actuaban por libre? No debería haberle preguntado eso.

—Creo que hay algo que te gustaría contarme y que, de momento, no te atreves a hacerlo. Para mí no me estás engañando, simplemente necesitas aclarar tus ideas.

Montaña asintió.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—Merece la pena esperar. Te repito, Montaña: no hay prisa, lo harás cuando estés preparada.

A ambos se les quitaron las ganas de comer, de beber. Sus ojos estuvieron conectados en todo momento y sus corazones latían al mismo ritmo.

—Tengo que irme —dijo Montaña.

Intentó ponerse en pie, pero él la frenó al tomar la mano que había permanecido apoyada sobre la mesa y que, desde el instante en el que se habían acomodado en la cafetería, Roberto ansiaba tomar entre las suyas.

—¿Cuándo te veré de nuevo? —Su voz sonó ansiosa. Sus ojos la miraban brillantes, preocupados. No quería perderla, no podía perderla—. ¡Esto es de locos! —La soltó de golpe, acababa de darse cuenta de lo ilógica que era su atracción por ella. Él, que nunca había creído en el amor a primera vista, que se había reído de las escenas románticas de las películas, estaba experimentándolo. Y en cierto modo no le gustaba, se sentía patético rogándole a una extraña una cita. «Ridículo, totalmente ridículo», pensó.

—No lo sé… Yo… —Montaña, por fin, se puso de pie. Sacó la cartera de su bolso, pero él la detuvo de inmediato.

—Dije que te invitaba —le explicó con premura.

—Gracias. Adiós, Roberto.

—Hasta pronto, Montaña —le dijo con absoluta convicción.

Su intuición le decía dos cosas: ella tenía un secreto que le impedía tener libertad para expresar sus sentimientos y el destino, ese que los había unido por algo, no se iba a quedar quieto. Volverían a encontrarse y, si eso sucedía, nada ni nadie le impediría ahondar en esa atracción tan fuerte. Iría a por ella con todas las consecuencias.

16

En lo profundo de mi alma, sé que soy tu destino.

Mulan

Montaña ocupó el resto de sus días con el trabajo. Necesitaba mantenerse distraída para no pensar en ese bibliotecario que, sin poder remediarlo, había entrado en su mundo haciendo que se plantease cientos de obstáculos y de posibilidades nuevas que antes no estaban en su vida.

—Estás muy distraída, ¿te pasa algo? —A CJ no podía engañarlo. Él la conocía bien, sabía leer todos y cada uno de sus gestos.

—Estoy bien. —Montaña intentó sonreír y puso en acción sus músculos faciales dándole una orden explícita a su cerebro. Pero, como siempre, su cuerpo hacía lo que le daba la gana y al final su boca compuso una triste mueca que en nada parecía una de sus brillantes y bonitas sonrisas.

—¿Problemas en el paraíso? —CJ llevaba un tiempo notando que algo raro pasaba. No creía en ese contrato que muchos firmaban de por vida y que pocos respetaban hasta el final de la misma.

—No me apetece hablar de eso. —Ya lo había hecho con su amiga y no tenía ganas de entrar de nuevo en esa espiral de pena y compasión.

—Está bien, lo entiendo. Pero, si me necesitas, ya sabes que estoy aquí, siempre, para ti. —Tomó una de sus manos y se llevó los nudillos a la boca para darle un dulce beso—. ¿Sabes qué? —preguntó de golpe, cambiando de tema e intentando parecer entusiasmado.

—¿Qué?

—Esta noche te vienes a verme.

—¿Tienes partido?

—Sí.

Montaña sopesó su respuesta. No le apetecía mucho salir, pero era eso o meterse en casa con Álex. Además, CJ le había pedido cientos de veces que fuera a verlo y siempre había declinado su oferta.

—Vale —le dijo con determinación.

—¿De verdad? —CJ esperaba otra negativa por parte de su prima y apenas supo cómo reaccionar.

—De verdad.

—¡Ya era hora! Madre mía, no me lo creo —dijo, entusiasmado—. Vas a conocer al resto del grupo, por fin. Empezaban a pensar que eras un mito, que me lo había inventado todo.

—Y tienen toda la razón del mundo. He estado tan ocupada que no me he preocupado de hacer vida social.

—Me alegra saber que por fin vas a salir de tu cascarón, y este es el primer paso. No es bueno aislarse. Ya te he dicho un montón de veces que no puedes cerrar tu mundo y limitarlo al trabajo y a tu marido.

—¡Vale, vale, no me eches otra de tus charlas!

A las ocho en punto CJ y Montaña salieron del restaurante, se montaron en el coche de él y emprendieron el camino hacia la puerta del polideportivo en busca de Mateo.

—¿Va todo bien? —interrogó CJ, pues su prima no había abierto la boca desde que había arrancado.

—No, nada va bien —se sinceró—. Hemos vuelto a discutir. Lo raro es que no te hayas enterado.

Había sido una de esas broncas que hacen historia, justo en el despacho de él a puerta cerrada, pero seguro que los gritos se habían oído en gran parte del restaurante. Menos mal que cuando ocurrió estaba cerrado, habría sido demasiado humillante que los clientes los hubieran escuchado, porque se echaron mucho en cara e incluso llegaron a rebasar el límite profiriéndose insultos y reproches de todo tipo.

—¿Ha habido muchos gritos?

—Muchos. Pero, si no te importa, prefiero no hablar más del tema. Me apetece olvidarlo, divertirme. Estoy tan cansada que necesito un poco de aire nuevo, fresco.

—Me parece perfecto, primita. —Él iba a hacer todo lo posible para que la sonrisa que siempre lucía Montaña y que desde hacía un tiempo no brillaba con igual intensidad regresara—. Vas a alucinar con mi manera de jugar. —Se rio a carcajadas de su propia ocurrencia. Era el peor jugador, lo usaban porque era alto y llegaba bien a canasta —. Quiero oírte gritar animando al equipo, que falta nos hace. Últimamente no ganamos ni un solo partido. Mira, ahí está Mateo. —Lo señaló con un dedo—. ¿Lo recuerdas?

—Nunca podría olvidarlo. Estuve muy colada por él, fue mi primer amor. Vaya, está muy guapo.

CJ paró el coche en doble fila y ambos descendieron.

—¡Vaya, vaya! Pero… ¿a quién tenemos aquí? —Mateo la contempló con los ojos muy abiertos, no la recordaba tan bonita.

Cuando CJ le hablaba de su cambio, de lo preciosa que se había puesto, pensaba que exageraba; pero sus ojos no mentían, Montaña se había transformado en una mujer muy atractiva—. Guau, eres toda una belleza. —Sonrió y, tras tomar una de sus manos, la atrajo hasta su cuerpo para darle un abrazo.

—Caramba, Mateo, te has puesto muy fuerte. —Ella no lo rechazó, todo lo contrario: sin disimulo ninguno, palpó sus duros brazos—. Esto es algo con lo que soñaba cuando era adolescente —dijo entre risas, y se apretó más contra él.

—Eh, eh, ya está bien, chicos. —CJ se interpuso entre ellos, los separó y señaló a Mateo—. Recuerda, *bro*: se ve, pero no se toca. Y vamos, que llegamos tarde.

Subieron al coche entre risas. Todo el camino hasta el pabellón fueron charlando, poniéndose al día y también recordando los viejos tiempos.

Llegaron tarde, pero eso no era algo nuevo. Como siempre ocurría, los amonestaron con silbidos y lanzamiento de balones, a lo que ellos respondieron con sus ya típicas excusas.

Con rapidez, se quitaron el chándal y trotaron por la pista para entrar en calor. El partido estaba a punto de comenzar, todos los jugadores ya habían calentado, así que no había tiempo para mucho más.

Montaña se sentó en las duras gradas de plástico, en la zona en la que se situaban los seguidores del equipo Parque Cataluña. No conocía a nadie, pero animar a los mismos jugadores unía, así que todo fluyó de manera natural.

—Me llamo Montaña, soy la prima del número ocho —se presentó a la rubia que se sentaba a su lado y con la que llevaba un rato hablando de las jugadas.

Montaña lo buscó con la mirada, pero era complicado ver los números, pues los jugadores no paraban de moverse.

En su exhaustivo escrutinio se topó con una espalda, una que llamó su atención hasta el punto de olvidar el número que estaba buscando. Era tan ancha, quizá la que más resaltaba de todas. Observó con atención su cabello, lo llevaba recogido en un moño cuyo único fin era retirarle la larga y ondulada melena de la cara. Por lo mal hecho que estaba, parecía que se lo había hecho él mismo y sin usar un espejo. Sonrió al imaginar esas fuertes manos, con las que en esos momentos botaba el balón, sujetando el cabello con una goma. No sabía por qué ese jugador en especial había llamado su atención, pero lo averiguó en el preciso instante en el que por fin se fijó en su cara. Entonces su corazón dejó de latir, se detuvo de golpe, y su aliento se quedó congelado en su boca. ¡No podía ser!

—Isabel, el número doce…, ¿quién es? —La pregunta era más que

nada una forma tonta de confirmar lo que ya sabía.

—¿El doce? —Isabel lo siguió hasta que pudo verle la cara—. Es Roberto.

—Roberto —repitió Montaña, cuya mirada permanecía clavada en él.

«El destino», se dijo con una gran sonrisa en la boca y una sensación de pánico instalada en su estómago, pues todos los caminos la llevaban al mismo punto, uno que iba a desembocar en un radical cambio de vida.

El partido terminó. Esa vez el equipo Parque Cataluña había ganado y todos los jugadores celebraron en la cancha el triunfo entre abrazos y vítores por parte del escaso público que siempre los acompañaba.

Roberto reparó en ella en el instante en el que sus botas pisaron el suelo del pabellón. Se quedó paralizado contemplándola, incluso el balón que llevaba un rato botando se le había caído de las manos. A pesar de la distancia que los separaba, vestida de manera informal y con el cabello despeinado, pues fuera hacía viento, se la veía preciosa. Su corazón trotó e, instintivamente, se llevó una mano al pecho.

—¡Eh, tío, despierta!, ¡vamos a empezar! —Jaime le palmeó un hombro, y eso lo hizo reaccionar.

Sacudió la cabeza y, a la carrera, se situó en la posición que le correspondía para comenzar el juego.

Ese partido fue diferente a todos los demás que había echado en su larga vida de jugador. Sus amigos lo reprendían porque estaba perdido. Trotaba sin ton ni son por la pista y los contrincantes le robaban los balones sin hacer mucho esfuerzo, y eso que eran peores que ellos.

—Como sigas así, te saco de la cancha —lo amenazó el entrenador en uno de los tiempos muertos.

—Lo siento. —No pensaba decirle que su mente estaba en otra cosa, que no podía dejar de mirarla y de desear que terminase el partido para poder acercarse a ella.

—¿Qué te pasa? —CJ lo tomó de los hombros mientras iban de camino a los vestuarios.

—Nada —respondió.

—Eh, vaya mierda de partido que has hecho, colega. —Mateo le asestó un toque en el hombro. Su tono no era severo; más bien, parecía divertido.

—¿Te hace gracia? —lo interrogó Roberto.

Mientras charlaban, se despojaron de la ropa húmeda de sudor y entraron en las duchas.

—La verdad es que sí, me encanta ver que eres humano, que te desconcentras.

—Menos mal que Jaimito nos ha salvado el pellejo —intervino CJ mientras se enjabonaba el pelo.

—Como siempre, chicos, como siempre —respondió el aludido con voz socarrona.

En la puerta de salida esperaban los amigos y familia de los jugadores. Como era ya tradición, irían juntos a cenar.

Poco a poco todos fueron saliendo. Los recibieron con abrazos y felicitaciones, incluso los del equipo contrario les hicieron la ola.

Montaña esperaba en tensión, nerviosa. ¿Cómo reaccionaría él al verla allí? ¿Cómo lo haría ella misma? Dudaba de todo, incluso estuvo a punto de salir corriendo. Se retorcía las manos y se movía inquieta ¿Qué iba a pasar? ¿Qué iba a hacer? No tuvo que esperar mucho tiempo más las respuestas a todos sus interrogantes, pues CJ, acompañado de tres de sus amigos, se acercó a ella nada más salir a la calle.

—¿Cómo te lo has pasado? —le preguntó tras darle un dulce beso en una de sus sonrosadas mejillas, y la acercó a su cuerpo agarrando su cintura.

—Muy muy bien. ¡Sois los mejores! Enhorabuena, chicos. —Los miró a todos, pero de manera especial, a Roberto.

—Te voy a presentar a mis amigos. A Mateo, ya lo conoces. —Recibió una sonrisa por parte del aludido, a la que Montaña correspondió con otra.

—Sí, nos conocemos desde hace muchos años —explicó Mateo al grupo.

Roberto abrió los ojos por la sorpresa. Si ya estaba confundido por el hecho de que CJ supiera quién era esa mujer en particular, que Mateo también la conociera y, además, de hacía años lo tenía totalmente descolocado. Pero tomó nota mental; más tarde le haría un millón de preguntas sobre ella, necesitaba saberlo todo.

—El mejor jugador del equipo y el que más canastas mete es el benjamín del grupo. Montaña, él es Jaime. Jaime, ella es mi prima, Montaña —prosiguió CJ con sus presentaciones.

—Mucho gusto. Es todo un placer verte jugar —dijo Montaña, y se dieron un par de besos en las mejillas.

—Bah, no es para tanto. —Su cara se tiñó de rojo, Jaime siempre

había sido muy tímido—. Encantado. Ya tenía ganas de conocer a la prima de CJ, nos ha hablado mucho de ti.

¿Su prima? ¿Era la prima de CJ? Roberto miró al cielo como pidiendo una explicación. De todas las mujeres del mundo, se había fijado en la prima de CJ. Además, ella estaba casada, y él no podía evitar que su corazón latiera simplemente al mirar sus ojos. No dejaba de pensar en el par de encuentros que habían tenido, incluso había soñado con ella.

Se sentía un estúpido, ¿cómo no se había dado cuenta de todas las señales? ¿Cuántas Montañas que fueran extremeñas y camareras podría haber en Madrid? Si hubiera pensado un poco más, por lo menos habría sospechado e indagado. Chasqueó la lengua, molesto, pero decidió dejar de fustigarse. Ya no había marcha atrás y, además, tampoco habría puesto distancia, pues era mucha la atracción que sentía por ella.

—Ese que ves con cara agria. —CJ lo estaba señalando y él se puso en tensión, llegaba su turno y apenas podía disimular el estado en el que se encontraba. No sabía cómo actuar. ¿Debía decirles que ya la conocía? Quizá sería mejor que fuera ella quien diera ese paso. Ahora que sabía que estaba casada, que acababa de descubrir por qué esa mañana se había ido de esa manera, no quería ponerla en un aprieto —. Que no te asuste su cara de haber chupado un limón. En el fondo, muy en el fondo, es buena gente. —Todos se carcajearon, todos menos Roberto, que estaba más tenso que las cuerdas de un violín—. Montaña, te presento a Roberto. Roberto esta es mi querida prima, a la que adoro.

—Encantada. —Por la expresión que lucía la cara de Roberto, Montaña dedujo que necesitaba un empujón. Él no reaccionaba, ni siquiera parecía respirar.

Se acercó a él y le tomó una mano. Lo normal habrían sido dos besos, pero era alto y ni siquiera hacía el gesto de intentar encorvarse para dárselos, así que se limitó a estrechársela.

Por supuesto, ninguno dijo nada del extraño comportamiento de su amigo, pues él siempre había sido muy hosco con los extraños.

—Solo te queda por conocer a Sandy, la chica del grupo y hermana de Jaime —expuso CJ sin hacer caso al áspero comportamiento de Roberto—, pero está de viaje.

—Ya, recuerdo que me contaste que era la asistente del actor Paul Lee Hallen —corroboró Montaña.

—Exacto.

—No pasa nada, habrá otra ocasión, seguro —dijo Montaña.

—Me alegra saber que te vas a animar a quedar con nosotros. —Mateo sonrió encantado.

—Por supuesto, me lo he pasado genial.

—¿Nos vamos? —propuso Jaime.

Caminaron hacia los coches. Todos querían acaparar la atención de la recién llegada, todos menos Roberto, que se había adelantado y, con las manos en los bolsillos de su cazadora, caminaba cabizbajo pensando en su mala suerte. Hacía años que no se fijaba en una mujer. Desde que su ex se fue, no se había planteado iniciar algo con nadie; ya tenía suficiente con Quique, con su trabajo y sus amigos. Y, de pronto, llegó ella y se metió sin permiso en su blindado corazón. *Instant love* lo llamaban los románticos. Puta mierda lo llamaba él.

El camino hasta el coche era un paseo, no muy largo, pero a él se le hizo eterno. Escuchaba su voz, pues todos la acribillaban a preguntas y, cada vez que el viento le traía su risa, su corazón se agitaba.

«¡Maldita suerte!», pensó. Esa mañana tras el desayuno creyó que con paciencia conquistaría su corazón, pero acababa de recibir un gran jarro de agua fría. No pensaba entrometerse en un matrimonio, no quería poner patas arriba la vida de la prima de uno de sus mejores amigos.

Montaña se subió en el coche de CJ mientras observaba cómo Roberto lo hacía en el suyo. Estaba segura de que él ya sabía que estaba casada y que por eso se había alejado. Por un lado lo agradecía, era lo mejor, pero por otro odió la visión de su espalda durante el paseo hasta el *parking* de tierra. Le habría gustado que él caminase a su lado.

Cenaron en un local de comida rápida. Todos tomaron asiento y, sin darse cuenta, terminó sentada entre CJ y Roberto. Eran tantos que estaban muy juntos, pero él procuraba no rozarla, aunque era muy complicado.

Las conversaciones hicieron que la incomodidad se fuera evaporando poco a poco, y las cervezas ayudaron a llenar el ambiente de risas y buen rollo.

Él no abrió la boca nada más que para comer y Montaña de vez en cuando lo miraba de reojo. De repente, sintió un pequeño y rítmico golpe en la pierna que casi se rozaba con la de él. Lo miró y Roberto hizo un simple gesto con sus ojos, uno que le indicó con total claridad que mirase el móvil que tenía sobre la mesa.

Montaña lo tomó entre sus manos. Tenía un wasap de un número desconocido. Lo abrió y leyó.

Número desconocido:
Voy a salir. Espera unos minutos,
pon alguna excusa y sal

No quería ser descarada, pero sus ojos se clavaron en él sin ningún disimulo. ¿Por qué tenía su número? «La ficha de la biblioteca», se

respondió al instante.

Casi no le dio tiempo a reaccionar cuando Roberto se levantó del asiento.

—¿Te importa darme un cigarro? —le pidió al compañero de equipo que estaba sentado frente a él.

—Claro, pilla —le respondió, y le entregó la cajetilla y el mechero que tenía sobre la mesa.

Roberto, tras un gracias, salió a la calle con paso seguro.

«¿Qué hago?», se preguntó, nerviosa.

Lo más lógico habría sido quedarse allí sentada, seguir hablando con Isabel, con los chicos, y disfrutar de otra porción de *pizza*. Eso habría sido lo más prudente y sensato, pero su cuerpo no lo era y, sin darle tregua a su conciencia, se levantó y se excusó:

—Tengo que hacer una llamada —explicó. Tomó su bolso, se lo colgó al hombro y, con el móvil en la mano, tras mentir como si estuviera cometiendo un delito, salió a la calle.

Nada más poner los pies fuera, el frío de la noche le heló hasta los huesos al instante, y se alegró de haberse puesto su grueso anorak.

Él la esperaba a unos pasos del escaparate del restaurante, en un punto donde desde dentro nadie los podría ver.

Se acercó hasta Roberto y buscó su mirada.

—No sabía que estabas casada, ahora entiendo… —No se anduvo con rodeos. Mantenía un cigarro entre los largos dedos de una de sus manos, aunque no estaba encendido.

—Lo siento.

—No, no tienes nada que sentir. No has hecho nada malo.

—Debí decírtelo.

—No te pregunté.

Se quedaron en silencio, ambos con la mirada clavada en la carretera que había frente al local y por la que pasaban pocos coches, pues era ya muy tarde.

—Esto es una locura —dijo Roberto con tono irónico.

—Lo es —reafirmó ella.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Roberto tras soltar un profundo suspiro, y pasó del asfalto al negro de los ojos de Montaña.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—Nunca me metería en un matrimonio, y menos si la mujer es la prima de mi amigo, pero-pero —dudó, porque era muy duro romper sus más fuertes principios— por ti lo haría.

El corazón de Montaña latió con fuerza. Su intensa mirada le decía que era verdad, que estaba dispuesto a todo.

—No me conoces.

—Quiero hacerlo.

«Yo también», Montaña no se atrevió a decirlo en voz alta.

De pronto, el móvil que Montaña tenía entre las manos sonó. Miró la pantalla, era Álex.

—Contesta —le dijo él al ver que no reaccionaba.

—Es…

—Ya, me imagino quién es. Contesta.

Sin más, Roberto la dejó sola y, apesadumbrado, se encaminó hacia el restaurante, pero, antes de abrir la puerta, antes de que ella descolgara, se volvió y le dijo:

—Tienes mi número. Puedes llamarme cuando quieras.

Observó cómo entraba hasta que lo perdió de vista.

—Dime. —Su tono sonó seco, pero ya no pensaba disimular.

—Estoy enfrente —respondió él usando el mismo tono.

Montaña se sobresaltó, miró al otro lado de la carretera y allí, parado en doble fila, estaba el Mercedes azul de Álex.

No se lo pensó dos veces y corrió a su encuentro, era lo mejor.

Cuando se sentó en el lado del copiloto, ni siquiera lo saludó, se limitó a abrocharse el cinturón de seguridad y enviar un wasap a CJ.

Montaña:
Tengo que irme, Álex ha venido a buscarme.
Por favor, despídete por mí de todos y paga mi cena.
Mañana te doy el dinero

CJ:
OK. Ojalá solucionéis vuestros problemas

Montaña: 👋

No pensaba decirle que arreglar las cosas era muy complicado. De momento, debía hablar con Álex.

—Ha sido CJ, ¿verdad? —Fue ella quien inició la conversación, porque Álex se limitaba a conducir.

—Sí.

Montaña chasqueó la lengua, molesta.

—No te enfades con él, ya sabes lo persuasivo que puedo ser. Le rogué que me dijera dónde estabas. ¿Quién era ese tío? —preguntó Álex tras unos incómodos segundos de silencio.

—¿Quién?

—Con el que estabas en la calle.

—Un amigo de CJ.

Álex asintió conforme.

—Montaña, yo… quiero pedirte perdón.

—Creo que los dos debemos disculparnos. Ambos nos faltamos el respeto.

Álex hizo una rápida maniobra y aparcó en el primer sitio que encontró libre, a pesar de estar aún lejos de casa.

—Mírame —le pidió tras desabrocharse el cinturón, y giró su cuerpo hasta tenerla enfrente.

Ella obedeció, hizo lo mismo que él y sus ojos se encontraron.

—Montaña, intentemos arregl…

—Es tarde —lo interrumpió ella.

—¿Tarde? No lo creo.

—Yo sí lo creo.

—¡Joder, te he pedido perdón! —Subió el tono.

—¿Y crees que con eso vale? Llevamos mucho tiempo mal, Álex, ¿es que no lo ves?

Álex se contenía, ella lo conocía bien y todos sus gestos se lo gritaban.

—¿Estás con otro?

—No, eso no tiene nada que ver —contestó de forma inmediata.

—¿Te gusta otro?

Un prolongado silencio le dio la respuesta.

—¡Joder, joder, joder! —Mientras lo decía, golpeaba el volante con furia.

De repente se detuvo, como si las fuerzas lo hubieran abandonado, tomó aire y posó sus ojos en ella.

—¿Quién es? ¿Dónde lo has conocido? Dime, ¿quién coño es? Era el tío con el que hablabas, ¿verdad?

—¡Basta! —le ordenó—. ¿Crees que eso es lo más importante?

—Pues claro que lo es, me has puesto los cuernos.

—No te he puesto los cuernos, jamás lo haría. Tan solo he conocido a alguien que me atrae y eso, eso sí es un problema. Porque, si las cosas fueran como debían ser, ni siquiera me habría fijado en él. —Las lágrimas comenzaron a mojar sus mejillas—. Lo nuestro está muerto, pero él no tiene la culpa, la tenemos nosotros.

—¡Joder, Montaña! —Él también lloraba de impotencia, de rabia, y en un gesto impulsivo la tomó de los hombros e intentó acercarla a su cuerpo.

—¡Basta, déjame, no quiero que me abraces!

—¡Eres mi mujer!

Él imponía su fuerza, la trataba como si fuera su posesión, y eso terminó de romper el fino hilo que los unía. Con manos temblorosas, buscó la manija y, cuando la encontró, tiró de ella. Iba a dar un paso fuera cuando él se apartó, dejó de intentar tocarla y, llorando, le gritó:

—¡Por favor, por favor, no te vayas!

—Lo siento, Álex, pero creo que lo mejor es que pasemos un tiempo separados. Nos hacemos daño.

—Está bien, tienes razón. —Asintió para reforzar sus palabras—. Nos vendrá bien reflexionar. Démonos unos días y después…

Montaña se limitó a asentir, quizá el no pasar tantas horas juntos…

—¿Dónde irás? Si quieres, puedes quedarte en casa y yo…

—No, no, me quedaré con Marta. —No había hablado con ella, pero estaba segura de que la acogería sin ningún problema.

—Montaña —la llamó él cuando observó cómo tomaba la manilla para abrir la puerta.

Ella se limitó a mirarlo esperando que hablara.

—Nos vemos en el trabajo —pronunció las palabras con los ojos llenos de esperanza.

Aún no estaba todo perdido. Volverían a estar juntos, todo se arreglaría, de eso estaba seguro.

La conquistaría de nuevo. Tenía ventaja: aunque no se vieran en casa, en el restaurante no les quedaba otro remedio.

Montaña asintió como única respuesta y, sin más, se bajó del coche. Con paso apresurado, se alejó todo lo que pudo de Álex. Necesitaba espacio, se ahogaba.

Llamó a un taxi y, mientras lo esperaba, también se comunicó con Marta.

—¿Puedo pasar la noche en tu casa? —preguntó en cuanto su amiga descolgó.

—Claro. Pero ¿pasa algo?

—Luego te cuento.

17

Aprendí que las personas se van incluso si te prometieron mil veces que se quedarían.

El Sombrerero Loco
(Alicia en el País de las Maravillas)

Sandy miró su reloj, tan solo eran las ocho de la mañana y ya estaba agotada. Había dormido muy poco y madrugado mucho, y solo con pensar que tendría que lidiar con las exigencias de Paul durante todo el viaje sentía escalofríos.

—Tengo frío, Sonrisas, tráeme una manta. —Esa fue la primera petición que hizo nada más tomaron asiento en el avión privado en el que el artista siempre viajaba.

Sandy se limitó a sonreír e ir en busca de la manta.

No le costó nada conseguirla, Lee obtenía todo lo que deseaba sin esfuerzo alguno. Esa aeronave estaba preparada para darle todos los caprichos a la principal fuente de ingresos de la agencia. Las órdenes eran muy precisas: todo lo que desee le será concedido al instante.

—Toma. —Se la tendió y él la miró enfurruñado—. ¿Pasa algo?

—Arrópame —ordenó con voz áspera.

Sandy obligó a su boca a lucir la sonrisa dulce por la cual se había ganado el mote por el que él la llamaba. «No pasa nada, es uno más de tus cometidos: cuidar de la estrella. Piensa en el sueldo que vas a ganar», se dijo. Se había prometido que tendría paciencia y que sería una profesional de los pies a la cabeza. Aunque, como la mujer temperamental que era, no pudo remediar ser un poco rebelde y, con muy poca delicadeza, le arrojó la manta sin ningún cuidado. Entonces él volvió a protestar. Por supuesto, no podía perder nunca, y menos ante Sonrisas.

—¿Esas son formas de arropar? Hazlo con más cuidado.

Sandy inspiró con fuerza y colocó la manta hasta cubrirlo por completo.

—Tengo hambre, di que me traigan algo de comer.

Esa fue la segunda petición que llegó inmediatamente, tras quitarse

la manta al poco rato, pues decía que hacía muchísimo calor.

«Madre mía, y ni siquiera hemos despegado», pensó Sandy, y armándose de paciencia, sonrió de nuevo. Se levantó para solicitar a la azafata lo que él había reclamado. Como había memorizado sus gustos y las cosas que podía comer, pues Lee siempre estaba a dieta, pidió que le trajeran un desayuno acorde con sus exigencias.

—Espero que esté a tu gusto —le dijo tras dejar la bandeja sobre la mesita, que por supuesto había colocado ella.

Lee miró con aprensión la bandeja. Tenía buena pinta, pero seguro que estaría tan insulso como todo lo que comía. Cerró los ojos e imaginó una *pizza*, una hamburguesa, un plato de pasta. Sus tripas se quejaron tan solo con el recuerdo de esas comidas prohibidas que no degustaba desde hacía años. Suspiró, llevaba muchas horas sin ingerir alimento, así que se conformaría con un minisándwich integral con huevo y la crema de avena y vainilla.

Comió en silencio, masticó por necesidad pero no por placer, porque no sabía a nada. No dejó ni un solo trocito de pan ni una sola gota de crema, pero no se sintió saciado. Miró la bandeja, ya vacía, con tristeza. Hasta la noche no tendría tiempo de llevarse nada más consistente a la boca, iba a pasar el resto del día con ese escaso desayuno en su estómago. Dejó caer la cabeza en el mullido asiento y suspiró, frustrado.

—Sonrisas, ¿qué te gusta más, la *pizza* o la pasta?

A Sandy le sorprendió su pregunta.

—¿Vas a invitarme?

Eso lo hizo reaccionar. Se irguió en su asiento y clavó sus negros ojos en ella.

—No, ¿qué tontería es esa? —Hizo un extraño sonido con la lengua expresando su incredulidad ante la pregunta que le había lanzado como si fuera una aberración y, de nuevo, se acomodó. Durante un buen rato, permanecieron en silencio. Sandy pensó que quizá se habría dormido—. Sonrisas, contesta a mi pregunta —insistió, y las esperanzas de la asistente de Paul de tener el resto del viaje en paz desaparecieron al instante.

—La pasta —respondió simplemente para que la dejara en paz.

El avión iba a despegar y estaba inquieta. Aunque no le daba miedo volar, el despegue y el aterrizaje siempre le imponían mucho.

—A mí me gustaba la *pizza* de quesos. Queso grasiento, del azul también. Una vez me comí una de tamaño individual yo solo —le dijo como si hubiera sido la proeza más maravillosa que hubiera hecho jamás.

—Pues vaya hazaña, mi hermano es capaz de comerse una de tamaño familiar.

Los ojos de Paul se abrieron por el asombro.

—No me lo creo —espetó con contundencia.

—Pues vale, lo que tú digas.

—Sonrisas, ¿solo tienes un hermano? —Por norma general, no le interesaba la vida de nadie, pero la voz de ella era armoniosa, bonita, lo ayudaba a relajarse. Quizá, si le hablaba, podría olvidar el hambre que tenía.

—Sí, y tú lo conoces.

—Ah, ¿sí?

—Trabaja para Phoenix Donerfiel.

—¿El rubio ojos bonitos?

Sandy se carcajeó.

—Sí, probablemente sea ese. Su nombre es Jaime.

—No te pareces a él.

—Vaya, gracias.

—¿Qué tengo en la agenda? —Esa fue su tercera petición y, como ya estaban en el aire, Sandy pudo levantarse para coger el grueso cuaderno y enumerar la larga lista de eventos a los que tenía que acudir.

Todo su día estaba programado al milímetro sin apenas descansos. La agencia tenía que sacarle partido al viaje de su estrella y al uso de uno de los costosos *jets* privados que poseía Amanda Stone.

Sandy siguió cada uno de los pasos de Lee sin separarse de él, así que vivió en sus carnes el agotador ritmo del actor, que se transformaba ante sus fans. El ídolo de masas y el hombre no parecían la misma persona.

Paul soportaba de forma muy profesional todas y cada una de las citas, jamás perdía la sonrisa, siempre saludada educadamente, firmaba autógrafos, se hacía fotos y hablaba de su trabajo sin desfallecer. Pero, cuando por fin ya de noche cerrada llegaron al hotel, la máscara que siempre llevaba puesta se cayó y su faz mostró el agotamiento que había soportado con impasibilidad.

Tras cerrar la puerta de la *suite* de lujo, se despojó de las zapatillas. De camino al sofá, se quitó el abrigo, la bufanda y el jersey de gruesa lana, y se tiró en plancha sobre la mullida superficie, que lo acogió casi con cariño.

Sandy contempló esa imagen y su corazón se enterneció. El Tsunami era humano, un humano explotado hasta el agotamiento.

—Voy a pedir algo de cenar —le dijo mientras se quitaba el abrigo y tomaba el teléfono de la habitación—. ¿Qué te apetece?

Él no contestó y Sandy se acercó más a él, quizá se había dormido.

—Lee —le tocó un brazo con suavidad—, Lee. —Como no reaccionaba, llevó la mano hasta la cara de él, le apartó el pelo y, al tocar su piel, notó que ardía—. ¡Lee! —gritó, asustada.

Con gran esfuerzo, Paul se enderezó, se sentó en el sofá y clavó sus

vidriosos ojos en ella.

—Sonrisas, necesito dormir. Puedes irte a tu habitación. —Aunque intentó sonar tosco, su voz vaciló, pues una fuerte tiritona comenzó a sacudirlo.

—De eso nada. Voy a llamar a un médico.

—No hace falta. Es la tensión, me pasa muchas veces, tan solo necesito descansar. Vete, vete y déjame solo.

¿Cómo que le había pasado más veces? ¿El agotamiento podía causar eso? No, no lo creía, iba a llamar a un médico.

Pero no pudo hacerlo porque él se puso de pie y, señalando con uno de sus perfectos dedos la puerta, le gritó:

—¡Vete! ¡Largo de aquí!

Sandy obedeció, pero no sin antes expresar su molestia con una mira de odio que no logró su cometido, pues él se limitó a soltar una carcajada y caminar de forma vacilante hasta la cama.

Antes de cerrar la puerta, lo contempló por última vez. Estaba tirado en la cama, ni siquiera se había quitado la ropa y peleaba, con gran esfuerzo, por cubrirse con la colcha que había quedado bajo su gran y pesado cuerpo.

Sandy chasqueó la lengua, molesta. ¿Por qué era buena con ese tío? No se lo merecía. Pero no podía dejarlo así, así que tomó una manta del armario y lo arropó con ella.

Corrió a su habitación, que estaba al lado de la de él. Por supuesto, no era tan lujosa, pero qué le importaba eso teniendo una bañera, que pensaba usar inmediatamente, un servicio de habitaciones, al que llamó para encargar una cena completa, y una cama que la llamaba a gritos y que parecía ser suave y cómoda.

¿Se preocupó por él? No, bastante había hecho arropándolo con la manta. Durmió como una bendita y a la mañana siguiente, cuando el despertador del móvil sonó, se levantó y lo preparó todo para que el Tsunami estuviera listo para ir al set.

En su maleta había metido tacones, pero, teniendo en cuenta cómo había transcurrido el día anterior, se decantó por unas zapatillas blancas y unos vaqueros. Más le valía ir cómoda. A Lee parecía no importarle su aspecto, lo único que quería era que ella le resolviera todas y cada una de las cosas cotidianas, como la ropa que usaría, su desayuno bajo en calorías, tener listo el coche que lo llevaría hasta el estudio donde se iba a hacer las fotos. Era responsable de cada pequeño detalle, y Sandy comenzó a darse cuenta de lo importante que era su trabajo, además de entenderlo un poco a él. No podía estar pendiente de esas cosas, pues suficientemente duro era su día.

Con su más brillante sonrisa, Sandy caminó los pasos que la separaban de la *suite* de Lee. Tenía el ferviente propósito de que ese día marcase un antes y un después, porque esa noche había conocido

al hombre que se ocultaba tras el actor, había sentido lástima por él y lo había comprendido un poco más.

—Voy a ser más educada con él, voy a facilitarle el trabajo todo lo que pueda, a cuidarlo con más cariño —se dijo en voz alta.

Pero todos sus pensamientos positivos se congelaron al instante, en el preciso momento en el que abrió la puerta y se encontró a Lee sentado en el sofá tomando una de sus infusiones, ya duchado y vestido tan solo con el albornoz. Su cara de pocos amigos, su faz arrogante, la hizo dudar, pero en cuanto abrió la boca sus buenos propósitos de enmienda se fueron al garete.

—Sonrisas, mueve el culo, que se nos va a hacer tarde. Se te han pegado las sábanas. ¿Qué coño llevas puesto? Pareces una pobre, no me gusta. ¿No te has maquillado? ¿Zapatillas de deporte? Por lo menos podías usar unas de marca, esas me horrorizan.

Sandy se mordió la lengua porque lo que más le apetecía en ese momento era insultarlo, pero como en el fondo, muy en el fondo, su jefe le importaba —por supuesto, de una forma egoísta, porque sin él, si a él le sucedía algo, esa cantidad de dinero tan abundantemente maravillosa con la que lograría que el rojo dejara de ser el color de su cuenta corriente se esfumaría— intentó ser amable. Así que se apresuró a servir al todo poderoso rey tal y como a él le gustaba. Preparó su ropa, se la puso como si fuera un muñeco, un Ken a tamaño natural, lo obligó a comer algo y llevó el coche alquilado hasta el plató donde le tomarían las fotos para el anuncio de una famosísima marca de perfumes masculinos.

Llegaron puntuales, en eso Lee era de lo más estricto.

Sandy se acomodó en una silla, no muy alejada, no fuera que la estrella más brillante del firmamento necesitase cualquier cosa y ella no estuviera en un nanosegundo a su lado para darle el capricho de manera fulminante.

Mientras lo maquillaban, se entretuvo mirando el móvil y wasapeando con los chicos. De vez en cuando lo miraba. Estaba extrañamente callado, no había solicitado sus servicios ni una sola vez, y eso era raro, muy raro.

«Los sempidermitas». Tuvo que leer un par de veces el nombre que CJ había dado al grupo. Antes eran los Bros, pero, según parecía, al lumbreras de su amigo no terminaba de gustarle y por fin lo había cambiado.

Sandy:

Los sempidermitas? 🤔

Eso existe? 🤷‍♀️

CJ:

Buenos días, Sandy

Ni puta idea, pero a que es bonito? 😍😍

Roberto:

Cada día eres más cursi

Suena a secta satánica 😬
Cómo vas, Sandy?

CJ:

Eso, eso, cuenta 😍
Qué hace Paul?

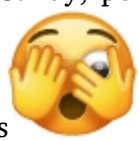
Estás con él?

Le has pedido mi autógrafo?

Mateo:

Sandy, no seas mala, mira que te lo lleva pidiendo desde que se enteró de que ibas a trabajar para Paul

Roberto:

Sandy, por Dios, pide el puto autógrafo porque ya no lo soporto más 

CJ:

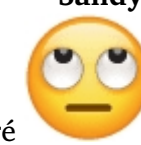
Porfaaaaaaaaaaaa

Sandy soltó una carcajada y Paul clavó los ojos en ella.

—Hablo con mis amigos —se excusó—. Son la leche —le explicó sin necesidad, pues Paul había dejado de mirarla al instante, como si le importara un pimiento lo que hacía o con quién hablaba.

De nuevo, regresó al móvil.

Sandy:



Vale, pesado. Hoy se lo pediré
A ver qué me dice, porque este tipo es muy raro

CJ:

Es el mejor ❤️
El rey

The boss

Sandy:
Para, para
Cómo se nota que no lo conoces
Os dejo, que me mira.
Yo creo que me lee la mente
Me va a reclamar en tres, dos, uno…

—Sonrisas.

«¡Bingo!», pensó al escuchar su voz.

—Dime. —No se movió del sitio ni dejó de teclear en su móvil.

—Ven —ordenó.

Sandy suspiró sin intentar esconder su malestar. Empezaba a cogerle el truquillo. Él era borde y aceptaba que los demás no tuvieran delicadeza con él. Recibía lo que daba y no parecía molestarle, lo único que quería era que lo obedecieran al instante y que todas sus necesidades quedasen cubiertas costase lo que costase.

Se acercó sin prisa hasta situarse detrás de él y poder verlo a través del reflejo en el espejo.

—Acércate —le solicitó con voz autoritaria.

La maquilladora se hizo a un lado y ella se aproximó un poco.

—Más cerca. —Sandy puso los ojos en blanco y se arrimó a él hasta que sus mejillas casi se tocaron—. Necesito algo… —le susurró al oído.

—¿Algo? ¿Algo como qué? —murmuró ella, buscando su oído.

—Algo para la fiebre.

Sandy se enderezó al instante y clavó los ojos en Lee. Aún con el maquillaje se le veía pálido y, a pesar de que intentaba disimular, su cuerpo se agitaba tembloroso.

Estaba enfermo y a ella le dieron ganas de darle un buen sopapo por cabezón. Lo vio tan debilitado, incluso parecía un poco perdido, que sintió lástima y, sin decir nada, se colocó el abrigo y corrió en busca de una farmacia.

Paul contempló cómo su ayudante se marchaba y suspiró con alivio. Hacía mucho que no se encontraba tan mal, tan débil. Solo pensar que en breves momentos se tendría que desprender de la camisa y quedarse tan solo con el vaquero hacía que se estremeciera. Esperaba que Sonrisas no tardase mucho y que el antitérmico hiciera efecto con rapidez.

Mientras la maquilladora intentaba obrar el milagro de cubrir sus ojeras y darles algo de color a sus mejillas, él cerró los ojos e intentó moverse lo menos posible.

—Lee. —La voz de Sonrisas lo hizo reaccionar. Lo contemplaba con preocupación, y eso sacudió su corazón. Hacía mucho que tan solo era una máquina de crear dinero, hacía mucho que nadie lo miraba así

—. Necesita unos segundos a solas —solicitó a la maquilladora.

Esta asintió y, sin más, sin preguntar los motivos, se retiró, dejándoles algo de privacidad.

Sandy le tendió un vaso de plástico y él lo cogió sin plantearse qué contenía. De su mano extendida tomó dos pastillas. Sin preguntar qué eran, se las metió en la boca, dio un largo sorbo al líquido —que, por su sabor, dedujo que era manzanilla— y se las tragó.

Cerró de nuevo los ojos, agradecido por poder estar unos segundos sin que nadie lo molestara, sin que nadie lo tocara. Sabía que su ayudante se había ocupado de todo.

No descansó mucho tiempo, tenían más compromisos que cumplir y un horario muy estricto. En cuanto notó algo de alivio se puso de pie y, cabizbajo como quien hace un esfuerzo sobrehumano, se encaminó hacia el set.

De nuevo, a Sandy la asombró su fortaleza, la forma tan profesional de superar su malestar. Lee se transformó por completo en la estrella famosa que era. Posó para las fotos y en ningún momento se le notó lo mal que se encontraba. Se movía como si estuviera en plena forma. Incluso sonreía. Lo admiró. Podía ser caprichoso, pero en el fondo era tan solo un niño que reclamaba atención porque estaba muy solo.

Por supuesto, el horario se cumplió y terminaron justo a la hora establecida.

—¿Qué tengo ahora? —preguntó Lee. Iban en el coche alquilado, se había dormido y parecía estar mucho mejor.

—Ahora, vamos a comer.

—No tengo hambre.

—Me importa una mierda, vas a meter algo sólido en ese cuerpo o te juro que te llevo al hospital.

La voz de Sandy sonó autoritaria, pero a Lee no le molestó, muy al contrario, se limitó a sonreír y dejarse llevar. Solo su madre era capaz de hablarle como lo había hecho ella. Esa pequeña rubia con ojos grandes, y cuyo apodo se había ganado al momento por sus bonitas sonrisas, se estaba ganando su respeto, y eso, para una persona antisocial como él, era un logro muy importante.

Pararon en una cafetería pequeñita con un menú económico.

Lee era un experto en el camuflaje; si no lo hacía así, la gente lo reconocía y apenas podía caminar por las calles. Así que se colocó unas gafas oscuras, una gorra y una bufanda que cubría su boca y nariz. En otras ocasiones su disfraz le resultaba agobiante, pero en esa lo reconfortaba; aún notaba el cuerpo destemplado.

Se sentaron en la mesa que estaba más retirada y solitaria para que él pudiera quitarse la gruesa bufanda y comer con tranquilidad.

Sandy encargó la comida para los dos porque él ni se dignó a mirar

la carta.

—Este sitio es horrible —protestó—. Tengo dinero de sobra para ir a un restaurante en condiciones.

—Aquí vas a comer comida casera, y eso es lo que necesitas, no tantas mierdas de esas sin calorías.

—Pues, como sea algo grasiento, ya te digo yo que no voy a comer.

—Pues ya te digo yo que vas a comer lo que te pongan en el plato, y sin protestar.

—Sonrisas, te estás pasando.

—Shhh, que viene la comida. —Lo hizo callar y él, al amparo de la bufanda, que aún no se había quitado y que ocultaba su boca, sonrió.

—Sonrisas, eres muy linda.

—¿Vuelves a tener fiebre? —lo interrogó, asombrada por su piropo.

Él se limitó a mirarla sin tapujos con los ojos ocultos tras las gafas oscuras.

Y se lo comió todo. Un buen plato de sopa de fideos, un filete a la plancha y un yogur de fresa.

—Así me gusta —le dijo como si fuera un niño—. Ahora, tus pastillas. —Sacó del blíster el antitérmico y él se lo tomó, obediente.

Por la tarde tenían una reunión con un gran grupo de fans, una entrevista y más fotos, solo que en esa ocasión eran para una revista de moda. Tarde movidita, como lo eran casi todas desde que tenía uso de razón.

Superó el día; dopado, pero lo logró.

Sandy lo acompañó hasta su habitación. Mientras él se desnudaba, se duchaba y se ponía el pijama, ella recogió sus cosas. Al día siguiente volvían a Madrid y prefería dejar todo preparado, pues tenían que estar en el aeropuerto muy temprano.

Dejó la ropa con la que vestiría a Ken bien colocada y estirada en una percha, y el resto la metió en su bolsa de viaje.

—Vete a dormir. —La voz de él sonó suave, casi ni la reconocía.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, parece que ya no tengo fiebre.

Sandy estuvo tentada de obedecer, también se sentía agotada, pero en el último momento se acercó hasta Lee y, tomándolo de la mano, tiró de él.

—Te acompañaré hasta que te duermas.

En otro momento de su vida, Paul habría dicho alguna de sus típicas groserías, o tal vez se habría comportado de manera maleducada, agria. Pero, quizá porque apenas tenía fuerzas, porque lo había pillado con la guardia baja o porque ella le había demostrado que por fin alguien lo veía como a un ser humano y no como a un mito, se limitó a dejar que ella lo cuidara, lo ayudase a acostarse y lo

arropara.

Contempló cómo Sonrisas se sentaba en un cómodo butacón, cerca del gran ventanal que daba a una de las calles principales. Estaba bonita, y eso que sus ojos estaban apagados por el cansancio y no llevaba ni gota de maquillaje.

—Sonrisas, ¿cómo te llamas?

Sandy abrió mucho los ojos, se acercó a él y le puso la mano en la frente.

—Vale, vale, lo pillo —dijo él entre risas—. Es simple curiosidad.

—Sandy. —Estaba tan acostumbrada a su mote que le salió sin pensar.

—Sandy —sopesó—, es bonito. —Cerró los ojos con la idea de dormir—. Sandy —susurró, y al instante se quedó dormido.

18

La esperanza en el amor a veces es lo primero que hay que perder. Si no te ama, ¿qué estás esperando? ¿Un milagro?
Ahí la esperanza sobra.

Walter Riso

Montaña se puso el delantal negro adornado simplemente con el nombre del restaurante escrito en letras doradas. Bajo él, llevaba una camiseta y un cómodo chino, todo del mismo color del mandil.

Frente al espejo, comenzó a recoger su largo pelo en un sencillo moño. Mientras lo hacía, su cabeza se llenó con imágenes del que Roberto llevaba el día del partido. Sonrió. A pesar de ser un desastre, incluso con ese peinado tan descuidado, se le veía atractivo, guapo.

Se maquilló con discreción: un poco de colorete, máscara de pestañas y un suave tono rosa para los labios.

Tomó su móvil y buscó su wasap.

Roberto:
Voy a salir. Espera unos minutos,
pon alguna excusa y sal

Releyó ese primer mensaje que él le había escrito.

Su número ya no aparecía como desconocido, sino con su nombre. Aquella noche, en el mismo taxi que la llevó a casa de Marta, lo guardó entre sus contactos.

Montaña:
Hola

Escribió con manos temblorosas. Sabía que hablar con él haría que las cosas se complicasen aún más de lo que estaban. Pero algo la llevaba a arriesgar de esa manera, a involucrar a Roberto en su vida.

Se insultó en silencio por ser tan egoísta, por necesitar… «¿Qué es lo que necesito?», se planteó.

Roberto:
Hola. Estás bien?

Como si fuera una quinceañera enamorada, al ver su mensaje suspiró y una tonta sonrisa se dibujó en su boca.

Roberto:
Montaña? Pasa algo?

Insistió, pues ella no contestaba.

Montaña:
Todo bien.
Solo quería saber cómo estabas

No envió ese mensaje porque le parecía absurdo. Lo borró, lo reescribió, lo borró de nuevo. De repente, el móvil comenzó a sonar. Se asustó y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

¡Era él!, ¡él la llamaba!

Tragó saliva, resopló con fuerza y por fin contestó:

—¿Sí? —dijo con voz ahogada.

—¿Todo bien?

—Yo…, yo… —Calló. ¿Qué podía decir?, ¿cómo podía expresar con palabras lo que bullía en su corazón?

—Tranquila. Todo está bien. No debes preocuparte. —Su voz sonaba como un relajante.

—Yo… siento lo de ayer…

—Ya te dije… —la interrumpió.

—Por favor, déjame hablar, lo necesito.

—Está bien. Te escucho.

—Debí hablarte de él, debí parar lo que estaba sucediendo. Te aseguro que jamás…, nunca me ha pasado nada igual.

—Te entiendo, a mí tampoco.

—Las cosas en mi matrimonio… —tragó saliva con fuerza— no van bien. Yo… Necesito tiempo —soltó de manera apresurada.

—Vale. Tómate todo el que necesites.

—Ho-hola. —Álex asomó la cabeza dentro del vestuario. Ni siquiera se había molestado en llamar a la puerta, y eso la incomodó.

—Hola —lo saludó con tono osco. Le mostró el móvil indicándole que tenía una llamada. Lo tapó con la mano sintiéndose un poco miserable. Cerró los ojos, no podía mirarlo a la cara.

—¿Puedes venir un segundo a mi despacho?

—Sí, enseguida voy.

Suspiró aliviada al ver que se iba y la dejaba sola.

—Roberto, tengo que dejarte —susurró con tristeza.

—Vale. Hablamos. Y tranquila, lo entiendo.

—Hablamos. —Pulsó la pantalla con fuerza para colgar.

Necesitó unos segundos para reponerse, para aceptar que, mientras deseaba hablar con Roberto, su marido, el hombre al que había jurado amor eterno, la esperaba en su despacho y ella debía tomar una decisión.

Esa noche había sido larga para ella, pues apenas había pegado ojo dándole vueltas y vueltas a la complicada situación.

Sus manoletinas apenas hicieron ruido al caminar hacia el despacho de Álex. Cuando llegó a la puerta, tocó con suavidad. Un par de golpes, un «Pasa» de él y en cuestión de segundos estaba sentada frente a su mesa.

—Sé que me comporté como un energúmeno, lo siento —soltó de golpe nada más verla.

Álex apenas podía mirarla a la cara, estaba muy avergonzado. Aunque eso no le bastaba a ella. Un «lo siento» no la haría olvidar la violencia con la que la había tratado.

—Voy a pasar por casa, necesito ropa —le dijo sin hacer alusión a sus disculpas.

—No me dejes —la interrumpió.

—Por favor, Álex, no lo hagas más difícil. Quedamos en que nos daríamos un tiempo.

Él suspiró con fuerza, se restregó la barba crecida.

—Tienes razón, tienes toda la razón. —Asintió—. Está bien, lo entiendo. Vamos a hacer una cosa: vuelve a casa, yo seré quien se vaya. Quizá, allí vuelvas a ser la misma. Quizá, estando en nuestra casa, recapacites.

—No entiendes nada —le dijo, desesperada—. No voy a recapacitar ni a cambiar de opinión. Quiero un tiempo, necesito pensar.

—Pensar, ¿pensar en qué? ¿En qué coño tienes que pensar?

Álex asestó un fuerte golpe con un puño sobre el escritorio.

—No me presiones… —espetó, molesta.

—Ya veo que tienes mucha prisa por deshacerte de mí e irte con él. De eso se trata, ¿verdad?

—¿Con él? —Resopló de forma sonora—. Esto es increíble —refunfuñó, mirando hacia otro lado.

—Eso mismo pienso yo: esto es increíble. Te juro que jamás pensé que me harías algo así. Te follas a otro y, claro, ahora soy un estorbo al que decides sacar de tu vida.

—No me he acostado con él. No te he engañado, apenas lo conozco. Tan solo me ha ayudado a darme cuenta de que algo no funciona entre nosotros.

—Vaya, por fin lo reconoces. —Soltó una carcajada que le heló la

sangre.

—Creí que había quedado claro.

—¿Cuándo lo has conocido? ¿Dónde? —Clavó sus ojos en los de ella—. No puede hacer mucho que estáis juntos, ¿verdad? Te acuestas con un tío al que apenas conoces, me das asco —escupió.

—¡Ni siquiera me dejas hablar! —gritó, molesta por su monólogo —. Te montas tú solo la película.

Se puso de pie y sopesó la opción de largarse sin darle la oportunidad de escuchar su verdad; él parecía tenerlo todo muy claro, no merecía la pena. Pero al final decidió intentarlo de nuevo.

—¡No me he acostado con nadie, ni siquiera he besado a otro hombre! —le gritó—. Tan solo…, tan solo he encontrado a alguien que me atrae. Pienso en él, y eso es lo más triste, porque un desconocido ha conseguido que mi corazón vuelva a latir. Sin hacer nada, ha logrado que me ilusione.

—Eres cruel.

—Tú me obligas a serlo.

Álex intentaba contenerse, no quería volver a entrar en la rutina de insultos y discusiones que últimamente llevaban, más que nada porque temía explotar y hacer algo de lo que luego se arrepentiría. Lo mejor era darle espacio. Seguro que la recuperaría, iba a luchar por ella. Tomó aire con fuerza, decidido a esperar, a darle ese tiempo que ella le reclamaba.

—Ve por casa esta noche, no estaré allí. —Montaña pensó que finalmente se rendía, al menos eso le decían sus palabras y se sintió más tranquila. Pero al instante sus ojos se transformaron de nuevo en teas ardientes—. Piensa bien lo que vas a hacer, piensa en las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

Él no contestó. Se limitó a mirarla con ira, una tan aterradora que Montaña recapacitó y tomó la determinación de cortar por lo sano.

—Mira, ya no puedo más. Estoy agotada. Creo que lo mejor será terminar. Se acabó, Álex —sentenció, cansada de discutir, de darle vueltas. Ya no había marcha atrás. No pensaba darle tiempo, no iba a recapacitar, lo mejor era ponerle fin—. Tú no ayudas, no pones de tu parte.

—No me hagas esto —suplicó. Intentó sujetar una de sus manos, pero ella se zafó con brusquedad. Ella negó, movió la cabeza una y otra vez. Sus ojos se llenaron de lágrimas, caminó hasta la salida del despacho y de allí hasta el vestuario, donde se derrumbó de nuevo.

Con Álex parecía estar subida en una montaña rusa. Parecía dulce y tierno, pero, al instante, sus ojos la contemplaban con odio. ¿Dónde se había quedado el Álex del que se enamoró? ¿Cuándo había desaparecido? ¿Por qué se había esfumado?

Sempiterno

Un par de semanas después

¿Cómo había llegado hasta allí?

Montaña estaba frente a las grandes puertas que daban acceso a la biblioteca y aún no era capaz de saber qué hacía allí. La gente salía y entraba, ella entorpecía el paso. La miraban mal, pero nadie le decía nada.

Recordaba haber cogido el autobús en la parada del Parque Cataluña. Como no eran horas de mucho movimiento de pasajeros, encontró un asiento libre. Sacó el móvil, los auriculares, puso su lista de música y se dedicó a mirar por la ventana mientras sus cantantes preferidos le susurraban al oído.

¿Por qué se bajó en esa parada?

¿Por qué sus pasos la llevaron hasta ese lugar en concreto?

Tan solo un par de semanas, eso era lo que le había costado decidirse. No podía seguir engañándose. No dejaba de pensar en él y, cada vez que en su cabeza aparecía la imagen de Roberto, las mariposas revoloteaban dentro de su estómago. Quería ser egoísta. Por una vez en su vida, ella sería lo más importante. Su felicidad estaba por encima de todo.

Las manos le sudaban. Y él, ¿querría verla? «Vamos, tú puedes. No vas a hacer nada malo. Verlo no es malo, no lo es», se dijo, y gracias a esas palabras tomó fuerza, impulso, y entró en la biblioteca.

Caminó por las salas en su busca, repasó los pasillos uno a uno y subió a la planta de arriba, donde realizó el mismo recorrido minucioso sin dejarse ni un solo rincón.

Estaba a punto de darse por vencida pensando que él no estaba, pero entonces entró en la última sala y su aliento se congeló. En uno de los largos pasillos demarcados por altas estanterías plagadas de tomos, lo vio. Hablaba con una adolescente mientras le mostraba uno de los libros.

Él no podía verla, pues estaba de espaldas, pero, cuando Montaña se le acercó, pudo notar que la muchacha se tensaba y poco a poco giró la cabeza hasta clavar sus bonitos ojos en Montaña.

—Hola —la saludó con una brillante sonrisa. Centró, de nuevo, su atención en la chica con la que charlaba y le tendió el libro—. Ya me

contarás.

Ella lo tomó de sus manos y Roberto se giró hacia Montaña.

Asió una de sus manos y, con paso decidido, la llevó hasta una puerta con un cartel en el que ponía: «Privado».

—¿Estás bien? —la interrogó con preocupación nada más cerrar, bajo el resguardo de la privacidad que ese pequeño cuarto les daba—. ¿Ha pasado algo?

Montaña quería hablar, deseaba decirle que todo estaba bien, que tan solo necesitaba verlo, pero su boca se negaba a articular palabra y de sus ojos, traidores, comenzó a brotar el llanto que durante esa semana había logrado retener.

Roberto observó cómo las lágrimas recorrían sus mejillas hasta formar un fino hilo que goteaba por la barbilla. No emitía un solo sonido, tan solo sus labios temblaban.

—Oh, Dios, Montaña. —La tomó entre sus brazos. La acogió como si ese fuera el lugar al que pertenecía.

Montaña suspiró. Por fin había llegado a casa y su cuerpo lo sabía, lo gritaba. Era allí, entre esos brazos, donde debía estar. Así que sin pensarlo ni por un momento, sin dudar, se aferró a su jersey de lana, usó sus dedos como si fueran garras para asirse a ese salvavidas.

—Lo siento, lo siento mucho —le susurró él en el oído, porque intuía lo que podía haberle sucedido.

¿Cuánto tiempo permanecieron así? El que ella necesitó para sacar de dentro su angustia, el que precisó para desahogarse.

Cuando por fin se sintió libre del peso que había oprimido su pecho, se separó de él para poder mirar sus brillantes ojos.

Roberto sonrió, le secó la cara con sus dedos, peinó su cabello —que él mismo se había encargado de desordenar con caricias— y, tirando de su mano, la sacó de esa habitación para conducirla hasta otra de las salas privadas donde parte del personal tomaba café.

—Voy a salir un momento —explicó a una de sus compañeras, y esta se limitó a asentir.

De uno de los percheros que colgaban de la pared, tomó un abrigo de paño gris y se lo puso.

—Vamos a dar un paseo —comentó a Montaña.

Él fue delante hasta la salida de la biblioteca, pero al llegar a la calle se situó a su lado. Caminaron en silencio. Roberto esperaba con paciencia a que fuera ella quien iniciase una conversación, pero, al ver que no se decidía, que a ese paso se recorrerían todo Torrejón, por fin expresó con palabras lo que llevaba un buen rato dando vueltas en su cabeza.

—No quiero que te agobies. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—Habla conmigo, Montaña, yo lo entenderé. Bueno, al menos, prometo intentarlo.

—La verdad es que estás siendo muy comprensivo.

—Lo seré más aún si me cuentas qué es lo que ha pasado. Imagino lo que es, pero necesito oírlo, necesito…

Ella se detuvo de pronto. No se sentía tan segura; de repente, tenía miedo a su reacción.

—Podemos dejarlo cuando quieras —le propuso. Se sentía egoísta, en ningún momento había pensado en cómo podría sentirse él.

—¿Dejarlo? Pero si ni siquiera hemos empezado nada. ¿Quieres tú dejarlo? ¿No quieres que lo intentemos?

Montaña negó con contundencia.

—Quiero ser sincera.

—Te lo agradecería.

—Las cosas han estallado. —Suspiró con fuerza—. Yo-yo he hablado con Álex. Dijiste que me aclarara, que me esperarías, y aquí estoy. ¡Dios! De repente, me siento como si estuviera cometiendo un delito.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Lo que quiero? —Clavó sus bonitos ojos en él—. Sé lo que no quiero.

—¿Y eso es?

—No puedo seguir con él. Algo hace que… —Calló de golpe.

—Sientes que has conectado conmigo, que algo ha surgido entre nosotros.

Montaña asintió, no podría expresarlo de una manera mejor.

—Yo también lo he sentido. —Roberto soltó una carcajada—. Ha sido muy precipitado, algo instantáneo. Ninguno lo buscó, pero pasó. ¡Todo esto es una locura!

—No sé qué hacer, no sé cómo…

—Iremos paso a paso. —Intercambiaron miradas y sonrisas cómplices—. Nunca me ha sucedido nada parecido a esto. Yo también estoy asustado. Soy un tío racional, pero, no sé, contigo… —Se apartó el pelo en un movimiento que expresaba nerviosismo—. Mira, insisto: no quiero que te agobies. Resuelve todas tus cosas, rompe del todo con él.

Ella asintió y reanudaron el paseo.

—Y tú, ¿estás bien? No creo que todos los días se te arrojen mujeres llorosas a los brazos.

—No, la verdad es que no suele pasarme —sonrió—, pero supongo que es difícil para ti.

—Un poco. —Montaña también sonrió.

Sus manos se rozaron, Roberto se aventuró y se la agarró. Pensó que tal vez ella lo rechazaría, pero no lo hizo; muy al contrario, se

aferró a ella.

—¿Qué pasará con CJ? —preguntó Montaña con preocupación.

—¿No te parece una coincidencia increíble? El mundo está lleno de personas, y tú y yo nos encontramos de forma casual en una biblioteca. Si no es el destino, no sé qué demonios puede ser. CJ es uno de mis mejores amigos, me conoce, sabe cómo soy, y te aseguro que le gustará la idea.

—¿De veras?

—Eso espero, no quiero hacerle daño. No busco hacerle daño a nadie, Montaña. Te aseguro que, si fueras feliz en tu matrimonio, no me metería en medio. Te juro que, si me dices que lo amas, me retiraré.

Montaña se detuvo de golpe y a él no le quedó otro remedio que hacer lo mismo.

—No lo amo —sentenció con absoluta seguridad—. Y tú me has ayudado a darme cuenta, a plantearme finalizar mi relación, que ya no funciona. Tengo derecho a ser feliz, ¿no crees?

—Pues claro que lo tienes.

—Quiero ser feliz.

—Está bien, está bien. —La abrazó y se prometió que formaría parte de su vida, que le regalaría esa felicidad que tanto deseaba.

19

Solo atravesando la noche llega la mañana.

Samsagaz
(El señor de los anillos)

—No lo veo claro —protestó Mateo.

—¿Por qué hablas tan bajo? —preguntó usando el mismo tono que él.

—Hay ropa tendida.

—¿Ropa tendida? ¡Estás tonto!

—Joder, Marisa, ¿en serio? ¿De verdad tengo que explicarte lo que quiere decir esa expresión? —Le costó moderar el volumen. Inés no hacía otra cosa que deambular por la cocina, seguro que lo estaba espiando. O quizá se estaba volviendo un neurótico que veía a una niña de cinco años como una Mata Hari en busca de información confidencial—. Mira, corto y ahora en un rato te llamo.

Lanzó una mirada furibunda a la pequeña Inés, que, de nuevo, se asomaba por el dintel de la puerta.

—¿Quieres algo? —la interrogó mientras adoptaba una postura con la que expresaba con total claridad que estaba molesto: brazos cruzados, piernas abiertas y mirada intensa.

Ya no dudaba. Esa mocosa, en las cuatro veces en las que se había acercado a la cocina, pretendía recabar información sobre la llamada que acababa de recibir.

—Agua. —Su mirada dulce hizo que todo el cabreo que tenía se evaporara al instante. Era muy bonita, y él estaba tan hechizado por esos ojillos vivaces que no podía estar mucho tiempo molesto con ella.

Suspiró y sonrió. Cómo no hacerlo, esa pequeñaja lograba sacar lo mejor de él.

Tomó uno de los vasos adornados con dibujos de la Sirenita —la princesa Disney preferida de Inés—, lo llenó de agua y se lo tendió.

—¿Algo más?

—No, *gacias*. —Bebió a pequeños sorbos sin dejar de mirarlo—. ¿Con quién hablabas?

—¿Por?

—¿*Ega* mi *pgofe*?

—¿Tu profe? ¿Iba a llamarme? ¿Has hecho algo que quieras confesar?

—No, no, todo bien conmigo. *Pego, clago*…, ya sabes, el *otgo* día saqué un diez y te va a *convenceg paga* que me *gegales* un gatito. ¡Jolín, ya te lo dije!

Mateo puso los ojos en blanco. Así que eso era lo quería saber esa pequeña listilla, por eso estaba tan pendiente de la conversación.

—No, no era tu profe —le explicó mientras se encaminaba hacia la puerta—. Voy al garaje a buscar unas herramientas, ni se te ocurra salir a la calle —la avisó, muy serio.

—Vale, pero llama tú, *pogfa*.

—Ya veremos —dijo antes de cerrar. Al final, caería en la trampa de esos ojillos y tendría su gato, seguro. Era demasiado blando y permisivo, pero no podía remediarlo.

Entró en el garaje. Allí por fin tendría privacidad.

Marcó el número de Marisa, que contestó a la primera. Evidentemente estaba esperando la llamada.

—¿Ya has recogido la ropa?

—Dime una cosa, Marisa, ¿cuántos años tienes?

—¡Oye, es de mala educación preguntarle a una señorita su edad!

Tuvo que retirarse el móvil de la oreja, casi lo deja sordo.

—¡Madre mía, contigo es complicado entenderse!

—Pues eres la primera persona que me lo dice.

—A ver, no te enfades, tan solo te lo preguntaba porque esa expresión es muy antigua.

—¡¿Crees que soy tan vieja que debo entender esas cosas?! —Por su tono, dedujo que su enfado había aumentado de manera exponencial.

—Lo siento, yo… No quería… Perdona…

Mateo miró al cielo pidiendo un poco de ayuda para arreglar la que había montado. En vez de solucionar las cosas, cuanto más hablaba, más lo empeoraba todo. Pero de repente oyó que se reía a carcajadas.

—Ay, ay, eres tan gracioso, te lo crees todo. —Seguro que estaba lagrimeando, porque la escuchó sonarse la nariz—. Me lo paso genial contigo.

—No sabes cómo me alegro —le dijo, muy serio e imprimiendo un toque irónico a sus palabras.

—Tengo cuarenta y siete, en nada me planto en los cincuenta —soltó de golpe.

—¡¿Cuarenta y siete?! —No pretendía gritar, pero estaba muy sorprendido—. Me tomas el pelo, ¿verdad?

—No, te aseguro que esta vez no lo hago. —Volvió a reírse con ganas—. Sé que estoy que te cagas de buena y que quizá me echabas veinte.

—Eh, no te pases. Veinte no, pero creía que eras de mi edad.

—Ay, amigo, la vida es así. Tú con treinta y seis pareces un viejo y yo con cuarenta y siete soy como una niña. Las cosas están cambiando.

—Tienes razón, y me lo he ganado. La edad es solo un número, lo importante es la actitud.

—Eso lo has leído en un cartel de Facebook —soltó entre carcajadas.

—Me has pillado —rio él también.

—Y estaba junto a ese que dice: la edad solo es importante si eres un queso o un vino.

Durante un buen rato, estuvieron carcajeándose.

—Venga, niño, vamos al tema. —Marisa fue quien cortó de golpe. Ella era así, tan pronto estaba de broma como se ponían en plan señorita Rottenmeier.

—Vale, vale, teniente O'Neil. Te decía… Joder, contigo pierdo el hilo de las conversaciones. —Se rascó la frente, no recordaba a qué venía todo eso. ¿Por qué habían terminado hablando de la edad?

—Uy, háztelo mirar, eres muy joven para tener esa memoria de pez. Hablábamos de tu ropa tendida, pero ese tema no me interesa, así que pasemos al más importante. Esta noche, a las diez en punto, te espero en el aeropuerto.

De repente, le vino a la cabeza el tema principal, por lo que Marisa le había llamado.

—Y yo te decía que no lo veo.

—Y yo, con mi amplia y extensa experiencia, te aseguro que es el mejor plan. No tienes nada que hacer con una mujer taaaan sabia e instruida como yo, pequeño saltamontes. Y corto, que tengo mucho que hacer. Nos vemos.

Y sin más, sin un adiós u opción a réplica, colgó.

Sempiterno

A eso de las nueve ya había dejado a Inés en casa de Sandy, con quien pasaría la noche. Con la calefacción del coche a tope, pues hacía un frío de mil demonios, y Lara berreando a pleno pulmón por

enésima vez *What Do You Mean?,* de Justin Bieber, Mateo se encaminaba hacia el aeropuerto.

¿Por qué? ¿Cómo había llegado a esa situación?

Marisa, la lianta de Marisa, había conseguido convencerlo de que era lo mejor que podía hacer para ganarse a Lara y él, más bueno que un trozo de pan de pueblo, había caído en sus redes.

Desde su primer encuentro en el colegio, habían mantenido una buena comunicación porque Lara necesitaba un empujón para romper la coraza, para dejar salir sus sentimientos, y como profesora y tutora —cosa que Marisa siempre se tomaba muy en serio, pues en realidad era lo único con lo que no bromeaba— se había propuesto ayudar a esa niña costara lo que costara. Así que ambos tenían un fin, una meta, y Marisa, mujer con experiencia en esos casos, tenía muy claro cómo debían actuar: si no puedes con tu enemigo, únete a él. Esas fueron sus palabras exactas.

—Pero Lara no es mi enemigo —le respondió él.

—Es una metáfora, pues claro que no lo es. ¿O sí?

—Bueno, la verdad es que me lo está poniendo difícil. Apenas me habla, me mira mal. ¡Joder, es mi enemiga número uno!

—¿Ves? Yo siempre tengo razón.

—Menos cuando sacaste mi carrito de la fila.

—Cierto, en eso fui un poco cabrona. Pero las risas que nos echamos, ¿qué?, ¿eh? No me dirás que no valió la pena.

—Que yo recuerde, la única que se descojonó fuiste tú, a mí no me hizo ni pizca de gracia.

—Porque eres un pelín soso.

—¿De verdad que lo crees? ¡Qué poquito me conoces! —Sonrió de medio lado y de forma burlona—. Soy el tío más simpático de la ciudad, pregunta a mis amigos.

—Lo siento mucho, cariño, pero todo en ti es soso. Tu ropa, tu cara. Pareces un viejo.

—Si hubieras conocido al Mateo de antes de… —Tragó saliva y calló porque era como Lara, no le gustaba hablar de «eso».

—¿Hemos quedado para hablar de ti o de nuestro plan para ayudar a Lara? —Cambió de tema, no quería que él se sintiera incómodo. No solo la pequeña Lara precisaba de ayuda, Mateo también, estaba tan perdido como su hermana. Venían en un lote, eran un dos por uno, pues se parecían tanto, callaban tanto, que necesitaban un empujón, y por supuesto iba a ser ella quien se lo diera.

—¿Cuál es ese maravilloso plan?

—Justin Bieber —soltó, emocionada.

—¿El cantante?

—No, el vecino del quinto —ironizó—. ¡Pues claro! EL CANTANTE,

así, con letras mayúsculas. —Suspiró como una chiquilla emocionada.

—Me ha quedado claro que te mola, pero ¿qué tiene que ver con Lara?

—Ese es otro tema. Lo importante es que a Lara le encanta, le gusta hasta el punto de ser una fan histérica, de esas que gritan y lloran cuando ven a su ídolo.

—No veo yo a Lara gritando histérica…

—Ay, amigo —lo interrumpió—, qué poco conoces a tu hermana.

Eso lo entristeció; tenía razón, apenas sabía nada de ella. Hasta ese momento, había vivido despreocupándose de todo. Solo trabajaba, follaba y se divertía con sus amigos. No pensaba nada más que en él. Vivía tranquilo, pues sus padres se ocupaban de todo lo demás, de la seguridad de sus hermanas, de que tuvieran comida caliente, de que fueran felices. Pero todo había cambiado. Ahora tenía a dos personas a su cargo y quería hacerlo bien, se lo debía a ellos.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con la determinación de hacer lo que fuera necesario, todo lo que estuviera en su mano, para ayudar a Lara.

—A partir de hoy, Justin Bieber es tu cantante preferido —soltó sin anestesia y con una sonrisa radiante.

Y así fue como Mateo, tras comprar toda la discografía de Justin, de llenar de pósters la habitación de su hermana y de soportar varios de los conciertos en vivo —que se obligó a ver junto a Lara, la loca de Marisa y su hija, Nadia, en su televisión de cincuenta y cinco pulgadas —, logró ganarse un poco más a su hermana y, de paso, se afianzó su extraña amistad con la profesora.

De eso a ir camino del aeropuerto, pues la estrella del pop llegaba a Madrid, solo hubo un paso, el paso que dio Marisa para que el acercamiento se incrementara un poco más.

A las diez estaban en llegadas, donde el club de fans esperaba con nerviosismo a su ídolo.

Marisa los vio llegar. Mateo parecía un famoso que intentaba camuflarse para no ser reconocido, pues llevaba un largo abrigo negro, se tapaba la cabeza con una gorra y una larga bufanda envolvía su garganta y le tapaba parte de la cara.

—¡Mateo, Mateo, estoy aquí! —le gritó, y lo hizo a propósito. Sabía que él buscaba discreción, que nadie se fijase en él.

—Calla, loca. —En pocos pasos llegó a su lado, tenía prisa porque dejase de llamarlo a gritos—. Eres una bruja.

—Es tan divertido jorobarte…

Lara corrió a saludar a Nadia. Coincidían en la edad y gustos, así que desde la primera vez que se vieron conectaron y se habían hecho muy buenas amigas.

—Mamá, ya queda poco para que llegue. —Nadia parecía un

saltamontes brincando alrededor de su madre.

—Pero ¡si quedan dos horas! —protestó Mateo tras mirar el reloj —. Y eso suponiendo que el vuelo no llegue con retraso. —Con su comentario, se ganó las miradas de odio de las tres y de todas aquellas fans que lo escucharon.

—Venga, id a coger sitio —propuso Marisa a las chicas, y ellas corrieron en busca de algún lugar libre y cercano a la puerta por la que se suponía que saldría el cantante.

—¿Vienes de camuflaje? —le preguntó Marisa entre carcajadas cuando se quedaron solos.

—Me haces pasar vergüenza.

—Mira que eres tontito. —Se aferró a uno de sus brazos y le sonrió —. Míralas. Ahora, en este instante, son felices. Y tú —lo señaló con un dedo—, tú eres feliz de verla así.

—Lo soy.

—Poco a poco lo conseguiremos, ya lo verás. Solo hay que darle tiempo.

—Espero que no sea mucho porque… —Miró hacia todos lados para asegurarse de que nadie lo pudiera escuchar, no quería morir a manos de una horda de fans locas. Se acercó hasta uno de los oídos de Marisa y le susurró en voz muy baja—: Porque odio a Justin Bieber.

Marisa soltó una de sus características carcajadas.

—He de confesarte algo. —Y actuó de la misma manera en que lo había hecho él. Miró hacia todos lados y se acercó a su oído—. Yo también lo odio, soy más de AC/DC.

—Guau, es usted muy cañera, señorita Romero. Me gusta, me gusta mucho.

El tiempo pasó sorprendentemente rápido, porque junto a Marisa no faltaban temas de conversación y la risa estaba asegurada. Así que, cuando se quisieron dar cuenta, el avión del señor Bieber aterrizó.

Se notó en el ambiente que en breve la puerta se abriría y por allí asomaría el gran, el maravilloso y único Justin Bieber. Todas las admiradoras fanáticas se movían con nerviosismo, gritaban sin descanso. Y, de repente, sucedió el gran milagro: la puerta se abrió.

—¡Ya sale, ya sale! —chilló Marisa.

Salió, pero tan rápido y tan escoltado por su cuadrilla de guardaespaldas que apenas se lo veía. No saludó, no se paró, continuó su camino como si nada. En menos de cinco minutos, había desaparecido de la vista.

—Mierda, mierda —protestó Mateo, a quien le dieron ganas de saltarse la valla que los separaba, meterse entre medias de los gigantones que flanqueaban al nene y darle de leches por no tener la deferencia de, por lo menos, elevar una mano para saludar a todas esas chicas que se habían agolpado durante horas para recibirlo—.

Joder, esto las va a deprimir —dijo con desesperación.

—No lo creo, mira. —Marisa, con la sonrisa dibujada en la boca, seguía el movimiento de las dos chicas.

Regresaban al lado de los adultos con los ojos llorosos, dando saltos de alegría y con una preciosa expresión de dicha en sus rostros.

—¡¿Lo has visto?! —gritó Lara a Mateo—. ¡Creo que me ha mirado!

—¡A mí también me ha mirado! —chilló Nadia—. Estaba tan guapo…

Mateo las contempló con los ojos muy abiertos por el asombro. Se abrazaban, daban botecitos y lloraban de emoción.

—¿Me he perdido algo? —preguntó con incredulidad.

—No pienses en nada —le susurró Marisa sin apartar los ojos de las dos niñas—, tan solo contempla lo felices que son. Esto lo recordarán durante el resto de sus vidas y en su memoria quedará la imagen falsa de él saludándolas, mirándolas. No existe nada más bonito que esos recuerdos de juventud y tú, amigo mío, lo has vivido con ella, has estado a su lado. Quédate con eso.

20

Ohana significa familia. Familia significa no dejar a nadie atrás.
Lilo & Stitch

—Hola, campeón. —Roberto tomó a su hijo entre sus brazos—. ¿Qué tal ha ido? —interrogó a la profesora.

—Se ha portado muy bien. Se ha tomado todo el desayuno —le explicó mientras acariciaba el rubio cabello de Quique.

—¿De verdad? —le preguntó Roberto a su hijo, y el niño asintió—. ¡Vaya, genial! —exclamó con orgullo.

—Va a ser tan grande como su papá —intervino la profesora.

—¡Como papá! —gritó el pequeño, feliz.

—Gracias por todo —le dijo Roberto a la maestra, y tras despedirse, caminó con su niño bien agarrado a su cuello hasta el coche.

Lo acomodó en la silla, aseguró bien el cinturón y, después de besar uno de sus regordetes mofletes, se sentó tras el volante.

—Vamos a ver a los abuelos —le explicó antes de ponerse en marcha.

—¡Bieeen, abuelos, abuelos! —gritó, contento.

Roberto condujo los quince kilómetros que lo separaban del chalet en el que vivían sus padres.

La vivienda unifamiliar estaba a las afueras de Alcalá de Henares, en una zona nueva ideal para parejas con niños o para personas que buscaban tranquilidad.

Aparcó cerca de la vivienda, sacó a Quique del coche y, con él agarrado a la mano, caminaron hasta la casa de los abuelos.

No tuvo que tocar el timbre, su padre había estado pendiente de su llegada. En cuanto escuchó llegar el coche, casi a la carrera, salió de la casa y, en cuclillas, con los brazos abiertos, esperó a su nieto.

—¡Abuelo! —gritó Quique con regocijo, y se lanzó a sus brazos, que lo acogieron con cariño.

Entraron en el patio entre risas, besos y cosquillas.

Amparo, la madre de Roberto, los recibió feliz. Le encantaba

tenerlos en casa.

Tras los saludos, Rodolfo se llevó a Quique al patio trasero, en el que había colocado columpios para su nieto, mientras Amparo y su hijo iban a la cocina a terminar de preparar la comida.

—¿Qué quieres que vaya haciendo? —le preguntó Roberto. Se había quitado el abrigo y remangado el jersey.

—La ensalada está a medias. —Le señaló la lechuga que había lavado.

Roberto se puso manos a la obra. Desde pequeño le encantaban esos momentos que pasaba con su madre en la cocina; gracias a eso, se había convertido en un buen cocinero.

—¿Qué tal va todo? —Amparo calentaba el guiso de carne mientras Roberto troceaba la lechuga con manos expertas.

—Bien —lo dijo con poca convicción, y a Amparo, que conocía todos y cada uno de los gestos de su hijo, no le pasó desapercibido.

Pero no quiso indagar, primero comerían y luego le sonsacaría qué era lo que le preocupaba.

Y así fue.

Tras la comida, Rodolfo se llevó a Quique a dormir la siesta y ellos se quedaron solos en el salón.

—¿Un café? —propuso Roberto.

—Claro.

Él fue quien lo preparó, mientras que Amparo se quedó en el salón.

—Suéltalo. —El tono de su madre le indicó que no aceptaba excusas. Se acababa de sentar frente a su taza y le había servido a ella la suya.

—No sé a qué te refieres —mintió.

—¿Crees que no conozco a mi hijo? Algo te preocupa. Ese «bien» que me has respondido antes me ha sonado a mal.

—Me parece que tienes mucha imaginación.

—Rooobeeertooo.

Él rompió a reír a carcajadas. Cuando su madre usaba ese tono, lo mejor era obedecer.

—De verdad que está todo bien… —Calló porque a ella no la podía engañar. Amparo no solo había sido una madre amorosa, también era su amiga, una en la que podía confiar y que lo apoyaba de manera incondicional. Además, necesitaba su opinión, sus sabias palabras, porque estaba hecho un lío—. Me gusta una mujer —soltó de golpe.

—Oh, vaya. —Estaba sorprendida. Desde que la madre de Quique se marchó, por más que le había insistido, rogado que retomara su vida, él tan solo se había preocupado del trabajo y de su hijo—. Eso es bueno, muy bueno. Tienes que vivir, ser feliz… —Clavó sus ojos castaños en él. Algo no estaba bien, casi lo podía leer en su mirada—. ¿Qué pasa? —preguntó con miedo.

—No te va a gustar.

—¿Es una exconvicta?

—Nooo, ¿cómo…? —La contempló como si se hubiera vuelto loca.

—¿Una asesina?

—Pero qué dices… —Se carcajeó.

—Pues no se me ocurre nada más, porque supongo que no será una mujer casada.

En ese preciso momento, Roberto estaba bebiendo un trago de café y se atragantó.

Amparo abrió mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Está casada? Ay, Dios mío, hijo. No me lo puedo creer. No puedes…

—¿Crees que lo busqué? —Se puso en pie y se movió nervioso por el salón—. Surgió, no pude controlarlo, y ahora… Joder, ahora me gusta demasiado y me importa una mierda su marido.

—Es… —Intentó meter baza, pero Roberto no la dejó.

—Su matrimonio no va bien, lo va a dejar.

—¿Estás seguro?

—Es una locura, ¿verdad? —continuó sin prestar atención a la pregunta de su madre—. Apenas la conozco. —Se carcajeó de nuevo —. Siempre he sido un tío pragmático, nada dado a esas chorradas del amor a primera vista, pero no sé qué me ha pasado con ella. No lo sé. —Clavó sus ojos en Amparo como si ella le pudiese explicar todas sus dudas.

—¿Qué vas a hacer?

—Soy una mierda de padre, ¿no crees?

—No, eres un buen padre.

—Si lo fuera, me alejaría de los problemas y me centraría…

—Llevas centrado en tu hijo mucho tiempo —lo interrumpió.

Roberto chasqueó la lengua molesto, se sentó de nuevo y le dio otro trago a su café.

—¿Es malo pensar en mí por una vez en la vida? —le preguntó con los ojos brillantes.

—No, hijo, no lo es. Eres joven y mereces ser feliz. Además, si tú eres feliz, tu hijo también lo será.

—Entonces, ¿por qué me siento un egoísta?

—Porque hace mucho que no piensas en ti como un hombre, solo te consideras un padre.

Roberto resopló.

—Sabía que hablar contigo me ayudaría. —Sonrió.

—Si apenas he dicho nada. —Se carcajeó—. Creo que necesitabas hablar con tu conciencia, yo tan solo te he ayudado a escuchar esa vocecita que gritaba dentro de ti.

En ese preciso instante, el móvil de Roberto comenzó a sonar.

Lo sacó de su bolsillo y, al mirar la pantalla, sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso.

—Es ella —afirmó Amparo, que nunca había visto a su hijo tan ruborizado.

Roberto asintió.

—Habla con ella, vamos —lo alentó.

Él asintió con energía y salió al patio dando grandes zancadas.

—¿Hola? —contestó.

—Ho-hola —saludó Montaña.

—¿Cómo va todo?

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—Roberto… ¿Puedes hablar?

—Sí, claro.

—Oh, bien.

—¿Qué haces? —preguntó, pues los segundos pasaban y ella permanecía en silencio.

—Estoy en el salón del restaurante. He acabado el servicio y estoy descansando.

—Bien.

—¿Y tú?

—Estoy en casa de mis padres.

—Oh, por Dios, entonces cuelgo, no quiero molestar…

—No lo haces.

Se escuchó un profundo suspiro.

—Hablar contigo me relaja —dijo Montaña.

—No sabes lo que me alegra.

—Roberto, cuéntame cosas, háblame.

Y así lo hizo. Durante más de media hora, le habló de su vida en esa casa, sobre su feliz infancia, sobre su madre y la relación de amistad que los unía. Sobre su padre y sus sabias enseñanzas. Habló sin parar, Roberto el hombre al que le costaba contar cosas sobre su vida, sus sentimientos, el reservado, se esfumó en el preciso instante en el que ella le susurró: «Háblame».

21

En el momento en que la Sirenita se enamora del príncipe, está destinada a convertirse en espuma de mar.

Secret Garden (K-drama)

—¡Noche de chicas! —Esas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Inés nada más cerrarse la puerta de la casa de Sandy, dejándolas a las dos a solas.

—¡Síií, noche de chicas! —canturreó Sandy mientras tomaba las manos de la niña y giraban riendo.

Todos sabían que a Sandy le encantaban los niños y que Inés era su ojito derecho. Cuando estaba con ella, se transformaba, regresaba a su infancia y se comportaba como ella, y eso a la pequeña la volvía loca. Tía Sandy era divertida, jugaba a todo lo que le propusiera, por muy descabellado o absurdo que sonara, comían chuches y veían películas de princesas. Era como una amiga más y no como la mayoría de los adultos, que se limitaban a regañarla y a intentar tenerla distraída con la televisión para que no molestara. Tía Sandy era igual que Mateo. Junto a ellos, la diversión estaba asegurada, la escuchaban y la trataban como a una persona, no como a un bebé.

—¿Qué te apetece cenar? —le preguntó a la pequeña tras ayudarla a quitarse la pesada mochila que llevaba a la espalda y que estaba cargada con todo lo necesario para una noche de chicas.

—*¡Pizza, pizza, quiego pizza!* —gritó con entusiasmo mientras se desprendía del abrigo.

Y así fue. Sandy llamó al Telepizza y, sentadas sobre la alfombra frente al televisor, cenaron mientras veían *La princesa cisne*.

—Y, ahora, vamos a disfrazarnos —propuso Inés cuando, entre las dos, terminaron de recoger los restos de *pizza* y limpiar la mesa.

Sandy tenía un baúl lleno de disfraces y ropa de lo más esperpéntica que encontraba en los mercadillos y que atesoraba para jugar con Inés. Empezó a coleccionarla cuando Mateo se hizo cargo de sus hermanas y poco a poco había crecido.

Rebuscaron en su interior. Inés se topó con un precioso disfraz rosa

de princesa y no tuvo ninguna duda: ese sería para ella. Se desprendió del grueso jersey de lana que llevaba, se dejó la camiseta de manga larga y las mallas, cuyo interior estaba forrado de un suave y calentito tejido, y se lo puso con la ayuda de Sandy. Corrió al gran espejo que había en la habitación de su tía para contemplarse de cuerpo entero.

—¡Me encanta! —dijo, dichosa, mientras con las manos movía la larga falda.

Sandy se situó a su lado. Se había puesto un largo tutú de bailarina de un intenso color azul y una blusa que dejaba sus hombros al aire y cuyas anchas mangas se ajustaban a sus muñecas con grandes y vistosas puntillas. Se levantó un poco el tutú, y a Inés le dio la risa cuando vio los leotardos con dibujos de piñas que llevaba debajo.

—¿Maquillaje? —preguntó tía Sandy, y tras el asentimiento de Inés, regresaron al salón.

La pequeña abrió la mochila y sacó todo lo necesario para una sesión intensiva de maquillaje.

Sandy pintó a Inés e Inés, a Sandy. Cuando se miraron en el espejo para comprobar el resultado, ambas quedaron satisfechas. Sorprendentemente, la pequeña tenía una gran habilidad con las pinturas. No se había salido al maquillar los labios de su tía de un azul muy similar al del tutú, y la mariposa que le había dibujado en una de sus mejillas se veía muy bonita, con colores alegres. Se había esmerado también en pintar sus párpados con el mismo tono azul de los labios y, en conjunto, Sandy se veía bien.

Tras la sesión de maquillaje, se disponían a ver por enésima vez *La sirenita* cuando el móvil de Sandy sonó.

Era Paul y, a pesar de haberle dado la tarde libre, debía contestar, pues su contrato la obligaba, así que lo hizo.

—¿Hola? —Al descolgar, tan solo escuchó un grito que procedía con toda seguridad de su jefe y después, silencio—. ¿Paul? ¿Paul? ¿Pasa algo? ¿Estás bien? —No obtuvo respuesta y, tras unos instantes, sonó la señal inequívoca que indicaba que se había cortado la comunicación.

Marcó con nerviosismo. ¿Y si le había pasado algo? Se lo imaginó tirado en el impoluto suelo de mármol de su cocina, sangrando por el golpe que, en su imaginación, se había dado contra la encimera.

—Maldito hombre —masculló entre dientes cuando al tercer intento de comunicarse con él recibió, de nuevo, el molesto mensaje de voz: «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

—¿Qué hago? ¿Qué hago?

Sopesó la opción de llamar a la policía o al mánager de Lee para que se encargara de lo que fuera que le hubiese sucedido a la estrella, al fin y al cabo, ella no era nada más que una simple ayudante. Pero enseguida descartó las dos opciones porque no iba a quedarse

tranquila y lo primero era su conciencia. ¿Y si estaba exagerando? Pero… De repente, tomó una decisión. No podía dejarlo así, tirado, medio muerto en el suelo, solo. «Mira que eres dramática», se reprochó al instante. Esa discusión interna la iba a volver loca.

—Inés, coge tus cosas, tenemos que salir.

Acababa de tomar una decisión y estaba completamente segura de lo que tenía que hacer.

Le puso el abrigo a la pequeña, se colocaron las botas y salieron a la carrera.

La casa de Paul estaba en pleno centro de Madrid. Por norma general, se tardaba en llegar los treinta minutos de rigor, pero entre los semáforos —que parecían haberse confabulado, ya que todos estaban en rojo cuando llegaban— y que los nervios la hicieron confundirse y meterse por la calle que no era, se demoró más de lo debido.

«Como sea cosa de vida o muerte…», meditó preocupada, e intentó comunicarse con él con el manos libres, pero el dichoso teléfono continuaba apagado.

—*¡Ostgas!* —exclamó Inés al ver la majestuosa torre en la que Paul tenía su apartamento.

Sandy no la dejó recrearse mucho en el edificio, pero no pudo evitar que el vigilante e Inés entablaran conversación.

—Hola, señor. ¿Qué tal está? —saludó la niña nada más reparar en él.

—Hola, bonita. Muy bien, ¿y tú? —le contestó él, sonriente. Era el efecto inmediato que Inés causaba en todos los adultos en cuanto la veían.

—¿Cómo te llamas? —lo interrogó, curiosa.

—Arturo, ¿y tú?

—Inés.

—Venimos al… —intervino Sandy sin dejarla contestar.

—Al ático del señor Lee —la interrumpió.

—Exacto. —Tomó la mano de Inés y tiró de ella—. Tenemos prisa —le susurró a la niña.

La obligó a ir casi a la carrera mientras Inés, asombrada, contemplaba el portal, que también era impresionante.

Cuando llegaron frente a la puerta de Paul y tecleó el código de acceso, se quedó parada, muy quieta, e Inés la miró sin entender qué le sucedía. La había llevado hasta allí a la carrera y ahora se quedaba paralizada.

—¿No vamos a *entgag*?

La voz de la pequeña la sacó de su parálisis.

—Sí, sí, pero primero lo haré yo. Tú quédate aquí, ni te muevas. —Temía lo que se pudiera encontrar tras esa puerta blindada.

Inés obedeció y ella, por fin, dio los pasos que eran necesarios para llegar al *hall* de entrada y de allí, al salón.

—Paul, Paul —lo llamó, y mientras lo hacía caminaba por la casa en busca de su dueño—. Por favor, por favor, que no esté muerto ni desangrándose, por favor —iba rezando—. ¡Aaaaaaaah! ——El fuerte grito debió oírse hasta en Torrejón.

Paul estaba sentado en el sofá cuando escuchó que alguien abría la puerta. Sabía que ese edificio era muy seguro, por eso se había mudado allí, pero también era consciente de que toda seguridad, en un determinado momento, se podía burlar. Y quien acababa de entrar en su casa, a esas horas y sin su permiso, no debía hacerlo con ninguna buena intención. Así que, procurando no ser oído por el extraño que irrumpía en su hogar, se escondió tras el sofá.

Como las luces estaban encendidas, en cuanto ella pisó el salón, la reconoció, pero no al instante. ¿Qué coño llevaba puesto? Sandy había salido tan precipitadamente de casa que no se había puesto su abrigo, tan solo se había preocupado de Inés. Así que Paul estaba viendo con total claridad el tutú azul que le cubría las piernas, pero que, al llevarlo sujeto con las manos para permitirle dar los pasos con seguridad, le mostró el poco discreto leotardo azul muy claro plagado de pequeñas piñas.

—¿Pero…? —Salió de su escondite de improviso. Necesitaba verla más de cerca porque su imagen de hada lo fascinó y fue en ese preciso instante en el que ella soltó un berrido atronador—. Pero, Sonrisas, ¿qué llevas puesto?

Mientras Sandy trataba de recuperar el aliento, Paul se acercó hasta colocarse frente a ella. La examinó con meticulosidad, incluso le sujetó la barbilla con una mano y le giró la cara de un lado a otro para observar con total nitidez y precisión su nada discreto maquillaje.

—¡Me encanta tu imagen! —dijo tras soltarla sin ninguna delicadeza.

—¡Me cago en to! —gritó Sandy, enfadada—. Casi me da un infarto. ¿Qué hacías escondido?

—Pensé que eras un ladrón.

—¿Un ladrón? Ja, ¡un ladrón!, será posible. —Estaba tan enfadada que lo habría abofeteado—. ¿Se puede saber por qué me has llamado? Eres un inconsciente, estaba preocupada y tú… Tú estabas aquí tan tranquilo, viendo la tele y escondido como un…, como un…

Lee se había sentado de nuevo en el sofá y había encendido su gigantesco televisor sin prestar nada de atención al berrinche de su ayudante.

—No te entiendo. Yo no te he llamado.

—Me has llamado.

—No lo he hecho.

—Lo has hecho.

—Te aseguro que no… —No terminó la frase—. Creo que ya sé lo que ha pasado.

Su cabeza se llenó con la imagen de él en la cocina. Quería hacerse unas palomitas e iba con el móvil en la mano, pues su mánager lo había llamado para comunicarle que la cita que…, esa cita que tanto temía iba a tener lugar al día siguiente. Se había enfadado, y mucho. No deseaba obedecer a Amanda, no quería hacer lo que le ordenaba, detestaba ser manejado de esa manera.

Caminó sin prestar atención y entonces se dio un golpe en la frente con la puerta de uno de los armarios, que se había quedado abierta. Seguramente, sin querer debió darle al botón de llamada a Sonrisas y tras el golpe, más molesto y cabreado, decidió apagar el iPhone para que nadie lo molestara.

O, quizá, no debía darle tantas vueltas y ser más honesto, porque todo era mucho más sencillo, menos enrevesado.

Claro que la había llamado. Esa noche precisamente no quería estar solo y Sonrisas era una buena compañía. Había marcado su número, pero, al escuchar su voz, se arrepintió al instante; él no era un tipo sentimental, uno de esos que cuentan sus mierdas. Tras lanzar el grito que ella había escuchado de impotencia, de rabia, y no de dolor, colgó y apagó el móvil.

Aunque esta segunda opción quedaría solo para él. Por nada del mundo pensaba mostrarse débil, y menos frente a ella, así que le narró con total detalle, incluso representando como el buen actor que era cada secuencia, la primera y descabellada opción, que por supuesto ella no se creyó.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —preguntó la pequeña Inés.

Tras el grito de su tía, había entrado en la casa y se ocultaba a su espalda. Dio un paso a un lado al ver a ese señor extraño contándole a Sandy un cuento y representándolo a la perfección como el mejor cuentacuentos del mundo.

—Oh, vaya, ¿y tú quién eres? —El interés de Paul se centró en la niña, que lo miraba con los ojos tan abiertos como los de un búho.

—Yo soy Inés.

—¿Es tu hija? —Esperó la respuesta de su empleada.

—No, Sandy es mi tía más *pgefegida* del mundo. —Inés no le dio tiempo a contestar y se apresuró a hacerlo ella—. Estábamos pasando una noche de chicas. Ya sabes, cenamos *pizza*, nos *disfgazamos*, íbamos a ver mi peli *pgefegida*: *La sigenita*. ¿Cómo te llamas? ¿*Eges* chino?

—Me llamo Paul. No, no soy chino.

—Pues lo *pageces*, tienes los ojos como los chinos.

—¿Por qué hablas tan raro?

A Sandy le dieron ganas de darle un puntapié, pensó que quizá

Inés iba a sentirse mal. Pero, muy al contrario, la niña se acercó a él y con total naturalidad le contestó:

—No *pgonuncio* la *ege*. Pego estoy yendo a un logo… logo…

—Logopeda —la ayudó Sandy.

—A eso, y voy a *apgendeg* y así los niños no *volvegan* a *geigse* de mí.

Paul la entendía, sabía lo que era eso, conocía en sus propias carnes la crueldad del resto de la gente cuando tienes algo que te diferencia de los demás. Él se había criado en Estados Unidos, allí sus rasgos orientales lo diferenciaban de la mayoría de sus compañeros de clase y por ello siempre fue objeto de burlas y mofas.

—*¿La sirenita?* —No le dio importancia a sus palabras, no porque no la tuviera, sino porque sabía que ella no necesitaba compasión o palabras vanas. Lo que necesitaba era normalizar la situación, que no la tratara como a un bicho raro.

—¿Cómo? —preguntó Inés.

—Has dicho que ibais a ver *La sirenita*.

—Sí, ¿la has visto? Es la *mejog* peli del mundo mundial.

—No, la verdad es que no la he visto.

Sandy los miraba a los dos alternativamente. Se entendían, pero eso no le extrañaba. En los días que llevaba trabajando con él, viendo cómo actuaba con sus fans, le había llamado mucho la atención la manera en la que trataba a los niños. Se ponía a su altura y dialogaba con ellos como si estuvieran al mismo nivel, y eso, viniendo de alguien con una personalidad tan complicada como la de él, le sorprendía sobremanera.

—Jo, qué pena que no la he *tgaído*.

Paul sonrió y comenzó a manipular los botones del mando a distancia de su monumental tele de plasma, que más bien parecía una pantalla de cine.

A Inés le brillaron los ojos cuando, de repente, la imagen de Ariel llenó la gran pantalla y, sin dejar de mirarla, se quitó el abrigo y se sentó junto a Lee.

—Pero…, pero… —Sandy no sabía ni qué decir.

—Ven, Sonrisas, siéntate con nosotros —propuso el actor, que, para el total asombro de Sandy, se había acomodado con las largas piernas sobre la mesita que tenía enfrente y se disponía a ver, con cierto entusiasmo, la película preferida de Inés.

En un principio, todo fue como la seda. Paul, en total silencio, seguía la historia como si se tratara de una de las mejores películas que había visto en su vida. Inés, entusiasmada, cantaba las canciones e incluso, como se sabía los diálogos, decía algunas de las frases en voz alta.

—¡Bajooo el *maaaag*, bajooo el *maaag*, vives contenta siendo *sigenaaa egeeees* feliz! —cantaba junto al cangrejo Sebastián.

Mientras, Lee, con semblante serio, ni se inmutaba ante los berridos que la pequeña emitía. «¿La fiebre lo habrá dejado sordo?», pensó Sandy, que no había apartado los ojos de su jefe ni un solo instante, pues temía que, de un momento a otro, cansado de lo horrorosamente mal que cantaba la niña, las echara a la calle sin miramientos.

—*Pog* qué te *quiegees agieeesgag* si *nuestgaaa* banda va a *tocaaag*.

—Me gusta ese cangrejo —soltó Lee cuando la canción terminó—. Es de lo más sensato. ¿Quién quiere irse del mar y vivir en la tierra? Sonrisas, cierra la boca; te estoy viendo las amígdalas y no es nada agradable, la verdad.

Sandy estaba tan estupefacta que no se había percatado de que lo contemplaba con la boca abierta.

—Sebastián mola, *pego* la *Sigenita* está *enamogaaada*.

—Pues qué tontería, es mejor seguir en el mar, disfrutando entre los peces y no con un tonto príncipe.

—El *pgíncipe* no es tonto. —Inés se cruzó de brazos, molesta.

—Es el más tonto del reino, ¿cómo no se da cuenta de que la Sirenita es la misma persona que lo rescató?

—*Pogque* no son iguales, ¿es que no lo ves?

—Yo las veo iguales.

—No lo son.

—Lo son.

—No lo son.

A esas alturas de la discusión, ambos fueron subiendo el tono de voz, y a Sandy le resultó todo tan absurdo, tan sumamente ilógico, que se pellizcó para descartar que se hubiera quedado dormida y que eso fuera un sueño.

—¡Oye, dejadlo ya! —Se obligó a reaccionar y a poner orden, temerosa de que al final la confrontación llegara a las manos, pues ninguno cedía.

—Paz —dijo de golpe Inés, y le tendió su pequeña mano a Paul.

Sandy se preocupó, ¿y si él le contestaba mal? Era tan pequeña que temió por ella. Pero, de nuevo, Paul la sorprendió de manera grata: sin pensárselo dos veces, tomó la mano de la niña, la estrechó sin imprimir mucha fuerza para no hacerle daño y pronunció con contundencia la palabra que tanto esperaba Inés:

—Paz.

Y así, tal cual empezó, la discusión terminó. Hubo más desacuerdos por tonterías absurdas, pero, según parecía, a Paul le encantaba llevarle la contraria a Inés, disfrutaba escuchando sus razonamientos, y tras la bronca, cuando veía que no llegaban a un acuerdo, uno de los dos zanjaba la discusión con un apretón de manos. «Ojalá todo en la vida, todas las broncas de la gente, se pudiera saldar de esa manera»,

pensó Sandy.

La película no había terminado cuando Inés se quedó dormida en los brazos de Paul. Poco a poco se había ido acercando a él. En un principio, le tomó una mano y con la otra jugueteó con las pulseras de cuero que él llevaba. Luego, como quien no quiere la cosa, se sentó en sus rodillas y apoyó la cabeza sobre su pecho tras soltar un sonoro bostezo.

Sandy sonrió al ver la imagen de ese ogro con una princesa entre sus brazos.

—Espera, te la quitaré —le propuso. Llevaba un buen rato con ella encima, seguro que estaba incómodo.

—Déjamela un poco más. —Era lo más cálido y tierno que había experimentado hacía tiempo—. ¿Es la hija de tu hermano? —interrogó sin apartar los ojos de la niña.

—No, no es su hija. Es la hermana de Mateo, un buen amigo.

—Te llama tía.

—Y para ella lo soy. Tengo una gran relación de amistad con Mateo, tan fuerte que es como si fuésemos familia.

Lee asintió, pero no lograba entender lo que significaba esa relación. ¿Cómo podía suceder eso? Él apenas había experimentado lo que era la familia o la amistad, apenas había disfrutado de ese calorcito que ahora, junto a esa niña y Sonrisas, lograba atisbar.

—¿Y sus padres?

—Murieron hace poco.

Lee suspiró con tristeza, le resultaba duro saber que una niña tan pequeña había pasado por el trance de perder a sus padres. Acarició una de las regordetas mejillas de Inés.

—Cuando mi padre murió, yo tendría más o menos la misma edad que ella. Sé lo que es, lo que se siente. —Sandy contempló extasiada cómo retiraba el pelo de la frente de Inés con una dulzura que nunca pensó que él tendría—. Aún duele, él fue lo único que tuve… —Calló de golpe, estaba hablando más de la cuenta—. ¿Y por qué pasa la noche contigo? —Decidió cambiar de tema, no quería desvelar lo que bullía en su interior.

No podía permitirse el lujo de abrirse a alguien, pues al final todos se marchaban, y esa mujer de ojos gigantes, de sonrisa sincera, lo haría tarde o temprano. Se cansaría de él y se iría sin mirar atrás. Y él, de nuevo, se quedaría solo. Así había sido siempre su vida y no iba a cambiar.

—Es una larga historia —Sandy intuyó su incomodidad e intentó normalizar la situación. Lee se abría poco a poco a ella, le mostraba, aunque con timidez, su interior y lo que descubría, cada matiz nuevo de él, le gustaba, la atraía. Por un instante, sintió un poco de miedo. «¿Y si te enamoras?», se preguntó. «No, no, imposible», se contestó al

instante. Sacudió la cabeza y siguió hablando—: Te lo resumo. Mateo ha ido a llevar al aeropuerto a su otra hermana porque es fan de Justin Bieber.

—Yo conozco a Justin, no sabía que venía a Madrid.

—¿Lo conoces?

—Claro, somos… Iba a decir amigos —clavó sus rasgados ojos en ella—, pero yo no tengo amigos. En esta profesión apenas se puede confiar en nadie —dijo con tono apesadumbrado.

Sandy sintió con tristeza.

—Ahora sí que tienes una amiga. —Señaló a la pequeña Inés.

—Sí, es cierto —sonrió, feliz.

—Oye, Lee, ¿podrías conseguirme un autógrafo de Justin para Lara?

—Claro, eso está hecho.

—Y, de paso, ¿podrías darme uno tuyo para uno de mis amigos?

Paul sonrió y asintió.

—Oye, pues al final resulta que eres un tío majo.

—No te pases, Sonrisas.

22

Vive tu vida como si fuera un sueño y haz de tus sueños una realidad.
Secret Garden (K-drama)

Por mucho que Paul insistió a Sandy, a pesar de ser muy tarde, esta decidió regresar a su piso.

—Tengo que llevar a Inés a su casa muy temprano, recuerda que mañana tenemos trabajo. Prefiero irme ahora y descansar que no madrugar mucho mañana.

Lee suspiró con fuerza. No lo había olvidado, ¿cómo hacerlo? Al día siguiente tenía un compromiso impuesto por Amanda, uno que detestaba.

—Llama a Mateo y dile…

—¿A las dos de la mañana?, ¿tú te lo quieres cargar?

—A la dos no, pero…

—¿A las siete y media, que es a la hora a la que tengo que dejarla en su casa? —lo interrumpió de nuevo.

—Vale, vale, entendido, Sonrisas. No hace falta que seas irónica.

Inés estaba tan dormida que ni siquiera reaccionó cuando Paul la tomó en brazos para acompañarlas hasta el coche. No se enteró de nada. Terminó en la cama, en casa de Sandy, y sin ser consciente del traslado.

Al día siguiente, comenzaron las carreras. Al final, apenas había dormido. Le había costado, pues no dejaba de pensar en lo que le había contado Lee sobre la muerte de su padre y en lo mucho que se estaba implicando con un hombre inestable, con un genio de mil demonios y tan cambiante que muchas veces no sabía cuál era el verdadero Lee, si el amable con los niños o el egoísta que solo pensaba en él.

«Quizá sea un poco de los dos, o tal vez la vida que lleva lo obligue a guardar lo que siente por miedo a mostrarse delante de toda esa gente falsa que lo rodea», meditó Sandy. Pero enseguida se obligó a ponerse en marcha, tenía que dejar a Inés en casa e iban muy justitas de tiempo.

—Vamos, perezosa, date prisa —le dijo a la niña.

La ayudó a vestirse y le preparó el desayuno.

—No tengo *hambge* —protestó la pequeña frente a un tazón de leche con cereales.

—Ya, ya, lo entiendo, pero, como te lleve a casa sin desayunar, tu hermano me mata.

—Puedo *haceglo* en casa, solo *quiego dogmig*. —Y, para reafirmar sus palabras, bostezó de manera sonora.

—Porfa, Inés, toma algo de leche, que no quiero que Mateo se enfade conmigo.

La niña asintió, sabía que Mateo era muy cabezón para ciertas cosas y con el tema de la comida se ponía muy estricto. Recordó sus palabras: «No se puede salir de casa sin nada en el estómago», y de mala gana se llevó una cuchara con un poco de leche y cereales a la boca.

Mientras ella desayunaba, Sandy se dio una ducha y se vistió, y de nuevo a la carrera, tras colocar el abrigo a Inés y ponerse ella el suyo, salieron al garaje.

El chalet adosado en el que vivía Mateo estaba bastante cerca de donde vivía Sandy, así que llegó antes de la hora acordada.

Se bajó, sacó a la niña y la llevó hasta la puerta.

—Buenos días, princesa. Hola, Sandy. —Mateo salió a recibirlas, abrazó a su hermana y besó sus regordetas mejillas.

—Hola y adiós, tengo prisa —dijo Sandy, e inmediatamente le dio la mochila de Inés.

—Toma. —Mateo le tendió un vaso con una tapa—. Imagino que has salido de casa sin meterte nada en el estómago.

—Yo sí —intervino Inés.

—No esperaba menos de ti —dijo Mateo.

—¿Eres consciente de lo neurótico que suenas? —Sandy tomó el vaso y le dio un trago. La verdad es que estaba muy bueno—. Me piro, que llego tarde. Nos vemos luego.

—Nos vemos. —Mateo se despidió haciendo alusión a la comida que tenían planificada ese mismo día.

—¿Sabes qué? Anoche la tía me llevó a *conoceg* a su amigo…

Sandy alcanzó a escuchar las palabras de la niña y arrancó con premura, y no lo hizo porque tuviera prisa, sino más bien porque temía el interrogatorio al que Mateo la sometería.

—Tres, dos, uno —contó en voz alta los segundos que iba a tardar Mateo en llamarla, y no se equivocó, porque el teléfono comenzó a sonar.

Tenía dos opciones: pasar del controlador Mateo y después llevarse la bronca del año o contestar, llevarse la bronca y pasar de él.

—Dimeee. —Se decidió por la segunda opción, para qué retrasar lo

inevitable.

—¡¿Se puede saber por qué has llevado a Inés a casa de ese energúmeno?!

—Menos mal que tengo el manos libres, si no, me habrías dejado sorda. Vas a despertar a los vecinos.

—Me importan tres coj… narices los vecinos.

Sandy sonrió. Inés debía estar cerca, porque Mateo intentaba no decir tacos cuando estaba con ella.

—Deja de decir burradas. Lee es un buen tipo.

—Incluso vimos *La sigenita*. —La voz de la pequeña le llegó lejana.

—¿Ves? Vimos *La sirenita* —corroboró ella—. Anda, vete a dormir.

—Ni se te ocurra col…

Sandy no lo dejó terminar y tocó el botón para cortar la llamada.

«El día comienza intenso», se dijo.

Condujo por las calles casi desiertas de Torrejón. Incluso iba sola por la M-45, pero era lo normal. Sábado y siete y media de la mañana. A esas horas, pocos madrugaban para trabajar, solo se cruzó con alguno que otro que regresaba de fiesta.

Puso la radio a tope y los acordes de *Shake It Off*, de Taylor Swift, la hicieron reaccionar. Despertó de golpe y, tras subir el volumen, se puso a cantar a voz en grito:

Cause the players gonna play, play, play, play
And the haters gonna hate, hate, hate, hate, hate
Baby, I´m just gonna shake, shake, shake, shake, shake
I shake it off, I shake it off
Whoo-hoo-hoo

Cuando llegó a casa de Paul y abrió la puerta, se lo encontró como era ya su costumbre: bebiendo ese brebaje que debía saber a rayos —pues con cada sorbo ponía mala cara—, vestido solo con el albornoz y a la espera de que ella eligiera su vestuario.

—Buenos días, hoy puede ser un gran día. —Sandy entró en el salón con paso firme. Se sentía feliz. Esa noche le había venido genial para conocer un poco más a Paul, el de verdad, y no al muñeco Ken que la gran agencia había programado como si no fuera una persona. Cada día que pasaba a su lado, lo comprendía un poco más, y le gustaba, comenzaba a gustarle mucho.

«Huy, huy, huy, cuidado, Sandy», se dijo con preocupación.

—Vaya, creí que vendrías vestida de hada.

—Solo uso mi tutú cuando salgo de noche, de día me transformo en una persona normal. —Le guiñó un ojo.

—Uff, otra vez las zapatillas horrorosas —protestó cuando se fijó en sus playeras blancas compradas en el Lidl y de oferta.

Sandy no le hizo ni caso. A él le gustaba hacerse el duro, el

antisocial ogro antipático, pero ella conocía su verdadera personalidad. A veces se le escapaba, bajaba la guardia y dejaba de interpretar.

Vio que le daba otro trago a su taza y, tras un «Puaj», la dejó sobre la mesita del salón.

—¿Por qué bebes eso si lo odias? —preguntó mientras se quitaba el abrigo y se encaminaba hacia el vestidor.

—Adelgaza.

—Qué tontería, tú no necesitas adelgazar.

No recibió respuesta y si lo hizo no la escuchó, pues ya estaba dentro del armario de Paul eligiendo la ropa que iba a llevar ese día.

—¿Quieres que te lea lo que tenemos hoy en la agenda? —le preguntó ya subidos en el coche.

—No.

Sandy arrancó y salieron a la carretera. Él permanecía en silencio, pero no le extrañó, seguramente estaría descansando. Aprovechaba los traslados que hacían de un lugar a otro, porque solo allí, en la intimidad que le aportaba el coche de ventanillas tintadas, podía hacerlo. Pero, de repente, escuchó su voz:

—Sé lo que me espera. —Su voz sonó apagada y Sandy retiró, por un momento, la mirada de la carretera para contemplarlo a través del espejo retrovisor. Siempre se sentaba detrás, nunca a su lado, era la manera de demarcar la frontera que los separaba. Ella no estaba allí para ser su amiga, sino la persona que cuidaba de la estrella más famosa de la agencia.

Lee tenía los ojos cerrados, parecía más agotado de lo normal, incluso más que cuando estuvo enfermo.

—¿Estás bien? —lo interrogó, preocupada—. Anoche debimos irnos antes.

—Oh, no, no, fue refrescante teneros en casa. Es solo que…, bah, no es nada. —Hizo un gesto con una mano en un intento de quitarle importancia a su estado. Se enderezó, carraspeó varías veces y, cuando habló de nuevo, Paul, el intérprete, tomó el mando—. Creo que te estás tomando demasiadas confianzas, Sonrisas, limítate a hacer bien tu trabajo.

Sandy lo miró de nuevo y sonrió. No la engañaba, ya no podía hacerlo. Ser testigo de cómo había interactuado con Inés le había demostrado el tipo de persona que era, así que en esa ocasión ni le molestaron sus despóticas palabras ni ella se molestó en contestarle.

La primera parada fue en el salón de maquillaje y peluquería: Behind the Scenes. A Paul no le gustaba tener a gente extraña en casa, por eso se desplazaba él mismo al salón, donde siempre tenía un hueco. La estrella no esperaba nunca, era atendido nada más poner sus pies en la sala. Esa era la condición que la agencia había impuesto

y, por supuesto, no hubo ninguna pega. El caché que les daba que Paul Lee Hallen acudiera a su salón era una de sus mejores campañas de publicidad.

Según entraron por la puerta, un enjambre de empleados los rodeó. Paul no prestaba atención a ninguno, caminaba como si fuera el rey del mundo entre los ansiosos empleados. Ni siquiera se dignaba a saludarlos, y eso que ellos no paraban de darle los buenos días ni de preguntar cómo se encontraba; revoloteaban a su alrededor dispuestos a ofrecerle cualquier cosa que necesitase, alabando su imagen. En resumen: peloteaban a su mejor cliente.

Lee se limitó a tomar asiento en el que era su sitio. Nadie usaba ese sillón, estaba reservado aunque él no estuviera allí. Incluso si pasaba meses sin ir y el salón estaba lleno, a nadie se le ocurría, ni por asomo, ofrecer ese sitio a otro cliente.

Las chicas y chicos que trabajan en Behind the Scenes se peleaban por atenderlo, y él elegía. A Sandy le recordaba a un burdel: ellos exhibían sus atributos delante del cliente y este seleccionaba con quién pasaría la noche. Pero Paul lo tenía claro: si estaba Marcos, siempre se quedaba con él. Le gustaba ese tipo, era el que menos lo peloteaba, cosa que detestaba; además, sabía a la perfección lo que le favorecía.

Charlaban animadamente mientras le ponía un tratamiento para la piel, pues, según Marcos, se veía apagada. Él le contaba anécdotas divertidas del salón y Paul no podía dejar de sonreír. A Sandy también le caía muy bien, era el tío más natural de todos los estirados que llenaban el salón de belleza.

Tras casi dos horas, salieron como entraron, rodeados de sonrientes empleados deseando que su día fuera maravilloso y único.

—Sonrisas, pon la radio —ordenó nada más acomodarse. Necesitaba distraerse, pues dentro de poco comenzaría el espectáculo que tanto odiaba.

El móvil de Paul vibró dentro del bolsillo de su abrigo. No necesitaba mirar quién lo llamaba, lo sabía a la perfección. Soltó un suspiro de frustración y contestó:

—Hola.

—Supongo que estás de camino. —La voz de Amanda lo hizo estremecerse, la detestaba al mismo nivel que las órdenes que le daba.

—Sí.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí.

Sandy desvió la mirada hacia el espejo retrovisor para poder contemplarlo. «¿Con quién está hablando?», se preguntó, curiosa. Él se limitaba a decir sí a todo lo que su interlocutor le decía, no soltaba ninguna de sus respuestas despóticas. Parecía estar hablando con un

superior, pero… Un momento, ¿existía alguien superior a Paul? ¿Sería Dios? Lo que terminó por descolocarla fue el profundo suspiro de tristeza, similar a un quejido, que soltó cuando colgó el móvil.

Tras esa llamada, Paul se volvió más quisquilloso, más desagradable. No dejó de quejarse por todo, de solicitar cosas absurdas como una marca especial de agua, pues la que le dieron en el hotel, donde iba a tener lugar una rueda de prensa organizada por la agencia para dar una noticia en total primicia, no le gustaba.

—¡Es agua! —exclamó Sandy—. Líquido elemento sin sabor, sin color, sin olor.

—Sonrisas, ¿me estás llevando la contraria?

—Nooo, válgame el señor, ¿cómo voy a osar llevarle la contraria? —Se inclinó ante él y recibió un sonoro resoplido como respuesta.

—Búscame una botella de Veen de forma inmediata.

—Mira qué bonita es esta. —Le mostró la de Bling—. Mola. —Sonrió mostrando su larga, blanca y un tanto imperfecta hilera de dientes.

—Dicen que esta marca es la favorita de los famosos americanos —intervino el director del hotel, que los había acompañado a la sala vip —. Proviene de una fuente de Dandridge. La botella es una auténtica joya adornada con los famosos cristales de Swarovski.

Paul, que hasta ese momento ni había reparado en el director, clavó sus preciosos y tiranos ojos rasgados en el pobre hombre, que sudaba de manera copiosa.

—Me importan una mierda la fuente Dandridge y los cristales de Swarovski, quiero una botella de Veen.

—Maldito-cabezón-toca-pelotas —masculló Sandy—. Luego ni se la beberá, pero él tiene que tenernos a todos buscando la dichosa botellita de los cojones.

Por supuesto, el todopoderoso consiguió lo que quería, y uno de los empleados del hotel entró a la carrera portando una botella de Veen antes de que la sala de prensa se empezara a llenar con todos los periodistas de las revistas más conocidas del mundo.

—Paul. —Lee llevaba un buen rato quieto como una estatua y, como Sandy predijo, no le había dado ni un solo trago al agua. Parecía a punto de echarse a llorar. «¿Qué le pasa ahora?», se preguntó Sandy, desesperada—. Paul, ¿estás bien? ¿Vuelves a tener fiebre?

Sus palabras lo hicieron reaccionar y sacudió la cabeza para salir del trance en el que se había sumido.

—No, estoy bien.

Sandy fue testigo, de nuevo, de su transformación. Aunque ya lo había visto más veces, no dejaba de asombrarse.

Se puso de pie y, con paso firme y semblante sereno, caminó hasta la sala llena de periodistas, que lo esperaban con ansia.

Nadie le había comunicado a Sandy de qué se iba a hablar en esa rueda de prensa, no tenía ni idea de cuál era esa noticia tan importante que Paul iba a dar en primicia, al fin y al cabo, ella tan solo era una simple ayudante. Pero lo que sí tenía claro era que a Paul le afectaba mucho y que había sido una orden directa de la persona que lo había llamado por teléfono. Paul iba a anunciar algo que detestaba. «Pero, entonces, ¿por qué lo hace?», se preguntó.

Y Paul, mientras sonreía, saludaba a los periodistas, bromeaba con ellos, les preguntaba incluso por sus familias como si fueran viejos amigos. El actor actuaba y todos lo adoraban. Sandy sintió una punzada en el corazón. A nadie le importaba el hombre, la persona que gritaba dentro de él pidiendo ayuda.

—Muchísimas gracias por acudir a la rueda de prensa que New Stars ha convocado. En breve empezaremos —anunció Pepper.

Sandy se asombró de verlo allí. Había dado por hecho que no estaba, ya que no había ido a saludar a Lee en la sala vip en la que habían estado aguardando, como habría sido lo lógico.

«En fin, el mundo de la farándula es de lo más extraño», se dijo.

—Paul, nos tienes impacientes —soltó uno de los periodistas—. ¿Qué es eso que tienes que anunciar?

—Ramírez, ya queda poco —le dijo Lee—. Necesito tener a mi lado a alguien, que, por cierto, ya está llegando.

La puerta se abrió y una preciosa morena entró como si en realidad toda esa gente estuviera allí por ella y no por Lee.

Sandy la miró con la boca abierta, la había reconocido al instante: era Marcella O´Hara, una actriz americana que, tras protagonizar unos cuantos escándalos, había dejado de lado la que se suponía que iba a ser una carrera fructífera de actriz, pues todo el mundo la juzgaba, no por sus trabajos, sino por su vida privada. No llegaba sola, Amanda Stone caminaba a su lado y todas las miradas la contemplaban sin poder creerse que la mujer del momento, esa que apenas se dejaba ver en público, estuviera haciendo su entrada junto a una de las mujeres con peor prensa de los últimos tiempos.

Sandy, casi de forma inmediata, miró a Paul. Sonreía, parecía feliz.

«A mí no me engañas. Lo veo en tus ojos, estás interpretando», pensó Sandy con tristeza.

Para asombro de todos, cuando Marcella llegó al lado de Paul, este se puso de pie y le dio un largo y húmedo beso en los labios que consiguió que el estómago de Sandy se revolviera.

«Magnífica interpretación, para un Oscar», le habría encantado gritar sus palabras, pero, por supuesto, calló.

—Pues esta es la sorpresa. Sé que hace unos meses surgieron rumores sobre la relación que me une a mi compañera Marcella. Pues bien, para acallar las voces maliciosas, queremos anunciar que somos

pareja. Yo la quiero a ella y ella me ama a mí. ¿Verdad, mi amor?

Marcella sonrió y se abrazó a su cuerpo. Coqueta, miró a los periodistas, que reaccionaron de inmediato con cientos de preguntas que disparaban como si fueran balas saliendo de una metralleta y que Lee respondía sin descanso y con su fingida sonrisa en los labios.

Los focos se apagaron para Lee en el momento en el que entró en la sala vip. La máscara cayó y, con asco, empujó a Marcella para que dejara de abrazarse a su cintura.

Dentro de esa sala con la puerta cerrada, estaban Amanda, Marcella, Pepper, Lee y Sandy, que se afanaba por preparar el abrigo de Paul para irse de manera inmediata. Pero se quedó parada contemplando a los ahí reunidos. Parecían rivales a punto de pelear. El mal ambiente se respiraba, y tuvo ganas de tomar de la mano a Lee y sacarlo de allí, separarlo de esas personas con auras negras como un pozo.

—Lo has hecho bien. —Amanda parecía estar alabando a un perrito que acababa de hacer una pirueta a su orden.

—¡Marchaos, dejadme solo! —gritó. Su mirada permanecía clavada en el suelo intentando ocultar lo mal que se sentía—. Ya he hecho lo que querías, así que, por favor, dejadme solo.

—No seas tan dramático —ordenó Amanda—. Todos ganamos con esta relación y tan solo tienes que dejarte ver de vez en cuando con Marcella.

—¿Qué gano yo? Dime, madre, ¿qué gano yo? —Escupió la palabra madre como si fuera un insulto.

—¡Basta! —gritó Amanda, se notaba que no estaba acostumbrada a que su hijo le llevara la contraria—. Harás lo que te diga y cuando te lo diga. Vámonos, querida, tenemos mucho que hacer. —Sin más, agarró el brazo de Marcella y caminó hasta la salida seguida de Pepper.

Cuando la puerta se cerró dejando a Sandy y Paul solos, él se dejó caer en una de las cómodas butacas de la sala vip y lanzó un grito desgarrador de rabia e impotencia que seguro que se había escuchado fuera de esas cuatro paredes.

Estuvieron durante un buen rato en silencio. Sandy le dejó espacio, necesitaba recuperarse.

—Lee, vamos a comer —propuso. Aunque aún era temprano, sabía que él tenía el estómago vacío. Ella por lo menos se había tomado un café, pero ese loco tan solo se había bebido el brebaje que se tomaba todas las mañanas.

Nada más lanzar su propuesta se maldijo en silencio por ser tan estúpida, había quedado para comer con los chicos. Por fin, tras un tiempo sin verse, habían conseguido cuadrar sus agendas y así pasar el día juntos, y ahora ella lo había estropeado todo.

—¡Vete! ¡Lárgate! ¡He dicho que quiero estar solo!

El grito la noqueó y pestañeó un par de veces. Tenía dos opciones: mandarle a la mierda, largarse, dejarlo allí tirado y comer con sus amigos o…

—¡Ponte de pie, he dicho que vamos a comer!

Entonces quien pestañeó un par de veces, incrédulo, fue Lee.

—¿Acabas de gritarme, Sonrisas?

—¿Yooo? Nooo, cómo osaría hacer algo así. —Puso esa mirada que derretiría el Ártico y que causó que Paul riera a carcajadas.

23

Siempre hay esperanza, no importa cuán difícil sea la situación.
It´s ok. That´s love (K-drama)

El primer beso le resultó extraño, al fin y al cabo, llevaba besando la misma boca tres años, y esos labios no eran como los de Álex, duros, exigentes. Los de Roberto le resultaron dulces, suaves. Odiaba compararlos, detestaba pensar en su ex cuando él la estaba besando, pero ¿quién puede mandar sobre la mente?

El primer beso llegó esa fría mañana, dentro del coche de él y como despedida, pues Montaña entraba a trabajar en el restaurante.

Habían tenido un par de citas en las que no hubo ningún tipo de contacto más allá de un roce de sus manos. Roberto lo deseaba desde el primer momento en que la vio en la biblioteca, pero sabía que ella necesitaba tiempo, que no debía forzar algo que tenía que salir de manera natural, y en sus encuentros estaban los dos tan tensos que decidió esperar hasta que se acostumbraran a estar juntos, a sentir que eran una pareja. Ella había pasado de tener a su marido a estar con él sin ni siquiera vivir el duelo de una separación. Demasiadas sensaciones nuevas, diferentes.

Pero el momento llegó. Montaña lo miraba con ternura y sus labios se entreabrieron a la espera de ese primer contacto, y él, ávido de necesidad, no se lo pensó dos veces. Despacio, muy despacio —para darle la oportunidad de una retirada si ella no se sentía preparada—, por fin disfrutó del delicioso sabor de su boca. Allí, frente al Serendipity, a las diez de la mañana de un sábado, Roberto y Montaña se besaban por primera vez.

Ese primer beso fue profundo, largo e intenso, y cuando por fin sus labios se separaron, Roberto contempló los ojos vidriosos de la mujer que tenía enfrente y, sin poder retenerlo, soltó un suspiro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. —Montaña vaciló en su respuesta y él se asustó—. Es solo que ha sido raro.

—¿Raro como «esto es un asco» o como «me ha encantado»?

—Raro como «bésame otra vez». —Entonces fue ella quien recorrió la corta distancia que separaba sus bocas.

Ese segundo beso los ayudó a aprender más el uno del otro, a reconocerse. Esa vez fue Montaña la que se separó y suspiró.

—Debo irme —susurró con voz entrecortada, las mejillas sonrosadas y muy pocas ganas de abandonar el calor de ese coche, de esos brazos y de los labios de él.

—Te veo en nada —le dijo él, y Montaña asintió.

Ese sábado los amigos habían quedado en el restaurante para comer. Otra primera vez, pues, a pesar de que CJ trabajaba allí, nunca habían ido al Serendipity.

—Sí, nos vemos.

Otro beso, una nueva caricia de él en su cuello y Montaña salió, cerró la puerta y le lanzó otra mirada a través de la ventanilla justo antes de encaminarse hacia el restaurante.

Sus vidas se estaban llenando poco a poco de primeras veces y, mientras Roberto contemplaba cómo ella caminaba hacia la puerta del restaurante con ese movimiento de caderas que lo volvía loco, en su mente se dibujó otra de las primeras veces más importantes de su vida. Ese día no muy lejano —pues hacía poco que salían— en el que Montaña supo de la existencia de Quique.

No quería demorarlo mucho, pensaba que era lo más justo. Lo que había entre ellos era eso que los románticos llamaban amor instantáneo, pero una relación no solo se nutre del amor, también de la complicidad —cosa de la que ellos tampoco carecían— y del conocimiento. Tanto él como ella necesitaban saber, precisaban conocerse para quererse un poco más cada día. Así que, en la primera cita que tuvieron, Roberto decidió desvelarle una parte de su vida, esa que detestaba, pues sufrió mucho por culpa de una mujer, pero que a la vez adoraba, pues le entregó lo que más amaba en esa vida.

Roberto no había salido con nadie tras la ruptura con su ex, Montaña era la primera. «Otra primera vez», pensó con una sonrisa en los labios. Había sido una separación traumática, difícil, sobre todo por su hijo. Durante un tiempo, no le apeteció besar a otra ni follar con otra. Ninguna mujer lo atraía, y no le preocupaba en absoluto, bastante complicada era ya su vida. Pero un día llegó Montaña y, de repente, se despertaron en él todos esos sentimientos que estaban aletargados: el deseo regresó de forma mágica, las ganas de besos, de caricias, de un contacto estrecho.

Nunca había sentido la necesidad de contarle a nadie su historia, al fin y al cabo, ¿a quién le importaban, fuera de su grupo de amigos, las terribles circunstancias que había experimentado? Pero allí estaba Montaña, mirándolo con sus grandes ojos, necesitando como él conocer cada parte de su vida, cada circunstancia, cada vivencia, y

solo entonces Roberto decidió abrirse, vaciar su alma, narrar lo dura y lo bonita que había sido la llegada de Quique a su vida.

Cerró los ojos dentro de su coche. La calefacción le otorgaba el placer de sentirse a gusto y visualizó el momento como si de una película retrasmitida en sus párpados se tratara.

Montaña estaba tan apetecible, tan bonita que al verla se le había congelado el aliento y su entrepierna, de manera milagrosa, había vibrado. Estuvieron paseando por el Parque Europa; a pesar del frío, el sol brillaba radiante e invitaba a caminar, a recorrer cada palmo del gran parque donde monumentos de diferentes ciudades europeas se representaban a menor escala de la original.

En un primer momento ambos se sintieron sobrepasados por las sensaciones y la timidez de Montaña le resultó encantadora. No quiso forzar nada y se limitó a caminar, a contemplarla de soslayo con una constante sonrisa en sus labios. Pero, antes de llegar al monumento de la torre Eiffel, Roberto rompió el hielo.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Me gustaría saber cómo te sientes.

—Mejor. —Asintió para resultar más convincente—. Poco a poco, me estoy acostumbrando a mi nueva vida.

—Me alegro. —La tomó de la mano y tiró de ella—. Ven, sentémonos. Quiero contarte algo —le dijo sin dejar de sonreír. Pero se preocupó al ver que la sonrisa que ella lucía se apagaba al instante —. No es nada malo —corrió a aclarar. La condujo hasta uno de los bancos próximos a la torre. Se colocó de tal manera que estaba frente a ella, mirando sus ojos.

—Espero que no sean más problemas. —Montaña se movió intranquila.

—No, no, ya te he dicho que no es nada malo. Verás…, yo… —vaciló—, tengo un hijo de cuatro años —soltó de golpe. Era lo mejor, dar vueltas a las cosas tan solo lograba que la tensión entre ellos aumentase.

—Oh, vaya. —Nada más decir esa palabras, Montaña se reprendió. Se sintió tonta, ¿qué importancia tenía el hecho de que Roberto tuviera un hijo? Ninguna, «¿Ninguna? ¿Estás segura?», dudó. Rehuyó su mirada porque su titubeo ante esa cuestión la avergonzaba, la hacía sentirse patética.

—Quizá debí habértelo dicho antes. No es algo que oculte, pero todo ha sido un poco caótico entre nosotros… —De pronto, Roberto, se sintió mal. Por una parte le dolía cómo lo miraba ella, como si por el hecho de tener un hijo ya no tuviera derecho a nada, y por otra entendía su reticencia. Su relación se complicaba porque en su ecuación no iban a ser dos, sino tres. Acababa de dejar a su marido

por un hombre que, además de ser complicado, tenía a alguien a su cargo.

—Oh, no, no, no. —Montaña reaccionó de inmediato. Masculló insultos que la definían como una insensible estúpida e intentó arreglarlo—. Solo me ha sorprendido, la verdad es que no lo esperaba.

—¿Te arrepientes de haber dejado a tu marido por mí? —Roberto siempre había sido una persona directa y clara, no se andaba por las ramas.

—Yo no dejé a Álex por ti. —Eso lo tenía tan claro que lo soltó sin pensar—. Tan solo me ayudaste a abrir los ojos de una vez, a ver que mi relación con él había terminado, pues me sentía más atraída por ti, por un desconocido, que por mi marido. Me diste ese empujón que necesitaba.

Roberto asintió.

—¿Y si no me hubieras conocido?

—El resultado habría sido el mismo. Álex y yo ya no teníamos nada en común. Pero estoy segura de que el destino nos habría juntado en cualquier momento.

—La verdad es que es una extraña coincidencia que tu primo sea uno de mis mejores amigos.

—Yo creo que la vida nos ha llevado por un camino y nos ha guiado hasta que hemos estado preparados para estar juntos. ¿No te parece raro que, siendo tan amigo de CJ, no nos hayamos visto hasta ahora?

—No sé, quizá tengas razón. Quizá ahora sea el momento adecuado. —Por un segundo, rompió la conexión de sus miradas—. ¿Qué piensas sobre mi paternidad?

—Me gustan los niños. ¿Recuerdas esos puntos comunes? —Él asintió—. Uno de ellos eran los niños. Además, yo quiero ser madre; ese fue otro de los motivos que me distanció de Álex, ya que él se negaba.

—Puedo entenderte.

—Sé que me resultará raro, pero dame tiempo, quiero adaptarme a ti.

A la boca de Roberto regresó la sonrisa.

—Se llama Enrique, pero todos lo llamamos Quique.

—¿Me dejarás conocerlo pronto?

—¿De verdad quieres conocerlo?

—Es tu hijo, ¿cómo no voy a querer? Lo quiero todo de ti, lo quiero todo contigo.

Ese podría haber sido perfectamente el momento ideal para su primer beso, pero Roberto pensó que quizá era demasiado precipitado, que caminar paso a paso era lo mejor, y acababa de dar uno muy grande, así que lo dejó para otro momento, aunque lo deseara con

toda su alma.

—Yo también lo quiero todo —dijo Roberto. Su sonrisa creció y, al contemplarla, Montaña creyó que su corazón podría explotar. Con dulzura, acarició una de las sonrojadas mejillas de ella—. ¿Qué te gustaría saber? Pregunta todo lo que necesites, prometo ser sincero.

—La madre…

—Se marchó. —La vio tan apurada que quiso ayudarla, así que la interrumpió porque sabía perfectamente a lo que se refería—. Nos abandonó, y no hemos vuelto a saber nada de ella.

Montaña lo miró horrorizada. Ella deseaba tanto ser madre que no podía entender cómo esa mujer había podido dejar a su hijo.

—Fue tan doloroso que quise morir —explicó—. Gracias a mis padres, salimos adelante. Me apoyaron y ayudaron. Por un tiempo, me sentí perdido. —Bajó la mirada, avergonzado—. Pero un día mi madre se plantó delante de mí, me arreó un bofetón, puso a Quique entre mis brazos y me gritó que era mi responsabilidad, que él no tenía la culpa de haber venido al mundo. Fue cruel, muy cruel, incluso me insultó. —Su boca mostró una sonrisa triste—. Nunca olvidaré las palabras que me hicieron despertar, salir del pozo en el que me había metido: «No puedes dejar a tu hijo por culpa de una mujer, y menos de una como ella. Una que ha sido capaz de abandonar lo más preciado que hay en esta vida. ¿No te das cuenta de que no merece tu pena? Muy al contrario, debes estar agradecido, pues ha mostrado su verdadera cara. Es mejor que esté lejos, que no regrese. Tú cuidarás de ese niño a partir de ahora, será tu prioridad, incluso sobre ti mismo».

—Sabias palabras.

—Mi madre es una mujer muy sabia. Bueno —carraspeó, ese recuerdo siempre lo emocionaba—, ya te he contado mi mayor secreto. La verdad es que no me gusta hablar de mi ex.

—¿Lo has superado?

—Por supuesto. Y tú, ¿lo has superado?

—Estoy en ello. —Montaña bajó la mirada.

—Me gusta que seas sincera. —Roberto le tomó la barbilla y, con un leve empujón, la obligó a mirarlo a los ojos—. Sé que todo ha ido demasiado rápido, que necesitas tiempo, y por supuesto te lo daré. —Montaña sonrió—. Algún día conocerás a Quique.

—Sí, algún día.

Después de esa conversación, siguieron paseando por el parque. La timidez entre ellos se quedó sentada en el banco en el que Roberto le había hablado de su hijo. Se deshicieron de ella porque acababan de abrirse, de mostrar su interior.

Roberto regresó al presente. Sus ojos se clavaron en la puerta del Serendipity, esa por la que ella acababa de entrar.

Se habían besado por primera vez, y eso le hizo sonreír. Por fin

tenía claro lo que quería, por fin el Roberto de antaño había regresado.

—¡Dios, qué locura! —dijo en voz alta, y las carcajadas comenzaron a brotar sin que pudiera contenerlas. De nuevo una mujer le atraía, le gustaba, y eso que apenas la conocía. Negó y rio con ganas. El Roberto en el que se había transformado por circunstancias de la vida, ese serio, estricto, meticuloso y antisocial, de repente, por arte de magia, comenzaba a evaporarse.

24

La mayoría de las personas entran y salen de tu vida, pero solo los buenos amigos dejan huellas en tu corazón.

Toy Story

CJ estaba nervioso. Sus amigos no solían ir al restaurante, incluso algunos, como Roberto, jamás lo habían pisado. A todos les encantaba su comida, aunque siempre disfrutaban de sus platos fuera del Serendipity. Hasta ese día, ese magnífico día soleado pero con temperaturas muy bajas. A eso de las tres todos sus amigos, su familia, comerían en el restaurante donde trabajaba, donde había pasado los mejores años de su vida, y él pensaba prepararles los mejores platos de la carta.

Oly, su ayudante, seguía las instrucciones al pie de la letra, ni se le ocurría llevarle la contraria. Jamás había visto al chef tan irascible, y eso que CJ, dentro de la cocina, era un tanto insoportable y tirano.

—Sal a ver si han llegado ya —ordenó, y Oly soltó la sartén en la encimera y corrió hacia la sala.

Al poco rato, entró casi sin aliento.

—¡Chef, chef, ya están aquí! —gritó entre entusiasmado y asustado.

—Oh, vaya, vaya. —CJ comenzó a moverse por la cocina como si no supiera qué hacer, se sentía como en su primer día de trabajo. Paró de golpe, tenía que recuperar el control—. Necesito que todo salga bien, perfecto —lo dijo en voz alta, pero era más un pensamiento para sí mismo que para su ayudante—. Vamos a cocinar como nunca. —Esas palabras sí eran para Oly, que, entusiasmado, asintió y se puso manos a la obra.

Montaña salió a recibirlos y acompañarlos hasta la mesa. Ella también estaba nerviosa; tenía ganas de ver de nuevo a Roberto, y eso que la había dejado hacía unas pocas horas en la puerta del restaurante.

Debían disimular, de momento, su relación quedaba solo para ellos. Deseaban conocerse un poco mejor y, más adelante, contarle al

mundo que estaban juntos, que habían iniciado el camino como pareja.

Nada más verse, Roberto le sonrió y sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. Si sus amigos hubieran estado más atentos, si se hubieran fijado en las miradas que ambos se lanzaban, se habrían dado cuenta de que entre ellos había algo, pero tanto Mateo como Jaime estaban a lo suyo.

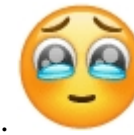
Mateo tecleaba en su móvil, enviaba otro wasap a Marisa, que se había quedado con sus hermanas.

Mateo:
Todo bien?

Marisa:
Todo igual. Nada ha cambiado

desde hace dos minutos .
Eres un pesado.
¡DISFRUTA Y OLVÍDATE DE LO DEMÁS!

Mateo:



Vale, vale. No me grites.

Marisa:
Haz el favor de guardar el móvil en el bolsillo.

Mateo:
Si pasa algo, llámame.

Marisa:

Mateo:
OK, OK, ya guardo el teléfono, lo prometo.

Mientras, Jaime recibía una llamada de su hermana.

—No, no, no —decía, molesto—. Ni se te ocurra… Porque no… ¿Sandy? ¿Sandy? Me ha colgado —protestó.

—¿Qué pasa? —interrogó Mateo al verlo tan enfadado.

—Es Sandy, dice que se va a traer a Paul.

—¿Qué Paul?

—Pues qué Paul va a ser. Paul Lee Hallen.

—¿Paul? ¿Paul Lee? ¿Paul Lee Hallen? —Quien lanzaba las preguntas con voz chillona era CJ, que acababa de llegar—. Ay, Dios, ay, Dios. ¿De verdad Paul Lee Hallen va a comer mi comida? ¡Júramelo! ¡Júrame que es cierto! —El chef había tomado a Jaime por las solapas de su abrigo y lo sacudía.

—¡Para, para! —le gritó, e intentó desasirse de su amarre.

—¡Pues dime que no es una broma, que es cierto!

—Eso me temo. —Jaime no guardaba un buen recuerdo de las veces que había trabajado con Lee, así que no le apetecía tenerlo como comensal.

—Tengo… Tengo que ir… —No era capaz de completar ninguna frase, CJ estaba fuera de sí. Si había estado nervioso porque sus amigos iban a comer en el restaurante, ahora su excitación se incrementaba: su ídolo, ese actor que tanto admiraba, iba a degustar sus platos.

Sin decirles ni hola ni adiós, sin esperar a que se acomodaran, regresó a la cocina.

—Joder con el Lee de las narices —dijo Mateo. Se quitó el abrigo y se sentó a la mesa—. CJ me ha recordado a Lara cuando fuimos al aeropuerto a ver a Justin Bieber.

—¿Fuiste a ver a Justin Bieber? —le preguntó Jaime, asombrado. Acababa de tomar asiento frente a él.

—Sí, la loca de Marisa y sus ideas. —Suspiró como si hubiera hecho un gran sacrificio.

—Madre mía, Mateo, quién te ha visto y quién te ve. —Roberto se acaba de acomodar a su lado y le palmeó la espalda.

—Ya ves. Las mujeres te cambian, amigo. —Mateo le guiñó un ojo a Montaña, que se limitó a sonreír.

En ese preciso momento Sandy, acompañada de Lee, entró en el comedor. Mateo se levantó del asiento como si un resorte se hubiera accionado bajo su silla, Jaime se limitó a resoplar molesto y tanto Roberto como Montaña lo miraron con la boca abierta, ya que eran conscientes de quién se escondía bajo la gorra que tapaba su negro cabello, la bufanda que cubría parte de su cara, las gafas de sol que ocultaban sus ojos rasgados y el largo abrigo que no permitía discernir su escultural cuerpo. Bajo ese disfraz que pretendía ocultarlo a los ojos de los curiosos, estaba el actor más famoso del momento, la estrella que más brillaba en el firmamento del famoseo: Paul Lee Hallen.

—Hola, chicos. —Sandy saludó a sus amigos uno a uno con un par de besos nada más llegar, como era su costumbre. Pero ellos no le correspondieron, pues estaban pendientes del actor—. Os presento a Paul.

—Encantado, yo soy Mateo. —Fue el primero en reaccionar. Extendió la mano, que primero había secado en sus vaqueros, esperando que Paul se la estrechara.

—Hola —saludó Lee, y se la tomó—. ¿El hermano de Inés? —preguntó a Sandy, y esta asintió.

Sandy presentó al resto del grupo, excepto a Jaime, pues ellos ya se conocían.

Lee decidió sentarse dando la espalda al resto de los comensales que llenaban el salón, no quería que nadie lo reconociera. Se quitó el abrigo, la bufanda y las gafas de sol, pero se dejó la gorra.

En un principio todos se sintieron un poco incómodos y miraban a Lee con cierta aprensión, pero poco a poco todo empezó a fluir. Paul se limitaba a mirar cómo interactuaban los amigos. No paraban de hablar, sobre todo Sonrisas; ella era el centro de atención. Reían, reían a carcajadas que le eran de lo más contagiosas. Alguna que otra vez Jaime y Sonrisas discutían de forma acalorada, pero enseguida volvían a la normalidad. Se sentían en el ambiente los lazos que unían a esas personas, la confianza, la camaradería, y Paul sintió envidia, él nunca había tenido nada parecido a eso. Tampoco lo había añorado, porque nunca, hasta ese momento, lo había contemplado de manera tan directa.

La comida no paraba de llegar y todos devoraban. Sandy no dejaba de llenar el plato del actor; de vez en cuando lo miraba alentándolo a comer, y él no podía negarse, pues todo tenía un olor y un aspecto deliciosos.

Hacía años que no comía tanto y tan sabroso. Sabía que luego se arrepentiría, que todas esas calorías le iban a pasar factura, pero se dejó llevar por el ambiente relajado que se respiraba en esa mesa y al final, sin darse cuenta, dejó el plato limpio. Su estómago terminó tan lleno que pensó que podría explotar.

Acompañaron la comida con vino tinto, uno tan delicioso y que entraba tan bien que, cuando se dieron cuenta, entre los cinco se habían bebido tres botellas. Paul, que no acostumbraba a tomar alcohol —pues era una enorme fuente de calorías—, notó los efectos con la segunda copa —que apuró hasta la última gota— y una agradable sensación de euforia comenzó a crecer dentro de él. Eso lo ayudó a superar su incomodidad frente a gente extraña, dejó de ser un mero espectador y pasó a interactuar con el resto de los comensales.

El salón comenzó a vaciarse, pero ninguno reparó en lo tarde que se hacía. Estaban cómodos, en familia.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. —CJ no se atrevía a acercarse a la mesa. Su turno había terminado y se iba a unir a sus amigos, pero no era capaz de dar los pocos pasos que le quedaban para llegar hasta allí.

Montaña fue quien, tras empujarlo, consiguió que se acercara hasta la mesa.

—¡CJ! —Sandy se puso de pie cuando lo vio—. Lee, te presento a CJ. Él ha cocinado todo esto para nosotros.

Paul se levantó y, con una brillante sonrisa, acogió al cocinero entre sus brazos. No podía negar que el alcohol lo estaba ayudando a ser más efusivo.

—Estaba todo delicioso, gracias, muchísimas gracias —le dijo con entusiasmo, y de nuevo lo abrazó.

CJ no se lo podía creer. Paul no solo había comido lo que él había preparado, además, le había gustado y lo estaba abrazando agradecido.

De ahí a conectar ambos como si fueran los mejores amigos, como si se conocieran de toda la vida, pasaron solo unos segundos.

Como el restaurante cerraba, todos decidieron seguir la fiesta en otro sitio. Montaña se excusó, tenía una cita que no podía eludir; Álex la había llamado, necesitaba hablar con ella.

El resto del grupo decidieron llamar a un taxi de siete plazas que los llevaría a Torrejón, directos al *pub* que un amigo de Mateo tenía en pleno centro.

Mientras esperaba su transporte, Lee no dejaba de sonreír. Hacía años que no se divertía. Todo para él, incluso las fiestas a las que iba, eran trabajo, nunca placer.

Tras ponerse el abrigo y las gafas de sol, intentó colocarse la bufanda, pero, por culpa del vino, se sentía un poco torpe y fue Sandy quien lo ayudó. Lee clavó sus bonitos ojos en Sandy mientras ella se esmeraba en envolver la larga bufanda alrededor de su cuello y colocarla de tal manera que ocultara sus labios, su mentón y su nariz.

—Eres muy bonita, Sonrisas —susurró para que solo ella lo pudiera escuchar, y sus ojos conectaron, pero solo durante un segundo, porque CJ pasó un brazo por los hombros del actor y tiró de él hacia la salida.

El viaje en taxi también resultó de lo más divertido. Todos intentaban hacerle preguntas a Lee —como nueva incorporación, tenían mucha curiosidad—, pero CJ —que, por supuesto, se había acomodado a su lado— acaparó al actor. El resto no habían visto muchas de las películas y series en las que había participado y no podían meter baza cuando CJ le preguntaba por alguno de los papeles. Se sabía todos los títulos, los nombres de los personajes y las tramas.

Sandy, sentada al otro lado de Lee, no dejaba de observarlo. Estaba tan cómodo que se mostraba tal y como era, no actuaba, tan solo se dejaba llevar. Reía como nunca le había visto, charlaba como si fuera uno más. Estaba más guapo que nunca, porque ese Lee era el de verdad. Sintió una punzada en el corazón y se asustó. Cerró los ojos. «¡Dios, Dios, te estás enamorando!», le gritó su subconsciente.

Ya en el *pub*, el amigo de Mateo les consiguió la mejor mesa de la sala y encargaron más bebidas. En esa ocasión tomaron la especialidad: mojito. El primer trago que le dio Lee al suyo casi lo hizo levitar.

—¡Esto está muy, pero que muy bueno! —exclamó, feliz.

La música estaba a un volumen aceptable para poder conversar.

—Oye, Sandy, ¿cuándo te dan el piso? —interrogó Mateo.

—Dentro de unas semanas —contestó ella.

—¿Qué piso, Sonrisas? —Lee, que estaba atento a todo, se interesó.

—Con todo lo que me vas a pagar, más unos ahorrillos que tenía, he conseguido un piso con patio y todo.

—Vaya, según parece, soy muy generoso contigo.

—Pues, si eres tan generoso, dale unos días libres para que pueda hacer la mudanza —soltó, jocoso, Jaime.

Lee iba a responder, pero alguien llamó la atención de Sandy.

—¡Coral! —Esta se giró al escuchar su nombre. Era uno de los trabajadores de la fábrica, y se levantó para ir a saludarlo.

—¿Coral? —Lee arrugó la frente—. Me dijo que se llamaba Sandy.

—Oh, no, no, Sandy es un mote que le pusimos de pequeña. Su verdadero nombre es Coral.

—Co-ral —vocalizó de manera torpe por culpa del alcohol—, me gusta. —Sonrió.

Sandy regresó y se dejó caer pesadamente en su asiento.

—Oye, Corrral —le dijo alargando la erre, pues su lengua se trababa—. ¿Porrr qué te llaman Sandy?

—Espera un momento, ni se te ocurra contestar —intervino CJ, y se levantó con premura bajo la atenta mirada del actor, que no entendía qué estaba pasando.

—¡No, no, no lo hagáis! ¡Por favor, por favor! ¡Me moriré de vergüenza! —imploró Sandy, pero, por las sonrisas de sus amigos, supo que de nada servirían sus ruegos.

CJ regresó con un par de micrófonos, él se quedó con uno y el otro se lo tendió a sus amigos. De repente, los acordes de «Sandy», de la película *Grease,* comenzaron a sonar y el chef, con voz melodiosa, entonó la letra:

Stranded at the drive-in
Branded a fool-what will they say?
Monday at school[1]

Sandy se tapaba la cara mientras Lee contemplaba la escena con una gran sonrisa por lo bien que actuaba, estaba seguro de que lo había hecho un montón de veces.

CJ interpretaba la canción con sentimiento y el resto le seguían el juego.

—Por favor, por favor, ay, qué vergüenza. —Sandy quiso pararlos, aunque sabía que eso era imposible. Suplicó, intentó quitarle el micrófono a CJ, pero nadie le hizo caso.

Sandy, can´t you see I´m in misery?[2]

Llegada esa parte de la letra, el resto intervinieron entonando las

estrofas a cuatro voces, unas más afinadas que otras.

I sit wonder why, oh, why?
You left me, oh, Sandy?[3]

De nuevo, fue CJ el que demostró sus dotes de cantante:

Oh, Sandy, maybe someday[4]

Por fin, llegó la parte más emocionante de la canción. Entonces CJ se sentó al lado de Sandy y, con voz suave, susurró la letra:

Sandy, my darling
You hurt me real bad
You know it´s true
But, baby, you gotta believe me when I say:
I´m helpless without you![5]

El coro entró otra vez:

Love has flown
All alone
I sit, I wonder why, oh, why you left me, oh, Sandy?[6]

Y para rematar, de nuevo, el chef interpretó en solitario:

Oh, Sandy, Sandy
Why
Oh, Sandy[7]

Todos aplaudieron con fervor, incluso el resto de las personas que llenaban el *pub* se pusieron en pie para vitorear la actuación. Todos menos Sandy, ella trataba de ocultarse de las miradas.

—Sois unos tontos —los reprendió—, sabéis que lo paso fatal.

—¿Y esto lo hacéis muy a menudo? —preguntó Lee, que ni por un segundo había perdido la sonrisa.

—De vez en cuando —explicó Mateo.

—Pero llevábamos mucho sin hacerlo —dijo CJ con cierta tristeza.

Todos asintieron.

—Desde…, desde eso… —La voz de Mateo se fue apagando—. Ya nada volverá a ser como antes. —Miró a sus amigos uno a uno—. Pero nosotros siempre seremos los mismos. —Entonces elevó su vaso lleno de mojito y todos brindaron.

—¿Recordáis la primera vez que Coral vio *Grease*? —intervino Jaime tras unos segundos en los que todos estuvieron en silencio.

—Tú eras un enano —dijo Sandy, y le pellizcó las mejillas.

—¡Quita, bruta! —Jaime sacudió la cabeza huyendo de sus dedos fríos.

—Creo que ninguno podrá olvidarlo —intervino Mateo. Carraspeó, debía recuperarse, pues todo aquello había removido su interior. Ya nada sería igual. En su vida había un antes y un después de la muerte de sus padres. Pero el tiempo corría, la vida continuaba y debía disfrutar a tope de todos los instantes felices, pues, de repente y sin esperarlo, todo podía terminar. Obligó a su boca a lucir una sonrisa y se centró en el presente, en sus amigos—. Nos hizo verla tres veces seguidas —continuó narrando mientras todos se carcajeaban—. Ella amaba esa película, pero a nosotros nos hizo aborrecerla.

—Quería ser Sandy —intervino ella—, y vosotros empezasteis a llamarme así.

—Y con Sandy te has quedado —concluyó Jaime.

—Menos cuando te enfadas conmigo y me llamas Coral.

—Yo te llamo Sonrisas —dijo Lee, que hasta entonces había permanecido en silencio—, porque lo primero que me llamó la atención de ti fue tu bonita sonrisa. Iluminó la habitación. —Se expresó con tal pasión, con tanto cariño, que todos se quedaron callados.

Sandy y Lee se miraban con intensidad. «¡Dios, Dios, te has enamorado!», se dijo ella.

La noche continuó entre risas y charlas, y en un momento dado, cuando por los altavoces sonó *Be My Lover*, de La Boucher, Sandy tomó la mano de Lee y lo obligó a levantarse y bailar con ella. Todos los siguieron y terminaron dando saltos como locos por todo el *pub*.

Para Lee todo dejó de tener importancia, le daba igual que lo reconocieran, que tomasen fotos de él, tan solo quería reír, bailar, disfrutar y… De repente, se paró de golpe: besar, quería besar a Sonrisas de manera desesperada.

—No, no, no. —Su boca pronunciaba la negación, y su cabeza asentía. De pronto se sintió agobiado, pero su malestar se esfumó al instante cuando CJ le pasó un brazo por los hombros y lo alentó a dar botes con él.

Lo tarde que era y Mateo, que en esos momentos era el más sensato y borracho del grupo, pusieron el final a aquella velada, única e inolvidable para Lee.

Salieron del *pub* haciendo eses y cantando a voz en grito.

CJ y Lee caminaban codo con codo, mientras que el resto del grupo los seguían en la distancia.

—¿No temes que te reconozcan? —le preguntó CJ al ver que la bufanda, con la que había ocultado su rostro, colgaba de uno de los bolsillos de su abrigo y que tampoco llevaba las gafas.

Paul se encogió de hombros, la verdad era que en esos momentos

de euforia le daba todo igual.

—¿Qué quiere decir CJ? —contestó a su pregunta con otra.

—Ese es un tema muy delicado.

—Somos amigos, ¿no?

CJ suspiró, dejó de andar y lo miró a los ojos.

—Promete no reírte.

—Lo juro. —Levantó la mano derecha para dar credibilidad a sus palabras.

—Mi madre es fan de los culebrones y no se le ocurrió otra cosa que ponerme de nombre Carlos Jesús.

Lee lo miró muy serio, estuvo tanto rato parado y callado que los demás los alcanzaron.

—No suena mal. Podríamos usarlo en alguna película. Te amo, Carlos Jesús —dijo poniendo su mejor voz de intérprete. De repente, causando el asombro de todos, y mucho más el de CJ, colocó una de sus grandes manos en su nuca, lo empujó hasta que sus narices se tocaron y entonces lo besó en la boca. Fue un beso rápido pero intenso y, nada más separarse de él, echó a correr muerto de la risa.

—¡Eh, eh! Me ha besado, ¿lo habéis visto? —CJ miraba a sus amigos con la boca abierta, confundido y pasmado. Entonces echó a correr tras Lee, gritando con efusividad—. ¡Ehhh, tío, me has besado!

Lee se dejó atrapar y CJ pasó un brazo por sus hombros.

—Paul Lee Hallen me ha besado —dijo con entusiasmo.

—Pero no te hagas ilusiones —apuntó Lee entre carcajadas—, solo interpretaba.

25

La vida es ahora: vivámosla.

Vive el momento no pensando en el futuro. Y no tengamos miedo. Lo que tenga que ser será.

El tiempo que estemos aquí, disfrutémoslo.

Pau Donés

Aquel día sería uno de esos que recordaría con una sonrisa, de esos que ayudan a superar los golpes que da la vida cuando la tristeza gana la partida y necesitas llenar tu mente con retazos de felicidad.

Lo contempló. Su cabeza permanecía sobre su regazo y sus preciosos ojos almendrados estaban cerrados. Dormía plácidamente, como solo los borrachos lo hacen, y le entró la risa. Paul Lee Hallen estaba ebrio como nunca en su vida lo había estado. Al día siguiente, pondría el grito en el cielo, pero esa noche había tenido el placer de verlo desinhibido, de disfrutar de un Lee real, sin máscaras.

Acarició su pelo negro como esa noche y, con suavidad, protegida por el profundo sueño en el que él estaba sumergido, pasó los dedos por sus mejillas, por su mentón y por sus gruesos y carnosos labios, que Lee entreabrió tras soltar un profundo suspiro.

Iban en un taxi, en el que le había costado la misma vida meterlo. CJ no quería separarse de su ídolo y Lee tampoco de su fan. Se aferraban el uno al otro y el taxista los miraba con mala cara.

—¿Entran o qué? —les había preguntado, cansado de esperar a que se despidieran.

—Sí, sí, ya vamos —contestó Sandy—. ¡Lee, entra en el coche ya! —le gritó, enfadada.

Y surtió efecto, pues Paul Lee, tras expresar su enfado con una pedorreta y volver a abrazar a su amigo como si no fueran a verse más, entró en el taxi.

CJ lo contempló con los ojos llorosos.

—Bajaa, baja, laa vent-anilla —ordenó a Lee, y este obedeció al instante—. Teee *quiegooo*, tío. Llámameee —rogó mientras metía medio cuerpo dentro del coche, a través de la ventanilla que había

bajado Lee.

—¡Y yooo! —gritó el actor a pleno pulmón.

Jaime se hizo cargo de CJ; también estaba perjudicado, pero no tanto como el chef. Tiró de su cuerpo y lo sujetó con fuerza hasta que el taxi se perdió en la distancia.

—Son-Sonriiisas —le costaba pronunciar las palabras—, te voy-voy aaa daaar dos —alzó dos dedos de su mano derecha—, do-dos días *parra* tu mu-mudaaanza. *Porrque* teee lo *merrreces*. —Se abalanzó sobre ella y Sandy lo acogió entre sus brazos—. Te lo prometooo, dooos días.

—Vale, vale —le contestó ella, y, con nada de sutileza, lo separó de sus brazos.

Lee terminó tumbado sobre el asiento, con la cabeza sobre las rodillas de ella y roncando a pleno pulmón.

Sus palabras, sumadas al recuerdo del beso que el actor le había dado a CJ, hicieron que Sandy comenzara a reírse a carcajadas. Como en ese momento estaban parados en un semáforo, el taxista se giró para poder mirarla.

—Ni se les ocurra vomitar en mi tapicería —le dijo con tono amenazante.

Sus carcajadas se cortaron de golpe y negó con vehemencia.

Cuando llegaron al apartamento de Lee, le costó despertarlo, pero lo más complicado de todo fue hacerlo caminar.

Se apoyó en ella con todo su peso. Era tan voluminoso, tan alto, que Sandy apenas podía dar un paso.

Trastabillaron un montón de veces, estuvieron a punto de caer al suelo otras tantas y, cuando por fin entraron en la casa, a Sandy, sudorosa y agotada, le dieron ganas de gritar de felicidad. Sobre todo cuando, sin delicadeza, sin ni siquiera quitarle el abrigo, lo lanzó sobre la cama deshaciéndose del peso muerto.

Lee cayó bocabajo sobre el colchón, con los brazos extendidos y las piernas abiertas. Al instante, comenzó a roncar, y Sandy decidió dejarlo así; no se iba a preocupar de acomodarlo ni de arroparlo.

Caminó hasta la puerta de salida, pero en el último instante decidió, tras insultarse por ser tan tonta, quedarse a pasar la noche por si la estrella la necesitaba.

Se tumbó en el cómodo sofá y, como ella también había abusado del alcohol, se quedó dormida al instante.

Sempiterno

La luz se filtraba por el gran ventanal. Le hacía daño a los ojos e intentó huir de ella. Buscó refugio en la colcha, pero por más que palpaba el colchón, no daba con ella. Decidió que lo mejor era levantarse y cerrar las cortinas, pero cada músculo de su cuerpo pesaba como el hierro. Le costó varios intentos sentarse en la cama y otros tantos abrir los ojos.

Miró a su alrededor. Esa era su habitación, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí.

Se masajeó las sienes.

¿Qué llevaba puesto? Miró la manga, confundido, y contempló con extrañeza su cuerpo. Llevaba el abrigo, ¿había dormido vestido?

Demasiado desorientado y dolorido como para pensar, se levantó de manera costosa y entró en el baño.

Se desnudó y dejó toda la ropa tirada en el suelo formando una montaña de prendas arrugadas y malolientes. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente lo ayudara a despertar, a recuperar la cordura, la tibieza de su cuerpo, y mientras se enjabonaba, intentó recordar.

Lo primero que vino a su mente fueron sensaciones, todas buenas: risas, complicidad, sabores deliciosos, su estómago lleno por primera vez en mucho tiempo, calor, amistad.

—Felicidad —dijo en voz alta. Entonces abrió los ojos y sonrió—. Felicidad. —Hasta entonces, no había recordado lo que esa palabra significaba, porque la había experimentado en muy pocas ocasiones.

Salió de la ducha y se secó. Se miró en el espejo, estaba hecho un auténtico desastre. Se pasó las manos por las mejillas. El poco vello que tenía comenzaba a salir, y decidió afeitarse.

Negras ojeras vestían sus ojos. En cuanto se recuperara, iría al salón de belleza; necesitaba una mascarilla nutritiva o alguno de esos milagrosos tratamientos que Marcos usaba.

Su estómago protestó de manera sonora.

—No, anoche me pasé, así que no pienso darte nada de grasas o hidratos de carbono. —Al tiempo que lo decía, gimoteó—. Lo que daría por una gran tostada con mantequilla y mermelada. —Suspiró con tristeza—. Nada de tostadas.

Caminó hacia la cocina, se conformaría con el brebaje y una loncha de pavo.

—Una triste y sosa loncha de esta mierda insípida. —Abrió el frigorífico y sacó el pavo. Tras tomar un plato de uno de los muebles, destapó el envase y contempló la fina loncha, que era tan transparente que se podía ver a través de ella—. ¡Mierda! —dijo, enfadado, cuando el pavo se le escurrió de las manos y aterrizó en el suelo. Se agachó a recoger el desastre.

En ese momento, Sandy abrió los ojos. Por la disposición del ático, desde el sofá se veía la cocina, ya que estaba unida al salón, y al escuchar ruido decidió acercarse.

Caminó descalza, sin hacer ruido.

—¡AHHHHHHHHH! —gritaron ambos al verse de golpe, pues, justo al llegar Sandy junto a la isla, Lee se puso de pie.

Los dos se sobresaltaron: Paul, porque se creía solo y se había topado de golpe con Sandy y Sandy, porque el actor estaba desnudo.

—¡Mierda, mierda! —Paul Lee tomó un paño de cocina y se cubrió con él.

—Lo siento, lo siento. —Sandy se tapó los ojos con ambas manos mientras reía a carcajadas, más propias de los nervios que de lo cómica que era la situación.

—Joder, Sonrisas, ¡casi me da un infarto! —Sin pensárselo dos veces, corrió hasta la habitación y cerró de un portazo.

Sandy reaccionó y apartó las manos de sus ojos. Seguro que sus mejillas estaban rojas como un tomate, pues las sentía arder. Poco a poco, una traviesa sonrisa se dibujó en su boca. «¡Acabo de ver desnudo a Paul Lee Hallen! —Eso era algo de lo que muy pocas personas podían presumir—. ¡Acabo de ver desnudo a Paul Lee Hallen! —repitió su mente—. Y está muy, pero que muy bueno», añadió mientras lanzaba un profundo suspiro.

Lee se vistió, apresurado, con un viejo chándal gris para cubrir su desnudez. Estaba desgastado por los usos e incluso tenía algún que otro roto, pero Sandy lo miró golosa de arriba abajo, no solo porque aún vestido así se le veía imponente, sino también porque en su mente había quedado grabada la imagen de su cuerpo desnudo.

—¿Cuándo has llegado? —Lee intentó normalizar la situación, pero ella no ayudaba, lo miraba de tal forma que su corazón latía desbocado.

—He pasado la noche aquí. ¿No recuerdas nada de lo que pasó?

Lee negó confundido.

—Recuerdo algunas cosas… ¿Sucedió algo…? —Nervioso, la señaló—. ¿En-entre no-no-sotros?

—¿Algo como qué? —Sandy sabía muy bien a qué se refería, le apetecía jugar y ponerlo en un aprieto, pues se le veía muy afectado.

—No sé… A-algo. Ya sabes…

—¿Te refieres a si tú y yo…? —Dejó la frase sin terminar y,

coqueta, se sentó en la encimera.

—Recuerdo un beso… —Molesto por tener la mente tan confusa, se pasó las manos por las mejillas.

—Beso hubo. —Traviesa y feliz al ver que él la miraba totalmente descolocado, se carcajeó. Era alentador verlo perdido cuando siempre se mostraba tan estirado, tan centrado; así, parecía más humano y real.

—¿Lo-lo hicimos? —peguntó, preocupado con la idea, porque si había ocurrido lo cambiaría todo.

—¿Tan terrible sería? —interrogó, molesta.

De repente, los ojos de él se transformaron, incluso su rictus cambió. Fue muy rápido, pero para ella, que empezaba a conocerlo y había memorizado cada una de sus expresiones, el gesto no pasó desapercibido, y eso la enfureció mucho más.

Lee se acercó y situó las manos sobre la encimera de mármol, cada una al lado de una pierna de Sandy.

—Lo único que me molesta es no recordar nada —susurró con una voz ronca e insinuante como la que usaba en las películas.

Su cambio de actitud la noqueó. Había pasado de la vergüenza al descaro y, aunque lo segundo era más propio de él que lo primero, ese Lee era falso, estaba actuando. Tenía la cara dura de comportarse con ella como lo hacía con el resto del mundo, ese mundo que quería tener lejos, en el que no quería inmiscuirse por miedo, por pereza, por dejadez.

—¿Sabes qué? —La pregunta por supuesto era retórica, no esperaba contestación—. Habría preferido que me dijeras que la sola idea de acostarte conmigo te repugnaba —espetó con tono furioso.

—¿Cómo? —Lee pestañeó un par de veces.

—Creo que te conozco lo suficiente. Haznos un favor a ambos y no actúes, no es necesario. No estropees lo bonita que está siendo nuestra relación por tu afán de esconderte, de no dejarte ver. —Con un brusco movimiento, lo apartó y se bajó de la encimera.

No volvió a mirarlo, se limitó a calzarse, ponerse el abrigo y, con el asa de su bolso aferrada con brusquedad, caminó hasta la salida. Pero, antes de marcharse, se giró para encararlo.

—Por cierto, para que te quedes tranquilo: entre tú y yo no ha pasado nada. Piensa un poco, Lee —le dijo con tono de burla—. Has amanecido vestido, sobre tu cama y solo. Creo que es evidente, ¿no? Deja de interpretar conmigo, el papel te viene muy grande. —Y, con chulería, se volvió para salir de allí lo antes posible.

Pero Lee reaccionó antes de que ella abriera la puerta. La alcanzó, la volteó con brusquedad, haciendo que su espalda quedase contra la hoja, y aplastó su cuerpo contra el de ella.

—No sé a qué viene esto, Sonrisas. Yo no estoy interpretando

ningún papel.

—¡Déjame! —Intentó empujarlo, pero era demasiado fuerte.

—No pienso soltarte hasta que me expliques por qué has salido corriendo y me has dicho todas esas…

—Porque, de repente —no lo dejó terminar—, de repente, has dejado de ser tú.

Lee se separó, le dejó espacio. Sus ojos tenían un extraño brillo, parecía al borde de las lágrimas. Negaba, negaba e intentaba sonreír, pero su boca tan solo dibujaba una extraña mueca.

—Estás acostumbrado a que la gente te falle y tu forma de defenderte, de protegerte, es atacar. Pero yo no soy como todos los demás. Yo tan solo quiero ser tu amiga. No pienso fallarte, nunca. —Sus palabras sonaban a juramento, a sentencia, a determinación.

Lee dio pequeños pasos alejándose de ella, pero hacia atrás, sin dejar de mirarla.

—Esas solo son palabras, Sonrisas. Las palabras se las lleva el viento.

Sandy extendió un mano. Con ese gesto tan simple, tan sencillo, tan solo le pedía que la tomara entre las de él, que se la estrechara como una muestra de confianza. Pero él la miró como si fuera un extraño y obsceno objeto del que debía alejarse.

—No soy como el resto del mundo, Sonrisas. Ya no tengo solución, siempre he estado solo y moriré solo. Ahora vete, vete con tu gente, tu familia. Tienes razón, yo solo sé interpretar un papel y se me da muy bien. —Sonrió tristemente y se giró.

Pero antes de que comenzase a caminar hacia el salón, ella dio los pocos pasos que los separaban y se aferró a su cuerpo.

—No digas eso. —Lee sintió que las lágrimas que Sandy estaba derramando le mojaban la camiseta, pues tenía una mejilla apoyada en su espalda—. No digas que morirás solo, no lo permitiré.

—Por favor, por favor, vete, Sonrisas, vete. —El calor que el cuerpo de ella emitía era tan agradable que sus palabras se le atragantaron. En realidad, no deseaba que lo soltase, quería disfrutar un poco más de esa agradable sensación. Se derretía, el hielo de su corazón se derretía.

Lee se quedó tan inmóvil que parecía incluso que no respiraba. Los brazos le hormigueaban por aferrarse a los de ella, pero los obligó a quedarse en la posición que tenían: colgando, inertes y con las manos abiertas.

Si la tocaba, su disfraz caería. Ya se había arriesgado demasiado dejándose llevar el día anterior. Había mostrado mucho de él, y eso no podía ser, porque lo mejor para sobrevivir en ese mundo era ponerse la máscara, no permitir que nadie atravesara su coraza, y Sonrisas era una tentación demasiado grande. Debía cortar por lo sano.

—¡Suéltame! —le gritó—. No quiero que me toques. —Con brusquedad, separó las manos de su torso y la empujó, alejándola de él—. No sé qué te has creído, Sonrisas. Tan solo eres mi ayudante, solo eso. No juegues conmigo, no me gusta.

Sandy lloraba y lo miraba con el corazón roto por la pena. Sabía que sus palabras solo eran una forma de intentar alejarla, quería poner distancia porque en el fondo solo era un niño muerto de miedo, uno que nunca había sentido el calor de otro ser humano.

—No pienso alejarme, Lee, no lo voy a hacer. —Se secó las lágrimas con rabia.

—¡Vete! —gritó él con potencia.

—Está bien, me voy. Pero no pienses que soy como los demás, no creas que me rindo. Tan solo te concedo espacio y tiempo. Tienes dos días para reflexionar, recuerda que me los habías dado. El martes a primera hora estaré aquí. Descansa. Pero volveré, eso tenlo claro.

—¿Cómo? —Su cerebro estaba embotado, pero no lo suficiente como para omitir dos datos. Uno: ¿dos días? Dos: ¿cuándo le había dado él dos días libres?—. Oh, no, no, no, de eso nada.

—Lo siento mucho, pero, santa Rita Rita, lo que se da no se quita —canturreó ella, y eso le sacó de sus casillas.

—¡Ni se te ocurra faltar dos días! —gritó, enfurecido.

Sandy no hizo caso a su fanfarronería y, sin ni siquiera mirarlo a la cara, abrió la puerta.

—¡Como no estés aquí mañana, ni se te ocurra volver!

—Hasta el martes —se despidió ella.

—¡No puedes dejarme solo! ¡Necesito…, necesito…!

El portazo fue monumental y Lee clavó sus ojos sobre la puerta por la que ella acababa de salir. Resopló molesto, enfadado con la situación.

—Pero… Pero ¿qué se ha creído? —Sacudió la cabeza—. ¡Tú-tú no eres…! —gritó, y calló de golpe. Era absurdo, Sonrisas ya no lo oía, se acababa de ir—. Es lo mejor. —Asintió un par de veces—. Que se vaya y no vuelva. Dos días, dice que le di dos días. ¡Ja! No lo recu… —Calló de golpe, porque la imagen de su promesa en el taxi se coló de pronto en su cabeza—. ¡Joder, idiota, idiota! —se amonestó.

Y con paso lento, como si le pesaran una tonelada los pies, caminó por el salón. Su cabeza estaba tan llena que pensó que le explotaría.

De repente, detuvo sus pasos y lanzó una profunda carcajada.

—Pero ¡serás idiota! —dijo en voz alta—. ¿Cómo has podido pensar que pasó algo? —Sonrió de forma irónica y cerró los ojos. Se sentía estúpido—. Un beso —susurró en voz alta. Lo hubo y ella se lo había confirmado, pero… ¿a quién había besado? A Sonrisas, no. Entonces, ¿a quién? De repente, la imagen de CJ le llegó con nitidez y comenzó a reírse a carcajadas, tan intensas y fuertes que terminó

tirado en el suelo.

26

Y, de repente, miras hacia atrás y te das cuenta de que ya no eres el mismo, de que todo es diferente, de que todo ha cambiado.

Anónimo

—¡Mariiiisaaa! —Al cuarto intento, ella había cogido el teléfono.

—Shhh, shhh, no grites —lo regañó nada más descolgar.

La había despertado la luz del móvil. Por supuesto, lo tenía en silencio. Eran las tantas de la mañana, ¿quién iba a llamar a esas horas?

—Llegoo a tuuu casaa.

—Mateo, tenías que ser tú —lo regañó. Aunque en un primer momento se había preocupado, al escuchar su voz, que mostraba lo borracho que estaba, dejó de hacerlo.

—Abreee. Mariiisaaa, ábreeemeee la pueeertaaa.

—¿Quién eres, Mateo Picapiedra? —preguntó entre risas, haciendo alusión a la típica frase que el personaje de dibujos le gritaba a su mujer Vilma cada vez que llegaba a casa.

—Nooo te entieeendooo.

Marisa se encogió de hombros.

—A veces olvido lo joven que eres —susurró en voz baja, más para ella que para él.

Mateo esperaba paciente detrás de la verja, el taxi lo había dejado en la entrada del chalet unifamiliar de Marisa. El barrio estaba cerca del Parque Europa, y desde el punto en el que se encontraba, se podía ver el monumento que representaba a la torre Eiffel, que se veía maravilloso iluminado, y más a los ojos de un Mateo borracho como hacía años que no lo estaba.

Marisa abrió la puerta de su casa procurando no hacer ruido, bajó el tramo de escaleras que daban a un pequeño patio, caminó hasta la verja de entrada y lo primero que se encontró fue la espalda de Mateo, que se balanceaba con las manos en los bolsillos.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—Laaa torreee. Es taaan bonitaaa —le dijo tras soltar un profundo

suspiro. Se giró con tanta rapidez que Marisa tuvo que ayudarlo para que no cayera al suelo. Entonces sus ojos se miraron y Mateo sonrió soñador—. Tan bonita como tú —soltó de golpe y sin atisbo de embriaguez en su voz. Parecía que, de repente, nada más mirarla, se le había pasado la borrachera.

Marisa lo contempló con escepticismo, chasqueó la lengua y tiró de él hacia el interior del patio.

—Cuando bebes, te vuelves un poeta. Anda, entra en casa, que vas a despertar a los vecinos y soy nueva en este barrio.

Lo ayudó a caminar hasta las escaleras que daban acceso a la casa. Las subieron a trompicones, y eso que era un tramo corto. Él iba delante y Marisa, con las palmas de las manos apoyadas en la espalda de él, lo empujaba y sujetaba para que no se venciera hacia atrás y terminase cayendo.

—Shhh, shhh. —Le puso un dedo en la boca pidiendo silencio, y él la imitó.

Atravesaron el salón, Mateo se tropezó un par de veces y ella lo tomó de la cintura para guiarlo. Cuando llegaron al gran ventanal que daba al patio trasero, Marisa lo abrió y lo ayudó a superar el pequeño escalón sin que se partiera la crisma.

Marisa había comprado esa casa en particular porque tenía uno de los patios más grandes del residencial, le gustaba el espacio que el antiguo dueño había llenado de árboles frutales, flores y un césped bien cuidado, que ella se encargaba de mantener. Además de ese maravilloso jardín, podía disfrutar de una habitación más. Era una especie de caseta, bien acondicionada, que usaban como cuarto para las visitas. En esa ocasión, Marisa pensaba usarla para que Mateo durmiera la mona. Era mejor alejarlo de la casa lo máximo posible, pues las chicas dormían en la planta de arriba y no quería que lo vieran así; seguramente, a él también le importaría. En ese momento no, porque estaba ebrio, pero estaba convencida de que al día siguiente vería las cosas de otra manera.

—¿A dónde me llevaaas? —interrogó Mateo. Conocía la casa de Marisa, había estado más veces, pero esa especie de caseta de jardín en la que lo había obligado a entrar tras empujarlo sin ninguna delicadeza le era desconocida—. ¿Qué es estooo?

—Aquí es donde traigo a los hombres que secuestro.

Mateo clavó sus ojos vidriosos en ella y comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Me vas a secuestrar?

—Por supuesto, y pediré un rescate.

—Pues no vaaas a gaaanar ni un céééntimo.

—Ya veremos.

Mientras hablaban, Marisa encendió el pequeño calefactor para

caldear la estancia y lo ayudó a quitarse el abrigo. Con un pequeño empujón, lo obligó a sentarse en la cama que presidía la habitación.

—Nadie va a pagar por mí. —Él se dejaba hacer como si fuera un muñeco a tamaño natural.

—No estoy de acuerdo, estoy segura de que muchos pagarán por tu rescate. —Marisa se había colocado a sus pies. Acababa de desabrocharle las zapatillas y procedía a quitárselas.

Con mucho esfuerzo, pues él no colaboraba, le quitó el jersey y soltó el cinturón de sus vaqueros y los botones de la bragueta.

Lo empujó, y el cuerpo de él cayó sobre el colchón como si fuera un peso muerto.

—¿Saabes qué? —Como no esperaba respuesta, continuó hablando —: Errres la tía más cojo-cojo-nuda del mundo. —De repente, se elevó, sujetándose con los codos sobre la cama para así poder mirarla—. Teee adorooo, te amooo. —Cayó de nuevo sobre el colchón.

—Sí, sí, yo también te adoro. Anda, por favor, ayúdame —suplicó ella, agotada de luchar para desnudarlo y meterlo en la cama—. Levanta el culete.

Mateo ni siquiera parecía estar allí acostado, era como si ese no fuera su cuerpo. Pero obedeció, y así pudo quitarle los vaqueros.

—Culeteeee —repitió.

Y, como si fuera la palabra más divertida del mundo, Mateo comenzó a reírse a carcajadas.

—Shhh, shhh —lo amonestó.

—Shhh —repitió él.

Marisa sacó una gruesa manta del armario, pues se sentía incapaz de obligarlo a meterse entre las sábanas, y lo arropó con ella.

Si no fuera porque él tenía los ojos abiertos, habría pensado que se había quedado dormido. Pero su mirada ausente la preocupó.

—¿Mateo? —lo llamó mientras agitaba uno de sus hombros—. ¿Dónde estás?

—Lejos, muy lejos —susurró con voz entrecortada. De repente, de sentó en la cama, tomó una de las manos de Marisa y tiró de ella hasta que la tuvo sobre el colchón, a su lado—. No te vayas —suplicó—. Quédate conmigo. Me siento muuuy solo, muy solo, muy so…

—Shhh —lo acalló poniendo un dedo sobre su boca—. No pienso ir a ningún lado.

Lo ayudó a tumbarse de nuevo, los arropó a ambos y se colocó de lado, como lo estaba él. Así podían mirarse a los ojos, y esa noche Mateo le decía muchas cosas con la mirada.

Mateo clavó sus pupilas en las de ella, luego las deslizó por su cara, por su cabello desordenado, y se detuvo en sus labios.

—Eres muy bonita —susurró, y entonces buscó su boca con la de él, pero Marisa apartó la cara.

—No —solicitó con voz seca. Se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y él hizo lo mismo.

—Perdona, perdona, no quería molestarte. —Mateo golpeó el colchón con un puño.

—No me has molestado. —Marisa buscó su mirada y la encontró, pues él no podía dejar de observarla a pesar de sentirse avergonzado.

—¿No te gustaría…? —Mateo dejó la pregunta sin terminar porque ella no contestaba, se limitaba a mirarlo—. Entiendo. —Asintió—. Verás, siempre he sido un hijo de puta con las mujeres. —Se acomodó, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Su voz de borracho había desaparecido como por arte de magia. El alcohol parecía haberse evaporado—. Me acostaba con todas las que podía, follaba como un loco. Era egoísta, solo buscaba mi propio placer.

»Las chicas me importaban una mierda. Las usaba como objetos para disfrutar, para alcanzar orgasmos. —Soltó un profundo suspiro y continuó—: Nada me preocupaba, solo yo, yo, yo. Pero eso…, eso pasó y mi vida cambió de golpe. Entonces…, joder, entonces dejé de desear, de necesitar el sexo. —Abrió los ojos de golpe y la miró—. Ya no me excito con nada. ¡Con nada! —recalcó, lanzando un seco y fuerte grito—. No tengo erecciones ni deseo tenerlas.

Marisa se limitaba a escucharlo. Eso era bueno, por fin estaba empezando a hablar, a soltar el lastre que lo obligaba a permanecer en el fondo de ese mar profundo de desesperación en el que, desde la muerte de sus padres, se había sumergido.

—Pensé en buscar ayuda —continuó Mateo—, un sexólogo, un psicólogo, pero tengo prioridades. Ahora no soy yo, yo y yo. Están mis hermanas, he pasado a ser un segundo plano en mi vida. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—No me importa, me da igual. No me importo, me doy igual.

Marisa pudo ver que sus ojos se anegaban, que las lágrimas pugnaban por salir, pero parecía tener en ellos grandes presas que impedían que saliera el torrente, que no lo dejaban desahogar su pena, y hasta que no lo hiciera se estaría castigando, sufriendo.

Marisa acarició con ternura una de sus mejillas, le sonrió y, con dulzura, con todo el cariño que le tenía, se acercó a él y lo besó. Fue un rápido beso que supuso tan solo la unión de sus labios.

—Ya no estás solo —le susurró—, ahora me tienes a mí, y juntos vamos a superarlo todo. Todo. Algún día, sacarás eso que tienes aquí dentro y que no te deja respirar ni avanzar. —Le señaló el pecho, y él lo expandió en una profunda inspiración—. Todo saldrá, y entonces no solo vivirás para ellas: lo harás para ti. Pero ahora date tiempo. El tiempo no cura, pero enseña a vivir con la pena.

Dio ejemplo y se tumbó en la cama. Él lo hizo a su lado. De

repente, se sentía tan cansado que sus ojos apenas podían mantenerse abiertos.

Marisa los cubrió a ambos con la manta. Él le dio la espalda y Marisa se acurrucó contra él pasando un brazo por encima de su pecho. Mateo atrapó su mano y, con ellas unidas, las colocó sobre su corazón, que latía despacio, pausado.

—Sí, me encantaría que me besaras y me encantaría besarte porque me gustas, me gustas mucho. Pero quiero saber si a ti te sucede lo mismo o si, simplemente, el alcohol ha despertado tus ganas, tu deseo. —Mateo escuchó sus palabras dentro de la neblina del sueño que lo atrapaba—. Ahora duerme, duerme.

Y Mateo obedeció al instante. Cayó en un sueño profundo, pausado, y por primera vez en mucho tiempo, reparador y tranquilo. En paz.

Sempiterno

Mateo se desperezó. Sacó los brazos de debajo de la suave manta y sintió el reconfortante calor que provenía del pequeño calefactor.

Le costó abrir los ojos. Las sienes le palpitaban de forma dolorosa y tenía la boca tan seca que habría dado su vida por un simple vaso de agua.

Maldijo el vino, los mojitos y toda aquella sustancia alcohólica que la pasada noche había ingerido sin medida.

Se incorporó despacio, pues cualquier movimiento le hacía sentir como si su cabeza estuviera a punto de explotar.

Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era ese?

Observó su cuerpo, tan solo llevaba su *slip*. Su ropa, pulcramente doblada, estaba sobre una silla.

—Joder, ¿cuándo y cómo me la quité? —Se rascó la barbilla, cerró los ojos e hizo un gran esfuerzo para intentar recordar—. ¡Mierda, mierda, mierda! —gritó con impotencia cuando, como flases, su cabeza se llenó con las imágenes de la última parte de su noche. Todo era neblina hasta la parte más vergonzosa, el instante en el que había intentado besar a Marisa. Eso lo recordaba, y con total nitidez. Incluso la confesión sobre su impotencia—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Golpeó el colchón, enfadado con su lengua sin filtros. Ahora, ella conocía los detalles más bochornosos de su vida. ¿Cómo iba a volver a mirarla a los ojos?—. ¡Imbécil! —se insultó.

Se vistió con torpeza y premura. Lo primero que iba a hacer era ir en busca de Marisa. Cuanto antes se enfrentara a esa primera vez tras su metedura de pata, antes terminaría con esa tortura.

Después de apagar el calefactor, salió y al instante confirmó lo que pensaba. Era el patio de Marisa; sus árboles frutales y ese césped cuidado le eran familiares.

En el exterior hacía muchísimo frío, así que se aferró a las solapas de su abrigo de paño y, tiritando, caminó los pocos pasos que lo separaban del reconfortante calor del salón de su amiga. Entró por la gran cristalera, que abrió sin dificultad. La casa estaba en silencio, y miró su reloj de muñeca.

—¡Dios! ¡Las dos, son las dos! —gritó, espantado.

—¡Mateeeooo, Mateeeooo! —La pequeña Inés corrió a su encuentro. Se lanzó a sus brazos y a él no le quedó otro remedio que sujetarla—. Ufff. —Se separó del cuerpo de su hermano y tapó su respingona nariz con dos de sus deditos—. ¡Hueles fatal!

Mateo la dejó de forma inmediata en el suelo.

—¿Podrías hablar un poco más bajito? —Se llevó las manos a las sienes y las masajeó.

—¿A qué hueles? —insistió la niña, solo que esa vez entre susurros.

Mateo se ahuecó el abrigo y se olisqueó.

—Yo no noto nada.

—Pues apestas. —Y, sin más, corrió hacia las escaleras por las que, en ese momento, descendía Marisa—. No te *acegques* a él, que apesta —le dijo, y siguió subiendo en busca de las chicas.

Mateo la contempló. Estaba preciosa. Llevaba un vaporoso vestido cuya falda cubría sus piernas y un ancho cinturón demarcaba su cintura. Pero, sin lugar a dudas, lo más bonito de todo eran su sonrisa y el brillo de sus ojos.

—Buenos días, poeta. ¿Has dormido bien?

Mateo se limitó a asentir y rehuyó su mirada. Estaba tan avergonzado que quería huir, salir corriendo. Poeta, lo había llamado poeta, seguro que haciendo referencia a las tonterías que por culpa del alcohol había soltado sin filtro ninguno.

—Ven. —Marisa tomó una de sus manos y lo llevó hasta la espaciosa cocina, que estaba unida al salón, dando así una gran amplitud a la estancia principal de la casa—. Siéntate. —Le señaló una de las altas banquetas que estaban frente a la isla de mármol.

Mateo se quitó el abrigo. Entre la vergüenza que sentía por los recuerdos que regresaban y el calor del hogar, estaba empezando a sudar a mares.

Se acomodó y esperó en silencio. Seguro que Marisa iba a sermonearlo sobre lo inmaduro que había sido al presentarse borracho

en su casa y sobre su intento de besarla. Tragó saliva con dificultad, tan solo con pensar que las niñas podían haberlo visto así le daban ganas de darse de bofetadas. Debía estar furiosa con él y, por supuesto, con toda la razón del mundo. Pero Marisa era diferente al resto de la gente, nunca hacía lo que se esperaba de ella, y en vez de comenzar uno de sus largos sermones —que seguramente lo harían sentirse peor de lo que ya se sentía—, ella se puso un delantal, abrió la nevera y sacó huevos, beicon y mantequilla.

Después, colocó una sartén sobre la placa y, cuando se calentó la mantequilla, puso sobre ella un par de rebanadas de pan de molde, que había sacado antes de uno de los armarios. Después, con gran habilidad, comenzó a elaborar un delicioso bocadillo.

Lo hizo en silencio mientras Mateo seguía con atención cada uno de sus movimientos.

—Lo mejor para la resaca es comer algo grasiento —le dijo tras poner el plato con el bocadillo frente a él.

—No tengo muchas…

—Come —le ordenó sin dejarle terminar la frase.

Mateo asintió y obedeció, aunque primero se bebió dos vasos de agua.

El primer bocado fue costoso de tragar, pero el delicioso sabor lo invitó a darle otro mordisco, y otro y otro hasta que se terminó el bocadillo.

Marisa lo observaba con atención y sonrió al ver cómo, Mateo, tras terminar, sacaba de la bolsa que había dejado sobre la encimera una rebanada de pan y rebañaba con él las gotas de la yema del huevo, que habían dejado el plato manchado. Comía a dos carrillos, sin ni siquiera masticar, parecía muy hambriento.

—¿Te preparo otro?

Esa pregunta hizo que Mateo regresara a la cocina, pues hasta ese momento había estado en su mundo, devorando. Elevó la mirada del plato, que estaba ya reluciente, sin una sola mancha amarillenta, y negó tras tragar lo que le quedaba en la boca.

Marisa no dejó de sonreírle, tomó el plato, lo colocó en el lavavajillas y, de nuevo, se acomodó frente a él.

—¿Te sientes bien? —le preguntó, y cogió una de sus manos, que reposaban sobre el blanco mármol.

—Siento…

—No tienes que sentir nada de nada —lo interrumpió otra vez—. Necesitabas sacarlo y lo hiciste. Somos amigos, ¿verdad? —Mateo asintió—. Pues ya está. —Le palmeó la mano con cariño—. No quiero que te avergüences ni que te sientas incómodo. Nada tiene por qué cambiar entre nosotros, ¿no crees?

—No, nada tiene que cambiar.

«Pero ¿de verdad te gusto? ¿De verdad te gusto mucho?», le hubiera gustado preguntarle. Quería saberlo porque a él, a él le gustaba. Marisa le gustaba tanto que su corazón latía con fuerza cada vez que la veía y su entrepierna, por fin tras un largo letargo, se había agitado nerviosa cuando la había visto descender las escaleras, cuando había tomado su mano y ahora que, de manera distraída, le acariciaba el dorso. Una simple caricia de amigos para ella, pero para él suponía una tortura, pues imaginaba esas manos tocándolo, no como lo haría una amiga, sino más bien como lo haría su amante.

Hasta ese día, no había sido consciente de lo atraído que se sentía por ella. Hasta esa noche en la que se había confesado, no había sido consciente de lo mucho que Marisa le gustaba como mujer.

Estaba tan sorprendido, tan sumamente impresionado, que las palabras murieron en su boca y no fue capaz de confesarle sus sentimientos, más que nada por miedo a perderla.

Marisa se levantó y le soltó la mano, y él estuvo tentado de retenerla, de obligarla a que continuara acariciando el dorso, la palma, pero no hizo nada, tan solo se dedicó a contemplarla.

Ella, sin ser consciente de cómo le hervía la sangre a Mateo, abrió un cajón y sacó un blíster.

—Toma. —Le ofreció una de las pastillas—. Seguro que te duele la cabeza.

Mateo asintió y, tras tomarla de su mano, se la llevó a la boca y la ingirió ayudado de un largo trago de agua.

—Gracias —susurró, pues la certeza que acababa de golpearle, de abrirle los ojos, ante un hecho en el que no había reparado hasta entonces, lo tenía paralizado.

Jamás le había pasado nada igual, nunca una mujer lo había dejado KO. Mateo el mujeriego murió en el accidente de sus padres, eso lo tenía muy claro, pero jamás imaginó que se volvería gelatina ante unos ojos bonitos o ante una sonrisa, nunca pensó que su corazón volvería a latir desbocado.

«Eso es amor». La voz que habló dentro de su mente tenía la entonación, la cadencia de la de su madre. Sus ojos se abrieron mucho por la sorpresa. Lo lógico era que su yo le hablara, pero no, esa voz era inconfundible.

—Mamá —susurró muy bajito y con los ojos llenos de lágrimas que no caerían, aunque no le hubiera importado que así fuera a pesar de que estaba delante de ella.

—¿Mateo? —Marisa, que hasta ese momento había estado hablándole, al ver su mirada brillar y cómo había empalidecido de repente, preocupada, volvió a tomar una de sus manos—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —le contestó tras sacudir la cabeza.

—Me has asustado. De pronto tu cara se ha puesto blanca como la

pared y tus ojos…

—Estoy bien, de verdad. —Ni de broma pensaba contarle que su madre, dentro de su cabeza, lo había ayudado a darse cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba enamorado. Que tras muchos años de conquistas, de follar como loco, por fin en Marisa había encontrado el amor.

No, no, ella lo tomaría por un loco. Y, en realidad, visto desde fuera, era una auténtica demencia.

27

Mi cuerpo se alejó, pero mi corazón no pudo irse.

Secret Garden (K-drama)

—Una más, porfa, porfa, porfa. —Roberto le acercó la cuchara llena de puré a la boca, pero Quique negó.

—No quiero. —Era tan cabezota como su padre.

—Venga, enano, come un poco más. Mira que el tío CJ se va a poner triste, que ha preparado esto para ti con todo su cariño.

El aludido lo dio todo y, como si se tratase del mejor actor, puso una cara de pena que el niño se creyó al instante. Abrió la boca y dejó que su padre le diera esa última cucharada.

—Bieeen —aplaudieron y vitorearon los dos amigos.

—Ahora, puedes ir a jugar un rat… —Quique no esperó a que terminase la frase y salió corriendo hacia la piscina de bolas.

—¿Todo bien? —CJ contemplaba a su amigo.

—¿Por? —Roberto dejó por un instante de vigilar a su hijo para mirarlo.

—No sé, estás raro, pareces triste.

—¿De veras?

CJ asintió, pero la conversación quedó a medias, pues Roberto se levantó de golpe y corrió a socorrer al pequeño Quique, que se acababa de caer y lloraba desconsolado. El móvil de CJ comenzó a sonar.

Miró la pantalla, era Álex.

—Hola —contestó de manera inmediata. Era raro que el jefe lo llamara en su día libre.

—¿Dónde estás? ¿Estás con Montaña? —Ni un hola ni nada, algo estaba pasando.

—No. ¿Por? ¿Pasa algo?

—No, no, es solo que habíamos quedado, pero no ha aparecido y debe tener el móvil apagado porque no me contesta.

—Espera y la llamo yo.

—Espera, espera, ya no hace falta —CJ pudo escuchar el largo

suspiro de alivio que soltó Álex—, ya viene.

—Vaya, me alegro. Seguro que se había quedado sin batería.

—Oye, CJ, por cierto, ¿dónde estás? Se escucha mucho ruido. ¿Esas voces son de niños?

—Sí, estamos en la zona de juegos del Parque Corredor.

—¿En la zona infantil? ¿Qué coño haces ahí? ¿No estarás intentando ligar con alguna mamá? —le dijo, divertido.

—Pues la verdad es que le he echado el ojo a alguna. Pero no estoy aquí por eso. Le hago compañía a mi amigo Roberto.

—¿Roberto el de la biblioteca?

—Sí.

—Estoy un poco perdido. ¿Qué hacéis los dos en la zona infantil?

—¿No lo recuerdas? Estoy seguro de que te lo he contado, Roberto tiene un hijo.

—Ya veo. Ya sabes que soy un desastre. Bueno, te dejo, que acaba de llegar Montaña.

—Dale un beso de mi parte. —Apenas había terminado de despedirse cuando escuchó el sonido que le indicaba que Álex había colgado.

—¿Ha pasado algo? —Roberto había regresado justo cuando la llamada se había terminado.

—Si te soy sincero, estoy un poco preocupado por Montaña.

Todas las alarmas se dispararon. Roberto se puso tenso, expectante.

—¿Por? —Intentó disimular su desazón. De momento, nadie sabía que eran pareja, querían darse tiempo.

—No sé, tío, está rara.

—¿Rara? ¿Rara cómo?

—Mira, no me gusta hablar de los demás, y menos de la gente a la que quiero, pero necesito desahogarme, saber otra opinión, y más de alguien que no está implicado. Verás… Conozco bien a mi prima y sé que su matrimonio está haciendo aguas. Me duele verla sufrir. Además, ninguno de los dos se lo merece.

—Oh…, vaya… ¡Qué pena! ¿No? —Roberto nunca había sido bueno para guardar secretos, para callarse lo que le hervía en las entrañas. Siempre era directo, iba al grano y no se callaba nada, así que tratar de disimular le estaba costando la misma vida. Si lo hacía, era por ella, por Montaña.

CJ lo miró con las cejas arqueadas.

—¡¿Ves?! —Lo señaló con un dedo inquisidor—. Tú también estás muy rarito.

—¿Yo? Anda ya. Mira que eres moñas, ves a todo el mundo raro. Déjate de tontunas y no me cambies de tema, estamos hablando de Montaña. Ve al grano. ¿Qué has notado para pensar que su relación con Álex hace aguas?

Sempiterno

Álex se guardó el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros. Llevaba un buen rato esperando a Montaña apoyado en la puerta del copiloto de su Audi negro.

Miró hacia el cielo. Amenazaba lluvia, estaba tan negro, tan furioso como él.

Necesitaba gritar, golpear, desahogar toda su frustración.

—Roberto —pronunció su nombre en voz alta.

Lo recordaba perfectamente, incluso habían tomado cervezas juntos un par de veces. Le había parecido un tipo simpático, un tanto insulso pero inteligente y sin pelos en la lengua.

—Roberto —escupió con asco.

Lo detestaba, lo odiaba, porque lo reconoció cuando lo vio besando a *su mujer* en un destartalado y viejo coche frente a *su restaurante*. En ese momento, tuvo unas intensas ganas de abrir la puerta del piloto, sacarlo y golpearlo una y otra vez, pero se resistió. Ya llegaría su momento, y sin testigos. Le costó la misma vida quedarse quieto, no dar los pocos pasos que los separaban. Su cuerpo tembló de ira, pero se retuvo.

—La muy puta —dijo entre susurros, pues ella ya estaba cerca.

«Delante de mis narices, besándose con ese cabrón de mierda». La sangre le hervía. Apretó sus manos en puños, que le encantaría impactar sobre la boca de ese hombre que había osado probar los labios de su mujer. Su mujer. Suya. Suya.

—Llevo un buen rato esperando —la amonestó en cuanto estuvo a su lado. Estaba muy enfadado y, por supuesto, no trataba de disimularlo. Aunque su ira no era debida a la tardanza, sino más bien al recuerdo que, tras la llamada a CJ, acababa de asaltarlo sin piedad —. Te he llamado un montón de veces y no me has…

—La batería de mi móvil se ha agotado —lo interrumpió, cansada de reproches—. De todas formas, no pienso pedirte perdón por dos buenos motivos. Uno —enumeró, usando un dedo—: tú me dejaste tirada el sábado, y dos: tenía otros planes para mi día libre y me has obligado a venir aquí.

—¿Obligado?

—Sí, obligado. Te recuerdo que tú y yo ya no somos pareja. No puedes reclamar mi atención en cualquier momento del día ni

llamarme cuando te apetezca, y mucho menos hacerme venir porque tienes ganas de hablar. Asúmelo, ya no estamos juntos.

—Eres cruel.

—No soy cruel, soy sincera.

—Vale, dejémoslo. Sube al coche. —Habían quedado frente al portal donde habían vivido como marido y mujer, pues ella no quiso que la fuera a recoger.

Álex le abrió la puerta para darle paso, pero Montaña no se movió.

—Vamos —la alentó de nuevo.

—Creí que habíamos quedado aquí porque tenías que darme algo muy importante que me había dejado en casa.

—Está en el maletero. Además, esa no es la razón principal por la que te he hecho venir.

—Mira, Álex, me estoy cansando de tus jueguecitos.

—Por favor. —Su rostro cambió, paso de verse furioso a que sus ojos expresaran tristeza, y a Montaña se le ablandó el corazón—. Por favor, tan solo quiero dar una vuelta contigo, necesito que hablemos. Tenemos muchas cosas pendientes.

Montaña cedió, porque le dio pena, y subió al auto.

—¿Cosas como qué?

—Deberíamos pedir cita con un abogado, ¿no crees?

—Está bien. Vamos a la calle Enmedio, allí hay muchos bufetes. Pediremos cita y…

—¿Tanta prisa tienes? —la interrumpió.

—Por favor, Álex, no sigas poniendo las cosas difíciles. Si no es por eso por lo que hemos quedado, para el coche, que me quiero bajar.

—Vale, vale, tranquila. Iremos a pedir cita.

Un silencio gélido llenó el pequeño espacio del vehículo. Álex no dejaba de darle vueltas a la cabeza, de sopesar sus opciones. Tenía que recuperarla. Debía vengarse, terminar con ese tipo que le quería robar a su mujer.

—Dime una cosa, Montaña: ¿te va bien con él?

—Sí.

Álex asintió y tragó la bilis que le quemaba la garganta.

—¿A dónde vas? —le preguntó cuando se percató de que el coche tomaba otro camino distinto al que los llevaría a la calle Enmedio.

—Necesito pasar antes por otro sitio.

—No me gusta, no me gustan tus trucos. ¡Dime a dónde vamos!

—¡Joder, quieres tranquilizarte! No te voy a secuestrar. Tengo que recoger algo…

—¿Algo? ¿Algo como qué?

—Ya lo verás. Es solo un momento, no pienso entretenerte mucho.

Montaña no estaba muy conforme, pero nada podía hacer. Estaba a merced de Álex, y eso la preocupaba y asustaba a partes iguales.

Llegaron al gran *parking* del Parque Corredor. Álex aparcó en una limpia y rápida maniobra.

—Baja —le ordenó, y ella salió del coche—. ¿Ves? No voy a hacerte nada malo. Estamos en un sitio público.

Aún reticente, lo miró extrañada.

—¿Qué pretendes?

—Nada, te lo juro. Solo quiero recoger algo que compré para ti.

—No necesito que me des nada, tan solo quiero pedir la cita e irnos cada uno por su lado.

—Vamos, Montaña, por favor. Por el tiempo que hemos sido felices, por los años que hemos vivido juntos. Me conoces, sabes que soy buena persona. Estoy herido, pero lo superaré, dame tiempo. Pero, joder, no seas así conmigo. —De nuevo, los ojos de él le decían lo triste y solo que se sentía, lo perdido que estaba, y ella se sintió culpable. Así que cedió y, tras asentir, caminó detrás de Álex.

Siguió sus pasos hasta la zona de recreo. Su inquietud aumentaba por momentos y lo hizo más cuando llegaron al parque infantil.

—¿Qué es lo que…? —Calló de golpe. Su aliento se congeló. Roberto estaba allí con CJ.

—Eh, chicos. —Su primo corrió a saludarlos en cuanto los vio.

—Hola —dijo Álex con una brillante sonrisa en los labios.

—¿Cómo es que habéis venido? —CJ miró extrañado a su prima, ella también se mostraba confundida.

—Ya ves, nos apetecía verte. Bueno, a ti y a tu amigo Robertito. —Álex palmeó con excesiva fuerza una de las mejillas del aludido.

Este le retiró la mano con furia y lo miró con tal ira que Montaña se vio obligada a intervenir.

Se situó entre los dos hombres, de repente, tuvo la necesidad de interponer distancia entre ellos. Con los ojos, le suplicó a Álex que se mantuviera sereno. No entendía por qué estaba actuando de esa manera extraña, al fin y al cabo, él no sabía nada de la relación que los unía.

—Pues, ya que estamos todos juntos, ¿qué os parece si nos tomamos algo? —propuso Álex. Agarró de la cintura a Montaña y la acercó a su cuerpo—. ¿Te apetece, cariño?

Con rabia, con asco, ella se zafó de su amarre. No le importó que su primo fuera testigo de ese desplante, estaba tan molesta que nada le importaba.

—¡Papi, papi! —En ese momento llegó Quique y todos los ojos se volvieron hacia él.

Montaña lo contempló con ternura. Era un niño muy guapo, tanto como lo era su padre. En ese instante le habría gustado desaparecer, esfumarse; iba a conocer a la persona a la que más amaba Roberto y lo hacía en unas circunstancias de lo más desagradables.

—Oh, vaya, pero ¿a quién tenemos aquí? —Álex tomó la palabra, se acuclilló frente al niño y acarició su pelo negro—. Dime, campeón, ¿cómo te llamas?

Roberto, protector, tomó a su hijo por los hombros y lo alejó de él.

—Se llama Quique —respondió por su hijo y, tras cogerlo en brazos, se excusó—. Nosotros nos vamos, se hace tarde.

—¿De verdad? Es una pena. —Álex exageró su comedia—. Me ha encantado conocerte, Quique. Dale un besito a tu mami de mi parte.

De repente y ante esas palabras escupidas con mala intención, pues Álex sabía toda la historia de Roberto y su ex, el ambiente se congeló. Quique miró a su padre, confundido. Roberto clavó los ojos en Álex; deseaba golpearlo y, si no fuera porque su hijo estaba presente, lo habría hecho.

Montaña tomó de un brazo a su ex y tiró de él intentando llevárselo, alejarlo del niño antes de que metiera más la pata. Pero no hizo falta, pues Roberto, con su hijo entre los brazos, comenzó a caminar hacia la salida, sin molestarse ni siquiera en despedirse.

—¿Qué coño haces? —El reproche llegó de los labios de CJ, que no entendía nada, que no reconocía a su jefe—. ¡Sabes perfectamente que la madre lo abandonó!

—¿De verdad? ¡No jodas! No lo recordaba. Mierda, vaya metedura de pata —intentó excusarse, y como el buen actor que era, consiguió que CJ se tragara su patraña.

—Me voy con él —le dijo CJ, y corrió hacia su amigo.

—Eres un hijo de puta —espetó Montaña—, a mí no me puedes engañar. —La ira hacía que las lágrimas resbalaran por sus mejillas—. ¡¿Por qué?! —le gritó mientras lo golpeaba en el pecho con todas sus fuerzas—. ¡Es solo un niño! ¡No tienes derecho!

Álex sujetó con fuerza sus muñecas.

—¡Para, joder! —La inmovilizó—. ¡La gente nos mira!

Y así era. Se estaba formando un gran revuelo, estaban en el parque infantil dando un espectáculo no apto para niños.

Montaña cedió al mirar alrededor y ver que todos los miraban.

Comenzó a caminar hacia la salida, dejando libres sus lágrimas, su furia.

—¡Montaña! ¡Montaña, espera! —La interceptó en el pasillo que daba a la salida.

Ella se paró en seco y se giró para clavar sus pupilas en las de él.

—No quiero volver a verte. A partir de ahora, tan solo me comunicaré contigo por medio de un abogado.

Álex resopló y sonrió irónico.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Estás segura?

—Sí. No puedo, no quiero volver a ver tu cara.

—Pues nada, si es lo que quieres… Se terminó la separación por las

buenas, se terminó ir juntitos al abogado. Voy a ir a por ti y a por ese hijo de puta. Voy a terminar con los dos. —La señaló con un dedo y, por primera vez desde que lo conocía, vio al verdadero Álex, y eso la aterró—. Tú lo has querido. Por zorra. Os vi, os vi besándoos en la puerta de mi restaurante.

El corazón de Montaña comenzó a latir desbocado.

—¿Me estás amenazando?

—No, querida, te estoy previniendo para que estéis preparados. Has jugado con fuego y ahora te vas a quemar. Ah, por cierto, estás despedida.

28

En ocasiones, ser un hermano es incluso mejor que ser un superhéroe.
Marc Brown

Necesitaba serenarse, recuperarse y hablar, hablar mucho con alguien sabio que la comprendiera, que le diera las pistas adecuadas para saber cómo debía actuar a partir de ese momento, pues lo que había sucedido en el ático de Lee marcaría un antes y un después en su relación con el actor.

Esos dos días libres, que le había dado el actor gracias a la borrachera, no solo le habían servido a él para reflexionar, sino que a ella también le habían venido estupendos para serenarse y, por supuesto, para meter muchas de sus cosas en cajas. La mudanza estaba cercana.

Ahora tenía muy claro con quién debía hablar, con quién tenía que abrir su corazón, y por eso condujo hasta Atocha, aparcó en uno de los *parkings* subterráneos y subió al apartamento que su hermano tenía alquilado cerca al estudio de Donerfiel.

Sí, Jaime era el adecuado. A pesar de sus constantes peleas, a pesar de que era el pequeño, su niño pequeño, para Sandy era el pilar de su vida, su mejor amigo. Como no tenía pelos en la lengua, estaba segura de que le diría la verdad, no maquillaría nada, y aun a sabiendas de que le haría daño, no se andaría por las ramas, sería cien por cien sincero.

Tocó el timbre y, como tardaba en abrir, temió que quizá no estuviera en casa. Sacó el móvil de su bolso con la intención de llamarlo, pero, de repente, la puerta se abrió y un soñoliento Jaime asomó la cara.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—Hola a ti también.

—¿Qué quieres?

—Pasar.

—No puedes, no estoy solo.

—¿Carlos?

—Pues claro. —Lo dijo molesto, no le gustaba que dudase de su fidelidad.

—Vale, vale, haya paz.

—¿Qué quieres? —le preguntó de nuevo.

—Pasar. —Y, sin ningún tipo de delicadeza, intentó empujarlo.

—¿Qué parte de «no estoy solo» no entiendes?

—¡Oh, vamos, es Carlos, mi cuñado, hay confianza! No te molestaré mucho, tengo que ir a trabajar. Solo un poquito, un poquitito de nada, necesito hablar con alguien —le rogó.

—Pues llama a alguno de los chicos, yo estoy ocupado.

—No seas así. —A Sandy le llegó con claridad la voz de Carlos—. Déjala entrar.

Jaime resopló molesto. Los había interrumpido y estaba deseando regresar a la cama para seguir con lo que acababan de empezar.

—Pasa, pero te lo advierto: tienes como mucho un cuarto de hora. —Tras sus palabras, la señaló con un dedo y abrió del todo para que pudiese entrar al salón.

—Buenos días, cuñado. —Lo primero que hizo fue darle un beso a Carlos—. Gracias por tu apoyo. Si no es por ti, este mal hermano me habría dejado en la calle.

—Al grano —protestó Jaime mientras se acomodaba en una de las butacas que presidían su pequeña sala—. El tiempo pasa, deja a mi chico y empieza a largar antes de que te largue yo.

—¡Mira que eres! —Carlos se acercó a su novio y depositó un dulce beso en sus labios—. Os dejo solos.

—No te vayas muy lejos. —Jaime alargó una mano y, tras tirar de la de él, lo besó de nuevo recreándose más de lo que está aconsejado cuando hay visita cerca y consiguiendo que Sandy protestara de manera enérgica.

—¡¿No puedes esperar un poco?! ¡Paaaraaad! —los regañó.

Carlos se alejó a la carrera entre carcajadas y salió del apartamento.

—Me encanta veros tan felices. —Sandy lo miraba con los ojos llorosos.

—No te pongas moñas, te recuerdo que el tiempo pasa. Y, si de verdad quieres verme feliz, lo mejor que puedes hacer por mí es largarte y dejarnos solos, que estaba metido en faena cuando me has interrumpido…

—No quiero oír más. —Se tapó los oídos y lo interrumpió antes de que empezara a narrarle algo que dañase su sensibilidad.

—Dale —la alentó con un movimiento enérgico de una mano.

—Pero cambia la cara.

—¿Que cambie la cara?

—Sí, no me mires como si quisieras matarme.

—Es que quiero matarte.

—Pues disimula.

—¿No dices que lo que más te gusta de mí es mi sinceridad?

—Sí, pero finge porque necesito contarte algo… que… —Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Te gusta Lee —le soltó de golpe—. Siento ser tan directo, pero a este paso no te largas en horas. Cada día eres más cría.

—Y tú, más estúpido.

—Lo soy, pero tengo razón, ¿a que sí?

—Sí, la tienes.

—¿Ves? La tengo, como siempre.

—¿Vamos a hablar de ti o de mí?

—Dale. —Y, utilizando el mismo gesto que había usado la primera vez, movió una mano.

—No sé por dónde empezar.

—Me gusta Lee. Sigue a partir de ahí.

—Me encanta Lee.

—Y tú le gustas a él —añadió.

—¿Yo? Me odia.

—No, hermana: le gustas, lo vi con mis propios ojos y casi muero del infarto. Solo de imaginarlo como cuñado… —movió los hombros como si se estremeciera— me dan escalofríos.

—¿De verdad crees que le gusto? —interrogó, ilusionada.

—Ya te digo yo que sí. Pero él no me gusta a mí, así que aléjate de él.

—¿Lo dices en serio?

—¡Pues claro que lo digo en serio! Ese tío solo te traerá problemas. Te hará daño, Sandy.

—No, no lo creo, es buena gent…

—No lo dudo —la cortó—. Ahora que lo he conocido un poco más desinhibido por el alcohol, he visto a otro Lee, el de verdad, no el niño mimado, caprichoso y tremendamente tirano. Pero está inmerso en un mundo muy corrupto, su madre tiene mucho poder y no creo que sea feliz si se entera de que su gallina de los huevos de oro está con una simple chica, una mujer de lo más normalita, sin aspiraciones…

—¡Para! —lo interrumpió—. Me estás dejando a la altura del betún. He venido para que me ayudes a aclarar un poco mi cabeza, no a que me dejes por los suelos y más deprimida de lo que ya estoy.

Jaime se levantó de la butaca que había ocupado hasta entonces y se sentó en el sofá al lado de su hermana. Tras varios intentos, pues ella no hacía otra cosa que rehuirlo, la tomó de los hombros y la atrajo hasta que ella se rindió y por fin hizo lo que más deseaba en ese momento: apoyó la cabeza sobre el duro pecho de su hermano y se dejó llevar por el calor, la fuerza y el confort que le brindaban sus

brazos.

—Para mí eres la mejor hermana del mundo, la mejor.

—Nos ha jodido, soy la única que tienes. —Se separó de su cuerpo para mirarlo a los ojos.

—¡Calla! —la regañó enérgicamente, y, de nuevo, la obligó a acomodarse sobre su pecho—. Eres una mujer maravillosa, con miles de virtudes. Eres cariñosa, muy muy buena amiga, pero eres sensible y eso es lo que me da miedo. Mucho miedo, porque el mundo de Lee es cruel, se mueve por el dinero, la fama.

—Él no es así.

—No te lo discuto, ya te he dicho que la otra noche me hizo ver a un Paul que no conocía. Me gustó mucho cómo te trataba, cómo cuidaba de ti en todo momento.

—¿Me cuidaba? —Arrugó la nariz. No recordaba eso, ¿tan borracha había estado?

—Sí, lo hacía. Se preocupaba de llenar tu plato de comida, tu vaso y, cuando tú no lo mirabas, él lo hacía con una sonrisa tan bobalicona en la boca como la que yo debo poner al mirar a Carlos.

Sandy suspiró.

—Estoy hecha un lío, hermano. Anoche dormí…

—¿Dormiste con Paul? ¿Te follaste a Paul Lee? —La apartó sin ninguna delicadeza.

—¡No, no! ¡Solo dormí en su sofá!

—Uff, menos mal.

—¿Qué habría tenido de malo? No soy virgen, lo sabes, ¿no?

—¡Para, para, no quiero escuchar! —Se tapó los oídos como hizo ella cuando pretendía contarle sus escarceos con Carlos.

—¿Qué? Molesta, ¿verdad? Ahora estás probando de tu propia medicina.

—Paz. —Elevó las manos—. Prometo no volver a contarte cosas cochinas.

—Espero que cumplas, si no, te narraré con pelos y señales cómo perdí la virginidad. Y, tras descubrir tu punto débil, ¿puedo seguir con lo que de verdad es importante?

—Dale.

—Cuando me he despertado esta mañana, él pensaba que nos habíamos acostado. En un principio se ha sentido avergonzado. El verdadero Lee ha mostrado su cara, y te aseguro que es maravillosa, él es maravilloso; pero después ha vuelto el actor, el maldito intérprete que usa su máscara para alejar a los demás, y me ha dolido porque entre nosotros se había establecido una relación muy bonita y él la ha ensuciado.

—Tiene miedo —sentenció—, está cagado de miedo.

—Lo sé y… ¿qué hago? ¿Qué puedo hacer?

—Huye. Corre, aléjate.

Sandy lo miró sorprendida por sus palabras.

—¿Cómo?

—Aléjate, Sandy, te va a hacer mucho daño y no quiero que eso pase. —La tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo—. No podría soportar verte destrozada otra vez.

—¡No puedo dejarlo, me necesita!

Su grito terminó de partir el corazón de Jaime; se sentía impotente, pues, por más que la previniera, que la rogara, ella no se alejaría nunca.

Jaime elevó la mirada al techo y lanzó un profundo suspiro de frustración.

—Estaré aquí. —Sus ojos se clavaron en los de su hermana—. Estaré aquí para ti, para unir de nuevo tus piezas. ¿Lo sabes?

—Lo sé, y de verdad que lo siento. Sé que otra vez voy a chocarme contra una pared de hormigón que me va a destrozar, pero no puedo parar. Él me necesita, está perdido. No come, no duerme, tan solo trabaja y trabaja. Está extenuado, agotado. Grita en una sala llena de gente, pero nadie lo escucha, nadie repara en el hombre. Tengo miedo, porque toda esa gente va a terminar con él. ¿Sabes lo que me ha dicho?

Jaime negó con la cabeza y ella prosiguió:

—Me ha dicho que siempre había estado solo y que iba a morir solo.

Un denso silencio se hizo en la estancia, uno que duró varios segundos.

—Temo que eso sea un vaticinio. —Sandy fue quien tomó de nuevo la palabra tras recuperarse de su propio discurso. Repetir con su propia voz las palabras que Lee le había dicho lo hacía todo más real, más aterrador.

—¿Crees que Lee sería capaz de suicidarse?

—No, él no haría algo así. Pero, con la vida que lleva, si sigue así, su cuerpo se consumirá. Debo cuidar de él, tengo que hacerlo.

—Sandy, cariño, no es bueno que estés con él solo por pen…

Sandy puso un dedo sobre la boca de su hermano, acallando sus palabras.

—Me gusta, me gusta mucho. No es pena lo que me une a él, de eso estoy segura.

—Sandy, debes pensar en ti. Pensar solo en ti no es egoísmo, no lo es: es supervivencia. Me da miedo, porque no creo que soportes…

El discurso de Jaime se cortó de golpe. Sandy se levantó del sofá y comenzó a caminar por la sala.

—Soy un desastre, mi vida es un desastre. —Se abrazó, buscando refugio.

Jaime se colocó frente a ella y acarició con ternura su espesa mata de pelo.

—Lo eres, lo es.

Sandy elevó los ojos para mirarlo.

—¿Sabes?, eres único para elevar la moral —le dijo, molesta.

—Solo te digo la verdad, y eso es lo que buscas.

Un sollozo salió de la boca de Sandy.

—Sí, eso es lo que busco. Es duro asumir que no hago otra cosa que cagarla, una y otra, y otra y otr…

—¡Para! —la amonestó—. ¿Acaso tienes el poder de elegir de quién te enamoras?

Sandy negó con la cabeza.

—Pero… primero…, primero el innombrable —soltó tras un sollozo—, luego me fijé en Carlos por su físico y ahora, ahora el actor más famoso, más pedante, estúpido… Tras el innombrable, me juré que no volvería a fijarme en ningún hombre, y mira por dónde en poco tiempo he faltado a mi juramento y ¿en quién me fijo? Eh, dime, ¿en quién me he fijado hasta ahora?

—En un gay y en un tío insoportable.

—¿Ves?, ¿lo ves? Soy un desastre.

Jaime la envolvió entre sus brazos para ayudarla a que terminara de echar su pena fuera, desahogarse y romper el nudo que apretaba su garganta, su corazón. No serviría de mucho, pero al menos podría quitarse un poco de ese peso con el que cargaba.

—No seas tan dura, tan solo eres un desastre en el amor. —Sandy, que hasta entonces se apoyaba en su pecho, se revolvió inquieta, pero él no la dejó, la sujetó con fuerza—. Tú no tienes la culpa, no la tienes.

—¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?

—Ya te he dicho lo que pienso, Sandy. No vuelvas a verlo, déjalo, deja el trabajo. Pero —la separó de su abrazo para poder mirarla a los ojos— si no lo haces, si decides seguir adelante, lucha, lucha con todas tus fuerzas. Si crees que él merece la pena, no permitas que los demás interfieran en vuestra relación. Hazle ver, haz que abra los ojos.

Sandy lloraba, sus lágrimas apenas le permitían ver la cara de su hermano.

—Eres sabio, muy sabio. —Con ternura, acarició una de las mejillas de Jaime, en cuya boca se empezó a dibujar una gran y brillante sonrisa.

—¿Cómo has dicho? Vaya, al fin lo reconoces. Te recordaré tus palabras cuando te metas conmigo. Y lo haré también cuando me saques del grupo… —Para callarlo, Sandy le tapó la boca con una mano, pero con un simple movimiento Jaime se zafó de ella—. Y, cuando me insultes, también te lo recordaré. ¡Soy sabio! ¡El tío más sabio que conoces! ¡El mejor! —Mientras gritaba, huía de las manos

de su hermana, que intentaban callarlo—. Tú lo has dicho, que conste…

Sandy consiguió empujarlo sobre el sofá y, para que dejara de hablar, utilizó la única táctica que le serviría: hacerle cosquillas. Pero Jaime era mucho más fuerte y terminaron en el suelo riendo a carcajadas.

29

Tus enemigos no son aquellos que sostienen su espada contra ti, son aquellos que están a tu lado con una daga escondida detrás de su espalda.
The Heirs (K-drama)

Álex aparcó su coche en la explanada que, frente a su restaurante, había alquilado para los clientes y trabajadores.

Caminó con las manos metidas dentro de los bolsillos de su abrigo. Las temperaturas habían descendido. Ese invierno estaba siendo uno de los más fríos que recordaba y, según había escuchado en la radio, esa noche iba a llover con intensidad. Tan solo esperaba que el pronóstico del tiempo se equivocara, lo hacía muchas veces.

También tenía que hacer frente a la decisión que había tomado en caliente y de la que se arrepintió nada más pronunciar las palabras. Ya no tendría a una de sus mejores camareras porque, en un arrebato, la había despedido.

—Imbécil —se insultó. Nunca le había gustado mezclar lo personal con su negocio.

Miró hacia el cielo, que comenzaba a llenarse de nubes negras que vaticinaban esa lluvia que tanto temía, pues haría que el negocio bajara. A los clientes les daba pereza salir a comer fuera cuando el tiempo estaba revuelto.

Sonrió con ironía. Se arrepentía mucho de haberle permitido a CJ que trajera a su prima, de haber caído en su trampa y contratarla; pero, sin duda alguna, lo que más le apesadumbraba era haberla dejado entrar en su corazón, porque ahora no era capaz de sacarla de allí. Se sentía muy vacío sin ella, le dolía tanto.

Continuó su camino intentando recobrar el mando; tenía que centrarse en el negocio, ese que con tanto esfuerzo había levantado de la nada. Lo primero que iba a hacer era hablar con el abogado; necesitaba formalizar el despido de Montaña y, de paso, le comentaría el problema que seguramente iba a tener breve: su divorcio. Pensaba poner trabas, todas las que pudiera; se lo iba a poner difícil y costoso. Quería verla sufrir, implorar, y a ese hijo de puta que le había robado,

a él también lo quería hundido en el fango.

De repente, alguien detuvo sus pasos. Una mano le apretó un hombro y tiró de él hasta obligarlo a girarse.

—¡Hijo de puta! —Las palabras llegaron precedidas de un puñetazo que lo hizo caer al suelo.

Roberto lo miraba tan furioso que su instinto lo hizo huir, pero no llegó muy lejos, pues lo tomó por un brazo y lo puso en pie.

—¡Nunca vuelvas a hablar, ni siquiera a mirar a mi hijo! —Lo agarró de las solapas y lo agitó con fuerza.

Sus ojos inyectados en sangre no vaticinaban nada bueno. Álex intentó zafarse de esas garras que apresaban su abrigo de paño.

—¡Juro que te mataré! —gritó Roberto con rabia.

—¡PARA, JODER, PARA! —CJ acababa de aparcar su coche, se había bajado con rapidez e intentaba separar a su amigo de su jefe—. ¡SUÉLTALO!

Roberto reaccionó a los gritos de CJ, soltó a su presa y, con la respiración agitada por la furia que golpeaba su cuerpo, clavó sus pupilas en él.

—¿Qué haces? —lo interrogó, molesto, el cocinero—. No puedes ir por ahí pegando a la gente. —Sacó del bolsillo de su abrigo un pañuelo, que tendió a su jefe. La sangre manaba de su labio y Álex agradeció el gesto—. ¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí, sí. No entiendo a qué viene est… —Álex no pudo terminar la frase, pues de nuevo se encontró con el puño de Roberto golpeando uno de sus ojos.

—¡¿No lo entiendes?! —le gritó Roberto—. ¡¿NO LO ENTIENDES?! ¡Claro que lo entiendes! ¡No tengo ni puta idea de cómo lo has descubierto! ¡Pero lo sabes! ¡Y para vengarte le hiciste daño a mi hijo!

Intentó golpearlo otra vez, pero CJ se interpuso, lo agarró de la cazadora y, entre traspiés y protestas, lo alejó de Álex.

—¡¿Qué coño haces, tío?! —Lo retuvo con fuerza.

—Ayer no pude… —Se le quebró la voz—. No pude, porque estaba Quique…

—Claro, ayer no pudiste, pero hoy te has levantado y has conducido hasta aquí con la intención de golpear a Álex. Con la sangre fría, con el propósito de amenazarlo. ¿No ves lo loco que eso suena? No te entiendo. De verdad que lo intento, pero no entiendo nada.

—¡Ese hijo de puta! —Señaló al aludido, que no se había movido del sitio—. Ese hijo de puta le dijo eso a mi hijo para hacerme daño.

—¡No digas tonterías! ¿Por qué querría hacerte daño? Simplemente no recordó que la madre de Quique lo había abandonado. Álex es buena persona, nunca le haría daño a un niño.

—¡Qué engañado te tiene! —Negó una y otra vez con la cabeza. Clavó sus ojos en Álex y pudo ver la sonrisa cínica que lucía su labio

partido y que CJ, al estar de espaldas a él, no podía contemplar—. ¡Maldita sea! ¡Suéltame, joder!

—¡¡PARA!! ¡¡PIENSA UN POCO!! Álex no tiene ningún motivo para querer hacerte daño. ¿Por qué haría algo así?

—Porque… Porque… —Calló. En ese instante se dio cuenta de que, si le confesaba los motivos, tendría que contarle que Montaña y él estaban juntos.

—¡Eso, cabrón, dile a CJ por qué me acusas!

—¡¿Qué sucede aquí?! —CJ miró alternativamente a uno y a otro.

—No tienes los huevos suficientes para contarlo, ¿verdad? —afirmó Álex—. Pero yo lo haré. Tu querido amigo —lo señaló con uno de sus índices— y tu amada prima están liados.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Lo que has oído. Me ha puesto los cuernos, y este idiota —señaló a Roberto— se cree tan importante y piensa que soy tan retorcido que utilicé a su hijo para hacerle daño. ¡Dios, esto es todo tan ridículo! —Un rugido salió de su boca.

—Esto es una broma, ¿verdad? —interrogó CJ.

—No te ha puesto los cuernos, pues, cuando sucedió, ya no estabas con ella. —Roberto tomó la palabra, cansado de oír estupideces.

—Un momento, un momento. —CJ se restregó la cara con una mano—. ¿Estás con mi prima? —le preguntó a Roberto, y este asintió.

—No queríamos que te enterases así…

—No quería que te enterases así, pero se besaron delante del restaurante —intervino Álex.

—Ahora lo entiendo todo. —Roberto por fin veía las cosas claras —. Nos viste y por eso montaste todo el numerito, ¿verdad? —CJ tuvo que interponer su cuerpo, pues su amigo volvió a intentar golpear a Álex.

—¡Yo no monté ningún numerito! No soy un crío, tan solo fue un error. —Sus ojos miraban a CJ—. Te juro que no recordaba lo de la madre de Quique, te lo juro. Nunca le haría daño a un niño. Me conoces, sabes cómo soy.

CJ no lo dudó. Álex siempre había sido amable, buena persona, no podía ser tan retorcido como Roberto quería dar a entender.

—Me duele, me duele mucho. —Los ojos de su jefe se llenaron de lágrimas—. Mi mujer me ha engañado, me ha ocultado durante un tiempo que estaba con otro y, encima, encima él me acusa de algo terrible…

—¡Eso es mentira! —lo interrumpió Roberto—. ¡Tú lo sabías, lo sabías todo, ella te lo dijo!

—¡Me he enterado por casualidad! Me he enterado porque os vi, os vi besándoos. Con todo el descaro del mundo, delante de mis narices, de mis empleados. ¡Eso, eso sí que es retorcido y cruel!

—Joder, no me lo puedo creer, no puedo… —CJ estaba en *shock*.

—¡Mírame! —Roberto sentía que estaba perdiendo a su amigo y reclamó su total atención—. Te juro que no…

—¡Para, para! No quiero escuchar nada más. —Lo miró con tristeza y, sin decir nada más, comenzó a caminar hacia el restaurante, seguido muy de cerca por Álex.

—Por favor —suplicó Roberto—, por favor, tienes que escucharme, él miente.

Pero CJ continuó su camino mientras Álex se giraba para mirarlo con una fría y cínica sonrisa dibujada en su boca.

30

Cuando te acostumbras a no conseguir nunca lo que deseas, ¿sabes qué pasa? Que acabas por no saber incluso lo que quieres.

Haruki Murakami

—¡Maldito hombre! ¡Cuando lo encuentre…! Uff, cuando lo encuentre, ¡le voy a retorcer el cuello! —Sandy conducía el auto, en cuya parte posterior debería viajar, bien acomodado como si ella fuera su chófer y él, el rey del mundo, Paul Lee. Pero no, él no estaba.

—¡Otra vez tú! —Sandy llevaba el manos libres y, nada más arrancar el coche, había marcado el número de su hermano—. Joder, parece que tienes un radar, siempre molestas en los momentos…

—¡No me des detalles! —lo interrumpió—. Siempre estáis liados, ¿no?

—Sandy, voy a colgar.

—Lo dejé solo un par de días —continuó sin prestar atención a la advertencia de su hermano— y porque me los dio él. Que conste que yo no sé los pedí, ya sabes cómo soy de prudente. Un par de días para que se relajara, y el muy memo cambia sus costumbres, desaparece. ¡Vamos, el colmo!

—No me importa…

—Y el muy idiota se pira solo. No quiero ni pensar lo que habrá hecho el tiempo que ha estado sin mí, pero ese no es mi problema.

—Voy a colgar, Sandy.

—Pero hoy, hoy ha salido de su ático. Él solito. Y mira que le dije que me esperara. Pero, como siempre, hace lo que le da la gana. ¿Cómo se habrá vestido solo? ¿Qué se habrá puesto? No es capaz de hacer nada por sí mismo. Depende de mí para cualquier cosa.

—Sandy…

—Te juro que no puedo más con este hombre.

—Dimite —le dijo con tono aburrido.

—No, de eso nada, no le voy a dar el gusto… —De repente, por los altavoces del auto se escuchó un fuerte piiiii que indicaba que la comunicación se había cortado por parte de su hermano—. ¿Jaime?

¿Jaime? ¿Me oyes? ¡Maldito seas! —Sandy golpeó con tal fuerza el volante que se hizo daño—. ¡Mierda, ay, mierda!

Ella llevaba la agenda del artista, sabía perfectamente cada paso que daba y, por supuesto, conocía su ubicación actual, que no era otra que el edificio que la agencia New Stars tenía en pleno centro de Madrid.

Esa mañana, Lee tenía una importante reunión para decidir cuál sería la próxima serie en la que participaría, por supuesto, con el papel de protagonista.

A la agencia llegaban cientos de guiones en busca de la preciada actuación de la estrella mediática más importante del momento, y no todos valían. Algunos eran tan malos que eran rechazados en una primera criba por un grupo de asesores y los mejores, los que pasaban el filtro más severo, llegaban a manos de Lee, que seleccionaba un par de ellos. Pero era Amanda quien tenía la última palabra. Ella elegía el guion ganador, ese que supondría otro éxito para su agencia, aportándole una sustanciosa cantidad de dinero.

Sandy había vivido en primera persona los nervios, la ilusión y las ganas que ponía Lee en esa fase tan importante, pues su carrera dependía de una buena elección. Los espectadores cada vez le exigían más, mejores tramas, papeles más intensos. Paul Lee era un hombre perfeccionista que se forzaba hasta el límite. Necesitaba buenas historias, tramas complejas, personajes diferentes, y por ello cada guion que llegaba a sus manos era leído de manera meticulosa.

Esa vez tenía un firme ganador, uno que desde la primera lectura lo había conquistado. Pensaba luchar con uñas y dientes porque fuese el elegido, aunque lo tenía muy difícil, pues se salía de lo convencional. Estaba seguro de que Amanda lo rechazaría por arriesgado y por lo que se alejaba del resto de los papeles que solía interpretar.

Sandy era consciente de que, a esas alturas del día, Lee estaría nervioso, pues en nada tendría que defender su elección ante su madre, y ella tenía que estar a su lado, apoyándolo y, seguramente, recogiendo los pedacitos que la bruja de Amanda dejaría al final de la reunión.

Dejó el coche en la primera plaza que encontró en el *parking* subterráneo. Por supuesto, Lee tenía una asignada, pero, cuando llegó, estaba ocupada por un vehículo que no había visto nunca. ¿Habría llegado él en ese pequeño y viejo Ford Fiesta? Solo de imaginar al gran Lee metido en ese coche destartalado le daba la risa. ¿De dónde lo habría sacado?

Corrió como loca hasta las escaleras y, sin ni siquiera plantearse tomar el ascensor, subió a la carrera los cinco pisos que la llevarían hasta la puerta del despacho donde tendría lugar la reunión.

Conociendo a Lee, estaría ya preparado esperando a Amanda, que, por supuesto, llegaría tarde.

Se tomó unos minutos para recuperarse de la carrera. Se juró ir algún que otro día al gimnasio para ponerse un poco en forma, pues estaba tan floja que sus piernas temblaban y tuvo que apoyarse en la pared.

Cuando su respiración se volvió más o menos normal, cuando sus pulmones dejaron de arder y su sudor comenzó a secarse, decidió dar el paso, tocar a la puerta y entrar sin esperar permiso.

—¡Vaya, aquí está la estrella! —le gritó, enfadada. La carrera no había logrado calmar su ira, muy al contrario, había sido un acicate para enojarse aún más.

Lee se limitó a elevar la mirada, que hasta el momento había permanecido sobre el título del guion que quería defender.

—Vaya, aquí está mi asistente —dijo con mofa.

—Pues claro, te dije que volvería el martes y hoy es martes.

—Y yo te dije que no quería volver a verte.

—¿De dónde has sacado ese coche cochambroso que está aparcado en nuestra plaza? —lo interrogó sin hacer caso a sus palabras.

—¿Nuestra? Será mía —contestó con tono burlón.

—¡Uf, me desesperas! —gritó, y elevó la mirada al cielo, rogando paciencia—. Qué más da el posesivo. No te veo conduciendo un coche así. ¡El gran Lee, en un Ford! Ja y ja.

—Pues claro que no lo he traído yo —le dijo como si solo imaginarse tras el volante de ese vehículo le produjera escalofríos.

—¿Y quién…? —Cerró la boca. ¿Qué le importaba a ella quién lo había llevado hasta allí? ¿Y por qué narices había dejado el coche allí aparcado? Lo verdaderamente importante era demostrarle que sin ella estaba perdido y, como por lo visto se había apañado muy bien para sus desplazamientos, tenía que buscar otro de sus puntos débiles. Lo contempló de arriba abajo—. ¡Ajá! —chilló con entusiasmo—. A ver, a ver qué te has puesto. ¡Venga, ponte de pie que vea lo que has elegido!

Por supuesto, como suponía, Paul no se movió de su asiento.

—A ver si te crees que no soy capaz de combinar un par de prendas.

—No lo tengo muy claro.

—Pues poco te ha importado estos días.

—Nada, la verdad, es que no me ha importado nada. —Se encogió de hombros—. Anda, déjame ver lo bien que combinas prendas tú solito.

Sandy se acercó hasta quedar a su lado e intentó, sin éxito alguno, levantarlo de la silla tirando de su brazo. Pero todo su esfuerzo se terminó en el preciso instante en el que la puerta se abrió de nuevo y

Amanda, subida en sus taconazos, entró en la sala.

—¿Pasa algo? —preguntó, mirando a su hijo.

—Nada, no pasa nada —contestó Lee, y al instante fijó la mirada en Sandy—. Sonrisas, vete —le espetó.

—No, no será necesario —intervino Amanda—. Siéntate allí, lejos —le ordenó.

—No creo que sea necesario que ell… —La queja de Lee fue acallada con una mirada furiosa de la gran jefa, y Sandy comprendió que lo mejor era obedecer y sentarse donde le había indicado.

—No tengo mucho tiempo. —Ese era el típico saludo que Amanda le daba a su hijo. Él estaba acostumbrado a ese trato, pero a Sandy le hervía la sangre cada vez que era testigo de sus encuentros, tan fríos, tan distantes—. Este será el elegido. —Con una de sus rojas uñas señaló, como era de esperar, el título que Lee no deseaba interpretar —. Te avisaré de cuándo empieza la grabación y dónde. —Sin más, comenzó a caminar hacia la salida.

Pero Lee se puso de pie y, tras dar un fuerte golpe en la mesa, hizo que los pasos de la todopoderosa dueña de New Stars se detuvieran antes de llegar a la puerta.

—Esta reunión era para elegir guion, elegir entre los dos, no para que tú me des la orden sin tener en cuenta lo que yo quiero hacer.

Tras escuchar las palabras de su hijo, Amanda se dio la vuelta para encararlo.

—No creo que eso sea necesario, harás lo que yo te…

—¡No! —la interrumpió con un fuerte grito—. Esta vez no será así.

—¿Cómo? —Amanda se encontraba un tanto desubicada, era la primera vez que su hijo no la obedecía en un tema así—. Creo que no he escuchado bien.

—Sí, madre, has escuchado perfectamente. —Amanda se sorprendió tanto que su faz expresó ese sentimiento con total claridad. Lee nunca la llamaba madre, ¿qué le estaba sucediendo?—. No pienso hacer el papel de siempre, quiero interpretar algo nuevo y este —elevó el guion por el que apostaba—, este es el ganador.

—No, nunca pondré dinero para esa bazofia. Paul Lee Hallen no puede hacer el papel de gay. Terminarás con tu carrera si lo haces. Tú eres el galán, y eso es lo que quieren tus fans. ¿Qué crees que pasará si te ven besando a un hombre? Tu carrera se terminará y eso…, eso… ¡Jamás lo permitiré!

—Pues yo no voy a actuar en otra cosa que no sea esta película. Necesito cambiar de registro, estoy cansado de hacer siempre lo mismo. Quiero algo nuevo. Sé que puedo hacerlo. Además, es un texto reivindicativo. Quiero…

—¿Reivindicativo? —soltó la palabra con asco—. Me importa una mierda reivindicar nada…

—No, claro, tú solo quieres dinero. —Esa vez quien la interrumpió fue él.

—Por supuesto. Ese dinero del que hablas con tanto desprecio es el que te permite disfrutar de la vida de lujo que llevas.

—¿De lujo? —Soltó una triste carcajada—. ¿Lujo? —«Una mierda de vida de soledad», pensó, pero lo guardó para sí mismo. No merecía la pena, al fin y al cabo, a su madre nunca le había importado—. Además, estoy seguro de que mis fans agradecerán este nuevo registro —insistió.

—¡No, no y no! Es mi última palabra.

—¿Quieres que siga siendo tu marioneta? ¿Quieres que siga interpretando siempre el mismo tipo de personajes?

—Al público le gusta. No puedo consentir…

—Si me dejas hacer el papel que deseo —la interrumpió—, haré lo que te dé la gana con respecto a mi vida. Sin protestar, sin quejas, sin numeritos que te obliguen a salir de tu despacho y tener que venir a verme. Lo haré sin cuestionar nada, nada. —Desesperado, quemó su último cartucho.

Sandy lo miró estupefacta. ¿Qué estaba haciendo? No se lo podía creer. Pero ¿qué clase de tontería era esa? ¿Iba a sacrificar su vida personal por un simple papel?

Amanda abrió la boca para contestar, pero al instante la cerró y sopesó las posibilidades que esa promesa le aportaba, las ventajas que podría obtener. Al fin y al cabo, el guion era muy bueno y, quizá, con una buena publicidad que resaltase la versatilidad de Lee conseguiría meterse en el bolsillo a otro tipo de público. Uniría a sus incondicionales con los detractores de Paul, esos que siempre lo criticaban por participar en los mismos papeles.

La mente de Amanda se llenó de cifras, de ganancias, y lo mejor de todo era que Lee tendría que hacer todo lo que ella deseara, y sin protestar. Últimamente le estaba dando muchos problemas, se revelaba, ya no era tan manejable.

—Está bien —asintió—. Harás todo lo que yo te diga, sin quejas ni protestas.

—Sí —dijo con firmeza.

—No quiero ni un solo problema con el personal. —Lee era complicado en el trato. Esa pequeña muchacha no le gustaba nada a Amanda, pero soportaba al tirano, al déspota actor—. Te quedarás con ella, pase lo que pase. No voy a permitir que pierdas a otro ayudante. —Señaló a Sandy.

Lee apretó la mandíbula hasta casi rechinar los dientes. Había pensado prescindir de Sandy, despedirla, pues presentía que lo que estaba empezando a sentir por ella le traería problemas. Pero ahora sus manos estaban atadas, tendría que continuar teniéndola a su lado,

tendría que seguir contemplando sus sonrisas, oliendo su aroma.

—Lo prometo.

—Te avisaré cuando todo esté preparado para el rodaje. Hasta entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Sin más, salió de la sala.

—¿Tan poco te importa tu vida? —lo interrogó Sandy con tono triste nada más cerrarse la puerta.

«Nunca he tenido una vida propia. Jamás he sido dueño de mi vida», pensó con tristeza.

Pero no recibió una contestación verbal, no le hizo falta, pues la mirada de Lee le comunicó sin palabras cómo se sentía, lo vacío que estaba, las pocas ganas que tenía de seguir con esa existencia programada hasta el milímetro, y Sandy se enfureció.

Caminó hasta colocarse a su lado, se inclinó hasta que sus narices casi se tocaron y le gritó, molesta:

—Entonces, ¡¿por qué lo haces?! ¡¿Por qué vendes tu vida por un papel en una película?!

Los ojos de Lee se llenaron de lágrimas, lágrimas que no dejaría escapar, pues hacía tiempo que sus ojos no lloraban, hacía años que no se desahogaba. Había dejado de hacerlo porque no servía de nada, su vida no cambiaba por soltar unas cuantas lágrimas. No tenía a nadie que lo consolara, desde niño había aprendido la lección. Estaba solo; rodeado de gente, pero en la más absoluta soledad.

—No creo que te importe lo que yo haga o deje de hacer. Limítate a hacer bien tu trabajo.

—¿Eso es lo que de verdad quieres? —le preguntó con la pena asomada a sus preciosos ojos.

Desesperanzado, Lee asintió.

Por unos segundos continuaron en la misma posición, evaluando sus miradas, interpretando sus gestos.

—No te creo —afirmó Sandy, y sin pensarlo, sin meditar las consecuencias, acercó su boca hasta la de él.

Esperaba el rechazo por su parte, le dio tiempo para que se retirara, pues durante un par de segundos apenas permitió que sus labios se tocaran. Pero, como no se movió ni un solo milímetro, con suma delicadeza, posó su boca sobre la de él, que reaccionó al instante y de una manera que Sandy no esperaba.

Le tomó la cara entre sus fuertes manos y profundizó en un beso intenso y tan pasional que, cuando sus bocas se separaron, Sandy temblaba como si fuera una hoja mecida por el viento y Lee respiraba de forma agitada.

—Esto no volverá a suceder —sentenció el actor cuando logró recuperarse del beso y con sus manos aún aferradas a Sandy—. Nunca volverá a pasar. Te espero fuera.

Y, sin más, tras soltarla por fin, caminó hasta la salida, dejándola sola y totalmente desubicada.

El resto del día, Lee se comportó como el tirano y caprichoso actor al que Sandy obedecía sin rechistar.

Iban de camino a casa, ya de noche, tras otra intensa jornada de trabajo, cuando el móvil de Lee sonó. Con incertidumbre, miró el nombre que salía en la pantalla. Seguro que él mismo lo había registrado como «Mi mejor amigo», pero no lo recordaba, además de no tener ni idea de quién era.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—¿Quién eres tú?

—¡Pues yo, CJ!

—¿C…? —Calló de golpe. De repente, los recuerdos de su noche de borrachera comenzaron a llenar su mente.

—¿Qué haces? —interrogó CJ, que, por supuesto, recordaba cada cosa que había sucedido como uno de los grandes momentos de su monótona vida.

—Pues… —vaciló. No estaba acostumbrado a recibir llamadas interesándose por él, por lo que hacía, a no ser que fuera algún periodista entrometido—. Voy en el coche camino de casa.

—¿Puedo ir?

—¿Ir? ¿Ir a dónde?

—A tu casa. Necesito hablar.

—¿Conmigo?

—Joder, tío. Pues claro, contigo.

Lee parpadeó un par de veces.

—¿De qué?

—Necesito un amigo.

—¿Amigo? ¿Yo?

—Pásame la ubicación de tu casa y avisa cuando llegues.

Sin más, colgó.

Lee se quedó con el móvil pegado a la oreja escuchando el molesto pitido, sin pestañear, sin apenas respirar. ¿Qué acababa de suceder?

Tras unos segundos, por fin reaccionó.

¿Ubicación?, ¿CJ quería la ubicación de su casa para ir a…?

—A contarme sus problemas —dijo en voz alta.

—¿Pasa algo? —intervino Sandy.

—No, no, todo bien.

No quería darle más explicaciones, la situación ya era lo bastante extraña como para involucrar a Sandy.

—Déjame en la entrada —solicitó cuando el auto llegó a la casa.

—¿No quieres que prepare algo de cena?

—No.

Lee salió del coche.

—Paul —se giró a mirarla, Sandy había bajado la ventanilla y asomaba la cabeza por ella—, prométeme que cenarás algo.

Asintió y continuó caminado.

Entró en casa y se desnudó. La ropa olía a ella, a Sonrisas, y quería deshacerse de ese aroma que lo atormentaba.

El agua fría de la ducha lo ayudó a recuperar un poco la cordura. No debía enredarse con nadie, y mucho menos con Sonrisas, era peligroso. Su mundo, ese en el que se movía, no permitía que gente buena, noble y sensible como ella se involucrase. Amanda tenía un objetivo muy concreto, ganar dinero, y esa pequeña rubia de ojos grandes podría desbaratar todos esos planes. Si ella se convertía en un impedimento para la todopoderosa dueña de New Stars, Amanda no dudaría en deshacerse de ella. La aniquilaría como si fuese un insecto dañino, y eso nunca podría consentirlo. Sonrisas le importaba mucho, le gustaba. No dejaría que Amanda le hiciera daño por nada del mundo.

Desesperado, se frotó con fuerza los labios intentando borrar la sensación que su beso le había dejado.

—¡Imbécil! —se insultó gritando dentro del cubículo de la ducha —. ¿Por qué la has besado? —se preguntó.

Si bien era cierto que había sido ella la que había buscado ese contacto, él podría haberla rechazado; ya lo había hecho una vez. Pero la tentación, el deseo de probarla fue tan intenso que se dejó llevar, y ahora no tenía cómo deshacerse de esa sensación tan placentera, del recuerdo de esos labios suaves y sabrosos contra los suyos, ese recuerdo que se quedaría grabado en su mente por el resto de sus días.

—¿Qué mierda voy a hacer?

Con el sentimiento agrio de no poder disfrutar de nuevo de los labios de Sonrisas, pues eso sería su perdición, salió de la ducha, se secó y se vistió con un cómodo y viejo chándal de algodón.

Se acomodó en el sofá. Tenía hambre, por supuesto que la tenía, pero no iba a probar bocado, quería ser rebelde.

—*Prométeme que cenarás algo* —le había pedido ella.

No pensaba cumplir esa promesa. No, no lo haría. Reconocía que su comportamiento era de lo más infantil, pero qué le importaba. Era Paul Lee Hallen y podía hacer lo que le diera la gana, pues nadie lo cuestionaba… Excepto Amanda, la bruja de Amanda, la única mujer que desde niño lo aterraba con su sola presencia. Los recuerdos de los abusos sufridos llenaron su mente, recuerdos de las horas que ella lo obligó a trabajar, de sus reprimendas cuando no lo hacía tan bien como debía, de las noches de soledad, de los días de aislamiento, del escaso cariño, de las ganas de sentir unos brazos protectores.

El pitido del móvil le indicó que alguien le estaba mandando un

wasap, pero no pensaba moverse para mirar quién era. Seguramente sería de Amanda dándole alguna orden. Pero el sonido repetitivo y constante de mensajes entrando le causó tal curiosidad que se incorporó y miró la pantalla.

Mi mejor amigo:
Oye
Tío
Ehhhh
Holaaaa??

Lee!!

Paul pestañeó un par de veces, era ese tal CJ.

El Dios Lee (así lo había guardado CJ en su móvil):
Pasa algo?

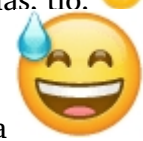
Mi mejor amigo:
No me has pasado la ubicación

Lee releyó el mensaje, ¿de verdad quería ir a su casa?, ¿a hablar?, ¿con él?

Meditó durante un par de segundos. Nada malo podría pasar si se relacionaba con ese tipo. Era agradable, simpático. Ser un poco sociable no era malo, ¿verdad?

Eso le haría un poco más humano y un poco menos el robot programado en el que lo había convertido Amanda.

No lo pensó más y le mandó la ubicación.

Mi mejor amigo:
Gracias, tío.

Llego en nada

31

Amigos son aquellos extraños seres que nos preguntan cómo estamos y se quedan esperando a oír la contestación.

Ed Cunningham

El día no había empezado bien para CJ. Se sentía traicionado, dolido. Necesitaba desahogarse, y no quería hacerlo con ninguno de sus amigos del grupo. Precisaba de alguien ajeno a ellos, un nuevo amigo, y quién mejor que Lee.

Tras recibir la dirección exacta del ático del actor, cargó las bolsas en el maletero del coche y se dirigió hacia allí.

El barrio donde vivía Lee, como era de esperar, pertenecía a uno de los más exclusivos de Madrid. Grandes casas, casi palacios, llenaban la zona.

Se aproximó al portal cargando con las pesadas bolsas.

—Buenas noches, señor. —El portero le abrió la puerta y, solícito, corrió a ayudarlo.

—Muy buenas noches. —Le sonrió amistoso—. ¡Me cago en la put…! —CJ contempló el espacioso portal con la boca abierta—. ¡Guau! —exclamó con entusiasmo.

—Impresiona, ¿verdad? —preguntó Arturo.

—¡Ya te digo!

—Llevo trabajando aquí un montón de años y aún me asombra. —Se carcajeó al recordar que su expresión debió ser la misma que la de ese tipo el primer día que llegó a su puesto de trabajo—. Va al ático del señor Lee, ¿verdad?

—Sí, sí, es mi colega —fanfarroneó—, somos uña y carne.

—Cuánto me alegro, el señor apenas recibe visitas. Permítame que lo ayude. —Y así lo hizo: tomó algunas de las bolsas y lo acompañó hasta el ascensor—. Aunque últimamente el ático está más transitado —explicó con entusiasmo—. Disfrute de la velada —le dijo tras depositar la carga en el suelo.

Si el portal era impresionante, el ascensor lujoso, el descansillo y la puerta del piso de Lee eran de lo más fastuoso que había visto.

Tocó el timbre y, al instante, la puerta se abrió.

—Hola —saludó Paul con cierta timidez.

—Hola.

CJ entró a trompicones, iba tan cargado que apenas podía caminar.

—¿Qué llevas ahí? —interrogó Lee, señalando las bolsas de tela.

—Podrías ayudar, tío. Esto pesa como un muerto.

A Paul ni se le había ocurrido, tenía muy poca experiencia en el trato social. Además, siempre eran otros los que cargaban con sus cosas, él nunca se había preocupado de eso. Reaccionó con rapidez y le tomó de las manos unas cuantas de esas pesadas bolsas.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó CJ.

—Por-por allí —señaló Lee, y caminó delante de él para mostrarle el camino.

—¡Guau! —exclamó CJ con entusiasmo. Estaba equipada con los electrodomésticos más modernos del mercado, limpia como si no se hubiera usado nunca y con unos fogones que lo invitaban a cocinar algunas de sus deliciosas recetas.

Como si fuera el dueño de ese espacio, CJ sacó las cosas de las bolsas y abrió muebles en busca de platos, copas, cubiertos y cacerolas donde poder calentar el contenido de los táperes que llenaban las bolsas de tela.

Mientras preparaba, calentaba y emplataba, no paraba de hablar, y Lee se limitaba a mirarlo sorprendido y, en cierto modo, entusiasmado, pues todo olía delicioso y porque por fin alguien estrenaba esa cocina.

—He traído vino, ¿por qué no sirves unas copas? —lo alentó CJ.

Lee por fin reaccionó, asintió y buscó entre todos los táperes que llenaban la isla la botella de vino. Abrió los cajones en busca de un sacacorchos. Seguro que tenía uno, pero, como nunca lo había necesitado, no tenía ni idea de dónde podría encontrarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó CJ mientras vertía el contenido de uno de los táperes en una cazuela.

—No-no encuentro un sacacorchos.

—Espera. —CJ dejó por un momento su tarea, se metió la mano en el bolsillo y sacó un raro objeto—. Siempre llevo uno por si las moscas. —Le guiñó un ojo.

—Eres un tipo raro.

—Lo soy —dijo entre carcajadas—. Soy un friki total con respecto a todo lo que se refiere a cocinas, utensilios y demás objetos originales. Colecciono cosas como esta. —. Elevó el pequeño sacacorchos y Lee lo miró con curiosidad. Era una simple y delgada barrita de acero inoxidable que pasaba por el centro de un sacacorchos tradicional—. Es muy sencillo de usar y ocupa poco espacio. —Con gran habilidad, tiró de la barra, sacó la espiral y montó

un perfecto y práctico sacacorchos.

—¡Vaya! —exclamó Paul con los ojos muy abiertos.

—¿Verdad que es una maravilla? —CJ sonrió—. Por cierto, tú también lo eres.

—¿Cómo?

—Que tú también eres una persona extraña. Tienes una supercocina ¿y ni siquiera sabes dónde tienes los utensilios?

—Lo cierto es que no la uso nada. Además, yo no me ocupé de llenar los cajones.

—Claro, otros lo hicieron por ti.

—Sí, como casi todo en mi vida.

—¿En serio? —Lee asintió—. Eso es triste —sentenció CJ—. Toma. —Le tendió el moderno sacacorchos y Lee lo cogió al instante.

Ahí terminó esa conversación, pues el cocinero regresó a su tarea y Lee, tras dos intentos infructuosos de descorchar el vino, se dio por vencido y dejó la botella sobre la encimera.

—¿Y esa copa? —le preguntó CJ, sumergido en los fogones.

—No sé-sé usar este trasto del infierno.

CJ dejó su tarea; lo miró, primero con asombro, luego muerto de risa, y se dispuso él mismo a quitarle el corcho al caro vino.

—Toma. —Le tendió la botella—. Sírvelo en las copas, imagino que eso sí que sabrás hacerlo, ¿verdad?

Lee no respondió, se limitó a tomar la botella y verter el líquido dentro de las copas.

—No te preocupes. —El cocinero le sonrió—. Cada uno es bueno en una cosa. Yo me muevo entre fogones como pez en el agua y tú —suspiró con fuerza—, tú eres el dios de los actores. Anda, ve y pon la mesa, esto ya casi está listo.

Lee quería protestar. ¿Poner la mesa? ¿Él? Paul Lee Hallen nunca había servido el vino ni puesto una mesa. Pero se limitó a obedecer.

Se sentaron uno frente al otro.

—Come —lo alentó CJ al ver que no probaba bocado.

Lee asintió. El aroma lo estaba matando, era tan delicioso que su boca salivaba y su estómago protestaba pidiendo alimento.

El primer bocado que ingirió lo hizo lagrimear, suspirar.

—¡Dios, esto está buenísimo! ¿Lo has preparado tú?

—¡Por supuesto! —La felicidad se dibujaba con claridad en los ojos del cocinero—. Joder, tío, te miro y no me lo creo. Hace unos meses te veía en el cine, en la tele, y ahora estoy en tu casa, comes mi comida y, joder, me besaste.

—Te dije que no te hicieras ilusiones —dijo Lee mientras lo señalaba con el tenedor.

—Y no me las hago, me gustan las mujeres. Pero, oye, a nadie le amarga un dulce, y besas muy bien.

—Eso sí, soy un gran besador.

—Doy fe de ello.

—Oye, CJ, como fan mío que eres…

—Soy tu fan número uno —lo interrumpió.

—Vale, pues, como mi fan número uno, me gustaría saber tu opinión sobre un nuevo papel que voy a interpretar.

CJ abrió los ojos por la sorpresa.

—¿De-de-de verdad quieres mi opinión? —lo interrogó con voz temblorosa.

—Sí. ¿Me la darás?

—¡Joder, tío, pues claro que sí! —gritó con tal pasión que Lee rio a carcajadas.

—Caray, qué entusiasmo.

—¿Ves? Te dije que era tu fan número uno, ¿ahora me crees?

—Sí, amigo, te creo.

—Pregunta. ¿Qué es lo que quieres saber? Prometo ser total y absolutamente sincero.

Lee soltó el tenedor y se recostó en la silla.

—¿Te gustaría o te incomodaría que en mi próxima película interpretase a un gay?

De nuevo, los ojos de CJ se abrieron como los de un búho.

—¡Ostras, tío! ¿Por eso me besaste?, ¿estabas ensayando?

—No, no. —Las carcajadas de Lee fueron tan contagiosas que CJ terminó carcajeándose junto a él—. Cuando pasó eso, aún no sabía nada de este papel. Pero no me has contestado… Quiero saber tu opinión sincera.

Entonces fue CJ quien soltó el tenedor y se acomodó.

—Creo que todo lo que hagas me gustará, porque eres muy buen actor, consigues transmitir mucho. Además, ¿qué importa hombre o mujer? El amor es amor, ¿no crees?

—Sí, así lo veo yo también. Gracias. —Asintió, contento con la respuesta de su amigo.

—No te lo digo por pelotearte, es lo que siento.

—Creo en ese papel, deseo interpretarlo, pero Amanda…

—¿No le mola?

—No, no le mola nada.

—Uf, pues yo creo que es de lo más acertado.

—Eso espero.

De repente, CJ, expresivo como era, comenzó a sonreír, feliz.

—Guau, tío. Cuando vea la película, recordaré que mis labios fueron los primeros que besaste. —Lee no dijo nada, simplemente lo señaló con el tenedor—. ¡Que sí, que no me hago ilusiones!

Terminaron de cenar, lo recogieron todo y se sentaron en el cómodo sofá del salón.

—No pensaba cenar y, mira, estoy lleno —dijo Lee, tocándose el vientre en un claro gesto de satisfacción.

—¿Por qué no ibas a cenar?

—Casi nunca lo hago.

—¿Por?

—La cena engorda.

—Pero ¡qué tontería es esa!

—Tengo que cuidarme.

—Bah, chorradas. La buena comida no engorda y mi comida es de la mejor. Oye, tío, por cierto… ¿Qué pasa con mi autógrafo?

—¿Qué autógrafo?

—El que me prometiste.

—¿Te prometí un autógrafo?

—Sí. —Asintió con efusividad.

De pronto, recordó que Sandy se lo había pedido.

—Vale, vale, ahora mismo te lo doy. —Se levantó, entró en su habitación y, de uno de los cajones, sacó una de las fotos que había guardado para sus fans.

—Toma —le dijo al regresar al salón.

CJ tomó la foto con entusiasmo y, al leer la dedicatoria, sus ojos se anegaron.

—«Para CJ, mi mejor amigo» —leyó en voz alta. No se había complicado mucho, la verdad, pero el cocinero no precisaba nada más que esas simples palabras para sentirse feliz—. Gracias, muchas gracias.

Lee asintió.

—Dijiste que querías contarme…

—Sí —lo interrumpió. Los ojos de CJ se veían apagados, tristes. Lee había reparado en ello en el primer instante en el que entró a su casa cargado de bolsas—. Necesito desahogarme. Ha pasado algo y no sé, no sé cómo afrontarlo. Me siento dolido, enfadado.

—¿Qué te ha sucedido? —Lee pensó que no era el más apropiado para escuchar las penas de su reciente amigo, pero, si quería ser un poco más sociable, más humano, debía aprender a escuchar a los demás.

—Hoy me he enterado de que…, de que mi prima y uno de mis mejores amigos están liados.

—Pero eso no es malo.

—Lo es cuando ella es la mujer de mi jefe.

Lee abrió mucho los ojos. Muerto de curiosidad, se enderezó en el sofá.

—¡Espera, espera! A ver si lo he entendido bien. ¿Ella está casada con tu jefe y se ha liado con uno de tus amigos?

CJ asintió con pena y procedió a contarle todo desde el principio.

El actor se quedó pensativo, meditó en todo lo que el cocinero le acababa de narrar, sopesó y, por fin, concluyó:

—¿Por qué dudas de tu mejor amigo?

—¿Cómo?

—Él te ha repetido una y otra vez que, cuando empezaron su relación, Montaña había roto con Álex.

—Pero Álex…

—Álex no es uno de tus mejores amigos —lo cortó—. Quizá, tan solo trata de malmeter, ¿no lo has pensado?

—¿Tú crees? —Sus palabras lo hicieron dudar.

—No lo sé, pero creo que debes escucharlo, dejar que se explique. No lo juzgues por las apariencias, muchas veces las cosas no son lo que parecen. —Y en eso él tenía mucha experiencia. Todo el mundo lo juzgaba sin conocer al verdadero Lee, sin molestarse ni si quiera en descubrir lo que se ocultaba dentro de ese caparazón con el que se disfrazaba cada día.

—Oye, ¿sabes qué? —El actor esperó a que siguiera hablando—. Tienes razón, he dudado de mi amigo. Joder, tienes toda la razón. Soy el peor ami…

—No te fustigues, creo que ese Álex es un tipo listo. No lo conozco, pero, por lo que me has contado, tengo mucha más fe en Roberto que en él.

—Muchas, muchísimas gracias, no sabes lo que me has ayudado. —El cocinero se puso de pie—. Me tengo que ir.

Lee asintió con entusiasmo. Acababa de ayudar a un…, un amigo. Por primera vez en su solitaria vida, había hecho algo por alguien sin ser el quien se beneficiara de ello. Por primera vez en su vida, sabía lo que era la amistad, la comprensión, y había dado un consejo. Paul Lee Hallen era un poco más persona, un poco más humano y menos antisocial, y todo desde que Sonrisas había entrado en su vida.

—Me piro, tío. Te llamo.

CJ estaba en la puerta, a punto de cerrar, cuando Lee reaccionó. Miró los platos sucios sobre la mesa y se levantó como si un resorte se hubiese accionado.

—¡Eh! ¡¿Y todo eso?! —Señaló la pila llena de cacerolas.

—Yo he cocinado, tú recoges. Adiós, colega. —Y cerró la puerta.

—Pero… Pe-pero. Mierda, joder —protestó con energía, pero CJ ya no podía escucharlo.

Paul Lee Hallen jamás había fregado. Estuvo tentado de llamar a Sonrisas, incluso tomó el móvil y buscó su número, pero al final desistió. No por ser cortés ni por no hacerla ir a su casa a las tantas de la noche, sino por su cordura; ya era complicado pasar el día junto a ella, y más tras el beso. Si sobrio era difícil, con varias copas de vino en el estómago, le sería imposible resistirse a la atracción que sentía

por esa pequeña rubia.

Pensó en otra opción: al día siguiente iría la mujer que limpiaba su apartamento, podría dejar que ella lo hiciera.

—No —concluyó. Su madre se enteraría de que había tenido un invitado y por nada del mundo quería darle explicaciones, ya estaba suficientemente limitado. Amanda metía las narices desde siempre en su vida y no quería darle más información de la necesaria.

Así que, al final, se puso manos a la obra.

Quien había equipado su cocina había tenido la deferencia de colocar jabón, estropajo y unos guantes de diseño que le costó ponerse, pues eran para unas manos diminutas.

—Paul Lee Hallen fregando platos. —Se carcajeó, jamás había pensado que un día se vería así—. La vida cambia, y me gusta.

Meditó sus palabras. Sí, le gustaba todo lo que le estaba sucediendo desde que Sonrisas había entrado en su vida. Sonrió feliz mientras, de manera torpe, pasaba el estropajo por la superficie grasienta de una de las cazuelas.

De repente, miró el electrodoméstico cuyo frontal de acero inoxidable brillaba como si tratase de llamar su atención.

—Pero ¡seré idiota! —dijo entre carcajadas—. Podría haberme librado de frotar y enjuagar. Aunque me relaja y, además, no tengo ni idea de cómo se pone el lavavajillas. —Se encogió de hombros y continuó con su tarea.

32

Cada palabra tiene consecuencias, cada silencio también.

El Principito

Mirar a su hijo le aportaba la paz que necesitaba. Contemplar su inocencia, verlo jugar, dormir, ver sus grandes ojos mirándolo como si él fuese su todo, un hombre digno de admirar, quien lo protegía, lo hacía sentirse seguro. Lo ayudaba a pensar que podía con todo, que aunque la vida se torciera, aunque tuviera ganas de tirar la toalla, nunca iba a hacerlo, pues esa pequeña personita lo necesitaba fuerte, íntegro. En resumen, su hijo lo hacía ser mejor persona, más hombre.

Lo hacía todo por él, su mundo giraba en torno a él, y no pensaba poner en peligro esa relación, ese vínculo que ambos tenían.

Pero el comportamiento que acababa de tener lo avergonzaba. Se había portado como un energúmeno, como alguien del que Quique no estaría para nada orgulloso. Sentado tras el volante de su coche, lo golpeó una y otra vez, dejando salir su frustración, su rabia, que en aquel momento no tenía como objetivo a Álex, sino más bien a él mismo por dejarse llevar por el odio hasta el punto de ir a buscarlo y golpearlo como si fuese un simple matón.

—No soy así, no lo soy —se repitió una y otra vez.

Se llevó una mano al pecho, al lugar donde latía su corazón. Un fuerte pinchazo, un dolor lacerante le golpeaba.

—CJ. —La cara de su amigo, la mirada de rabia que le había lanzado se quedaría en su mente, lo atormentaría, pues era la primera vez en todo el tiempo que hacía que se conocían que CJ lo veía como un traidor.

Roberto apoyó la cabeza en el cabecero del asiento de su coche. El móvil comenzó a sonar. Era Montaña. Desde lo sucedido en el centro comercial, no había hablado con ella, y eso que lo había llamado un montón de veces.

—Por fin —le dijo ella nada más descolgar—, ¿sabes lo preocupada que he estado?

—Lo siento, lo siento.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono?

—No sé, yo…, no podía…

—¿Dónde estás?

—En… —Negó, negó con vehemencia. No quería decirle que estaba en el aparcamiento del restaurante, no quería explicarle que acababa de golpear a su exmarido y de perder a uno de sus mejores amigos, aunque tenía que hacerlo. Pero no por teléfono, debía decírselo a la cara—. Todas las acciones traen consecuencias —dijo en voz alta, más para él que para ella.

—¿Cómo? —lo interrogó, confusa.

—No, nada. Dime dónde estás tú e iré allí.

—En casa de mi amiga. ¿No tienes que trabajar?

—No.

Había pedido el día libre, no se sentía con fuerzas. Además, había planificado el encuentro con Álex como si de un psicópata se tratara. Se restregó la cara con furia. Recordó las palabras de CJ y se sintió como la peor persona sobre la faz de la Tierra:

—Claro, ayer no pudiste, pero hoy te has levantado, has conducido hasta aquí con la intención de golpear a Álex. Con la sangre fría, con el propósito de amenazarlo. ¿No ves lo loco que eso suena? No te entiendo. De verdad que lo intento, pero no entiendo nada.

—Te veo ahora y hablamos —le dijo él. Y, tras un frío adiós, colgó.

Sempiterno

La casa de Marta estaba en una de las zonas más nuevas de Torrejón. Vivía en un pequeño apartamento y Montaña era consciente de que no podría quedarse allí durante mucho tiempo. Su marido era muy buena persona, no le había puesto ninguna pega, pero necesitaban su espacio, y no a una extraña metida en su casa.

Así que su prioridad era buscar un lugar donde alojarse. Lo malo era que se había quedado sin trabajo y, de manera misteriosa, de la cuenta que compartía con su querido ex había desaparecido gran parte del dinero.

—Te lo voy a poner muy difícil —le había prometido él, y, como siempre, el gran Álex cumplía su palabra.

Un par de toques en la puerta le indicaron que Roberto acababa de llegar. Iban a estar solos, Marta y su marido habían salido a trabajar y el pequeño Pablito estaba en el colegio.

Abrió con premura y lo que vio en sus ojos hizo que su corazón dejase, por un momento, de latir.

Se movió para dejarlo pasar y ambos caminaron hasta el sofá.

—¿Te apetece tomar algo?

Roberto negó con la cabeza.

—Lo siento. —Montaña necesitaba pedirle disculpas.

—No fue culpa tuya. —Miró sus preciosos ojos.

—Pues me siento fatal.

—No tienes por qué. —Tomó una de sus manos y, con cariño, acarició su palma.

Montaña se soltó, se puso de pie, caminó hasta la ventana y se asomó.

—No pensé que haría algo tan ruin. La verdad es que me he dado cuenta de que, a pesar del tiempo que hemos estado juntos, no lo conozco.

Sintió que las manos de él se aferraban a su cintura y, cuando se quiso dar cuenta, su espalda se apoyaba en el duro pecho de Roberto en busca del agradable calor que desprendía.

—Me alegra que lo hayas dejado. No es bueno, Montaña.

—Ahora lo veo.—Se quedaron un rato en silencio, simplemente disfrutando de su cercanía—. ¿Y Quique? ¿Cómo está?

—Ahora está bien. Anoche me pidió ir a casa de mi madre, necesitaba a la abuela, así que dormimos los dos allí. Otra vez tuve que hablar con él sobre ella… —Tragó saliva, ese tema aún era doloroso, no tanto para él, sino para un pequeño niño que no entendía por qué su madre se había marchado y no quería tener ningún tipo de contacto con él—. Me costó mucho hacerle ver que no era el culpable, que ella no se fue porque había sido malo…

—¿Piensa que su madre se marchó por su culpa?

—Sí. Y jode, jode mucho. —Su voz temblaba de rabia y ella intentó darse la vuelta para abrazarlo, pero no la dejó, no quería que viera sus ojos llenos de ira y la retuvo contra su pecho—. Quique era un niño muy travieso.

—¿Era? —lo interrumpió.

—Sí, era. —Un triste suspiro salió de su boca—. El día que-que ella se fue, Quique había estado jugando con las pinturas de su madre. Lo revolvió todo, manchó las toallas, se pintó… Tenías que haberlo visto. —Soltó una carcajada que sonó a melancolía—. Yo no podía parar de reír. Había intentado maquillarse como lo hacía su madre y el resultado…, puedes hacerte una idea. —Montaña asintió—. Pero a ella no le hizo ninguna gracia.

»Se pasó, se pasó mucho regañándolo. Fue cruel y yo no pude consentirlo, le paré los pies y lo único que conseguí fue alterarla más. Se puso tan furiosa que incluso me golpeó delante de Quique. Él

estaba muy asustado y temblaba, temblaba mucho. —Cerró los ojos, tomó aire. Quería contarle todo lo que había sucedido ese día, pero necesitaba reponerse porque sentía que su corazón se rompía en mil pedazos, de nuevo, se fracturaba como lo hizo en ese momento.

Montaña lloraba, sollozaba imaginando el sufrimiento del pequeño y del padre, que, impotente, no podía hacer nada para borrar ese recuerdo de la mente de su hijo.

—Todo se descontroló —continuó Roberto—. Tuve que sujetarla porque estaba como loca. Me dijo que odiaba su vida, que nos odiaba a los dos, que ya no podía soportarlo más. Estaba harta de ser madre, de vivir una vida que no deseaba. No podía creerme lo que estaba pasado. Quique no fue un error, lo buscamos, lo deseamos; pero, según parece, solo había sido un capricho.

»No sé cuándo ni cómo, pero de repente ella tenía las maletas en la puerta y se iba. Se marchaba y yo…, yo no podía retenerla. No pude obligarla a querer a nuestro hijo, no pude… —Roberto se rompió. El tiempo se paró en ese instante, un silencio frío cargado de dolor llenó la estancia.

—Entonces —dijo Roberto cuando consiguió recuperarse—, entonces, ese maldito Álex —escupió con furia— abrió las heridas que no soy capaz de hacer que cicatricen. Volvió a hacernos revivir ese día cuando hemos aprendido a vivir con ello.

—Lo siento, lo siento. —Sabía que las palabras no curaban ese dolor, pero necesitaba, más por ella misma que por él, pronunciar esa disculpa entre susurros.

—No eres tú quien tiene que sentirlo.

De repente, el calor que la envolvía se evaporó. Roberto se alejó de ella y se sentó de nuevo en el sofá.

—Hoy he hecho una estupidez.

Ella se giró con rapidez y clavó sus pupilas en las de él.

—He ido al restaurante —continuó—, lo he golpeado y CJ…, él…

—¿Lo has golpeado? ¿Qué-qué pasa con CJ?

—Se ha enterado de todo.

—¿Cómo?

—Álex nos vio besándonos. El muy hijo de puta le dijo a CJ que lo habíamos engañado. No ha querido escucharme, he intentado…

—Quería ser yo quien se lo contara —dijo con rabia. Caminó hasta el sofá y se acomodó a su lado. Necesitaba sus brazos, necesitaba sentirlo.

—Pues ya lo ha hecho Álex por ti y, de paso, se ha encargado de joder mi amistad con CJ. Ahora, no sé cómo recuperar la confianza de mi amigo. —Acarició su cabello y depositó un beso en él.

—Estoy segura de que lo entenderá cuando se lo expliquemos…

—Eso espero. No estamos haciendo nada malo.

—No, no estamos haciendo nada malo —repitió como si fuera un mantra.

—¿Y Quique? ¿Crees que él lo entenderá?

—Sí, de eso estoy seguro. Y le gustarás tanto como a mí.

Se aferraron el uno al otro en un abrazo intenso. Los labios de Roberto buscaron los de ella. Necesitaba ese beso, un beso con sabor a «no estás solo». No fue intenso ni largo, ni siquiera pasional. En ese momento, lo que Roberto necesitaba era el calor.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —le preguntó él cuando sus labios se separaron.

—¿El qué?

—Que me he comportado como él, que he sido como él. He ido al restaurante buscando… —Calló, odiaba su comportamiento.

—No te fustigues más. —Montaña se separó de él y tomó su cara entre las manos—. Eres humano, ha sido una reacción lógica…

—¡No! —la interrumpió—, no lo ha sido. CJ me ha dicho algo que me ha hecho recapacitar. Me ha recordado la sangre fría con la que he ido a buscar a Álex, las ganas de golpearlo, de hacerle daño.

—Roberto —pronunció su nombre con pena, con impotencia, pues nada podía hacer o decir para borrar todo lo que había sucedido.

Se miraron durante un buen rato sin pronunciar ni una sola palabra.

—Pero tienes razón. —Roberto por fin rompió el silencio. Asintió un par de veces, tratando de convencerse—. De nada sirve darle más vueltas. —Y, de nuevo, se aferró a ella, se abrazó a su cuerpo.

33

El mayor error que podemos cometer es intentar sacar de nuestra cabeza algo que no podemos sacar de nuestro corazón.

The Heirs (K-drama)

El siguiente fin de semana

—¿De veras?

—Pues claro que de veras.

Lara miraba a su hermano con la boca abierta y los ojos brillantes.

—¿Seguro que era Paul Lee Hallen?

—Tan seguro como que soy el mejor hermano del mundo.

—¡Ni de coña!

—No se dice esa *palabgota*.

—Coña no es una palabrota.

—Sí lo es.

—No lo es.

—Sí lo e…

—¡Basta! —intervino Mateo.

—Enana, a callar. —Lara colocó un dedo sobre la boca de su hermanita—. Esto es cuestión de vida o muerte —explicó de forma dramática—. ¿De veras que…?

—De veras —la interrumpió Mateo, cansado de darle vueltas a lo mismo. Lara había pasado de las continuas protestas por madrugar, por el frío, porque no tenía ganas de salir, a darle la murga con Paul y la cena que había compartido con él y sus amigos—. Te juro que cené con Paul Lee Hallen, te lo prometo. —Y, mientras decía esas palabras, levantó la mano izquierda del volante.

—¡Dios, Dios, eso es la caña! —exclamó Lara con entusiasmo.

—¿Y eso qué tiene de bueno? —preguntó Inés—. Yo vi *La sigenita* con él. —Se encogió de hombros como si el hecho de estar junto al actor más importante del momento fuera lo más normal del mundo.

—¡¡NO TE CREO!! ¡¡¿DE VERAS VISTE *LA SIRENITA* CON PAUL LEE HALLEN?!!

—Uy, no hace falta *gitag,* no soy *sogda*.

—Pero ¡¿es que en esta familia estáis todos locos?! ¡¿Es que no sabéis quién es Paul Lee Hallen?!

—Le vas a *bogag* el *nombge* —intervino la pequeña entre risas.

—Paul Lee Hallen, Paul Lee Hallen, Paul Lee Hallen. —Lara miraba a su hermana mientras repetía una y otra vez el nombre del actor.

—¡Basta, Lara! —Mateo trataba de desconectar porque entre las dos lo iban a volver loco.

—¿Cuando llegamos? —preguntó Inés por décima vez, sin hacerle caso a Lara, que continuaba con su cantinela.

—Paul Lee Hallen, Paul Lee Hallen, Paul Lee Hallen.

—¡Como no os calléis las dos, nos vamos a casa! —gritó Mateo, tan enfadado que surtió efecto y ambas cerraron la boca.

—Pues por mí, genial —dijo Lara tras esperar los segundos necesarios para que Mateo se calmara, que no eran muchos.

—Yo no *quiego volveg* a casa.

Iban los tres en el coche camino de la casa que Marisa tenía en la sierra, pasarían el día con ella y con Nadia.

Mateo había dejado al frente de su cafetería a Tomi, confiaba en él lo suficiente como para ausentarse un poco más del trabajo, desconectar y así poder pasar más tiempo con sus hermanas.

—¿Me lo presentarás? —interrogó Lara, obviando el comentario de su hermana.

—No —respondió Mateo con contundencia y aún enfadado.

—Yo te lo *pgesento*, es muy simpático —intervino Inés.

—Vaya mierda, siempre me pierdo lo mejor —protestó, molesta—. La enana conoce a Paul y yo, yo, ¿por qué no lo conozco? No es justo. Mi vida es una mierda, y tú tienes la culpa de todo. —Señaló a Mateo, que a partir de la palabra mierda había desconectado totalmente. Conocía a su hermana, ahora venía uno de sus largos discursos catastróficos en los que todo lo malo de su mundo era debido a él. Marisa, la sabia profesora, siempre le decía que lo mejor era no hacer caso, porque Lara estaba en una etapa difícil de la adolescencia y para ella todo era terrible, espantoso. Todos estaban en su contra, todos le tenían manía y, por supuesto, Mateo era el peor, su enemigo acérrimo.

—Hemos llegado —se limitó a decir.

—*Pog* fin. —Inés aplaudió entusiasmada.

—¿Por qué venimos al campo con el frío que hace? —Lara se abrochó la cazadora y se colocó su gorro de lana.

—*Eges* una *pgotestona*.

—¡No me gusta el campo!

—Vamos a estar en una casa, no vas de acampada, así que deja de quejarte.

Los tres se bajaron del auto y caminaron los escasos metros que les

quedaban hasta la puerta de entrada a la finca.

—¡Hala, *Magisa* tiene que *seg gica*! —Los pasos de los tres se habían quedado congelados al contemplar las espectaculares dimensiones de la vivienda y el maravilloso marco que suponía el bosque de altos pinos que la rodeaba.

—No es de ella —le aclaró Lara—, Nadia me contó que el dueño es su papá. Según parece, es un tío muy rico y tiene un montón de negocios.

Apenas tuvieron tiempo de reanudar sus pasos cuando, a la carrera, Nadia salió de la casa y corrió hasta Lara, a la que abrazó efusivamente. Tras ella llegó Marisa, cuya brillante y perfecta sonrisa dejó a Mateo sin aliento.

—Hola, bienvenidos.

Tras los abrazos intensos y los sonoros besos que Marisa les regalaba cada vez que se veían, se encaminaron al interior de la gran villa, que los acogió con el agradable calor que la chimenea dispersaba por toda la sala.

Las tres niñas desaparecieron nada más poner los pies en el salón.

—Lara ha protestado durante todo el camino hasta aquí. No quería venir y, ahora, mírala. —Mateo la señaló. Corría tras Nadia, escaleras arriba, riendo feliz y seguida muy de cerca por la pequeña de la familia.

—Ay, amigo, así son las adolescentes, tan pronto ríen como lloran. Ven, te enseñaré la casa. —Marisa le tendió la mano y él la tomó encantado. Cualquier contacto con ella, aunque fuera ese simple e inocente gesto, le aportaba calidez, hacía que su corazón latiera más deprisa, con más intensidad.

Marisa le mostró la planta baja de la casa, el gran jardín trasero y la piscina climatizada.

—Si te apetece darte un baño, te aseguro que está a una temperatura muy agradable.

—Debe ser muy bonito nadar cuando está nevando. —Se imaginó cómo debería ser contemplar los copos caer sobre el acristalamiento que cubría la piscina mientras el agua te besaba la piel.

—¿Tú también lo crees? —le preguntó con entusiasmo—. Me encanta bañarme cuando cae una buena nevada. John dice que estoy loca, que cómo me apetece meterme en el agua.

Marisa le había hablado muchas veces de su exmarido, John. La separación había sido tan amistosa que aún seguían manteniendo una buena y cordial relación.

—Ven. —Lo agarró de nuevo de la mano y tiró de él para llevarlo hasta la casa—. Te lo voy a presentar.

Tan solo habían dado un par de pasos, pero Mateo clavó los talones en el suelo.

—¿Pre-presentar? ¿A-a-a quién? —preguntó con miedo, pues conocía y temía la respuesta.

—Ay, tontito. —Le revolvió el pelo en un claro gesto cariñoso que a Mateo le molestó de manera especial, pues parecía que estaba tratando con uno de sus alumnos. Así que esquivó su toque y la miró malhumorado—. A quién va a ser, a John —continuó Marisa sin hacer caso a su enfurruñamiento.

—¡¿Está aquí?! —Su voz sonó chillona.

—Claro —contestó Marisa con total naturalidad.

—¡Estás loca! —gritó, molesto.

—Pero… no entiendo a qué viene tanto escándalo. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —interrogó, sorprendida por su desproporcionada reacción.

Fue en ese instante en el que Mateo se dio cuenta de lo rara que debía parecerle su forma de actuar. Entre ellos no existía una relación tan estrecha, no debía afectarle tanto conocer a su ex, pero no podía remediarlo. Era consciente de que sus sentimientos hacia Marisa no eran correspondidos, que ella tan solo lo veía como a un amigo.

«¡Va a presentarme a su ex!».

—Estoy bien, muy bien. —Sonrió, sin ganas pero lo hizo, y emprendió el camino de regreso a la casa.

Entraron en la cocina, donde el agradable aroma de la comida lo obligó a cerrar los ojos y aspirar con deleite. Cuando los abrió de nuevo, se fijó en el hombre que, de manera resuelta, trajinaba entre fogones y sartenes.

Por las hechuras de su espalda, que fue lo primero que vio de él, supo que era fuerte y grande; le triplicaba el tamaño, y eso le hizo odiarlo un poco más. Al girarse, contempló molesto la belleza de su rostro, la blancura de sus dientes, que al sonreír mostraba como en un anuncio de una clínica odontológica, y su rubio cabello, peinado de forma moderna y muy favorecedora.

Como nunca había visto fotos de él, en su imaginación era un hombre feo, pequeño y barrigudo, pero la realidad lo acababa de golpear de forma nada sutil.

«¿Cómo voy a competir con él?», pensó con desesperación. Mateo era también un hombre atractivo, bien formado, resultón con las mujeres, aunque nada que ver con ese Adonis musculado.

—Oh, vaya. Tenía unas ganas tremendas de conocerte —le dijo sin dejar de sonreír mientras se secaba las manos en un paño que llevaba colgado en la cinta del delantal, y le ofreció una a modo de saludo.

«Mierda, será cabrón… Hasta su voz es bonita». Las primeras palabras que había pronunciado hicieron que Mateo maldijera.

«Algo malo tendrá, ¿no? Quizá le huela el aliento».

Mateo obligó a su cuerpo, que lo rechazaba, a tomar esa mano que

John le ofrecía amablemente. Esperaba que fuera húmeda y fría, pero otra vez su imaginación lo engañó. Su palma era cálida, firme y acogedora.

—Ho-hola.

De repente, se encontró entre los brazos del inglés, que le palmeó con fuerza la espalda.

—¡Qué alegría conocerte! —Parecía tan feliz que a Mateo le resultó repulsivo.

«¡Joder, hasta huele bien!».

Marisa los miraba encantada, estaba segura de que se iban a llevar bien.

—La comida casi está terminada —explicó John. Por fin lo soltó y, tras descorchar una botella de vino, sirvió tres copas—. Cariño —Mateo abrió los ojos, sorprendido, al contemplar cómo tras el cariñoso apelativo dejaba un dulce beso en una de las mejillas de Marisa—, ¿puedes ir poniendo la mesa?

La evidente complicidad entre ambos era dolorosa. Tenían tanta química que le entraron las dudas, ¿estarían juntos otra vez? Quizá se habían reconciliado. Se sintió hundido y estúpido, ridículo, tan ridículo que deseaba marcharse, huir.

Marisa, ajena al tiovivo que hacía que los sentimientos de Mateo girasen hasta lograr marearlo, se limitó a asentir.

—Vamos, Mateo —lo alentó, y, de repente, se encontró con una pila de platos sobre sus manos.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, pues las turbulencias de sus pensamientos le habían robado casi la consciencia, ayudó a poner la mesa y, cuando se dio cuenta, se encontró sentado frente a un delicioso y humeante plato lleno hasta el borde de lo que fuera que había preparado John con sus propias manos. Para él, el sabor le resultó amargo; no porque estuviese malo, sino por quien lo había elaborado. Mientras, los demás expresaban su aprobación, y la más efusiva era Inés, que no paraba de exclamar con su vocecilla chillona lo deliciosa que estaba la comida.

—Dime, Mateo. —John se acababa de dirigir a él. Hasta el momento, lo había ignorado, ni siquiera lo había vuelto a mirar tras el saludo efusivo en la cocina—. Te ves muy joven, ¿cuántos años tienes?

El aludido lo fulminó con la mirada. El tema de la edad empezaba a cansarlo. Nunca se había preocupado de esa cuestión hasta que Marisa entró en su vida.

«Los suficientes», pensó mientras se mordía la lengua para no decirlo en voz alta.

—Treinta y seis. —Intentó contestar de forma educada, aunque no le salió muy bien, pues recibió, de soslayo, la mirada reprobatoria de Marisa.

—¡Vaya! —exclamó el inglés—, sí que eres joven. —Entonces clavó la mirada en su exmujer—. ¿Recuerdas cuando teníamos esa edad?

—Pues claro que lo recuerdo —contestó ella al instante.

—Normal —intervino Mateo, enfurruñado—, no hace tanto tiempo de eso.

Una profunda carcajada brotó de lo más profundo del amplio pecho del inglés.

—No te creas, ha llovido mucho, muchísimo. —Continuó carcajeándose, y a Mateo le dieron unas ganas inmensas de darle un puñetazo a esa boca de labios gruesos y carnosos.

«Asco de tío».

—Calla, calla, no me hagas sentir vieja —protestó Marisa, y cortó de lleno la conversación cambiando a un tema menos delicado—. ¿Qué os parece si echamos una partida al Monopoly? —propuso.

—Síííí —contestaron a coro las chicas con entusiasmo.

Entre todos recogieron la mesa y, tras montar el tablero, comenzaron la partida.

—Inés, ¿quieres jugar conmigo? ¿Hacemos equipo tú y yo? —propuso Mateo, pues su hermana era demasiado pequeña para entender las reglas del juego.

—No, de eso nada —John se metió en medio—, Inés será mi pareja, ¿te gustaría?

—Bueno, yo… —La niña los miró a ambos y se encogió de hombros.

—¿Con quién prefieres hacer equipo? —insistió Mateo—. Con tu hermano o con-con… él. —Lo señaló sin disimular su desagrado.

—¿Puedo *jugag* con John? —preguntó la pequeña de manera inocente a Mateo y sin ser consciente del daño que esas palabras le hacían a su hermano.

—Cla-cla-ro. —Se sintió obligado a consentir, aunque lo odiaba, lo detestaba.

«¡Maldito cabrón!».

«¡Traidora!», pensó mientras miraba a la pequeña, que, entusiasmada con la idea de jugar en el equipo de John, se acomodaba sobre sus rodillas.

El juego comenzó y Mateo se concentró en ganar, puso todas sus fuerzas, pero los dados, las cartas que le salían e incluso el resto de los jugadores parecían estar contra él y poco a poco fue perdiendo el dinero, las calles y, con ello, su autoestima frente al que consideraba su enemigo número uno. Porque, según él se quedaba sin nada, John amasaba gran parte de su dinero.

—Vaya, creo que estás en bancarrota. —El pobre Mateo acababa de caer en una de las casillas de John, había recibido la puñalada final, ya no le quedaba nada de nada.

—Todo para *nosotros*. —Inés tomó entre sus pequeñas manos los pocos billetes que le quedaban a su hermano y los colocó delante de ellos—. Y aun así no tienes suficiente paga *pagagnos*. ¡Somos *gicos*! —gritó, entusiasmada.

En los ojos de Mateo brillaba la rabia. Detestaba a ese tipo, no solo porque era guapo, atractivo, simpático y olía bien, sino también porque le había robado a su hermana.

—Oh, vaya —Mateo se llevó la mano a uno de los bolsillos de su pantalón y sacó el móvil—, parece que me llaman…, lo tenía en si-silencio. —Se lo llevó a la oreja—. Hola… Sí, espera. —Tapó el móvil con la mano y se dirigió a los que estaban en la mesa—. Es-es una llamada importante, sal-salgo fuera.

Se puso en pie y caminó hasta la puerta.

—Pero… Pero ¿cómo? —Nadia los miraba a todos sorprendida—. Pero si no tenemos cobertur… —No pudo terminar la palabra, pues su madre le asestó una patada por debajo de la mesa.

Sempiterno

Nada más poner los pies fuera de la casa, tomó aire con fuerza. Era frío, pero necesitaba respirar. Dentro de esas cuatro pareces se sentía tan agobiado que incluso había llegado a pensar que se asfixiaba.

Caminó hasta los asientos de piedra que adornaban el patio y se sentó. Apoyó los codos sobre las rodillas y suspiró.

—Vaya manera de hacer el ridículo —dijo en voz alta. Resopló y soltó una carcajada llena de ironía—. Eres de lo más ridículo.

—No estoy para nada de acuerdo. —La voz de Marisa le llegó cercana. Y lo estaba, no tuvo más que levantar la mirada para poder contemplar los bonitos ojos de la mujer que le había robado el corazón.

Antes de acomodarse a su lado, le puso el abrigo sobre los hombros.

—Pensé que tendrías frío.

—Gracias.

—Dime algo. ¿Qué piensas? ¿Qué es lo que pasa por tu cabeza?

—¿Quieres analizarme como profesora?

—No, quiero saber lo que sientes como amiga.

—No creo que deba…

—¿Por qué?

—Te sorprendería.

—Quizá no lo haga. Quizá te entienda un poco.

—Lo dudo, no me entiendo ni yo. —Una triste sonrisa vistió su boca.

—Me gustaría mucho que confiaras en mí —dijo Marisa tras soltar un suspiro—. No estás bien, Mateo, no lo estás. —Con cariño, acarició un mechón de su cabello.

—¿Yo? —Se movió inquieto—. Estoy bien.

—No, no lo estás. Guardas tu pena y eso no es buen…

—De verdad que estoy bien —la cortó, no la dejó terminar. Lo único que le faltaba era analizar su situación delante de ella.

—Vale, vale, te dejo, pero seguiré insistiendo. No me rendiré nunca.

Mateo resopló.

—Eso me temo.

Ambos terminaron sonriendo.

Marisa llevó una mano hasta una de las mejillas de Mateo. La acarició con dulzura y con tanto cariño que él cerró los ojos y se permitió el lujo de disfrutar de ese inocente toque, sin pensar, sin plantearse lo que estaba sintiendo. Cuando los abrió, descubrió que Marisa lo contemplaba como nunca lo había hecho. Sus ojos expresaban… ¿Sería posible que ella también sintiera las mariposas en el estómago?

—¿Me arriesgo?

Ella asintió a la pregunta de Mateo y esa vez, cuando besó sus labios, Marisa no lo rehuyó y no se limitaron a un rápido choque. En esa ocasión, con el permiso de ella, el beso fue profundo, dulce, intenso.

Marisa enlazó sus manos en la nuca de él y Mateo, tras rodear su cintura, acercó el cuerpo de ella al suyo.

Poco a poco, el beso se fue volviendo más intenso, pasional. Las mentes de ambos estaban tan nubladas por el deseo que no pensaron en que no estaban solos ni en las consecuencias que tendría ese arrebato en su amistad.

Un «Hola» precedido de un carraspeo hizo que sus sentidos regresaran y que se separasen a gran velocidad, pero no la suficiente para que dos ojos negros los hubieran pillado infraganti.

—Jo-John. —Marisa fue la primera en reaccionar, se puso de pie e intentó recuperar el aliento que el beso de Mateo le había robado.

—Siento interrumpir. Si eso, me voy —dijo con ironía.

—No, no, no pasa nada —lo cortó Marisa.

—¿Nada? ¿Seguro que no pasa nada? Según he podido ver, sí que pasa algo.

—No creo que sea de tu incumbencia…

—Lo es —la interrumpió—. ¿No se te ha ocurrido pensar lo que habría pasado si, en vez de ser yo quien os ha encontrado, llega a ser Nadia? Creo recordar que quedamos que nada de meter a nuestra hija en otras relaciones.

—Si eso hubiera pasado, yo lidiaría con las consecuencias. Yo, no tú.

—Es mi hija.

—Y es mi vida.

—No creo que deba meterme, pero… —Mateo intentó intervenir.

—Pues no, la verdad, no debe meterse. —El que comenzase a hablarle de usted reflejaba lo molesto que John se encontraba—. Es más, creo que lo mejor que podría hacer es irse y dejarme a solas con mi exmujer.

—Tu exmujer, tú lo has dicho. Y, como soy tu ex, él se queda y tú te vas.

—Es mi casa.

—Vale, pues nos iremos nosotros.

Marisa hizo intención de caminar hacia la casa, pero John la detuvo agarrando una de sus muñecas.

—No me puedo creer que estés con él. —Señaló a Mateo con asco —. ¿Qué haces con un chico tan joven?

—No creo que te importe. De verdad, John, de verdad que no te reconozco. Pensaba que tenías claro que entre tú y yo no habrá nada nunca. Nunca.

—Yo solo pienso en mi hija. ¿Qué futuro tendrá si su madre sale con un chico tan joven?

—Uno mejor que el que tendrá junto a un hombre celoso como usted, señor —intervino Mateo, cansado de escuchar tonterías.

John, de repente, rompió a reír a carcajadas.

—¿Crees que estoy celoso? —Y, de nuevo, señaló con uno de sus largos y finos dedos a Mateo—. ¿De ti? ¿De ti, pipiolo?

—¡¿Pipiolo?! —Mateo lo miró con ira. El insulto era de lo más insustancial que había escuchado en su vida, pero el significado le dolía porque intentaba ridiculizarlo.

—¿Sabes lo que significa esa palabra? —lo interrogó con ironía.

—Por supuesto que lo sé, como sé que usted está muerto de celos y está usando a su hija para hacerle daño a Marisa. Soy joven, por supuesto que lo soy, pero es usted, señor, quien está actuando como un niño. Así que usted es el pipiolo, usted es el inmaduro. —Tomó aire con fuerza para continuar—. Sé que no hemos hecho bien, que no hemos pensado en las chicas, pero dígame, señor: ¿usted nunca se ha dejado llevar? ¿Nunca ha tenido tanta necesidad de algo que la mente lo ha cegado? Repróchenos que nos hayamos besado sin tener en cuenta que las niñas han podido vernos, pero no que yo sea joven,

porque eso no es una tara. —Y, sin más, se levantó y caminó de vuelta a la casa.

34

Vivir con diferentes personalidades es un mecanismo de defensa para sobrevivir en este mundo cruel.

Kill me, heal me (K-drama)

Aquella noche se entregaban los premios de la revista *Men´s Health*, de la que Lee había sido portada en el mes de enero y que, gracias a los votos de lectores y trabajadores de la prestigiosa revista, había quedado como finalista al cuerpo más escultural. Esa misma noche se daría el premio al ganador. Paul estaba nominado junto con un cantante y un famoso presentador de *reality*, ambos muy queridos por el público. Era muy complicado alzarse con el primer puesto, pues la competencia era dura y él, realista: a la inmensa mayoría, sus marcados rasgos asiáticos no les resultaban atractivos.

A pesar de no ser para nada partidario de los concursos de belleza, se había prestado, primero como portada y después como posible ganador, porque todo ese espectáculo era propaganda gratuita y porque Amanda deseaba verlo en la revista por el prestigio que le reportaba.

Sandy estaba nerviosa, nunca había estado en un evento de tal magnitud. Aunque solo iba como colaboradora de Lee, como empleada, el poder vivir *in situ* algo así le resultaba de lo más excitante.

Se miraba en el espejo de casa y no reconocía su imagen. El vestido que llevaba era lo más bonito que había visto nunca.

Aquella misma mañana, Lee la había llevado de compras. Con su tarjeta, compró todo lo que necesitaba para esa noche tan especial sin importarle el precio, ni siquiera lo miraba, y ella se dejó mimar sin sentir ni un ápice de culpabilidad. «¡Qué leches, me lo merezco», se dijo.

Se sintió agasajada, como si ella también fuese alguien importante y no una simple asistente. Junto a Lee, en cada tienda en la que entraban, los dependientes se desvivían hasta hacerla sentir incómoda.

El resultado final, la imagen que el espejo le devolvía, era

espectacular.

Condujo hasta la casa de Lee y, cuando entró, se lo encontró preparado y sentado en el sofá.

Toqueteaba su móvil y ni tan siquiera la miró.

—Sonrisas, ya era hor… —Su protesta se cortó de golpe al elevar la mirada y contemplarla—. ¡Vaya, es-estás preciosa!

El piropo que le lanzó dejó a Sandy boquiabierta.

—Ostras, Lee, ¿te encuentras mal? —Corrió a su lado y le tocó la frente en busca de fiebre.

Él puso los ojos en blanco y, de un manotazo, le apartó la mano.

—No sé a qué viene esa tontería —contestó, molesto.

—Lo primero: estás vestido. ¡Has sido capaz de vestirte tú solito! —exclamó de manera exagerada—. Y lo segundo: me has dicho un cumplido. —Se llevó de forma dramática la mano al corazón.

—Déjate de tonterías y vámonos, que no quiero llegar tarde.

Sempiterno

El espectáculo estaba a punto de comenzar. El gran salón donde tendría lugar la gala comenzaba a llenarse con los invitados: actores de renombre, propietarios de las mejores marcas de cosméticos, de ropa, futbolistas, diseñadores famosos, modelos… Todos tenían su asiento asignado.

Amanda entró en la sala asignada a Lee, donde lo maquillarían y esperaría hasta el inicio del programa.

En cuanto la vio entrar, se puso en pie; no con el fin de saludarla, ellos jamás lo hacían, más bien lo hizo para que pudiese apreciar con total claridad lo que se había puesto. Era absolutamente consciente de que le molestaría sobremanera, era su pequeña e, incluso podría decirse, infantil manera de protestar. Pretendía decirle: voy a actuar en tu farsa, pero de paso te fastidiaré un poco. Para su querida madre, el fin verdadero de aquella gala no iba a ser la entrega de premios, eso para ella no tenía ninguna importancia. El verdadero espectáculo sería ver a Lee junto a su novia, Marcella O´Hara. Tras su rueda de prensa, era lo que estaba esperando la opinión pública, que no terminaba de creerse el romance; así que Amanda mataba dos pájaros de un tiro: tendría publicidad sobre sus dos estrellas y, además, proclamaría el amor de la pareja intentando limpiar la mala fama de la actriz.

—Pero-pero… ¿qué narices…? —Amanda miró a Lee de arriba

abajo con una expresión entre estupefacción y enfado.

—¿No te gusta mi *look*? —Paul sonreía malicioso, se giró exhibiendo su traje con orgullo.

Sandy contemplaba la escena sin entender qué era lo que estaba pasando. Lee se veía tan espectacular como siempre. ¿Sería porque no vestía de la manera convencional? La verdad era que el traje era un tanto extraño, nunca había visto un diseño igual, pero con él se permitían el lujo de romper los estereotipos. Lee era famoso por ser vanguardista con respecto a la moda. Le gustaban los diseñadores modernos y que rompían las normas. Amanda debería estar acostumbrada, porque nunca vestía como marcaba la etiqueta. Sin embargo, en esa ocasión, se la veía muy molesta.

—Creí que odiabas todo lo relacionado con Corea —le espetó.

—No, madre, tú eres la que lo odia.

Amanda clavó los ojos en él durante un par de segundos y, con paso rápido, se marchó, dejándolos solos en la sala que los acogería hasta que comenzase la entrega de premios.

Lee se sentó para que la maquilladora continuase con su trabajo y Sandy se colocó a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, curiosa.

—A mi madre no le gusta mi traje.

—Pues yo te veo espectacular —soltó sin filtro—, ¿es porque no llevas el típico traje?

—No, no es por eso. Este traje es de Leesle Hwang, una diseñadora coreana.

—¿Y qué?

—Es un *hanbok*.

—¿Y?

—Es el traje tradicional coreano y mi madre odia todo lo relacionado con Corea.

—Y por eso te lo has puesto —afirmó—, te gusta molestarla.

—Esa es una de las razones. La otra, y más importante, es que me gusta el diseño y quiero que todo el mundo vea lo orgulloso que estoy de mis raíces. Estoy cansado de que Amanda extienda un rumor que no es cierto.

La maquilladora dio por terminado su trabajo y él se puso de pie.

Sandy repasó de nuevo la original imagen de Paul. La chaqueta cruzada, de un intenso azul marino, se anudaba con un lazo a un lado y a la altura de su pecho. El cuello era una gruesa banda con un fino reborde blanco que destacaba y que parecía abrazarlo entre sus líneas. Los pantalones eran del mismo tono y anchos. El conjunto destacaba y le quedaba perfecto. Seguramente sería de los *looks* más comentados de la noche.

—¿Estás preparada? —le preguntó Lee.

—Sí.

—¿Nerviosa? —la interrogó al ver que le temblaban las manos.

—Mucho, ¿y tú?

—¿Yo? No, ¿por qué debería estarlo?

—No sé, ¿quizá porque puede que te den un premio? ¿O quizá porque vas a ser el centro de atención? —ironizó.

—Bah, tonterías. Estoy acostumbrado a esas cosas, ya no me afectan lo más mínimo. —Y, sin más, la tomó de la mano y tiró de ella hacia la salida.

La mesa que tenía asignada Lee estaba cerca del escenario, junto al resto de los nominados, y por supuesto al lado de Marcela, que lo esperaba para atravesar las puertas juntos.

—*Hello,* Lee —dijo Marcela, y él se limitó a hacer una pequeña inclinación a modo de saludo.

Todo estaba perfectamente cronometrado: el segundo exacto en el que entrarían en la sala, los pasos que darían hasta llegar a la mesa, la manera en la que Marcela se agarraría a su brazo, las sonrisas que le lanzaría e incluso el par de besos que, de forma natural, le daría estaban escritos en el guion. Lee se limitaría a llevar a cabo todo lo que la organización había marcado. Para él era una actuación más, un papel a representar.

Estaba parado ante las puertas cerradas, esperando el instante en el que el presentador los nombrase para entrar, cuando escuchó al hombre encargado de acompañarlos y que pertenecía a la organización hablar con Sandy.

—Usted no puede entrar, se quedará en allí, en esa zona —le dijo mientras le indicaba con un dedo dónde tendría que quedarse.

Lee contempló a Sonrisas, la desilusión pintada en su mirada le rompió el corazón.

—Busque un sitio para mi ayudante —ordenó Lee con los ojos clavados en el organizador.

—No puede ser, señor, ella no puede… —Calló de golpe al ver la mirada asesina de Paul.

—No entraré en esa sala a no ser que le busque un buen sitio a mi ayudante. Tiene que estar cerca de mí por si la necesito. —Sus palabras eran una sentencia en firme. Nadie se atrevería a oponerse a lo que la mayor estrella del momento solicitara, y así fue.

El pobre organizador, que tan solo cumplía órdenes, usó su *walky* para ponerse en contacto con un superior.

—Paul Lee Hallen se niega a entrar hasta que su ayudante no tenga un buen sitio cerca de él —susurró a quien Sandy supuso que sería el jefe de todo ese tinglado. Y, por supuesto, todo el personal se movilizó para hacerle un lugar privilegiado a la ayudante personal de Lee, una mundana mujer que no paraba de sonreír, pues por fin estaba allí,

sentada cerca de la mesa de Lee, en todo el meollo del evento, disfrutando de las mejores vistas entre famosos.

Pero Sandy no pudo disfrutar de lo que estaba viviendo, pues sus ojos permanecía fijos en él. Le dolía ver que era una marioneta en manos de Amanda. Lo hacía muy bien, se le notaban las tablas, representaba el papel de enamorado y, con cada arrumaco, con cada beso que Lee le daba a Marcela, el corazón de Sandy se rompía un poco más.

Le habría encantado ponerse en pie, obligarlo a marcharse de allí. Le habría encantado gritar a todos que él no era solo un actor, un objeto de uso y disfrute, que era un hombre y que como tal debían tratarlo. Pero nada podía hacer, porque Lee era quien debía gritar un «Basta» alto y fuerte. Era él quien debía imponer su criterio, sus deseos, y no lo hacía. Había vendido su vida privada por un papel en una película. ¡Qué ridículo!, ¡qué triste!

Sandy intentó seguir la gala y dejar de torturarse. Nada podía hacer, tan solo intentar apoyarlo, consolarlo cuando estuvieran a solas y mostrarle que la vida era algo más que trabajo.

Llegaba el momento álgido y el presentador tomó la palabra:

—Y el ganador de este año al mejor cuerpo es… — Para crear expectación estuvo unos segundos en silencio—. ¡Paul Lee Hallen! — anunció a voz en grito.

Sandy no pudo remediarlo: chilló emocionada y se puso en pie para aplaudir.

A Lee lo pilló por sorpresa. Por nada del mundo se lo había imaginado, no estaba preparado, lo descolocó tanto que no sabía qué hacer, cómo actuar. Todo eso se salía del guion. Por primera vez en su vida, sintió la necesidad casi dolorosa de ocultarse bajo la mesa. Quería desaparecer. Las miradas de los asistentes se clavaban en él y lo incomodaban. Lee no estaba acostumbrado a las sorpresas, a lo inesperado, toda su vida pública —e, incluso en algunas ocasiones, la privada— estaba programada al milímetro. Se sintió tan perdido que buscó ayuda y lo hizo en la única persona en la que empezaba a confiar. Miró a Sandy, ella aplaudía feliz.

Marcela le dio un abrazo y su cuerpo la rechazó, ya no estaba metido en el papel.

—Ve —vocalizó Sandy—. Vamos, sube. —Le señaló el escenario.

Lee pestañeó un par de veces y, poco a poco, recuperó la cordura. Como buen profesional que era, consiguió reponerse y, de nuevo, se metió en el papel.

Subió los tres peldaños que lo separaban del escenario, donde el presentador lo esperaba con una discreta placa.

Apenas podía hablar, no por la emoción —ese premio no le aportaba nada—, sino porque no tenía preparado un discurso. ¿Quién

iba a pensar que él sería el ganador? ¡Nadie, nadie apostaba por Lee! Por primera vez en su vida, balbuceó unas pocas palabras de agradecimiento con la mirada clavada en su ayudante. Fueron sus ojos y su sonrisa los que lo ayudaron a recuperarse y a pronunciar un «Gracias» con voz tímida. Si ella no hubiese estado en esa sala, se habría encontrado en su serio aprieto, habría hecho el mayor ridículo de su vida. Sonrisas fue el ancla que lo amarró y la mano que tiró de él para sortear esos segundos en los que todas las miradas estuvieron clavadas en él. Se bajó de manera apresurada, incluso trastabilló.

Más tarde, Amanda lo amonestaría por no utilizar esos minutos de gloria para hacer propaganda de sus trabajos, por dar esa imagen torpe. Pero le daba igual. Lo único que deseaba era meterse en su casa, desaparecer de allí lo antes posible. Quería que toda esa gente dejase de mirarlo, que los focos desapareciesen, dejar de ser el protagonista de algo que no había pedido. Por primera vez en su larga carrera, Paul era consciente de su deseo de cortar las cuerdas que lo manejaban y le pesaban como cadenas de hierro.

Su corazón latía veloz. Una gota de sudor frío resbaló por su espalda e intentó tragar el nudo que le atenazaba la garganta. Cerró los ojos nada más sentarse de nuevo en la posición que debía ocupar, tras saludar a los presentes con una inclinación de su cuerpo y una sonrisa forzada.

«Tengo que recuperarme, debo recuperarme. Por favor, necesito…», su voz interior quedó en total silencio cuando notó la mano de Sonrisas sobre su hombro.

—Todo está bien —le susurró al oído—. Respira, respira con calma.

Sandy lo había estado observando, parecía conocerlo tan bien que incluso era capaz de escuchar el grito silencioso de Lee pidiendo ayuda, así que no se lo pensó dos veces. Quizá su acercamiento podría verse extraño a ojos de los presentes y de los periodistas, pero no le importó. Tan solo quería prestarle la ayuda que él necesitaba en ese momento, así que, en cuanto lo vio sentarse, se aproximó a él. Usó como el excusa tomar la placa de Lee, ya que, como su asistente, tenía que hacerse cargo de esas cosas.

Lee le sonrió. Había logrado recuperarse gracias ese simple toque, a esas palabras de aliento, y regresó a su papel. Tomó aire con fuerza mientras cerraba los ojos y, cuando los abrió, Paul Lee Hallen, el actor, había regresado y silenciado a Lee, el hombre.

No pudo escabullirse como él quería; tuvo que hacerse fotos, saludar a muchos de los presentes. Recibió besos, toqueteos que lo incomodaban, y aguantó con resignación. Lo trataban como si fuese un objeto, y a pesar de que siempre había sido así, no sabía muy bien los motivos, empezaba a estar cansado, más de lo debido.

Cuando por fin se vio dentro del coche, alejado de focos y miradas, sus ojos se anegaron. Suspiró con fuerza y se acomodó.

El teléfono sonó. Sonrisas lo portaba dentro de su bolso y, antes de tendérselo, miró de quién era la llamada.

—Es Amanda —le dijo.

—No, ahora no —suplicó, y ella lo devolvió al bolso. Se le veía agotado y, por supuesto, era su prioridad. ¡Que le dieran a la bruja!

—¿Estás bien? —Sandy lo miró a través del espejo retrovisor.

—Sí, sí, ahora estoy bien.

—¿Nos vamos? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí, por favor, llévame a casa.

El telón acababa de caer. Junto a Sonrisas no tenía que disimular, no tenía que actuar.

—Gracias por…

Sandy se sobresaltó al escuchar sus palabras, pensaba que, agotado, se había quedado dormido.

—No ha sido nada.

—Sí, lo ha sido, para mí lo ha sido.

35

No sé cuándo empezó, si desde el principio, ayer u hoy. Pero hay algo de lo que estoy seguro: quiero verte siempre.

Oh My Ghost (K-drama)

Un torbellino de alegría, de frescura, entró en su dúplex nada más abrir la puerta.

—Hola, hola, holiiita. —Marisa, como era su costumbre, lo abrazó y, para su absoluto asombro, tras mirar hacia todos lados intentando cerciorarse de que nadie los estuviera mirando, lo besó. Fue un rápido contacto de labios, tan fugaz que Mateo se quedó paralizado.

«Me ha besado, me ha besado, me ha besado, me… », su mente no salía de su asombro.

Las cosas habían quedado muy tensas después de su visita a la casa de la sierra. Tras la breve y tirante discusión con el ex de Marisa, se marcharon y desde entonces no habían hablado ni una sola palabra, ni tan siquiera por WhatsApp.

—¿Estás solo? Imagino que las chicas estarán en clase.

Mateo asintió.

—Pues genial. —Y allí, en la entrada, sin darle opción ni siquiera a cerrar la puerta, lo asaltó de tal manera que Mateo terminó con la espalda contra la pared y Marisa entre sus brazos arrasando su boca con besos febriles.

—Pe-pero —logró balbucear cuando ella lo soltó, separó sus labios y consiguió tomar una gran bocanada de aire.

—Vamos. —No le dio alternativa a negarse, pues, tomando una de sus manos, tiró de él para conducirlo hacia el salón.

De repente, detuvo sus pasos, lo soltó, corrió hasta la puerta y la cerró.

—No queremos que entre un ladrón —le dijo entre carcajadas.

Volvió a agarrar esa mano que él había dejado caer inerte cuando ella la había soltado y se vio arrastrado por el tsunami Marisa escalera arriba.

—¿Qué pasa? ¿Dónde…? —Dejó su última pregunta a medias, pues

no tuvo dudas de hacia dónde se dirigían cuando ella, tras subir las escaleras que conducían a la planta de arriba, encaminó sus pasos hacia la habitación de Mateo.

Traspasaron la entrada y su respiración se volvió errática solo de pensar en lo que iba a suceder, en lo que Marisa le proponía con hechos, sin necesidad de usar las palabras.

La primera prenda que cayó al suelo fue el abrigo de ella. Tras él, pieza a pieza, el resto de la ropa quedó esparcida sobre la alfombra.

Mateo no podía dejar de contemplar cómo la blanca y perfecta piel de ella iba quedando al descubierto. Estaba tan nervioso, tan increíblemente sorprendido, que no era capaz de mover ni un solo dedo. El antiguo Mateo se habría lanzado, habrían sido sus manos las que la hubieran desnudado con prisa, sin cuidado. Pero, ahora, era un hombre nuevo, la vida lo había obligado a ser paciente, a pararse y pensar antes de actuar.

—Marisa…, yo… —susurró con la voz quebrada por la emoción, por las ganas.

—Shhh. —Se le acercó hasta quedar frente a él, a tan solo un suspiro de distancia—. No digas nada, todo está bien, va a estar bien.

Cogió sus manos y, con cuidado, lo llevó hasta la cama. Con un gesto simple y rápido, le indicó que se sentara, y él obedeció.

Se colocó entre sus piernas y lo abrazó.

Mateo sintió el cuerpo desnudo de esa mujer, de la que sin darse apenas cuenta se había enamorado, envolviéndolo con dulzura, con tanto cariño que sus ojos se anegaron.

En un principio, no la tocó. Temía hacerlo, pues todo lo que estaba sucediendo parecía más un sueño que realidad y temía que, si le ponía un solo dedo encima, ella se evaporaría. Fue la propia Marisa quien, tras tomar sus manos, las colocó en su propia cintura, sobre su piel y de ahí a sentir cómo él la abrazaba, cómo acariciaba su espalda, fue cuestión de un simple pestañeo.

—No sé si voy a poder —le dijo él con voz entrecortada.

—No hace falta que hagas nada que no quieras hacer. —Se separó de su cuerpo y le sonrió. Sin prisa, con calma, lo ayudó a desnudarse.

En ningún instante dejaron de mirarse a los ojos. La conexión era tan intensa que incluso esa química que ambos desprendían por los poros de su piel se podía oler, ver.

Ya desnudos, se acostaron uno frente al otro, esa vez sin tan siquiera rozarse.

—Yo…

Ella le tapó la boca con dos de sus dedos en una clara petición de silencio.

—La diferencia de edad es grande. —La apreciación de Marisa, por supuesto, no era necesaria; ambos lo tenían muy claro.

—No me importa —le dijo tras asentir.

—Quizá ahora no lo haga, pero los años pasan rápido.

—Lo sé, pero no puedo… Ya no me imagino una vida larga sin ti, prefiero una corta a tu lado.

Los ojos de Marisa se llenaron de lágrimas.

—¿Y tus hermanas? Ellas son tu prioridad.

—Siempre lo van a ser.

—¿Entonces?

—Quiero intentarlo, si tú lo quieres también.

—¿Estás cómodo así, desnudos?

—Sí. —La acercó a su cuerpo.

Las suaves caricias llevaron a los besos y estos, a toques más intensos. El calor que sus cuerpos desprendían, la necesidad de sentirse se fue incrementando.

Ambos recorrieron el cuerpo del otro con la boca, con las manos, sin prisa, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, como si los relojes se hubiesen detenido y el resto del mundo también. No importaba nada, tan solo despertar las ganas de Mateo, y Marisa lo había logrado sin apenas esfuerzo. Lo ayudó a olvidarse de todo, del pasado, del presente y del futuro.

Mateo casi lloró de alegría cuando esa parte de su cuerpo, esa que no funcionaba como antaño, despertó. Cuando entró en ella, se meció torpemente, como si el tiempo en sequía le hubiese devuelto la virginidad. Deseó llorar, sacar todo el peso de su corazón mientras la amaba, mientras se movía en su interior. Pero, como le había sucedido en aquel nefasto día, ese que cambió todo su mundo, no pudo hacerlo. Sus ojos cargados de lágrimas parecían tener potentes diques que impedían que cayeran libres. Así que se limitó a clavarse los dientes en el labio inferior para acallar los sollozos que pugnaban por salir y ocultó su faz enterrándola en el cuello de Marisa.

Por primera vez en su vida, fue generoso en el sexo, buscó el placer de ella, y no fue hasta que sintió y escuchó cómo alcanzaba el orgasmo que no intentó liberarse. Pero, cuando sintió el primer coletazo que lo llevaría a su propia liberación, todo se desinfló y comenzó a sentirse agobiado. Incluso parecía que el aire había abandonado sus bronquios, la habitación, pues, por más que boqueaba, no lograba que sus pulmones se llenaran. Así que se vio obligado a separarse de ella de manera brusca y correr hacia la ventana en busca del preciado oxígeno.

La primera bocanada de aire helado que entró por la ventana le hizo toser, sus ojos lagrimearon y una fuerte punzada en el corazón lo obligó a doblarse hasta quedar en cuclillas sobre el suelo.

—¡Mateo! ¡Dios mío, Mateo! —Marisa corrió a su lado. Asustada, intentó que él le permitiese ver su cara, pues la rehuía. La había

colocado entre sus piernas, resistiéndose a que lo contemplara así, hundido, perdido.

—Ve-ve-te, por favor. —Su voz sonaba tan débil que Marisa apenas entendía lo que le estaba diciendo.

—Mateo, Mateo. ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó, impotente.

—Por favor, déjame solo, por favor, por favor, necesito estar solo. —No la miró, pero sus palabras sonaron altas y claras.

—Está bien. —Marisa se puso de pie, lo contempló por un breve instante y cedió a sus deseos. Lo dejó solo. Le dolía hacerlo, pero sabía que él lo necesitaba—. Te espero abajo. Tómate tu tiempo, no me iré a ningún lado hasta que hablemos. —Su voz sonó calmada, de nada serviría que él viera lo angustiada que estaba, lo preocupada que se encontraba. Tomó cada prenda de su ropa y caminó hasta la salida.

Nada más escuchar que la puerta se cerraba, Mateo elevó la mirada y contempló el lugar por el que ella acababa de irse. Agradeció en silencio que no hubiera insistido. Necesitaba recuperarse, pero solo, sin los ojos de Marisa mirando lo destrozado que estaba.

Se quedó un rato quieto, con la mirada clavada en la superficie de madera. Los ojos le seguían doliendo por la necesidad de romper, de llorar y soltarlo todo. Se concentró en la respiración, inspiró y espiró una vez. Dos veces. Tres… Mientras contaba, llenaba y vaciaba por completo sus pulmones. Bloqueó su mente. Tenía que recuperarse, debía hablar con Marisa.

—Basta, basta ya —rogó a su mente.

Le costó ponerse de pie, pero tras un par de intentos lo logró. Recogió del suelo el pantalón de felpa, su bóxer y el jersey de lana. Sin prisa, se vistió mientras continuaba con su lucha por recuperar la respiración, la cordura y el latido de su corazón.

Si vestirse y cubrir su cuerpo desnudo le supuso mucho esfuerzo, abrir la puerta y bajar las escaleras fue aún más difícil. Pero Mateo no era un cobarde, no se escondía. Todo lo que había vivido lo obligaba a afrontar la vida, a luchar sin descanso, y eso en eso no sería menos. Merecía la pena, la merecía y mucho.

Bajó peldaño a peldaño con temor, no quería perderla y su muestra de debilidad le preocupaba. Quizá a ojos de ella resultase patético el comportamiento que acababa de tener; desde luego, a los de él, era lo más vergonzoso que había vivido. Se sentía pequeño, casi diminuto. Tal vez ella pensara que era muy infantil, que no necesitaba tener a su lado a un hombre tan roto. Seguramente huiría, lo dejaría cuando apenas acababan de comenzar.

Paró su descenso y sacudió la cabeza intentando deshacerse de tanto pensamiento negativo. Marisa no era así. Ella era especial, única, no lo juzgaría ni se alejaría de él por un simple gatillazo.

Continuó su descenso con un poco más de fuerza.

—O quizá…, tal vez… le parezca un estúpido. —Sus pasos se congelaron de nuevo.

—¡Mateo! —Escuchar su voz pronunciando su nombre lo ayudó a seguir adelante, a caminar hacia la cocina. Y allí se la encontró, cruzada de piernas, sentada sobre la isla y vestida. La contempló y al instante todos sus miedos se esfumaron. Frente a él, a sus ojos, era la mujer más bella que había contemplado en su larga vida de conquistas —. Prepara algo de comer —le dijo con una gran sonrisa pintada en la boca.

—No-no son más de las once —le replicó tras mirar el reloj de pared—. ¿No crees que es muy pronto para comer?

—Quien dice comer, dice redesayunar.

—¿Redesayunar?

—Ajá.

Mateo soltó una carcajada.

—Te has inventado esa palabra.

—Puede.

Caminó los pocos pasos que lo separaban de ella.

—Eres la única que logra que olvide… Tras una situación de lo más incómoda, has conseguido que me ría a carcajadas. —Apoyó las manos en la encimera, una a cada lado de las caderas de Marisa.

—Soy única, única para ti. —Envolvió el cuello de Mateo con sus brazos y lo atrajo hasta que sus labios conectaron—. Uhm, besas muy bien —susurró contra su boca—. Pero quiero algo de redesayunar. Quiero que cocines para mí.

Lo alejó con un suave empujón.

—Uff —rezongó Mateo—, no soy buen cocinero…

—No pongas excusas.

—Está bien. Prepararé mi especialidad.

Y se puso manos a la obra bajo la atenta mirada de Marisa.

—¿Qué vas a hacerme?

—Ya lo verás, no seas impaciente.

Sacó huevos, mantequilla, jamón york y queso de la nevera, y un paquete de pan de molde de uno de los armarios.

—¿Vas a hacer un sándwich? —Arrugó la nariz expresando su disconformidad.

—Pero no es un sándwich cualquiera, es mi espe…

—Sí, sí, tu especialidad, pero no deja de ser un simple sándwich.

—Cuando lo pruebes, me dices. Ahora, a callar.

Tras remangarse, comenzó a batir un par de huevos. Colocó la sartén al fuego y, cuando se calentó, puso un poco de mantequilla, que al instante se derritió. Vertió los huevos batidos y elaboró una perfecta y redondita tortilla. Antes de que se cuajara, colocó el pan de molde

sobre ella. Estaba empapado, porque lo había remojado en los huevos.

Encima del pan, colocó el queso y el jamón york.

—Te ves tan *sexy*. —Las palabras de Marisa lo sacaron de su tarea.

—¿Cómo?

—Que te ves muy *sexy* cocinando para mí.

—¿De veras?

—De veras.

Se miraron sonrientes, en ese instante, incluso felices.

—Creo que me voy a apuntar a un curso de cocina. —Asintió y continuó trabajando—. Aquí tienes, saborea la especialidad de la casa.

Puso el plato con el sándwich recién hecho sobre la superficie de la isla y Marisa, tras un suspiro de aceptación, pues el aroma era delicioso, se bajó. Se acomodó en una de las banquetas, cortó un gran pedazo y se lo llevó a la boca.

—¡Cuidado, que quema! —Mateo no llegó a tiempo de advertirle. Ella, entre soplidos, mordisqueaba y se quejaba.

—Quema, quema, quema —decía pero sin dejar de masticar—. ¡Uhmm, uhmm, uhmm! —exclamó con auténtico deleite mientras lo miraba con los ojos muy abiertos cuando el calor del alimento dejó de molestar y pudo paladearlo.

—¿Qué, tenía razón?

Troceó otro pedazo y, sin esperar a que se enfriase un poco, se lo llevó a la boca.

—Está delicioso. Delicioso. Eres el mejor haciendo sándwiches.

—Y tú eres una exagerada. —Pellizcó su nariz con cariño—. ¿Cómo es que no trabajas?

—He pedido el día libre.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. —Paró de comer y lo miró con intensidad—. No he podido dejar de ver tu imagen en mi cabeza. —Se señaló la parte aludida—. Me encantó cómo hiciste frente al comportamiento infantil de John. Luego, mantuve una larga charla con él. Se llevó un buen rapapolvos por su forma de tratarte. Me costará perdonarlo, pero lo haré como siempre que mete la pata, porque es el padre de mi hija y en el fondo es buen tipo. Por cierto, te llamará para pedirte disculpas.

—No es necesa…

—Sí que lo es —lo interrumpió. Entonces apoyó un codo sobre la encimera y le guiñó un ojo—. Cada vez que recuerdo las palabras que le dijiste… Uhm, guau… Me puso mucho cómo le contestaste. En ese instante me di cuenta de que quería, de que deseaba… —meditó sus palabras y rectificó—: de que te deseaba.

Por primera vez en su vida, las mejillas de Mateo se pusieron rojas.

—Un precioso tono sonrojado, señor Costas —le dijo Marisa, y él, que estaba de pie al otro lado de la isla con las manos apoyadas sobre

el mármol, agachó la cabeza.

—Mi padre se llevaba ocho años con mi madre —soltó de golpe.

La sonrisa de Marisa se congeló al instante. Lo contempló muy seria y expectante. Si él había pronunciado esas palabras, era porque por fin se estaba abriendo, por fin empezaba a soltar la mochila que cargaba sobre sus hombros.

—Antes de…, de irse hablamos por WhatsApp. —Sonrió—. Dedos torpes, lo llamaba —De repente, su semblante se transformó y la sonrisa se esfumó de su boca, de sus ojos—. ¿Sabes una de las últimas cosas que me dijo?

Marisa negó, no debía pronunciar palabra, por nada del mundo quería romper la conexión que tenían en esos momentos.

—Me dijo que no me casara con una mujer más joven que yo. —Soltó una risa que oprimió el corazón de Marisa, pues no expresaba regocijo, sino pena, una que traspasaba, que dolía—. ¿No crees que es irónico? ¿No piensas que el destino es un hijo de puta?

Necesitaba hacer algo, romper el instante que él mismo había creado pero que en ese momento le resultaba asfixiante, demasiado intenso. Así que se dio la vuelta, tomó el estropajo y comenzó a limpiar la sartén que había utilizado. Pero Marisa reaccionó con prontitud, no pensaba dejarlo ir ahora que por fin él comenzaba a abrirse.

Le quitó la sartén y el estropajo y, en su lugar, colocó sus manos.

—Once —le dijo.

Mateo arrugó la frente, sorprendido.

—¿Once?

—Sí, nosotros nos llevamos once. Son bastantes, ¿verdad? ¿Qué crees que te diría tu padre?

Mateo cerró los ojos, pensar en él dolía de manera intensa.

—Que adelante —contestó con determinación, con valentía.

—Pues creo que debemos hacerle caso.

—Debemos.

Mateo acababa de recuperar la sonrisa y ella lo besó.

—Estás muy guapo cuando sonríes. —Y, tras expresar en voz alta y clara lo que le provocaban sus labios, regresó frente a su sándwich y siguió comiendo como si allí no hubiera pasado absolutamente nada —. Háblame de tus padres, cuéntame cosas de ellos.

Y así, de forma natural, Mateo comenzó a narrarle la historia de las dos personas que más había amado y que había perdido de una forma tan brusca que apenas lograba hacerse a la idea. No podía superar que ya no estuvieran con él sermoneándolo, apoyándolo, cuidándolo. No, no podía, pues aún no lo asumía.

36

Todo el mundo comete errores, pero no todos toman responsabilidad sobre ellos. Solo los valientes pueden hacerlo.

Itaewon Class (K-drama)

—¡Ya estoy en caaasaaa! —Nada más poner los pies en la habitación, escuchó el sonido de la ducha—. ¡Ni se te ocurra salir desnudo! —gritó por si las moscas, con Lee nunca se sabía lo que podía suceder—. ¡No tengo ganas de volver a ver tu cosa!

Entró en el vestidor y se sumergió entre las perchas buscando lo que él se pondría esa fría mañana.

La agenda marcaba ese día como el destinado para las fotos que usarían en los carteles de la nueva serie que iban a grabar en pocas semanas y el vídeo promocional, así que Paul iría vestido con ropa cómoda, pues en el estudio tendrían preparada la que usarían en la sesión de fotos.

Se decidió por un vaquero negro ajustado que le marcaba sus perfectos glúteos y un jersey grueso de cuello alto y largo que los taparía.

—Las fans se quedan sin ver el trasero de Paul Lee Hallen —se dijo con regocijo—, pero yo si lo veré. Ventajas de ser su asistente.

—¿Qué murmuras, Sonrisas?

Lo escuchó a su espalda y, cuando se giró, se lo encontró en calzoncillos.

—¡Pero-pero…! ¿Qué haces? —Se tapó los ojos con las manos.

—No estoy desnudo, no se ve mi cosa.

—Pero ¡tampoco quiero verte así!

—No seas tan puritana, Sonrisas, ni que fuera la primera vez que me ves desnudo.

—Nada, nada —disimuló, nerviosa—. Solo digo que nunca más aparezcas de sopetón.

—¿Te he sobresaltado? ¿Querías estar preparada para ver este cuerpazo? —preguntó entre risas.

Sandy puso los ojos en blanco, gesto que usaba mucho cuando

estaba con él.

—Anda, déjate de tonterías y ponte la ropa. —Se la señaló, estaba perfectamente colocada sobre la cama—. Voy a prepararte ese brebaje del demonio que tomas.

—¿No quieres vestirme tú? Te dejaré tocar.

Ni siquiera se molestó en mirarlo ni en contestar, tan solo encaminó sus pasos hacia la cocina.

Lee se dejaba aconsejar por Sonrisas sin ningún tipo de duda. Que ella escogiera su ropa parecía algo simple, sin importancia, pero le facilitaba su día a día, que ya era bastante complicado.

Se sentó en la cama para ponerse los vaqueros ajustados, se colocó el jersey de lana y se calzó unas zapatillas de marca, una que promocionaba. Ya preparado, se contempló en el espejo.

Giró con rapidez para dirigirse a la puerta, pero tuvo que detener sus pasos. De repente, la habitación comenzó a girar, estaba mareado y tuvo que sentarse para intentar recuperarse.

—Dios, ¿qué me pasa? —se quejó, molesto, mientras se sujetaba la cabeza.

Mientras, Sandy, ajena a lo que estaba sucediendo en la habitación, preparaba la infusión del jefe. Sonreía feliz, él volvía a ser el mismo de siempre. Disfrutaba metiéndose con ella, y a Sandy ese juego le encantaba. Lo hacía más mundano. Normalizaba su relación, la destensaba.

Pero su dicha se empañó con las imágenes de la reunión de Lee con Amanda y de todo lo que sucedió después, y eso la martirizó. No podía borrar de un plumazo el hecho de que él había vendido su vida privada por un papel en una serie ni ese beso que juró que no volvería a repetirse. Las dos caras de Lee lograban confundirla.

—¿Otra vez en las nubes, Sonrisas? —El plato del microondas había dejado de girar y un pitido inconfundible marcaba el final del tiempo.

Sandy pestañeó un par de veces, sacudió la cabeza, sacó el vaso y lo colocó sobre la isla.

—Bebe.

Lee obedeció sin rechistar. Sopló la infusión y, a tragos cortitos, haciendo gestos que expresaban lo repugnante que estaba el brebaje, se la terminó.

Entonces Sandy rebuscó en su bolso hasta que encontró un plátano y se lo ofreció.

—Come.

Él negó con la cabeza.

—Es la fruta con más calorías…

—Come —lo interrumpió.

—No.

—Come. —Insistente, alargó más la mano.

—No.

—¡Cooomeee! —gritó con potencia.

Lee soltó un montón de palabras malsonantes, expresando su total y absoluta disconformidad, pero de nuevo obedeció. Tomó el plátano de las manos de Sandy, lo peló y, de dos bocados, se lo metió todo en la boca.

—*¿Coftefta?* —espetó con la boca llena.

—Sí, mucho.

Masticó a dos carrillos y sin mediar palabra se fue al baño, se lavó los dientes y salió de la casa sin mirar atrás, sabiendo que ella lo seguiría sin rechistar.

Se acomodó en el coche y cerró los ojos, que tras los cristales de sus gafas de sol eran totalmente invisibles. El teléfono vibraba en el bolsillo de su vaquero y lo obligó a abrirlos. Lo sacó y contempló asqueado de quién era la llamada.

—¡Ya era hora! —dijo Amanda nada más él descolgó.

—Dime —contestó con aburrimiento.

Sempiterno

Llegaron al estudio con puntualidad. Como Sandy había pronosticado, el vestuario que usaría Lee ya estaba preparado.

Iban a grabar escenas que añadirían a un vídeo promocional. Lee estaba listo. Se trataba de una secuencia de acción, tenía que interpretar una pelea.

La mayoría de las veces no usaba dobles para sus escenas, pues estaba físicamente preparado para todo.

Sandy seguía cada paso con expectación y entusiasmo. Le gustaba ver a Lee en acción.

Él lanzaba puñetazos y patadas, todas, por supuesto, ensayadas hasta la saciedad para no dañar al resto de los actores.

—Es el mejor.

Se sobresaltó cuando escuchó el susurro a su espalda. Se giró y allí, con los ojos más abiertos que los de un búho y una expresión de total admiración, estaba la maquilladora, que se había quedado a ver cómo trabajaba el actor.

«Le falta babear», pensó, en cierto modo molesta.

«¿Molesta? Pero molesta, ¿por qué?», se preguntó al instante. La

respuesta era bien sencilla: celos, esa era la palabra.

«¿Celosa? ¿Yo?». Le dieron ganas de reír, pero no lo hizo. Simplemente soltó un «Ja» dentro de su cabecita llena de… Llena de tonterías sin sentido. Al final, la sacudió para sacar esos pensamientos que la atormentaban y continuó prestando atención a Lee y su magistral interpretación.

De repente, Lee se quedó muy quieto y el director comenzó a gritar como un loco.

—¡No hemos terminado! ¡¿Qué le sucede?!

Todos se miraron. La escena tenía que continuar al menos unos segundos más, pero Paul no se movía.

El plató quedó en absoluto silencio cuando la estrella principal comenzó a caminar hacia la salida sin dar explicaciones.

—¡Lee, Lee! —gritó Sandy, que reaccionó al instante al ver que él se alejaba y no hacía caso a los gritos que sobre todo el director profería.

«¡Maldita estrella caprichosa!», pensaba Sandy mientras recogía todas las cosas del actor, pues se había marchado con la ropa que le habían prestado para rodar el vídeo.

—Espero que estés en el coche aguardando, que no te hayas largado sin mí —dijo en voz alta tras comprobar, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón de él, que se había molestado en tomar el mando, pues no estaba allí. Lee era muy maniático y siempre portaba otra llave. «Eres un desastre, Sonrisas. Así, si lo pierdes, tendremos uno a mano», le había dicho para justificar lo controlador que era.

—Imbécil, idiota, creído de mierda, te crees más que nadie. —Iba rezongando a cada paso que daba hacia el garaje—. Como te hayas ido, te juro que te mato.

Cuando llegó a la plaza donde había aparcado el coche, suspiró tranquila. Al menos, no tenía que tomar el metro para regresar.

Abrió una de las puertas traseras para comprobar si él estaba dentro, los cristales tintados no le permitían verlo.

—Pero ¡¿tú que te has creído?! —le preguntó, enfadada, nada más posar los ojos sobre él—. ¡No puedes dejar a la gente tirada! ¡No puedes salir corriendo cuando te da la neura! ¡Al director le va a dar un infar…! —Calló de golpe, dejó de gritar como una loca cuando reparó en el aspecto que presentaba el actor.

Estaba pálido, más blanco que la tapicería de lujo sobre la que reposaba su cabeza con los ojos cerrados.

—¿Lee? —Él no reaccionaba, no se movía y respiraba de forma costosa—. ¡LEE, LEE! —gritó, angustiada, mientras palmeaba sus mejillas, que estaban frías e impregnadas de sudor—.¡LEE, POR DIOS! —Las lágrimas de ella resbalaban sin poder contenerlas, estaba tan asustada que no sabía qué hacer.

—Es-es-toy bi-bien —le dijo él con la voz quebrada.

—¿Qué te pasa? ¿Qué hago?

—Lléva-me a-a ca-sa.

—¡No, no, voy a llevarte al hospital, tiene que verte un médico!

Lee, con gran esfuerzo, logró abrir los ojos e incorporarse.

—¡NO! —Su voz sonó más potente, y eso tranquilizó en parte a Sandy—. Llévame a casa, por-por favor.

Sandy cerró la puerta, se acomodó en su asiento y condujo como una loca para llevarlo a casa.

Se tragó las ganas de regañarlo por no dejar que lo llevase a un hospital, se tragó las disculpas que debía pedirle, pues ahora entendía por qué se había marchado en pleno rodaje. Aunque bien podía haber dicho algo. Su forma de actuar incrementaría su fama de soberbio, y eso no era justo.

«¿Por qué haces las cosas así? ¿Por qué quieres que todo el mundo te odie?». Le habría gustado decírselo a viva voz, pero calló porque, al mirarlo a través del espejo retrovisor, su palidez y su malestar le quebraron el corazón.

Llegaron a casa. Se bajó y abrió la puerta para que él saliera del coche, pero de nuevo parecía haber perdido el conocimiento y no lograba que volviera en sí.

Con lágrimas en los ojos, tomó una determinación: iba a llevarlo al hospital. Le daban igual sus protestas, que la despidieran, no le importaba nada.

Condujo como loca, incluso se saltó algún que otro semáforo recibiendo las protestas de los otros conductores, pero nada le importaba, nada, solo él, solo Lee.

Dejó el coche en la entrada de urgencias y entró para pedir ayuda. Enseguida trajeron una camilla y, entre dos celadores, lo sacaron del coche y, a la carrera, lo metieron en el hospital.

Sandy temblaba, sus manos apenas podían manejar el volante, pero tenía que aparcar el vehículo, dejar la entrada despejada. Y lo hizo entre sollozos, secándose las lágrimas para poder ver los aparcamientos y maniobrar con seguridad.

Entró corriendo en el *hall* y preguntó por él.

—¿Dó-dónde se-se lo han llevado? —interrogó a la enfermera.

—Tranquilícese. —Sandy asintió de forma mecánica y lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas, pero estaba muy preocupada—. El médico está ahora con él. Tome asiento, allí. —Le señaló la sala de espera—. En cuanto sepamos algo, la avisaremos.

Obediente, sin poder hacer nada, caminó hasta uno de los asientos que estaba libre.

—¿Has visto? ¿Lo has visto? —comentaban una chica a otra.

Estaban sentadas detrás de ella y, sin pretender inmiscuirse,

escuchó su conversación.

—¡Síííí, tía! ¡Era él, era Paul Lee Hallen!

—¿Le has tomado una foto?

—Pues claro, y eso que lo llevaban a la carrera.

—¿Por qué crees que estará aquí?

—No lo sé, pero seguro que será por las drogas y eso. Mira, ya he subido la foto a mi Facebook.

Sandy no pudo aguantar más y se giró para mirarlas. Eran dos chicas muy jóvenes, dos adolescentes sin cabeza que acababan de hacerle daño a Lee sin ser ni siquiera conscientes de ello.

—¿De verdad que le has sacado una foto a una persona que va en camilla? —le preguntó, atónita.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¿De verdad no eres consciente de que has violado la privacidad de alguien? —No salía de su asombro.

—Es Paul Lee Hallen, un actor, así que…

—¡¿Con eso qué me quieres decir?! —gritó, dolida, molesta. Todo el mundo parecía pensar en él como un objeto—. ¿Crees que no siente, que no sufre?

—No hago ningún daño…

—¡Sí, lo haces y mucho! —la interrumpió. Estaba tentada de quitarle el móvil que tenía entre sus manos y, tras borrar el *post* de Facebook, darle con él en la cabeza, pero la voz de la enfermera, de manera oportuna, la llamó.

—Ya puede verlo —le dijo.

Sandy se levantó rápidamente y la siguió por los pasillos del hospital.

Entraron en una de las habitaciones y allí estaba Lee, con un gotero enganchado a su brazo y más pálido que el blanco de la almohada sobre la que reposaba su cabeza.

—En nada vendrá el médico a informarla. —La había tomado por un familiar y ella no pensaba sacarla de su error.

—Gracias.

Caminó los pocos pasos que tenía que dar para estar a su lado, lo hizo con miedo, pero estaba segura de que él necesitaba una mano amiga, así que le tomó la que reposaba junto al gotero.

Estaba fría, pero nada más hizo contacto con la suya se aferró con fuerza, y eso la hizo soltar un suspiro de alivio. Si era capaz de agarrarse así, significaba que estaba mejor.

El médico no tardó en llegar, lo hizo con una enfermera.

—No debe preocuparse, la analítica está bien.

—Pero… Pero entonces…

—Según nos ha explicado el señor Lee, lleva una vida muy estresante y se alimenta muy mal. Su cuerpo ha protestado, ha

colapsado.

—¿De verdad que todo está bien? —lo interrogó Sandy.

—Se lo aseguro. No obstante, para su mayor tranquilidad, lo dejaremos unas horas en observación y seguramente hoy mismo le daremos el alta. Pero no se vaya sin darme un autógrafo. —Esto último se lo dijo a Lee, que con los ojos muy abiertos miraba a Sandy, contemplaba sus reacciones, sus gestos.

—Claro —dijo tras carraspear—, eso está hecho.

El doctor salió, precedido de la enfermera, dejándolos a solas otra vez.

Sandy soltó un sollozo y comenzó a llorar sin poder contener los hipidos.

—¡Maldito loco! —le dijo con la voz quebrada—. ¡¿Sabes lo asustada que estaba?!

—Shhh —protestó él—. No grites, estamos en un hospital.

—¡Me importa una mierda dónde estamos! —Los sollozos se volvieron más intensos y, sin ser muy consciente de lo que hacía, se abrazó al cuerpo de Lee, que la acogió con dulzura—. Pensé que te morías, pensé…

—Shhh, shhh, no pienso morirme.

—A partir de ahora, me ocuparé de tu alimentación, voy a ser muy estricta. —Se separó de él para poder mirarlo a la cara—. ¿Por qué te haces daño? ¿Por qué lo haces? —preguntó, rota de dolor.

Lee cerró los ojos, en esos momentos se sentía muy avergonzado.

—No lo sé.

De repente, la puerta se abrió con tanta rapidez que a Sandy apenas le dio tiempo a separarse de él.

—¡Mi niño! —gritó Amanda. Corrió hasta la cama y la empujó para colocarse al lado de Lee—. ¿Estás bien? —Comenzó a tocarle la cara, el pelo. La primera reacción que tuvo el cuerpo de Paul fue de rechazo. Hacía tanto que su madre no lo tocaba que sus manos frías sobre su cara le repelían. Pero, de repente, reparó en que, detrás de la dueña de su vida, habían entrado un par de periodistas que tomaban fotos.

—Diles que se vayan —susurró Paul, que reaccionó con rapidez intentando cubrirse la cabeza con la sábana y así huir de los focos—. ¡FUERA!

Sandy fue la encargada de sacarlos de la habitación. Lee necesitaba tranquilidad, y eso se estaba convirtiendo en un espectáculo vergonzoso.

La puerta se cerró, dejándolos a solas, y entonces Amanda se transformó.

—¿Qué mierda es esta? —preguntó, molesta.

—¿Cómo? —La pregunta salió de la boca de Sandy, pues a Lee no

le cabía ninguna duda de a qué se refería.

Amanda se encaró con Sandy.

—Quiero saber por qué has traído a Paul a este hospital. —Escupió sus palabras con asco.

—Yo… —Intentó dar una explicación a algo tan lógico, algo que nadie, excepto Amanda, se plantearía, pero apenas le salía la voz.

—Déjala —intervino Lee.

—¿Que la deje? —Su atención, entonces, se centró en él—. No, no la dejo. ¿Sabes el revuelo que se ha montado? He tenido que dejar una reunión muy importante para venir… Me he visto obligada a convocar una rueda de prensa y explicar lo que ha sucedido.

—No hacía falta que vinieras. En cuanto a las explicaciones, yo las daré —espetó Lee—. Siento…

—¿Que no hacía falta? —lo interrumpió y utilizó un tono de burla que logró que el estómago de Sandy se retorciera de dolor por Lee—. Me obligaste a venir. Los periodistas están siempre al acecho, se enteran de todo lo que haces.

—Claro, la prensa se enteró y tú no podías quedar como una madre desnaturalizada, una que no acude al hospital porque su hijo se ha desmayado por culpa de la presión y del estrés —dijo Lee mientras su boca lucía una sonrisa forzada.

Amanda se limitó a mirarlo y, durante una milésima de segundo, Lee pudo contemplar en su mirada pena, frustración, pero fue tan fugaz que Paul cerró los ojos para recuperarse de ese breve instante en el que Amanda había dejado de ser empresaria para ser una madre a la que le dolían las duras palabras de su hijo.

—Claro, la prensa te obligó a venir. —El susurro de Paul apenas fue audible porque esas palabras dolían, laceraban su corazón.

Amanda dejó de contemplar a su hijo para clavar sus pupilas en Sandy, que no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Sabía que esa mujer era malvada, que Lee tan solo le importaba como si fuera una máquina de hacer dinero, pero eso sobrepasaba su entendimiento.

—¡Estás despedida! —El grito de Amanda la sorprendió tanto que su pequeño cuerpo se agitó—. No quiero volver a verte.

—¡NO! —Lee protestó con contundencia. Intentó levantarse de la cama, pero sus fuerzas fallaron.

—¡Vete, vete de aquí! —espetó Amanda.

—Sonrisas, no. No le hagas caso, no te vayas.

Sandy miraba a uno y a otro sin saber qué hacer y tomó la mejor decisión para su cordura: salió de esa habitación, corrió hasta el garaje y se marchó a casa en busca de refugio. No podía creerse la escena tan vil y cruel que acababa de vivir.

37

Y, justo cuando la oruga pensó que era su final, se transformó en mariposa.

El Principito

Sandy se acababa de trasladar a un bajo con jardín en la calle Garabay. El dinero que ganaba le había proporcionado la oportunidad de comprar ese piso. Fue un paso muy importante en su vida, últimamente su existencia se estaba llenando de acontecimientos significativos, de momentos valiosos, y ese era uno de ellos.

Tras dejar el domicilio familiar, estuvo viviendo en un pequeño apartamento alquilado en el Parque Cataluña. Unos pocos metros cuadrados le sirvieron hasta que tuvo la oportunidad de comprar ese bonito piso, pero ahora todos sus sueños parecía alejarse a pasos agigantados. Amanda acababa de despedirla y no podía engañarse, ella era la que mandaba. Aunque Lee quisiera que continuase en su puesto, la señora Stone —cuyo apellido hacía alusión a su corazón— la había largado como si fuera un mosquito molesto al que, de un simple manotazo, puedes mandar hasta el otro lado de la habitación sin ningún tipo de esfuerzo. Aunque eso era lo que menos le importaba en esos momentos.

Su corazón latía a la misma velocidad que su mente se llenaba con imágenes de lo que hacía tan solo unos minutos acababa de vivir en esa habitación de hospital.

Se sintió desfallecer, le costaba respirar y se dejó caer sobre el sofá mientras dejaba que las lágrimas resbalaran por sus mejillas.

—¡Maldita bruja! —gritó en voz alta. No solo le dolía la manera en la que la había tratado, sino su frialdad ante Lee—. ¿Cómo una madre puede tratar así a su hijo? —se preguntó, molesta.

Pero, de repente, la imagen de su padre se coló en su mente de manera fugaz. Él también había sido cruel con Jaime, sangre de su sangre. Entonces un fuerte sentimiento de impotencia la paralizó. Por propia experiencia, sabía lo doloroso que era que uno de tus progenitores fuera un monstruo desnaturalizado. Se ponía en la piel de

Lee y lo que sentía por él, la conexión que tenía con el actor, laceraba más aún su alma.

Su teléfono comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su abrigo. Era él, pero no tenía fuerzas para responder. No estaba preparada porque su sonrisa, esa que él adoraba, se había esfumado, así que rechazó la llamada.

Contempló las cajas, que, apiladas a un lado del salón, esperaban ser vaciadas, y decidió que lo mejor para su cordura era ponerse manos a la obra. De nada servía seguir sentada llorando y comiéndose la cabeza. Tenía que recuperar sus fuerzas y volver junto a él. Sin ella, Lee estaba solo.

—¡No, no pienso separarme de ti mientras me necesites!

Se levantó dispuesta a llenar su tiempo con algo que la ayudara a evadirse del dolor que rompía su corazón, pero el teléfono sonó de nuevo. No necesitó mirar la pantalla para saber que era Lee. Lo apagó.

—Es lo mejor, ahora no puedo.

Llevaba un buen rato colocando, limpiando y, poco a poco, las cajas iban desapareciendo del rincón. ¿Cuánto tiempo había pasado? Miró el reloj. Horas, habían pasado unas cuantas horas y ni siquiera se había percatado del paso del tiempo.

—Mejor. —Asintió—. No hay nada como ponerse a trabajar para olvidar.

Miró su estantería, ya llena de libros y fotos de sus amigos.

—Tengo que poner una de Lee, creo que la colocaré aquí. —Señaló con un dedo una de las repisas.

Contempló con satisfacción cómo, poco a poco, su salón se iba transformando. Estaba satisfecha y más relajada. Ya no sentía la presión en su pecho ni las ganas constantes de llorar, la sonrisa asomaba con timidez a su boca.

—Quizá no me pueda quedar mucho tiempo aquí —pensó con tristeza. Sin trabajo, no había dinero—. Encontraré algo, seguro que sí.

El timbre sonó. No esperaba visita, pero su insistencia hizo que abriera sin echar un vistazo por la mirilla.

Y allí, parado, con las manos dentro de los bolsillos de su abrigo, su bufanda cubriendo gran parte de su cara, las gafas de sol y una gorra, estaba el actor más cotizado del momento. Para cualquiera pasaría totalmente desapercibido, por eso llevaba siempre su disfraz, pero para ella no, lo distinguiría entre un millón de personas.

—Lee. ¿Estás bien? —preguntó, preocupada—. ¿Por qué…?

—¿Me dejas entrar?

—Cla-claro.

Sempiterno

Sonrisas se había marchado y su mundo, ese pequeño mundo que juntos habían creado y que lo resguardaba de sus miedos, del dolor que lo acompañaba día a día, se derrumbó como lo haría una torre de naipes.

Deseaba gritar, golpear, pero apenas tenía fuerzas.

—No, no, ella no se puede marchar —dijo en voz alta, e intentó levantarse de la cama.

Amanda no había vuelto abrir la boca desde que Sonrisas había cerrado la puerta y él se sentía agradecido, pues no tenía la energía necesaria para aguantarla.

Fuera de la habitación, se escuchaban voces. La seguridad del hospital desalojaba a toda la prensa que se había colado.

—Puedes irte. No es necesario que continúes haciendo el papel de madre abnegada. Ya no hay cámaras.

Amanda asintió.

—Cuando te den el alta, llámame para que mande a alguien a recogerte.

—Quiero que sea Sonrisas, no me iré con nadie más. Como hagas formal su despido, te juro que me iré del país, desapareceré. Te juro que no volverás a verme.

—No me amenaces.

—Te dejo manejar mi vida, pero no te permito que hagas lo mismo con Sonrisas. Y ahora, vete —susurró.

Amanda pestañeó un par de veces.

—¿Cómo?

—¡He dicho que te vayas! —elevó la voz y clavó los ojos en su madre con tal odio que Amanda se vio forzada a dar un par de pasos hacia atrás—. ¡DÉJAME SOLO!

Y así lo hizo. Sin un adiós, Amanda Stone, cerró la puerta y se marchó.

Lee luchó por moverse, pero no tenía el vigor necesario para salir de esa cama, no podía y odió su situación, detestó el no haberse alimentado adecuadamente, haber forzado la máquina hasta el punto de colapsar. El castigo al que había sometido a su cuerpo ahora lo obligaba a quedarse quieto mientras su madre le hacía daño a Sonrisas. Estaba tan paralizado, sentía tal impotencia que apenas podía respirar.

Cerró los ojos e intentó recuperar el aliento que había perdido con su infructuoso intento de moverse. Decidió ser sensato por una vez en su vida. Intentó relajarse, no iba a luchar, de nada servía hacerlo en esos momentos. Iba a dejar que su cuerpo se recuperase y, después, correría a su lado.

Miró el gotero y asintió, se quedaría hasta reponerse.

Al final, logró dormir un par de horas. Su sueño no fue tranquilo, sino más bien un resumen de su horrible día. Imágenes de su madre, de sus crueles palabras, de las lágrimas de Sonrisas y de su malestar se colaron dentro de su mente y llenaron su descanso de pesadillas. Pero lo había ayudado, se sentía mejor y era el momento de ir en su busca.

—Llame al doctor, quiero verlo —fueron las primeras palabras que pronunció cuando, tras llamar al pulsador que tenía junto a la cama, entró la enfermera.

—El doctor está muy ocupado y no…

—¡He dicho que necesito verlo! —gritó—. ¿Acaso no sabe quién soy? Como no venga de forma inmediata, le hablaré a la presa del trato tan desagradable que me han dado. ¿Y a quién cree que creerán? ¿A Paul Lee Hallen, la estrella más famosa del momento, o a un hospital?

Usar su posición se le daba muy bien; siempre lo había hecho, así lo habían educado. Tenía fama de manipulador, de soberbio, y sabía que, con la manera en la que se estaba comportando, esa fama se incrementaría de forma exponencial. Pero nunca le había importado lo que los demás pensaran de él, y en esa situación, menos aún. Lo único importante era ver a Sonrisas.

Por supuesto, como sucedía siempre, sus amenazas surtieron efecto y en pocos minutos el doctor entró en la habitación.

—Quiero el alta.

—Y la tendrá, señor Lee, pero dentro de unas horas. De momento, está en observación. —El amable médico que le había explicado su situación intentaba ser paciente.

—La quiero ya —dijo con contundencia—. Ne-necesito irme, tengo que ir con ella. —El tono de su voz cambió, ya no exigía: rogaba.

—No puede ser…

Lee se transformó. Lo había intentado, y eso que la vida le había enseñado que los ruegos nunca servían de nada. Era la hora de las amenazas. Tomó el móvil de la mesilla y fingió llamar a uno de los periodistas más famosos del momento. No tuvo más que nombrarlo y comenzar a desacreditar al hospital para que el médico rectificara.

—Será el alta voluntaria —le espetó con tono molesto.

—Por supuesto.

Lee se vistió y salió a la calle. Un grupo de periodistas que estaba apostado en la puerta ni siquiera reparó en él. Le dio las gracias en

silencio a su ayudante por la gorra y la bufanda que había dejado junto con el resto de su ropa, pues el camuflaje le acababa de ser de lo más útil para huir de los micrófonos y cámaras sedientas de noticias.

Tomó una gran bocanada de aire y miró hacia todos lados. Estaba desubicado, nunca caminaba por las calles solo. Se sintió perdido.

Sacó el móvil y ojeó su larga lista de contactos. Muchos de los que decían ser amigos de la estrella estaban allí, pero ninguno lo eran del hombre. Ahora que necesitaba a alguien a su lado, se percataba de que ninguno de esos números le serviría para tener la ayuda que necesitaba. Ninguno serviría. De repente, su dedo se detuvo.

—Mi mejor amigo. —Así había grabado su número CJ—. Mi mejor amigo. —Sonrió, porque él sí podría ser su tabla de salvación.

—¡Ostias! ¡Lee, Paul Lee me está llamando! —CJ había contestado al primer toque y con tal efusividad que tuvo que retirarse el móvil de la oreja para no quedarse sordo.

—Ne-necesito…

—Lo que sea, tío. Dime dónde estás y voy.

—¿No vas a preguntar qué necesito?

—No es necesario, luego en persona me lo dices.

Lee estaba totalmente asombrado, jamás nadie le había respondido con tanta presteza. Le mandó la ubicación al instante, agradecido por tener un amigo de los de verdad, de esos que nunca fallan.

—¡¿EN EL HOSPITAL?!

De nuevo, tuvo que alejar el móvil.

—Tranquilo, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

—Vale, voy y luego me cuentas. Tardaré un poco, hoy no trabajo y estoy en Torrejón.

—Tranquilo.

Pero no tardó más de media hora.

Ya subido en el utilitario de CJ, tras recibirlo con un millón de preguntas y la calefacción a tope, pues en la calle hacía un frío del demonio, Lee le contó a su amigo todo lo acontecido ese fatídico día.

—¿Te has desmayado?

—Sí.

—Pero-pero ¿estás bien?

—Sí.

—¡Joder, tío, no vuelvas a darme un susto así! —El grito de CJ y el golpe que dio al volante sobresaltaron al actor—. A partir de ahora, prepararé la comida para ti. Debes alimentarte bien y sano. Nada de acostarte a deshoras. ¿Haces ejercicio? —Lo miró de arriba abajo—. Vale, por lo que veo, sí que lo haces, pero seguro que te fuerzas hasta el límite, y eso no es tampoco bueno…

—Para, para. —El parloteo de CJ lo estaba poniendo de los nervios. Mientras estaba charla que te charla, regañándolo como lo haría una madre (por supuesto, no como la de él), estaban parados, no lo llevaba a donde deseaba ir—. Por favor, arranca y llévame con ella.

—¿Con ella?

—Sí, con Sonrisas.

—¿Le sucede algo?

—¿No has escuchado todo lo que te he contado? Amanda la ha despedido, pero yo no quiero perderla, la necesito.

—La necesitas —repitió CJ—. La necesitas porque ¿te gusta?

Lee bajó la mirada y carraspeó.

—Esooo, ¿sería algo malo?

CJ no contestaba y Lee se preocupó.

—¡Eso es cojonudo! —gritó de repente—. Cojonudo. —Se carcajeó feliz y arrancó el coche—. Te llevaré a su casa, se ha mudado hace muy poco.

—Gra-gracias.

—Eso sí —por un momento, apartó la mirada de la carretera y la clavó en él—, como le hagas daño, te juro que me importará una mierda quién eres. Iré a por ti y te cortaré las pelotas.

Lee sonrió y asintió con efusividad.

—Si le hago daño, te dejaré que me las cortes.

Al cabo de una media hora, CJ dejaba a Lee en el portal de Sandy.

—Estoy nervioso —le dijo el actor—. ¿Y si no quiere verme? Quizá yo no le guste…

—Imposible —lo interrumpió CJ—. ¿Quién rechazaría a un tío como tú?

—No quiero gustarle como actor, quiero hacerlo como hombre.

—Yo no me refería al actor, Lee, yo hablo de ti. Cuando te miro, no veo al famoso, veo a un amigo.

Los ojos de Lee se anegaron.

—¿Sabes cuánto tiempo he deseado que alguien me viera?

—Pues yo lo hago, amigo, y sé que Sandy también lo hace. —Se pellizcó ambos lagrimales—. Anda, lárgate, que me estás haciendo llorar.

Paul sonrió y apretó con cariño la mano que CJ tenía sobre la palanca de cambios.

—Gracias, gracias por todo.

—No me las des, estas son las cosas que los amigos hacen de manera desinteresada. Acostúmbrate, Lee. A partir de ahora, tienes un amigo para toda la vida.

38

Según todas las leyes de la aerodinámica, el abejorro no debería ser capaz de volar. Pero, como él no lo sabe, vuela.

Mary Kay Ash

—¿Estás completamente seguro? —Marisa lanzó la pregunta por séptima vez.

—Que síií, pesada. —Y él la contestó también por séptima vez.

—Podemos esperar a que…

—¿A qué? —la interrumpió.

—Pues no sé, a ver qué tal funcionamos.

—¿Cómo? —preguntó, molesto—. No estarás insinuando lo que creo que estás insinuando.

—¿Y qué crees que insinúo?

—Pues-pues que esperemos por si tú y yo no…

—Podría pasar, todo podría ser nada más que un simple capricho.

—Marisa, me estás cabreando. No soy un niño, joder. No eres un capricho, sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —le preguntó, coqueta—. ¿A mí? ¿Me quiere a mí, señor Costas? —Se insinuaba de forma descarada y Mateo la reprendió.

—Señorita Romero, creo que no es el momento de jugar. Sé que le resulto irresistible, pero, por Dios, conténgase; ya habrá tiempo para eso y mucho más.

—Vaaaleee. —Hizo un gracioso puchero con el que logró que Mateo riera a carcajadas. Intentó besarla, pero ella se lo impidió dándole un leve empujón—. Cuidado, que vienen —susurró, y él se giró para contemplar cómo las tres niñas entraban en el salón.

—Hola, chicas —saludó con nerviosismo.

Lara, que siempre estaba en todo, lo notó.

—¿Pasa algo? —interrogó a la pareja.

—Nooo, nada. ¿Por-por qué habría de pasar algo? —Mateo se movió nervioso y se levantó para poner distancia con Marisa. Hasta ese momento, habían estado codo con codo en el sofá.

—Huy, huy, aquí se cuece algo —susurró Lara a su amiga.

—Mamá, ¿qué pasa? —Nadia no se había percatado de lo estirados y serios que estaban los adultos, ella no era como Lara, no prestaba atención a esas cosas. Pero su amiga la acababa de poner en antecedentes y la verdad era que, al observarlos, se dio cuenta de que el ambiente estaba cargado de tensión.

Mateo miró a Marisa aterrado. Él había sido el artífice de esa declaración, el que tenía más claro que esa reunión debía ser ya, sin esperar, sin anestesia. Pero no tenía ni idea de cómo empezar. Así que Marisa, más entera que él, fue la que dio el pie.

—Sentaos, chicas, Mateo y yo tenemos que contaros una cosa.

—¡Mi gaaato, mi gaaatito! —gritó Inés con entusiasmo.

—¿Qué dices, enana? —interrogó su hermana, molesta—. No es sobre tu gato.

—¿*Pog* qué lo sabes?

—Mira sus caras, sobre todo, la de Mateo. —Lo señaló y seis pares de ojos se posaron sobre él—. Algo traman.

—¿Mi-mi cara? —Se la tocó con preocupación, ¿tenía algo malo? —. ¿Qué le pasa a mi cara?

—Rezumas culpabilidad —sentenció Lara—, me recuerdas a aquella vez que rompiste el teléfono de mamá e intentaste echarme a mí la culpa.

—¡Ohhh! —exclamó Marisa—. ¿De verdad fuiste capaz de hacer algo así?

—Huy, si yo te *contaga*… *Ega* malo malo malísimo —intervino Inés.

—¿Y tú qué sabes? —protestó la hermanan mayor—. Eras un comino cuando eso pasó.

—*Pego*… —quiso replicar.

Mateo, cansado de que las cosas, como siempre ocurría con sus hermanas, se desviaran del tema central, gritó uno de sus típicos «¡Basta!», que acalló a las tres.

—Marisa y yo estamos saliendo —lo soltó sin pensar, de golpe, y las niñas se quedaron paralizadas ante su declaración, como si alguien hubiera dado al botón de pausa.

—¿Mami? —La primera en reaccionar fue Nadia. Observaba a su madre con atención y Marisa asintió—. ¿De verdad? —insistió.

—Oh, qué ilusión. —Inés comenzó a dar saltitos por la sala—. ¿Sois novios?¿Cuándo os vais a *casag*? ¿*Podge llevag* un vestido de esos *laggos*? *Segá* de color *gosa*, con tul.

—Maaami. —Nadia se echó en los brazos de su madre—. Ay, mami, qué ilusión.

—¿Os parece bien? —La voz de Mateo se escuchó amortiguada por los gritos de las dos niñas, que reían felices ante la idea de que los dos

adultos fueran pareja.

—¡Nos encanta! —contestaron Inés y Nadia a la vez.

—También me *gustagía llevag floges* en el pelo, una *cogona* como las *geinas*. —Inés continuaba su cháchara, pero Mateo dejó de escuchar los gritos de las dos niñas en el momento en el que reparó en la cara de Lara.

Ella no se había pronunciado; estaba pálida, con la boca abierta por el asombro y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lara? —Se acercó a ella e intentó tomar una de sus manos, pero la niña lo rechazó.

Negó una vez, dos, tres, y salió corriendo.

Mateo no sabía qué hacer, ¿qué le sucedía? Y Marisa lo alentó:

—Ve, ve tras ella, corre.

Así lo hizo. El sonido de un portazo le indicó que Lara había salido a la calle.

Parado en la acera, miró hacia ambos lados. ¿Por dónde se habría ido? No lo sabía, pero echó mano de su instinto, ese que Marisa le había asegurado que tenía, aunque él nunca lo había creído hasta ese preciso instante.

Por supuesto que lo tenía, y muy agudizado, porque sin verla supo la dirección que habían tomado sus pasos.

Se adentró en el Parque Europa por una de las puertas laterales, que, por suerte, estaban abiertas.

Lara era muy rápida, tanto que en los pocos segundos que él había dudado había conseguido sacarle mucha ventaja.

La encontró bajo la réplica de la torre Eiffel. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una de las patas y aferrada a sus rodillas de tal manera que no podía ver su cara.

—Oh, Lara —susurró, roto de dolor al verla así—. Perdona, perdona, lo siento, yo…

Se arrodilló frente a ella e intentó mirar sus ojos.

—Si no te gusta la idea, yo no…

—¿La dejarás? —Por fin elevó sus ojos, lo miraba con tanta rabia que Mateo cayó de culo sobre la arena—. Dime, si me opongo, ¿la dejarás?

Se acomodó, colocó cada codo sobre una rodilla y bajó la mirada. Tras unos instantes, elevó la cabeza, soltó un profundo suspiro y la contempló sin artificios, sin dobles sentidos. Clavó sus pupilas en las de ella como lo que eran: dos hermanos unidos, dos hermanos que se querían sobre todas las cosas.

—Sí. —Para darle contundencia a su afirmación, movió la cabeza asintiendo—. La dejaré. Si tú lo quieres así, dejaré de verla, aunque me rompa por dentro, aunque nunca la olvide. Lo haré por ti. Pero dime algo, Lara, ¿eso es lo que quieres?

Lara sollozó, y lo hizo con fuerza, con dolor.

—No —susurró con la voz quebrada—. No quiero eso, pero…, pero… —Se tapó los ojos, pues, por fin después de tanto tiempo, las lágrimas querían salir de ellos—. No es justo… No quiero… —Hipó con fuerza—. Tengo miedo —confesó.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

Lara tragó, lo hizo porque el nudo de su garganta amenazaba con ahogarla.

—Tengo miedo a ser feliz, a que tú lo seas.

—No debes temer…

—Porque ellos no están —lo interrumpió—, ellos no están —lloraba con intensidad—, no están. Y, si somos felices…, si somos felices…, creo que…, ¡que desaparecerán del todo! —gritó con impotencia, con la misma que sentía Mateo—. No podemos ser felices, no cuando ellos se han ido.

—No, no, no. —Intentó tocarla, deseaba abrazarla, darle calor, pero ella no se dejaba, rehuía su contacto y lo entendió. Se estaba quebrando, necesitaba tiempo para reponerse del todo—. Ellos querrían que fuésemos felices. Nunca nunca los olvidaremos, porque ellos estarán siempre aquí. —Señaló primero su corazón y luego, el de Lara.

—¿Cómo lo hago? ¿Qué puedo hacer? —Estaba tan perdida.

—¡Vivir, Lara! —gritó con tal convicción que acalló los sollozos de la niña—. ¡Vivir por ellos! Y eso implica ser feliz, reír, cantar, bailar.

—Dije que quería que desaparecieran, ¿lo recuerdas? Lo dije antes de que tomasen el vuelo…, lo di-dije y desaparecieron, y ahora… tengo que vivir el resto de mi vida con este nudo en la garganta… —Lloraba con intensidad, con tanta pena que a Mateo se le desgarró el corazón—. Siempre quise volver a esta casa —sollozó—, y lo he conseguido, pero el precio ha sido muy alto.

Mateo asintió. Eso era lo que más le dolía y por fin lo acaba de soltar. Ahora podría empezar a desprenderse de ese lastre que la paralizaba y no la dejaba dar el paso más importante en el duelo: aceptar lo ocurrido y seguir hacia delante.

La tomó entre sus brazos y ella se dejó, apoyó la cabeza en su pecho y rompió ese dique que paralizaba sus lágrimas.

—Desahógate, llora todo lo que necesites. Estoy aquí, estoy aquí contigo —le susurraba al oído mientras le acariciaba el pelo—. Estoy aquí por ti, para siempre. Estamos juntos y lo superaremos. Lo haremos, ya lo verás. Lo superaremos, pero créeme, siempre los tendremos a nuestro lado, siempre. Jamás los olvidaremos, no permitiré que eso suceda.

Perdieron la noción del tiempo. No les importaba la gente que, en su paseo por el parque, se topaba con la imagen de los dos, en el

suelo, abrazados. Los miraban con extrañeza, algunos con tristeza, pues los sollozos de Lara eran de dolor, tan desgarradores que uno de los visitantes se acercó para interesarse por ella.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó. Se notaba en él una preocupación verdadera.

—No, no, gracias, todo está bien.

El hombre asintió, le tendió un paquete de clínex y los dejó solos.

Lara vació su dolor, se rompió y sacó todas esas lágrimas que con el tiempo había acumulado.

Poco a poco, se fue reponiendo.

—Toma. —Le tendió uno de los pañuelos de papel.

—Gracias. —Se limpió la nariz y se secó la cara.

—¿Estás mejor?

Ella asintió y volvió a su regazo. Allí se sentía más fuerte, protegida del mundo.

—Lara, yo… Lo siento, sé que no debí decir lo de Marisa así, sin contar con vuestra opinión.

—No te disculpes. He sido una tonta, me he comportado como una niña pequeña. Soy yo quien siente…

—Shhh, shhh. —La apretó con fuerza contra su pecho.

—Mateo —llamó su atención, quería mirar sus ojos para que él supiera que lo que le iba a decir era lo que sentía de verdad—, me gusta Marisa. Me gusta mucho y quiero que seas feliz, muy feliz. Lo mereces porque por nuestra culpa tu vida ha cambiado.

—No me importa —la interrumpió.

—Sí lo hace, nada de mentiras. Te aseguro que lo entiendo. —Le sonrió y envolvió con sus brazos el cuello de su hermano.

—Nada de mentiras —sentenció como una promesa—. Ha sido duro, pero no os cambiaría por nada del mundo.

—¿A pesar de que no te lo haya puesto nada fácil?

—Ajá, a pesar de que eres una adolescente insufrible. —Las mejillas de Lara se tiñeron de un rojo intenso.

—Prometo…

—Piensa bien lo que vas a decir, hemos decidido no mentirnos —la interrumpió.

—Está bien, intentaré ser un poco más tolerante.

Mateo le sonrió agradecido y, de nuevo, la estrechó con fuerza. Estuvieron un buen rato abrazados hasta que Mateo se movió molesto.

—Se me está clavando una piedra en el culo —susurró, y Lara se carcajeó.

Se miraron a los ojos, sus labios sonreían.

—¿Tienes frío? —le preguntó Mateo. Con la prisa de Lara por huir y la suya por perseguirla, no habían cogido los abrigos.

—No —negó Lara.

—¿Quieres volver a casa? —La niña negó con la cabeza—. Está bien, no hay prisa. Ven. —Se puso de pie y le tendió una mano, que ella tomó al instante. La ayudó a levantarse y juntos, sin soltarse, pasearon por el parque.

Tardaron un par de horas más en regresar a la casa de Marisa y, cuando lo hicieron, todos juntos fueron al adosado que Mateo compartía con sus hermanas. Había llegado el momento de desempolvar las viejas cintas de vídeo que su madre guardaba, había llegado el momento de ver esos recuerdos que hacían daño, pero que a la vez sanaban.

Todos tomaron asiento como si ya fueran una gran familia.

Inés se sentó sobre las rodillas de Mateo y Lara se apoyó en el pecho de su hermano, mientras que Marisa y Nadia se acomodaron en el otro sofá, más pendientes de los tres hermanos, de sus ojos llorosos, de sus risas, que de las cintas.

—*Mira, Mateo, mira qué linda es, parece un ángel.* —La voz de Luisa salía de la pantalla.

—Esa fue el día que te conocimos —explicó Mateo a Inés.

—Que chiquitita *ega* —dijo riendo.

—Como ahora, sigues siendo un comino —la picó Lara.

De repente, la cámara dejó de enfocar al bebé recién nacido y se centró en la mamá sonriente, y Mateo sintió como si un puño le apretara el corazón. Esa tarde habían visionado muchas cintas que les mostraban momentos felices de sus vidas pasadas, pero, sin lugar a dudas, esa imagen de su madre lo acababa de golpear con fuerza.

Se ahogaba, le faltaba el aire, tenía que marcharse de allí porque, igual que la presa que había contenido a Lara se había roto en mil pedazos, la de él amenazaba con quebrarse y necesitaba estar solo.

—Voy al baño —se excusó. Bajó a Inés de sus rodillas y subió las escaleras que lo llevaban a la planta de arriba.

Se sujetaba en el pasamanos, pues sus piernas se doblaban con cada escalón que subía. Antes de cerrar la puerta del baño, antes de poner el pestillo, la presa se rompió, dejando salir las lágrimas con tal fuerza que Mateo tuvo que sentarse en el suelo.

Temblaba, se retorcía con un dolor casi físico tan espantoso que apenas lo dejaba respirar.

Los sollozos salían a trompicones, los quejidos se escapaban sin poder contenerlos y, para acallarlos por miedo a ser oído en la planta de abajo, se tapó la boca con ambas manos.

Se sentía tan mal que incluso temió perder el conocimiento. Abrumado, intentó ponerse de pie. Quizá un poco de agua fresca en la cara lo ayudara a reponerse. Había sido mucho tiempo reteniendo su pena, disimulando, diciéndoles a todos que estaba bien, y no era así. Nunca había estado bien. Ahora lo sacaba todo fuera, se desahogaba y

dolía, dolía como el mismo demonio.

—Mateo, *abge*. —Inés golpeaba la puerta del baño, y eso lo ayudó a regresar del mundo de la desesperación, del dolor.

Carraspeó y tomó una gran bocanada de aire. Tenía que contestar, debía recuperarse; por nada del mundo se mostraría así delante de su hermanita.

—Vo-voy. —Apoyado en la bañera, logró ponerse de pie.

Se lavó la cara, otra vez, con agua fría.

—¿Estabas haciendo popó? —le preguntó Inés en el instante en el que abrió la puerta.

—No. ¿Qué quieres?

—Tengo *hambge*.

—Ahora bajo y preparo una *pizza*.

Con esas palabras, Mateo esperó que ella entendiera su necesidad de estar a solas, pero la pequeña Inés no se movió, tan solo se quedó allí parada frente a él, mirándolo.

Inés pestañeó un par de veces y con uno de sus deditos le hizo un gesto claro: quería que su hermano se pusiera a su altura y él obedeció.

Cuando lo tuvo como ella quería, colocó las manos en las mejillas de él y, con toda la ternura que una niña tan pequeña posee, le dio un dulce beso a cada uno de sus ojos, hinchados por las lágrimas. Mateo la miró asombrado. Esa pequeñaja, con ese simple gesto, lo acababa de ayudar a reponerse del todo. La abrazó con amor, muchísimo amor.

—Mamá tenía razón, eres un ángel —susurró.

«Y creo que llegaste a nuestras vidas para ayudarnos a superar su pérdida», pensó, y otra vez sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no le dio tiempo a darle rienda suelta a su llanto, porque Inés se separó de su cuerpo, le tomó la mano y guio sus pasos hacia la cocina.

—Mateo —le dijo conforme bajaban las escaleras—, es bueno *llogag*, pero *ahoga* es el momento de *haceg* algo de cena, así que vamos.

Inés lo dejó solo en la cocina con una sonrisa en la boca por las ocurrencias de la niña. Tras suspirar un par de veces, se puso manos a la obra.

—¿Te ayudo?

Marisa estaba a su espalda. No le cabía duda: en cuando la mirase a los ojos, sabría que había llorado y no le apetecía nada pasar por eso, y menos en ese momento, en el que se sentía más vulnerable que nunca.

—No-no hace falta. Es solo calentar unas *pizzas*.

Marisa lo abrazó por la espalda, lo apretó con fuerza dándole su calor, su aliento para seguir.

—Ahora todo está bien, Mateo, todo va a estar bien.

39

La herida que he infligido espero sufrirla mil veces más. El dolor que causo espero me haga agonizar mil veces más.

Incontrolablemente enamorados (K-drama)

—¿Me dejas entrar?

—Cla-claro.

Cerró la puerta y lo observó, se movía nervioso. Se quitó la gorra, las gafas y la bufanda, pero más que nada por hacer algo, necesitaba hacer algo.

—¿No deberías seguir en el hospital? —interrogó, preocupada por su mal aspecto. Estaba pálido y ojeroso.

—Estoy bien.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—¿Cómo has sabido dónde vivo?

—CJ.

—¿CJ?

—Sí, él me ha traído.

—Pero…

—No me dejes, por-por favor —soltó de golpe, y acortó un paso la distancia que los separaba.

Su expresión era clara. Le había costado hacer esa declaración. Lee jamás rogaba, tan solo ordenaba y todos obedecían, pero con ella su mundo, su forma de ver la vida había cambiado, y tras masticar y comerse su gran orgullo, ese que hasta entonces era el centro de su existencia, había rogado por primera vez en su vida.

—No pensaba hacerlo.

—Amanda…, ella… Siento las cosas que te ha dicho. Quiero que sigas a mi lado. Por favor, Sonrisas, no me dejes —declaró sin escuchar lo que ella había dicho. Otro paso más lo acercó a ella.

—No lo voy a hacer.

—Me avergüenza el comportamiento de mi ma… —rectificó al instante—, de Amanda, sobre todo contigo. No me dejes —rogó de

nuevo, y caminó el resto de la distancia hasta quedar frente a ella.

—Nunca te dejaré. Me gustas, Lee. Me gustas mucho. —«¿Para qué dar más vueltas?», pensó Sandy. Lee necesitaba palabras claras y concisas, pues parecía estar muy perdido.

—CJ me lo ha dicho, pero no me lo he creído. ¿De verdad te gusto? —La miraba como si fuera una especie extraña.

—¿Te ves con CJ? —preguntó, extrañada, sin hacer caso a su apreciación.

La verdad era que estaba más interesada en la relación que podía tener con su amigo que en su baja autoestima, porque esta última no la sorprendía y se había prometido hacer todo lo posible por ayudarlo a salir de esa espiral. Lee era un hombre cuyo exterior era como una roca sólida y cuyo interior, ese que jamás mostraba por miedo a perderse, era frágil como el cristal.

—Es mi mejor amigo —le dijo, y para demostrarlo le enseñó el teléfono, en el que CJ había guardado su número—. ¿Ves? —Le indicó con un dedo el contacto de CJ.

Sandy soltó una carcajada.

—Me gusta que CJ sea tu mejor amigo.

—Me ha animado a venir y a confesarte que-que tú también me gustas.

—¡Bravo por CJ! —exclamó, feliz.

Estaban frente a frente, sin tocarse.

—¿Cómo puede gustarte una persona como yo? —interrogó él.

—Calla y bésame.

Y así lo hizo.

No era su primer beso, pero sí era el primero que se daban con la liberación que les había supuesto declarar lo que sentían, asumir que no solo era amistad, que estaban dispuestos a tener un principio de algo.

El sonido del timbre de la puerta les pareció lejano, pues estaban centrados el uno en el otro. Las únicas sensaciones que se permitían en ese momento eran las caricias, los besos y las ganas que se tenían, el resto del mundo no importaba. Pero el molesto sonido los obligó a dejar la burbuja en la que estaban metidos como si esta hubiera estallado con el toque de un dedo malvado.

—Mierda —dijo él entre dientes cuando ella se separó inquieta.

—No sé quién será, pero luego continuaremos donde lo hemos dejado —prometió Sandy—. Espera aquí, aquí mismo. Ni se te ocurra moverte por nada del mundo. —Anduvo los pasos que la separaban de la puerta hacia atrás para no dejar de mirarlo—. No te muevas —repitió con una de sus sonrisas dibujadas en la boca. Lo señaló con un dedo—. Quieto.

Tan solo apartó la mirada de él, que, obediente, permanecía

parado contemplándola, cuando tocó el pomo para abrir. Pensaba despachar sin miramientos a quien había osado romper ese momento tan especial que acababa de vivir con Lee.

Abrió sin mirar, y su aliento y sus reproches se congelaron en el instante en el que lo vio.

—Pa-pá-pá —vaciló. Su primer impulso fue el de cerrar la puerta, pero no lo hizo, en su lugar comenzó a llorar.

Desde que Jaime le había contado que su padre había sido violento con él desde niño, tras marcharse de casa, no había tenido ningún tipo de contacto con él. ¿A qué venía ahora aparecer en su puerta?

—Coral. —Se le veía demacrado, había perdido muchos kilos y su aspecto era descuidado. El Samuel siempre elegante, con la barba rasurada, había muerto el día que Coral le reprochó sus abusos el día que le dijo que no quería volver a verlo nunca más, que saliera de su vida. Sus palabras se habían quedado grabadas a fuego en su alma.

—*Me avergüenzo de ser tu hija* —le había dicho, y él había sentido que su corazón dejaba de latir.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes…? —balbuceó Coral.

—Lo he averiguado… —No pensaba decirle nada más al respecto. Se avergonzaba de las maneras, de las tretas que había utilizado para encontrar el lugar en el que vivía. Estaba al tanto de todo, le seguía todos los pasos que daba porque ella le importaba de verdad, porque la quería más que a su propia vida.

—Vete —escupió su orden, e intentó cerrar, pero él interpuso el pie.

—Coral, déjame hablar contigo, déjame que te explique…

—¡No hay nada que explicar! —gritó entre sollozos, y cuando se quiso dar cuenta, estaba a la espalda de Lee, que la había colocado allí para protegerla con su cuerpo.

—¿Quién es usted? —Samuel miró al actor de arriba abajo.

—¿Acaso no ha oído lo que ella le ha dicho?

—¿No sabe quién soy yo? —escupió su pregunta con asco, con esa prepotencia que caracterizaba a Samuel.

—Sí, señor, tengo oídos y sé que es el padre de Sonrisas, pero también sé que ella no desea verlo, así que ¡FUERA! —gritó con rabia.

No existía otra persona en el mundo que pudiera comprender mejor lo que Sandy sentía, pues él lo experimentaba cada vez que veía a su madre. No necesitaba conocer su historia, cómo habían llegado hasta el punto de intentar cerrarle la puerta en las narices; solo con contemplar el daño que verlo allí parado le hacía era suficiente para intentar alejarlo de ella como fuera, al precio que fuera.

—Por Dios, Coral. —El tono de Samuel se moderó. De nada servía usar la fuerza, eso solo lo alejaba más de su hija—. Déjame hablar contigo —rogó, tragándose su orgullo y las ganas que tenía de partirle

la cara a ese tipo que se interponía entre su hija y él.

Lee no pensaba moverse, no dejaría por nada del mundo que ese hombre tocara un solo pelo de Sonrisas. Hacía barrera con su cuerpo, a pesar de que aún estaba débil y de que ese hombre podría derribarlo sin hacer el mínimo esfuerzo, pues le había pillado con la guardia baja. Pero no importaba, nada importaba, tan solo protegerla, cuidar de ella.

Para una persona como él, que jamás se había preocupado por nadie, todos esos pensamientos lo dejaron en *shock*. Descubrir que no le importaba nada más que el bienestar de Sonrisas hizo que sus rodillas se doblaran, pero se repuso de inmediato. No podía mostrar su debilidad, ahora tocaba hacer frente a esa amenaza que la había alterado hasta el punto de hacerla llorar.

—Déjalo pasar —le pidió mientras colocaba una mano sobre el hombro de él.

—¿Estás segura?

—Sí.

Se retiró poco a poco, se hizo a un lado, y Samuel, tras soltar un profundo suspiro de alivio, dio los pocos pasos que lo llevaron hasta el salón.

—Estaré fuera —Lee tomó con ternura la cara de Sandy entre sus manos—, pegado a la puerta. Si me necesitas, grita. No pienso cerrar.

Sandy asintió y le sonrió intentando calmarlo. Temía por su salud, acababa de salir del hospital y se le veía muy demacrado. No era bueno para él vivir una situación así, pero, egoístamente, tenerlo a su lado la aliviaba.

—Tranquilo. —Se puso de puntillas y dejó un rápido beso en sus labios.

Hizo lo que le había prometido: salió al descansillo y dejó la puerta entreabierta por si ella lo necesitaba.

Sandy caminó hasta ponerse frente a su padre.

—Di lo que hayas venido a decir y vete.

Samuel asintió. Por lo menos, le daba la oportunidad de explicarse, no como las innumerables veces que le había colgado el teléfono.

—Yo… —vaciló. Era complicado. Estar dentro de él, de su mente, era muy difícil—. Siento todo el daño que os hice. —Ese era un buen comienzo y lo notó cuando su hija clavó sus pupilas en las de él y sollozó—. Sé que no estuvo bien…

—No, no lo estuvo. ¡Abusaste de tu poder con un niño pequeño! —gritó, desesperada—. ¡Eso-eso jamás podré perdonártelo! ¡Lo golpeaste por ser gay!

—Lo sé, lo sé, y me mata. —Samuel había llorado mucho desde que Coral se había ido, siempre a solas, pero ahora lo hacía delante de ella sin pudor, sin vergüenza—. No me daba cuenta, no era consciente.

—Ella lo miró con estupor—. ¡Te lo juro, Coral! ¡Te juro que no era consciente del mal que hacía! Estoy enfermo, Coral, muy enfermo. ¿Sabes cuándo me di cuenta? —Como respuesta a su pregunta, ella negó con la cabeza—. El día en el que me dijiste que te avergonzabas de ser mi hija.

—No me arrepiento, lo siento así.

—Lo sé y ahora lo entiendo. Pedí ayuda, busqué ayuda y ahora… yo-yo he cambiado.

—No puedo creerte.

Samuel asintió con tristeza.

—Lo imaginaba, pero hoy he venido con la intención de pedir perdón, de rogar tu perdón. No busco nada más porque sé que, de momento, tan solo puedo pedir perdón.

—No es a mí a quien debes pedirle perdón, sino a mi hermano.

—Ya lo hice, Coral, ya lo hice.

No se esperaba esa respuesta y lo miró sorprendida.

—No te creo, él no me dijo nada.

—Porque yo se lo pedí. —Samuel intentó sonreír aunque le costaba, ese era el precio que estaba pagando por todos sus pecados—. Conocí a su novio.

—¿Conociste a Carlos? —Su voz sonó chillona, pues todo le resultaba increíble.

—Sí, lo hice, lo hice y les pedí perdón a ambos. Ese fue el primer paso que di en busca de mi recuperación y el segundo has sido tú, Coral.

—Yo no puedo… No puedo.

—Lo sé y no te culpo ni te presiono. Deja que pase un poco más de tiempo. Yo-yo estaré esperando.

Con manos temblorosas, acarició el cabello de su hija, que no esperaba ese gesto y se quedó paralizada. Que no lo despreciara, que no lo rehuyera, ya era un gran paso y Samuel se dio por satisfecho.

—Ahora-ahora me voy. —Con paso lento, comenzó a caminar hacia la puerta.

—¡Papá! —lo llamó antes de que desapareciera de su vista, y él se giró con la esperanza pintada en la mirada—. Jaime-Jaime, ¿te perdonó?

Él asintió.

—Lo hizo y no puedo estar más que agradecido. No merezco nada de él, pero lo hizo.

Un profundo suspiro salió de la boca de Coral.

—Sabía que lo haría, conozco a mi hermano y estoy muy orgullosa de él.

—Todo gracias a ti, Coral. Tú lo criaste e hiciste de él lo que es: un buen hombre.

Y, tras esas palabras, atravesó la puerta.

Samuel se encontró con la fría mirada de ese hombre que lo había tomado como una amenaza. En cierto modo, lo tranquilizaba pensar que su hija se quedaba en buenas manos.

—Ve con ella. Por lo que he visto, la quieres mucho, y ahora te necesita.

Lee no le dijo nada, simplemente asintió y entró en la casa.

Se la encontró en el sofá, se abrazaba a sus piernas y lloraba, lloraba con tal fuerza que a Lee se le partió en corazón en dos.

Con mucho cuidado, con mucho cariño, la tomó entre sus brazos, la acomodó en su regazo y le prodigó caricias y dulces palabras de consuelo. Lee jamás había hecho nada parecido a eso, tan solo en alguna de sus series o películas, pero no necesitó echar mano a su memoria e interpretar. Con Sonrisas, ese sentimiento de protección, de buscar con desesperación su alivio, salía de una forma natural.

Sandy lloró, lloró tanto que pensó que sus ojos se secarían y, cuando dejó salir fuera todo su dolor, decidió llamar a Jaime.

—Necesito hablar con él.

Lee se quedó a su lado, no le soltó la mano en las dos horas que ambos hermanos hablaron por teléfono. Cuando por fin colgó, estaba agotada. La visita de su padre y la larga conversación que acababa de mantener con Jaime habían terminado con la poca energía que le quedaba. Lee la tomó entre sus brazos y la llevó hasta la cama.

—No te vayas, quédate —susurró en el preciso momento en el que la depositó sobre la cama.

—No pienso irme a ningún lado.

Ella no cerró los ojos hasta que Lee, tras desprenderse de su ropa, se metió en la cama. Lo abrazó y se quedó profundamente dormida.

40

El secreto, querida Alicia, es rodearte de personas que te hagan sonreír el corazón. Es entonces y solo entonces que estarás en el País de las Maravillas.

El Sombrerero Loco
(Alicia en el País de las Maravillas)

Salió de la cocina molesto y con ganas de ir al despacho de Álex. Se acababa de enterar: él había despedido a su prima. Había achacado los días de ausencia de Montaña a unas minivacaciones, nunca habría imaginado que el jefe fuera tan ruin como para echarla a la calle sin ningún motivo.

—Maldito cabrón —susurró entre dientes.

No podía portarse como un energúmeno porque su mujer le había pedido el divorcio. Qué ciego había estado. Parecía que era un tipo tranquilo, majo, pero por desgracia, según había descubierto, tenía otra cara. O quizá era la verdadera y él no la había visto hasta entonces. En esos momentos dudaba.

Lo más gracioso de todo era que Lee había sido el artífice de que por fin abriera los ojos, él le había mostrado la otra cara de la moneda. Desde que había hablado con él de lo sucedido en el *parking* de Serendipity, todo cobraba sentido. Su amigo…

—¡Ja, mi amigo Lee! —gritó, entusiasmado.

Aún no se lo creía, era el mejor amigo de un tío famoso y guapo. Sonrió feliz y continuó caminando hasta los vestuarios mientras, tras dispersarse un poco, continuaba sumido en sus pensamientos.

Veía las cosas de otra manera —continuó donde lo había dejado—, y así era. Conocía a Roberto. Él no tenía dos caras, era sincero, transparente, y desde luego no era el ogro que Álex quería hacerle ver. Debía escuchar la versión de su amigo y esa misma tarde lo haría.

Había necesitado tiempo para reflexionar, y eso había supuesto no cogerle el teléfono ni contestar sus wasaps. Pero ya estaba preparado. Necesitaba saber, recuperar a su amigo, porque lo echaba mucho de menos.

Se duchó y, ya preparado, caminó hacia la salida del restaurante. Al pasar por la puerta del despacho de Álex, estuvo tentado de entrar, pero estaba tan furioso que temía su propia reacción. CJ era un tío alegre, cariñoso, tanto que muchas veces llegaba a empalagar; pero, cuando se enojaba, lo hacía —como todo en su vida— con tal intensidad que asustaba. Era mejor esperar y tranquilizarse. Después hablaría con Álex, no pensaba dejarlo estar.

Condujo hasta el barrio donde, tras dejar el domicilio familiar, vivía Montaña.

Aparcó en la plazoleta y caminó los escasos metros que lo separaban de la cafetería donde habían quedado.

Entró con paso firme y sus ojos volaron hasta la mesa donde Montaña y Roberto lo esperaban. Se detuvo un instante para contemplarlos. Estaban sentados frente a frente, se tomaban las manos por encima de la mesa, charlaban y se sonreían como bobos.

—El amor —dijo en voz baja, y suspiró. CJ era un romántico empedernido—. Hacen muy buena pareja. —Lo reconoció en voz alta, porque viéndolos juntos era algo que nadie podría negar.

Se acercó a la mesa y, tras tomar asiento al lado de su prima, los saludó intentando parecer molesto con ellos. No iba a perdonarlos tan fácilmente.

—Por mí, no os cortéis —les dijo, pues nada más verlo ambos se habían soltado las manos como si estuvieran haciendo algo prohibido.

El camarero se acercó a la mesa y CJ le pidió una cerveza sin alcohol.

—¿Cómo-cómo estás? —lo interrogó Montaña con el semblante lleno de preocupación.

—Pues bien, ¿por qué habría de estar mal? —Se cruzó de brazos para hacer ver todo lo contrario. Otra característica de CJ era lo dramático que se mostraba en ciertas ocasiones.

Pasaba el tiempo y nadie decía una sola palabra; CJ, por ponerle un toque de tragedia al momento y tanto Roberto como Montaña, porque no sabían por dónde empezar.

—Siento… —Por fin Roberto se aventuró, la situación se estaba volviendo incómoda.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —lo interrumpió CJ.

—Porque queríamos afianzar lo nuestro, arreglar todo con Álex. Ha sido muy rápido —intervino Montaña.

—¿Cómo surgió? ¿Cuándo…?

—Fue todo casual. Nos conocimos en la biblioteca, y te juro que no sabía que era tu prima, te lo juro…

—¿Fue amor a primera vista?

—Pues sí, y mira que yo nunca he creído en eso. —Roberto miró a Montaña con los ojos llenos de ese amor del que estaban hablando y el

cocinero suspiró—. Nunca quise hacerte daño. —Su mirada, llena de sinceridad, se clavó en él.

—Lo sé, lo sé. —Carraspeó, pues tenía un nudo en la garganta—. Te conozco, eres mi hermano. Y ahora, ahora, ¿qué vais a hacer?

Ambos se encogieron de hombros.

—Vivir —contestó Roberto con una gran sonrisa en la boca—. Disfrutar el uno del otro. Cerrar los ojos y lanzarnos, porque merece la pena, ¿no crees?

CJ asintió.

—Hacéis una bonita pareja —reconoció—. Pero te lo advierto: esta mujer es sangre de mi sangre. —Su vena dramática salió a la luz de nuevo y ambos sonrieron—. Como le hagas daño…

—Me cortarás las pelotas —lo interrumpió Roberto.

—Exacto. Y lo haré sin anestesia, poco a poco…

—Para, para —le dijo Roberto entre carcajadas—. No hará falta, porque yo solo quiero hacerla feliz. —Sus ojos otra vez conectaron con los de Montaña.

—¡Joder, qué bonito! —CJ, como espectador, lo estaba disfrutando. Para otro habría sido una escena mortalmente empalagosa, pero él lo vivía todo con más intensidad que el resto de los humanos y sus ojos se humedecieron.

—Hoy me he enterado de que Álex te ha despedido. —Cambió de tema porque al final, como siguieran así, terminaría llorando como un tonto.

—Así es Álex: cuando no consigue lo que quiere, toma medidas drásticas —dijo Montaña tras suspirar.

CJ se movió intranquilo.

—Iré a hablar con él.

—¡Ni se te ocurra!

—Algo tengo que hacer.

—No te metas. Te lo advierto, CJ, es mi vida.

—Pero…

—Ni peros ni peras. De todas formas, sería incómodo para mí trabajar en el restaurante de mi ex.

—Visto así…

—Estoy buscando trabajo. También tengo que encontrar un lugar donde vivir, no puedo quedarme más tiempo en casa de Marta. Sé que por ella no hay problema, pero no quiero abusar. —Bajó la mirada, avergonzada con su situación.

No tenía nada, absolutamente nada, Álex se lo había quedado todo. Pero no pensaba confesarlo delante de ellos. Sabía que, si se enteraran, harían algo radical, y no quería que ni su primo ni Roberto se metieran en problemas por su culpa.

—Puedes venir a mi casa —propuso CJ—. Imagino que iros a vivir

juntos es una opción descartada.

—Queremos ir despacio, por Quique —aclaró Montaña, pues ya lo habían hablado. Por supuesto, él se lo había propuesto, pero se había negado. No tenía ningún derecho a cambiar la vida de un niño tan pequeño—. Además, quiero hacer esto por mí misma. Salí de casa de mis padres y, al poco de llegar a Madrid, empecé a vivir con Álex. No sé lo que es estar sola y lo necesito.

—No lo comparto, pero lo entiendo —afirmó Roberto.

—Me parece bien, prima, pero puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé. —Tomó una de sus manos y ambos sonrieron.

—¿Salimos a dar un paseo? —propuso Roberto.

—Vale, como queráis.

—Voy a pagar, invito yo. —Roberto se levantó y se acercó hasta la barra. Antes de abonar la cuenta, sacó el móvil de su bolsillo y envió un wasap.

Los tres salieron a la calle. Sus pasos los llevaron hasta el paseo central, una amplia avenida demarcada por frondosos árboles cuyas hojas se mecían por el suave viento que soplaba. Hacía frío, pero no les importaba, eso los hacía sentirse vivos. Montaña y Roberto se tomaron de la mano, y CJ caminaba junto a ellos, pero de repente se paró.

—Venga, va, ¿nos damos un abrazo? —CJ era mucho de abrazos, de palabras cariñosas, de gestos tiernos, y ante su petición, tanto Montaña como Roberto, que era la antítesis de su amigo, se echaron a reír y por supuesto lo abrazaron.

—¡Eh, eh, nosotros también queremos! —CJ se soltó y contempló con total estupefacción a la persona que acababa de pronunciar esas palabras.

—¿Mateo? ¿Cómo…? —Pero su amigo no estaba solo, junto a él también se encontraban Jaime y Sandy—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Roberto nos ha avisado —contó Sandy—. Hemos estado esperando fuera de la cafetería. Por cierto, joder, qué frío —dijo entre risas.

—Queríamos estar tu lado cuando te enterases de todo —intervino Jaime—. Te conocemos, amigo, eres tan empático y dramático que sabíamos lo que iba a pasar. —Lo señaló para corroborar sus palabras, CJ lloraba como un niño.

El cocinero se secó los ojos y carraspeó un par de veces.

—¿Estabais enterados de lo que ellos…? —Los señaló.

—¿De que ellos están juntos? —lo interrumpió Sandy—. Lo supimos hace poco, Roberto hizo un grupo de wasap para ponernos al corriente.

—Uno en el que tú no estabas —explicó Mateo con una sonrisa

maliciosa.

—Pero no estabas porque quería contarte todo lo que había sucedido y darte una sorpresa —aclaró Roberto con presteza, pues CJ lo estaba mirando mal—. Como sabemos que eres tan sentimental…

—Claro, como soy tan moñas, querías montar un numerito que me ablandara el corazón —la protesta de CJ no fue muy creíble, pues, de nuevo, tenía los ojos llorosos y esa expresión dulce que hacía que todo el mundo se enamorase de él.

—¿Y-y lo he conseguido? —lo interrogó Roberto con los ojos brillantes.

—Pues sí, lo has conseguido. Pero eso no quiere decir que vaya a pasarte ni una. Como le hagas daño a mi prima…

—Te corto las pelotas —dijeron a coro las voces de sus amigos.

—Vaya, veo que utilizo demasiado esa amenaza. —Avergonzado, bajó la mirada, y más aún cuando, otra vez, el coro de voces se manifestó entonando un sí rotundo.

—Deberías cambiarlo —propuso Jaime.

—Ya. —Lo sopesó, pero solo durante unos segundos, porque de inmediato se le ocurrió algo—: Bueno, ¿qué? ¿Abrazo colectivo? —Y, de repente, se vio envuelto en una maraña de cuerpos.

Sempiterno

Álex llevaba un buen rato parado frente a la cafetería.

Había llegado justo cuando CJ había aparcado su coche. Lo había seguido desde el restaurante, pues presentía que algo estaba sucediendo. Pero jamás se habría imaginado lo que sus ojos acababan de ver.

Otra puñalada más que recibía por culpa de esa zorra.

CJ, su único amigo, paseaba al lado de la mujer que le había destrozado la vida y del hombre que le había robado.

—¡Hija de puta! —gritó con furia. Le habría encantado que sus palabras volaran hasta impactar en el corazón de ella.

Esa mujer que le sonreía a otro, que abrazaba a otro, que follaba con otro, le había robado todo: su vida, su amigo y su restaurante, porque desde que lo había dejado no atendía el negocio, no comía, no dormía y estaba seguro de que terminaría perdiéndolo.

—Ella o yo —pensó—. Uno de los dos tiene que irse: ella o yo.

41

—Ahora lo entiendo, señor Frodo. Los protagonistas de las grandes historias se rendirían si quisieran. Pero no lo hacen: siguen adelante, porque todos luchan por algo.

—¿Por qué luchas tú, Sam?

—Para que el bien reine en este mundo, señor Frodo. Se puede luchar por eso.

El Señor de los Anillos

Desde que había conocido a Sonrisas, desde que ella había entrado en su mundo, estaba experimentando muchas primeras veces, y en ese instante estaba viviendo su primera vez al mando de su coche sin que nadie lo acompañara, sin que nadie se hubiera ocupado de qué ropa debía ponerse ni de su agenda, ni tan siquiera de su cena.

Ahora era el dueño de su vida, y eso sentaba muy, pero que muy bien.

Tenía el estómago lleno y estaba conduciendo uno de sus coches. Sentía vértigo, una extraña y placentera sensación en su vientre, y por primera vez en su vida no se trataba de hambre, sino de satisfacción, de ganas de experimentar más primeras veces.

«El primer día del resto de mi vida». Ese pensamiento le hizo sonreír.

No tenía miedo, ya nunca lo tendría, porque ahora era libre, nadie manejaba su vida.

Le agradaba conducir, hacía tanto tiempo que no lo hacía que había olvidado que le gustaba. Siempre eran otros los que lo llevaban y traían, no tener necesidad de hacerlo por sí mismo le había privado de esa sensación tan agradable que le producía pisar el acelerador. En un principio, cuando supo que Sonrisas no lo iba a poder llevar porque tenía una cita importante con CJ y sus amigos, entró en pánico.

—No puedes hacerme esto —le dijo.

—No pasa nada porque lleves tú el coche. Sabes conducir, tienes carnet.

—Ya, pero hace siglos que no lo hago.

—Eso no se olvida nunca.

—¿Tan importante es ver a CJ? —protestó, molesto.

—Sí, lo es. Los buenos amigos siempre se acompañan en los buenos y en los malos momentos. No existen excusas: si un amigo te necesita, tienes que ir.

—Pero-pero, entonces, yo también debería ir: CJ es mi amigo. —Nunca se habría planteado ese tipo de dudas, jamás habría experimentado la verdadera amistad si no llega a ser por las enseñanzas de Sonrisas.

—No, tú tienes una obligación que cumplir. Él lo entenderá. Sin ti no hay rodaje, y mucha gente, muchos empleos dependen de tu presencia en el set.

Esas palabras calaron en el corazón de Lee tan profundamente que no tuvo más remedio que conformarse, conducir el coche e ir por primera vez solo hasta el set de rodaje, pues empezaba la grabación de la película por la que tanto había luchado.

Pero su día no había comenzado ahí, primero se había reunido con un equipo de abogados que había contratado.

La noche anterior apenas había podido pegar ojo, presintiendo todo lo que iba a suceder cuando el vídeo que había mandado a primera hora a los medios de comunicación llegase a Amanda.

Había tomado una de las decisiones más complicadas e importantes de su vida y ahora le tocaba afrontar las consecuencias; seguro que las habría y, por supuesto, no serían placenteras, sino más bien crueles.

En el vídeo explicaba su determinación de desvincularse del contrato con Amanda Stone, dejaba New Stars porque seguir allí suponía continuar permitiendo que su madre manejara su vida y él quería ser libre, lo necesitaba. Y también anunciaba su ruptura sentimental con la actriz Marcella O´Hara.

Gracias a Sonrisas —que le había mostrado que no todos eran egoístas, que existían personas que lo veían como lo que era: un hombre normal intentando ser feliz—, gracias al amor que los unía, se sentía fuerte. Iba a luchar con uñas y dientes contra el Titán Amanda, aun temiendo que lo más seguro era que terminara saliendo mal parado.

Quitó la capota al coche, le apetecía sentir el viento. Jamás se había sentido tan libre. La gruesa cadena con la que Amanda sujetaba sus tobillos se había roto, ahora era él quien tomaba las decisiones, todas, incluso las de su carrera.

Cuando llegó al emplazamiento donde tendrían lugar las primeras escenas que se iban a rodar, le pareció extraña la quietud, el silencio que rodeaba al set. Aunque había llegado con tiempo de sobra, tendría

que haber movimiento del personal preparándolo todo. A esas horas debería reinar el caos. ¿Por qué no era así?

La zona estaba desierta. Caminó en busca de algún responsable, a poder ser, el director, y lo encontró en el pequeño despacho prefabricado.

—Lee, por fin llegas, te he estado llamando. —Steven lo recibió con un gran suspiro de alivio—. Pensé que te había sucedido algo malo.

Paul sacó el móvil del bolsillo de su abrigo y miró la pantalla: tenía unas veinte llamadas del director.

—Lo tenía en silencio, lo siento —se excusó—. ¿Pasa algo malo?

—Sí, algo terrible. Han suspendido el rodaje —le explicó con gran tristeza.

—Pero-pero… ¿por qué? Teníamos todos los permisos…

—No hay dinero —lo interrumpió.

—No puede ser, ¿qué ha pasado con los fondos?

—Los inversores los han retirado.

—Amanda —escupió su nombre como si fuera una aberración.

Steven asintió, aunque no era necesario que nadie le confirmara que su madre era la culpable. No había tardado nada en reaccionar, apenas unas horas. Lo castigaba por haberse desvinculado de la agencia y lo hacía como era de esperar, de la forma más cruel: destrozando el proyecto que tanta ilusión le hacía.

—Vamos a desmontarlo todo, pero quería esperarte para…

—¡No desmontes nada! —le gritó—. La película se va a rodar, eso te lo aseguro —sentenció con absoluta determinación—. Dile al personal que descansamos unos días. Cuando lo arregle todo, te llamaré.

—Pero… ¿cómo?

—No sé cómo, pero lo arreglaré, te lo prometo. Ahora tengo una cosa muy importante que hacer. Hablamos.

Y, diciendo eso, salió corriendo hacia su coche.

Tenía muy claros los pasos a seguir y el primero era enfrentarse a su madre, necesitaba verle la cara.

Condujo hasta la sede de New Stars. Empezaba a anochecer, pero estaba seguro de que ella estaría allí. Se pasaba los días metida en su despacho manejando las carreras y las vidas de sus estrellas.

Dejó el coche en el primer sitio que encontró y entró en el gigantesco edificio.

—Buenas noches, señor Hallen —lo saludó el empleado que estaba a cargo de la recepción.

Lee no lo conocía. Seguro que llevaba años trabajando allí, saludándolo cada día que entraba, pero nunca había prestado atención al resto de los empleados. Además, las puertas, cuando llegaba,

siempre estaban abiertas para él. Por primera vez, no le permitían el acceso. Esa noche, según parecía, su madre, le acababa de vetar la entrada.

Sonrió con tristeza, Amanda jugaba sucio.

—Necesito ver a mi madre —expuso con total tranquilidad. Nada lo pillaba por sorpresa, ni siquiera ese arrebato de Amanda.

—Lo-lo siento, se-señor, pe-pero no puedo dejarlo entrar. —Se notaba que el pobre recepcionista lo estaba pasando fatal. Todos conocían el terrible carácter de Lee cuando se le llevaba la contraria. Temía su reacción, pero más terror le daba la de la señora Stone.

—Por favor… —miró la chapa que el empleado llevaba prendida en la solapa de su chaqueta—, señor Parker, necesito…

—¡Eh, Lee! —La voz de Phoenix Donerfiel lo interrumpió y se dio la vuelta para contemplar al estrafalario fotógrafo, que entraba en recepción—. Vaya, qué mal aspecto tienes —le dijo nada más llegar a su altura mientras le tendía la mano a modo de saludo.

—En cambio tú sigues tan-tan…

—Diferente, maravillosamente diferente —terminó la frase por él, y ambos sonrieron—. ¿Ocurre algo? —Su mirada felina se clavó en Lee y luego, en el recepcionista.

—Verá, señor Donerfiel, usted puede pasar, pero él… —Parker tragó saliva. No había estudiado una carrera de cinco años para enfrentarse a temas como ese. Él quería ser profesor de Historia y no recepcionista, menos aún para la señora Stone, pero la crisis y la necesidad lo habían obligado a verse tras ese mostrador enfrentándose a situaciones incómodas como esa.

—Tiene que haber un error. —Phoenix sonrió intentando tranquilizar al pobre empleado—. El señor Lee viene conmigo.

—Pero… —insistió Parker—. La señora Stone…

—La señora Stone es la que nos ha mandado venir a ambos. —Le guiñó uno de sus preciosos ojos de color violeta, a Phoenix le encantaba lucir lentillas de colores—. No puedo hacer fotos a Paul Lee Hallen sin que él esté presente, ¿no le parece?

Parker dudó, quizá el fotógrafo tuviera razón.

—La llamaré…

—Oh, no, por Dios, no la moleste por eso. —Se acercó todo lo que pudo al empleado y, como si se tratase de una confidencia, le dijo entre susurros que tan solo él podría escuchar—: Ya sabe cómo se pone cuando la molestan con tonterías.

Parker sintió un escalofrío al escuchar las palabras de Donerfiel. La señora era como una pantera rabiosa cuando se la molestaba, así que asintió y abrió las puertas para que pasaran.

Caminaron juntos sin decirse nada hasta el ascensor, pero ya dentro del cubículo Lee miró al fotógrafo a los ojos.

—Muchas gracias —le dijo con total sinceridad.

—No me las des, no es justo y nunca me han gustados las injusticias.

—¿Cómo…?

—¿Que cómo sé lo que ha pasado? Aunque se ha tratado de una simple casualidad el que yo esté aquí —lo interrumpió—, estás por las redes, amigo. La noticia ha corrido como la pólvora. —Sacó su móvil del bolsillo y le mostró algunas de las publicaciones.

Leyó algunos de los titulares:

La estrella Paul Lee ha roto el contrato con la famosa agencia New Stars.

Paul Lee Hallen deja la que ha sido su agencia durante toda su vida.

—Amanda tiene que estar furiosa. Ten cuidado, Lee: intentará destrozarte.

El ascensor se paró, acababan de llegar a la planta donde estaba la oficina de la señora Stone. Lee apretó el botón de parada para que nadie lo pudiera llamar mientras ellos se despedían, porque, aunque Phoenix iba a ver a Amanda, estaba seguro de que le cedería el puesto.

Lee se limitó a asentir. Sabía lo poderosa y cruel que era su madre, ya había experimentado su maldad en muchas ocasiones.

—De nuevo, gracias por todo. Y siento haberme portado como un idiota contigo. —De pronto, le pesaron las escenitas que había montado en su estudio cuando le hacía fotos, lo mal que lo había tratado.

—Nunca las tuve en cuenta, sé que tan solo querías llamar la atención. Me alegra haber podido ayudarte. Dale a esa zo… —calló el insulto que había estado a punto de salir de su boca, al fin y al cabo, Amanda era su madre—, a esa mujer donde más le duela.

Lee soltó una profunda carcajada.

—Creo que eso ya lo he hecho. —Dio dos pasos fuera del ascensor.

—¡Lee! —Se giró para mirar a Phoenix—. Te espero en mi estudio para una sesión de fotos —le dijo antes de que se cerrasen las puertas —, ese será tu pago por este favor. —Lo último lo escuchó a través de las hojas de metal.

Paul sonrió y le gritó:

—¡Eso está hecho!

Caminó con paso firme hasta la puerta de madera que lo separaba de ella. Cuando la atravesara, se iba a encontrar cara a cara con la mujer que más daño le había hecho en toda su existencia. Ella le había dado la vida, pero una tan vacía y triste que, si no hubiera sido por Sonrisas, lo habría consumido hasta hacerlo desaparecer.

No tocó, sino que dejó la educación al otro lado de ese despacho y

entró directamente.

—¿Cómo has entrado? —La sorpresa de verlo allí, en su territorio, en ese que le había vetado, la hizo levantarse de golpe.

—Hola, madre. ¿Cómo va todo?

No hizo caso a su arranque, a sus miradas furiosas, y caminó con tranquilidad hasta colocarse al otro lado de la mesa, donde tomó asiento en la cómoda silla, justo frente a ella.

Amanda cogió el teléfono, dispuesta a llamar a seguridad para que lo echaran de allí, pero Lee fue más rápido y se lo quitó de las manos.

—Siéntate —le pidió con voz serena—. ¡He dicho que te sientes! —Y su gritó la dejó tan descolocada que se dejó caer sobre la mullida silla.

—¿Cómo tienes la caradura de venir?

—Quiero que dejes en paz a los inversores.

—¿Inversores?

—Vamos, Amanda, no te hagas la tonta, sabes a qué me refiero.

—De verdad que me sorprendes —dijo riendo a carcajadas—. Me apuñalas por la espalda ¿y quieres que me quede quieta?

—No, claro que no. Sabía que harías algo cruel, pero el resto del equipo no tiene la culpa. No puedes jugar con el trabajo y las ilusiones de toda esa gente.

—Otra vez me sorprendes, Paul. ¿Desde cuándo te importan los demás?

—Desde siempre, tan solo aparentaba porque si algo o alguien me importaba me lo quitabas, lo hacías desaparecer.

—¡Basta! No tengo tiempo de escuchar tus estupideces. Ve al grano y vete, no quiero volver a verte nunca más.

Una sonrisa irónica vistió la boca del actor.

—No creas que a mí me apetece volver a verte, madre. Tan solo quiero que hables con los inversores, quiero que les digas que vuelvan a poner el dinero que prometieron.

—No tengo por qué hacer eso.

—Si lo haces, me desvincularé totalmente del proyecto. No seré yo quien protagonice esa película.

—Oh, vaya, ¿el egoísta Paul Lee Hallen es capaz de ceder su puesto?

—Sí.

—Pensé que deseabas ese papel.

—Y así es, pero, al contrario que tú, tengo corazón y no puedo dejar a todo el equipo, a toda esa gente sin trabajo.

—¡Maldita sea! —Asintió—. Eres un perdedor. Yo no te eduqué así.

—En eso tienes toda la razón: tú me educaste para ser tan egoísta como lo eres tú.

Amanda se movió inquieta en la silla.

—Vuelve a mi lado —dijo de repente—, te perdonaré y te permitiré hacer ese papel.

—Ya no, ya no me vendo, madre. Me importa una mierda ese papel, ninguno merece la pena si el precio es estar a tu lado, a tus órdenes.

Lee se puso de pie, rodeó la silla, apoyó las manos en el respaldo que había ocupado hasta ese momento y miró a su madre.

—A partir de ahora, soy libre, libre para hacer lo que me dé la gana.

Amanda también se puso de pie y lo enfrentó con mirada furibunda.

—Voy a hundir tu carrera. No me importa perder a mi estrella, ya vendrán otras, pero te juro que no vas a trabajar en esto nunca más.

—¿Y a tu hijo, madre? —le preguntó con el semblante serio, y ella pestañeó un par de veces, parecía no entender a qué se refería—. Dime, madre, ¿también te da igual hundir la vida de tu hijo?

42

No quiero que renuncies a tus sueños porque me amas, espero ser tu fuerza para que seas capaz de alcanzarlos.

Coffee Prince (K-drama)

—¿Dónde estás?

—En el Parque Europa.

—Voy para allí.

—¿Ya has terminado de rodar?

—En nada llego. —No pensaba contarle por teléfono todo lo que había pasado, esa noche no, porque para ella era un día especial y no iba a estropeárselo por nada del mundo.

—¿Estás bien?

—¡Pues claro que estoy bien! Te aviso cuando llegue. —Y, sin más, colgó.

No le costaba nada actuar, representar un papel; mostraría su sonrisa, aparentaría que todo estaba en orden aunque por dentro se sintiera destrozado. Amanda había logrado lo que se proponía, ella siempre obtenía lo que deseaba, y en esa situación no iba a ser menos.

—Voy a hundir tu carrera. No me importa perder a mi estrella, ya vendrán otras, pero te juro que no vas a trabajar en esto nunca más.

Las últimas palabras que le había dicho le golpearon el corazón como si hubiera recibido un fuerte puñetazo. No le importaba su carrera, le daba igual. Aunque adoraba su trabajo, no volver a actuar le daba lo mismo. Pero esas palabras dolían, porque Amanda seguía viéndolo como una de sus adquisiciones, como un objeto, y no como su hijo, y a pesar de que lo tenía asumido desde que tenía uso de razón, escucharlo de su boca le laceraba el alma.

Condujo hasta Torrejón y de allí, al Parque Europa. No tuvo problemas para aparcar cerca de la entrada principal; las temperaturas habían bajado bastante y, además, el cielo amenazaba lluvia, así que el parque tenía pocos visitantes.

Se tapó bien con la gorra y la bufanda, no quería que nadie lo reconociera.

A la carrera, cruzó la calle y entró en el parque. Frente a él, la Puerta de Alcalá se erguía imponente. Pero no tenía ánimo para contemplar los monumentos, lo único que deseaba era no estar solo, necesitaba a Sonrisas. Sabía que un solo abrazo de ella lograría juntar todas sus piezas rotas.

Sacó el móvil y le envió un wasap.

Lee:
Ya estoy en el parque
Mándame la ubicación

Y ella se la envió al instante. No tardó nada en encontrarlos.

Estaban en uno de los parques infantiles jugando como niños. CJ se lanzaba por el tobogán seguido muy de cerca por Inés mientras Sonrisas los contemplaba y reía a carcajadas subida en uno de los columpios.

Ella fue la primera en verlo. De un salto, se bajó del asiento y corrió hasta ponerse a su lado.

Ni se lo pensó, simplemente se lanzó a sus brazos. Le daban igual las miradas de sus amigos, ni siquiera pensó que él podría llegar a rechazarla.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo cuando la acogió como si fuera un salvavidas, como si estuviera solo en medio del mar embravecido.

—Sí —le susurró al oído.

«Ahora sí que lo estoy», pensó mientras se aferraba al pequeño cuerpo de Sonrisas.

—¡Eh, Lee! ¡Has venido, has venido! —CJ gritaba feliz.

—No podía faltar —le dijo con una enorme sonrisa, obligándose a separarse de ese refugio que tanto necesitaba en ese momento.

—¡Leee! —El grito de Inés le hizo sonreír—. ¡Nos lo estamos pasando genial! *¡¿Quieges jugag?!*

Le tendió la mano, y Lee la aceptó encantado. Al instante, el que corría aferrado a la pequeña manita de la niña perseguido por CJ era él.

Se lanzó por el tobogán con la niña entre sus piernas, la tomó entre sus brazos y corrió hacia uno de los grandes castillos huyendo de CJ.

Inés reía a carcajadas, gritaba nerviosa y feliz.

Así estuvieron un buen rato hasta que Sandy puso orden.

—¡Niños, tenemos que irnos! —les gritó, y como respuesta tuvo un coro de protestas—. Mateo me va a matar si se entera de que he tenido a Inés hasta esta hora en el parque.

Marisa había llegado al parque para dejar a Inés y se había marchado con Mateo. Necesitaban un tiempo a solas y, aprovechando que Lara se había ido a la sierra con Nadia y su padre, le habían

pedido a Sandy el favor de que se quedara con la pequeña. Jaime se fue un poco más tarde y, al final, CJ, Sandy e Inés se habían quedado solos en el parque.

Lee fue el menos obediente de los tres, protestó con ímpetu e Inés lo regañó con contundencia.

—*Otgo* día venimos a *jugag* —le prometió.

La pequeña estaba tan cansada que bostezaba sin parar y Lee se acuclilló frente a ella.

—Sube —le propuso, y la niña, encantada, se colocó a caballito en la espalda del actor.

CJ colocó el abrigo que Lee se había quitado antes de coger a Inés sobre los hombros de la niña, pues casi al instante se quedó dormida.

Caminaron hacia la salida del parque en total silencio. Tanto CJ como Sandy sabían que a Lee le había sucedido algo, pero no querían presionarlo; seguramente necesitaba su tiempo, y lo respetaron.

Cuando llegaron a la casa de Sandy, esta se fue a acostar a Inés y los dejó a solas en el salón.

—¿Cómo fue? —CJ rompió el tenso silencio que se había creado entre los amigos.

—Mal.

—¿Amanda?

—Sí.

—Puta mierda, tío.

—¿Sabes lo que más me duele? —CJ se limitó a negar con la cabeza—. Parecerá una estupidez, ya sé que debería estar acostumbrado, pero ver, sentir que no le importo nada… Uf, duele, duele mucho.

Tras unos minutos en silencio, Lee soltó de golpe:

—No voy a hacer la película.

CJ clavó sus profundos ojos en él con asombro, con pena.

—Lo siento mucho, sé lo importante que era ese papel para ti.

—Sí, sí que lo era, pero no voy a permitirle nunca más que maneje mi vida. Se terminó.

—¿Crees que quizá algún día ella cambie de opinión?

—No, Amanda nunca rectifica ni pide perdón. Ha tomado una decisión y la llevará hasta el final sin importarle a quién haga daño.

—Lo lamento mucho —susurró CJ con pena.

—Lo sé, amigo. —Lee sonrió. Su carrera había terminado, pero su vida comenzaba. Ahora no estaba solo, estaba rodeado de gente.

—¿Pasa algo? —Sandy llegó al salón, donde se los encontró acomodados en el sofá y con el semblante apagado. Pero nadie respondió.

—Bueno, yo me voy ya. —CJ se puso de pie con rapidez, quería darles su espacio. Esa misma tarde Sandy le había confesado su amor

por el actor y él se había vuelto loco de ilusión.

—¿De verdad que sois pareja? —le preguntó con nerviosismo.

—Pues eso parece. Lee ha dado el paso y yo, por supuesto, estoy encantada.

—Oh, Sandy, me hace tanta ilusión… Mi mejor amiga y el actor al que tanto admiro, y que ahora es mi mejor amigo, juntos. —Estaba al borde de las lágrimas. Así era CJ: todo lo vivía con intensidad, lloraba por todo y reía cuando le apetecía sin importarle las críticas de los demás, que lo tachaban de sensiblero, de romanticón.

Y al final lloró, lloró como solo CJ lo hacía, con intensidad, expresando tal felicidad que Sandy lloró con él.

—Joder, ahora solo quedo yo —le dijo tras reponerse de su repentino ataque de felicidad.

—¿Cómo? —lo interrogó Sandy.

—Que solo quedo yo de tener pareja. Jaime y Carlos, Mateo y Marisa, tú y el dios Lee. —Entonces su mirada se entristeció.

Sandy lo tomó entre sus brazos.

—Ya llegará.

—¿Tú crees?

—Pues claro que sí. Eres una persona tan especial que no puedes estar con cualquiera.

—Soy tan especial que nadie me quiere como pareja. ¿Sabes lo que soy? —Sandy negó con la cabeza—. *Un pagafantas.*

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que solo me quieren como amigo, nada más.

—Estoy segura de que algún día llegará, solo es cuestión de tiempo.

Y ahí terminó su conversación, pues CJ se limitó a sonreír y asentir, aunque, en realidad, dentro de su corazón, lo que más pesaba era la soledad. Estaba cansado de esperar.

CJ los dejó a solas, tenían mucho de lo que hablar. Lee debía vaciar su corazón. Él lo había ayudado como amigo, pero necesitaba a Sandy.

Aunque esa no iba a ser la noche en la que Lee le confesara todo lo sucedido con Amanda, esa fue la segunda noche que durmieron juntos. Eso sí, con Inés entre ambos.

43

Nunca digas adiós, porque decir adiós significa irse lejos, e irse lejos significa olvidar.

Peter Pan

—¿Estás segura?

—Sí, es lo mejor.

—Pero dijo que no estaría en casa. Podría subir contigo, así te ayudo.

—Ya, pero ¿y si aparece de repente? No quiero que te vea en casa, no quiero hacerle daño. Por favor, entiéndeme —suplicó con los ojos llorosos, y Roberto cedió, aunque de mala gana. No se fiaba de Álex y sus malas artes.

—Está bien, pero lleva el móvil en la mano y si pasa algo…

—Te llamo —lo interrumpió—. No te preocupes —acarició una de sus mejillas y le dio un leve beso en los labios—, nada malo va a pasar.

Roberto se quedó dentro del coche observándola sin apartar la vista del portal, a pesar de que ella ya había desaparecido dentro de él después de darse la vuelta y saludarlo con la mano.

Esa mañana se habían desplazado hasta la casa que Montaña había compartido con Álex, iba en busca de parte de sus pertenencias.

Roberto insistió en acompañarla y, aunque ella le pidió una y otra vez que no lo hiciera, allí estaban los dos. Ella, subiendo en el ascensor camino del que había sido su hogar y él, en la calle, dentro del coche, aguardando y vigilando el portal como si algo malo le pudiera pasar.

Aún tenía sus llaves, pensaba dejarlas encima de la mesa del salón en cuanto se llevara el par de maletas que, según Álex, le había preparado con todas sus cosas.

—¿En dos maletas entra todo lo que tienes? —le había preguntado Roberto.

—Sí, no me gusta acumular cosas inútiles.

—¿Y podrás con ellas? Serán muy pesadas.

—Podré con ellas, deja de preocuparte.

Montaña sonrió al recordar esa conversación. Había intentado por todos los medios que no subiera sola, pero, para cabezona, ella. No quería que Álex y él se vieran cara a cara, temía la reacción de su ex porque a veces su carácter se tornaba violento y no quería que terminasen llegando a las manos.

Abrió la puerta y, justo al lado, estaban las dos grandes maletas. Suspiró con alivio, no tenía ni que entrar en la habitación que habían compartido durante tantos años. Por lo que parecía, por fin, Álex aceptaba su partida.

Las sacó al descansillo y, antes de tomar de nuevo el ascensor, caminó hasta el salón y dejó las llaves sobre la pulida superficie. Miró hacia todos lados, miles de recuerdos la asaltaron. Había sido muy feliz allí, eso no podría olvidarlo.

—Montaña.

Escuchó su voz llamándola y pestañeó un par de veces.

—Creí que no estarías en casa.

—Quería verte por última vez —susurró con voz entrecortada.

Montaña lo observó y se llevó la mano al corazón, pues le dolía verlo así, tan desmejorado.

—¿Estás bien? —preguntó, asustada, pues su aspecto era terrible.

—No, no lo estoy. —Acortó los pasos que lo separaban de ella—. Te echo de menos.

Los ojos de ambos se llenaron de lágrimas.

—Tengo que irme. —No podía alargar más la agonía que él estaba padeciendo e intentó caminar hasta la salida, pero Álex la agarró de una mano.

—Por favor, no me dejes. Yo… olvidaré todo lo que ha pasado, te perdonaré…

—¡Para! —lo interrumpió—. No puede ser, por favor, no podemos volver a estar juntos, porque yo…

—¿Porque te has enamorado? —la interrogó él con expresión de asco.

—Déjalo ya, no siguas haciéndote más daño.

—¡Tú, tú eres la que me hace daño!

Montaña intentó soltarse de su amarre, pero él era mucho más fuerte y no la soltaba.

—¡Deja que me vaya! —gritó, asustada.

—¡No! ¡No dejaré que te vayas, nunca, nunca! —La soltó y corrió a interponerse entre ella y la salida de la casa.

—¿Cómo? Pero ¿qué…? —Montaña empalideció. ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué pretendía hacer, retenerla contra su voluntad?

—Eres mía, mía.

A Montaña le temblaron las manos cuando apretó el botón de llamada de su móvil. Gracias a la obsesión de Roberto, tenía el teléfono preparado.

No llevaba mucho tiempo esperando a que ella regresara cuando su móvil sonó.

—¿Pasa algo? —Había contestado al primer toque, pero ella no respondía—. ¿Montaña? Montaña, ¿pasa algo? —Tan solo se escuchaban ruidos de golpes. Alarmado, salió del coche y corrió hasta el portal.

Por suerte, la puerta estaba abierta; si no, la habría destrozado a golpes. El ascensor estaba en la planta en la que Montaña se había bajado y él no tenía tiempo de esperarlo, así que subió las escaleras de dos en dos, a la carrera, siempre con el móvil en el oído gritando el nombre de Montaña, pero sin recibir respuesta.

De repente, como si fuera un torbellino, Álex se cruzó con él. Bajaba casi tan rápido como él subía. Se miraron al pasar uno al lado del otro. Álex lo empujó para hacerse sitio en las estrechas escaleras y Roberto estuvo a punto de caer, pero se recompuso con presteza. Su instinto le decía que subiera, que entrara en el piso, y su cuerpo le pedía a gritos que corriera tras Álex, que lo detuviera porque algo había pasado. Pero él obedeció a su instinto: necesitaba ver a Montaña, tenía que saber qué había pasado, por qué no le contestaba al móvil.

Su corazón latía a cien por hora, no solo debido a la loca carrera, sino porque tenía un terrible presentimiento. Estaba aterrado y rezaba, rezaba como nunca en su vida lo había hecho. Corría y rezaba mientras gritaba su nombre.

No tuvo que abrir la puerta de la casa, pues lo estaba de par en par. Las maletas permanecían en el descansillo y ya no le cupo ninguna duda: algo malo había pasado.

Entró sofocado, temblando de terror. Pero sus pasos se frenaron de golpe al llegar al salón. Las rodillas se le doblaron mientras el corazón se le paraba de golpe. Intentó recuperar el aliento, el latido, pues sintió que se mareaba y no era el momento de caer al suelo sin conocimiento. Caminó los pocos pasos que lo llevarían hasta ella

arrastrando los pies y, cuando llegó al lado de Montaña, cayó de rodillas. Las manos le temblaron cuando le acarició la cara.

—¿Montaña? —Ella no respondía y la contempló con los ojos llenos de lágrimas, que caían desbocadas—. ¡NO, NO, NO! —gritó con impotencia—. ¡NO, DIOS, POR FAVOR!

Negó una y otra vez, eso no podía estar pasando, no podía. Su blanca blusa se teñía con su sangre de rojo, de uno tan intenso con un olor tan metálico que le provocó arcadas.

—¡Dios mío!

Escuchó la voz de un hombre a su espalda y se giró a mirarlo. Era uno de los vecinos, que, alarmado por las voces, había entrado en la casa.

—¡LLAME A EMERGENCIAS! —le gritó Roberto, desesperado. Él ni siquiera recordaba dónde estaba su móvil. Lo había llevado en la mano durante su loca carrera hasta llegar hasta ella, pero no recordaba en qué momento lo había soltado.

Sus ojos volvieron a clavarse en el cuerpo inerte de Montaña. A su espalda escuchaba al vecino hablar con emergencias, pero de forma lejana, como si estuvieran a kilómetros de distancia.

Deseaba más que nada en el mundo abrazarla, pero no se atrevía, pues temía hacerle daño. Sin embargo, al final no se pudo resistir y la tomó entre sus brazos mientras presionaba el lugar por el que brotaba la sangre con una de sus manos. No quería ver ese objeto que, al lado de ella, brillaba con intensidad; deseaba que desapareciera de allí, porque con eso el malnacido de Álex acababa de acuchillar a la mujer que amaba.

—Quédate conmigo —le susurró entre llantos y sollozos mientras la mecía—, no te vayas, no me dejes.

Sempiterno

El restaurante estaba hasta los topes y andaban tan escasos de personal que apenas tenían tiempo ni para coger aliento.

—¿Dónde coño está el jefe? —CJ no había podido salir de la cocina ni un solo instante, necesitaba a Álex, pues habían surgido un millón de problemas y él no daba la cara desde hacía días.

—No lo sé, no contesta a las llamadas. —El pobre pinche había dejado su labor porque llevaba todo el día intentando ponerse en contacto con el jefe. Dos manos menos para CJ suponían más trabajo

para él.

—¡Se acabó, estoy cansado! ¡Si a él no le importa su negocio, a mí menos! ¡Dile a Mónica que cerramos! —gritó CJ. Esa situación era insostenible. Durante unos días había logrado sacar el Serendipity a flote, eso sí: trabajando duro y haciendo más horas de las que debía. Además de su labor como cocinero, se había preocupado de hablar con los proveedores, del papeleo y demás temas de los que se ocupaba el jefe, pero esa situación era insostenible. Sin un capitán al mando, el barco zozobraba—. Yo no puedo hacerlo todo, no soy el dueño de esto, joder.

Tiró con furia el paño de cocina con el que limpiaba unas gotas de salsa que habían ensuciado el filo del plato que iba a ser servido.

Se desprendió del gorro bandana que cubría su cabeza y del delantal.

—Me voy, lo dejo, dimito.

La cocina se quedó en absoluto silencio y todos lo miraron con tristeza. Si el cocinero jefe se iba, ¿qué sería del resto del personal? No podrían ocuparse del negocio.

CJ se percató de las miradas de preocupación de sus compañeros y, tras lanzar un profundo suspiro, se colocó de nuevo las prendas de trabajo y continuó cocinando. Lo haría por toda esa gente, pero por Álex no volvería a mover un solo dedo.

Cuando se lo echara en cara, pensaba darle un ultimátum: o se hacía responsable de su negocio, o él se iría, sin importarle las consecuencias.

Estaba cortando un trozo de solomillo cuando uno de los camareros entró en la cocina a la carrera.

—CJ, CJ, ha pasado algo terri…

—CJ. —La voz del camarero se vio interrumpida por la de Mateo.

¿Mateo? ¿Qué hacía Mateo en su cocina?

El cocinero miró el semblante de su amigo y supo al instante que algo malo había pasado, algo terriblemente malo.

—CJ, ven conmigo —le dijo.

—¿Pa-pasa algo?

—Vamos, amigo, necesito contarte algo y este no es el lugar.

CJ asintió, se quitó de nuevo el gorro y el delantal, y caminó tras su amigo, que le iba abriendo paso mientras el resto del personal los contemplaba sin saber muy bien qué hacer.

—Sube. —Mateo entró en el coche y esperó con paciencia a que CJ hiciera lo mismo. Ni siquiera le había dado tiempo para cambiarse, y eso le aterró más si cabía, porque lo que sucedía debía ser tan grave que no había tiempo para nada.

No hablaron durante el camino, el silencio se apoderó del habitáculo, pues ni siquiera pusieron la radio.

CJ supo de manera inmediata hacia dónde se dirigían, el camino hasta el hospital de Torrejón era inconfundible. Pasaron rotonda tras rotonda sin emitir ni un solo sonido. Mateo, reteniendo las ganas de gritar, de desahogarse, y CJ, con el miedo de preguntar, de saber, porque temía que en breves instantes iban a vivir otro momento duro, quizá tanto como el vivido en el aeropuerto.

Mateo aparcó en urgencias y, con el coche parado, por fin le habló:

—No he querido decirte nada hasta ahora porque pienso que necesitas estar rodeado de tus amigos. —Nada más decir eso, Marisa, Jaime, Carlos, Sandy e incluso Lee, camuflado con su gorra y su bufanda, se acercaron hasta el coche.

Las piernas le temblaron al bajarse del vehículo y contemplar las caras de pena con las que todos lo miraban.

—¿Roberto? —Los miró a todos, era el único que faltaba.

—No —contestó Sandy entre sollozos.

—¿Entonces? Entonces, ¿quién?

—Montaña. —Quien contestó fue el propio Roberto, que en esos momentos salía por la puerta de urgencias. Lloraba, temblaba, y tomó a su amigo entre sus brazos—. Montaña se ha ido. —Sus sollozos apenas lo dejan hablar, su voz estaba tan rota que CJ pensó que lo había entendido mal.

—¿Montaña? ¿Mi Montaña? —preguntó.

Más tarde, en las noticias de todas las cadenas de televisión hablaron de un nuevo asesinato por violencia de género. Una mujer más. Una menos.

44

No te digo que no tienes que estar triste, solo que no dejes que la tristeza se apodere de ti. Puedes estar triste y ponerte a llorar, y aun así, comer a diario y dormir lo que debes. Y a veces puedes sonreír y hasta ser feliz.

Our Blues (K-drama)

Tres meses después

Los días pasaron, pero la sensación de vacío, de pena inmensa, los acompañaba a cada paso que daban. No se iba.

Álex fue detenido, él mismo se entregó. Supuso un cierto alivio, pero se quedó en eso. De nada les servía saber que pagaría por la muerte de Montaña, eso no se la devolvería. Por supuesto, deseaban que se pudriera en la cárcel, que su conciencia lo martirizase el resto de sus días. Merecía sufrir, retorcerse de dolor, pues los había dejado rotos, les había robado a Montaña, su Montaña.

Ella fue enterrada en su tierra, en Plasenzuela, su pequeño pueblo de Extremadura donde todos sus habitantes, conmocionados, asistieron al sepelio.

CJ se instaló allí durante un tiempo, pues necesitaba aislarse de todo, y sus amigos lo apoyaron. Por supuesto, se comunicaban con él con mucha frecuencia, no lo dejarían nunca solo en su duelo.

En cambio, Roberto tuvo que continuar con su vida cotidiana a pesar del intenso dolor. No tenía tiempo para curar su pena, para superar su corazón roto, pues su hijo lo necesitaba. Se volcó en él; de nuevo, fue su salvavidas para poder seguir adelante. Mirar sus ojos, su mirada dulce, le aportaba algo de paz.

—¿Cómo se supera algo así? —Roberto estaba en casa de Mateo. Desde el salón veían a los niños jugando en el jardín de la casa y sintió envidia. Le habría gustado volver a su infancia, ser como su hijo, inocente, libre de todo, reír como lo hacía él en esos momentos porque Lara le hacía cosquillas. Le habría encantado poder liberarse, aunque solo fuera por unos minutos, de la opresión que sentía cada

vez que, tras las noches cargadas de pesadillas, abría los ojos para enfrentar una nueva mañana.

Mateo dejó sobre la mesa su taza de café.

—Quiero serte sincero: nunca se supera. —Un largo suspiro de frustración salió de la boca de su amigo—. Pero se aprende a vivir con ello. Y tú lo harás, amigo, porque tienes que seguir. Por ti, por tu hijo, por ella.

Roberto también depositó su taza sobre la superficie de la pequeña mesita y se recostó en el sofá. Cerró los ojos, pues otra vez las lágrimas amenazaban con rodar por sus mejillas.

Desde lo que había sucedido, desde que le había dado la noticia a CJ, no había vuelto a hablar del tema. No podía, prefería llorar a solas, cuando nadie lo veía, pues estaba cansado de las miradas de pena que todos le dirigían. Por desgracia, los medios lo habían puesto en el punto de mira. Siempre hay móviles cerca que graban de manera indiscreta situaciones que deberían quedar en la privacidad de las víctimas y de sus familiares, y en su caso no iba a ser menos. Ese vecino que le prestó ayuda, ese al que debería haber estado agradecido, se dedicó a grabarlo todo y vendió a los medios de comunicación su imagen, la de Montaña entre sus brazos. De ahí a publicar su nombre, pasaron solo unos minutos. En nada, los telediarios hablaban de él como el novio actual de la víctima de violencia de género que había muerto a manos de su marido por serle infiel con el bibliotecario.

Dolía tanto la distorsión de la verdad, molestaba tanto ser juzgado como si él fuese el culpable cuando ya se sentía así que le daban ganas de gritar, de golpear a todos esos periodistas y a ese vecino que no se limitó a ayudar, sino que quiso sacar partido del morbo, hundiéndolo, aniquilando la poca paz que le quedaba. Se sentía tan agotado que no tuvo fuerzas para luchar, para denunciarlos a todos.

No solo se le había juzgado, sino que algunos parecían buscar la excusa para ese terrible crimen cuando no la había. Nadie tiene derecho, por nada del mundo, a arrebatar una vida.

Habían pasado tres meses y, por supuesto, ya no era noticia de primera plana. Ahora lo era otra mujer, otra víctima que, como Montaña, engrosaría la larga lista de mujeres asesinadas. Pero todo ese tiempo de atrás le había pasado factura, todos esos días roto por la pérdida de la mujer que amaba, unido al desprecio con el que algunos medios y algunas personas lo trataban, habían hecho mella en él, tanta que le estaba costando la misma vida superarlo.

—Mis noches se llenan de pesadillas y, cuando abro los ojos, cuando empiezo un nuevo día, lo primero que siento es un nudo que aprisiona mi garganta, un vacío intenso en mi estómago porque, en el momento en el que contemplo la luz del día, la recuerdo y sé-sé que

ya no está, que-que no volveré a verla, a abrazarla.

Su voz se quebró, pero tragó con fuerza y continuó:

—Mi mente se llena con la imagen de su sangre en el suelo, en su blusa blanca, en mis manos. —Se apretó los párpados con los dedos intentando detener el llanto.

Podría haber dejado de hablar porque, si lo hacía, sus ojos también dejarían de escocer queriendo vaciar el llanto, pero precisaba hablar. Tenía una gran necesidad de sacar de su alma ese pesado dolor, intenso como sus ganas de desaparecer, y siguió contándole a uno de sus mejores amigos cómo se sentía:

—Me culpo. Pienso mil veces: ¿Por qué no subí con ella?, ¿por qué no le hice caso a mi instinto, que me gritaba?, ¿por qué no me quedé a su lado sin importar sus objeciones? ¿Por qué? ¡¿Por qué?! ¡¿POR QUÉ?!

Su grito desgarrador le rompió el corazón a Mateo, que, con cariño, posó una mano en la rodilla derecha de su amigo y la apretó con fuerza intentando mostrarle su apoyo, para indicarle que no estaba solo.

—Es humano culparse. Yo también lo hice, me culpé por hacerles el regalo que los llevó a ese avión. —Roberto abrió los ojos, los clavó en él y negó con la cabeza—. Exacto, amigo: ni tú ni yo tenemos la culpa. En tu caso, fue ese cabrón y en el mío…

Un profundo suspiro salió de la boca de Roberto, ya no podía más y se quebró. Intentó pararlo, se mordió el labio inferior en un absurdo intento de sofocar los sollozos que le hacían temblar, que expandían su pecho en busca de alivio, pero todo quedó en nada y rompió a llorar con rabia, con intensidad.

Mateo lo abrazó, aunque en un primer momento su amigo no se dejó y luchó por separarse de él, pero, al final, sucumbió al reconfortante consuelo que le aportaban sus brazos.

Se aferró con sus dedos a la camisa de Mateo mientras este palmeaba su espalda y lloró, sacó parte de su dolor, se desahogó hasta que, agotado, comenzó a recuperarse de manera lenta.

—¿Papi? —El pequeño Quique estaba a su lado; le tocaba un brazo, asustado al ver a su padre así.

Roberto se recompuso al instante. No había sido consciente hasta ese momento de que su llanto podría alertar a los niños, se había dejado llevar por el desahogo que tanto necesitaba y no había pensado en la pequeña Inés, que lo miraba con tristeza, ni en Lara, que rehuía sus ojos, ni tan siquiera en su hijo, que, asustado, lloraba con él, como él.

—No pasa nada. —Lo aupó hasta colocarlo sobre sus rodillas—. Todo va a estar bien —le susurró mientras acariciaba su negro cabello —. Todo va a estar bien —dijo con la determinación de que fuera así

de verdad, pues, como bien le había dicho Mateo, se lo debía a ella, a su hijo e incluso a él mismo.

Tras lo sucedido, el ambiente se tensó. Tanto Lara como Inés sabían perfectamente lo que había llevado a Roberto a llorar con ese desconsuelo. Aunque nunca lo habían visto así, querían ayudarlo porque ellas habían vivido una situación similar y sabían de primera mano lo que era perder a un ser querido. Sin embargo, el pequeño Quique no entendía bien lo que estaba sucediendo. Roberto lo había alejado de los informativos de las cadenas de televisión, era demasiado pequeño para comprender lo más sucio y cruel del mundo.

—Tío, ven. —Inés le ofreció su pequeña mano.

Roberto la tomó. Se puso de pie con su hijo entre sus brazos y siguió a la niña hasta el jardín.

—Siéntate —le dijo, y él lo hizo sobre una de las sillas.

Tanto Lara como Mateo también se acomodaron, expectantes por lo que a Inés se le había ocurrido.

—Voy a *contagte* un cuento —comunicó muy seria, y se acomodó en la rodilla que Roberto tenía libre, pues en la otra estaba Quique, muy atento a todo lo que su amiga decía. Al escuchar la palabra «cuento», aplaudió feliz; le encantaban las historias que contaban los mayores.

—*Mirrra* el cielo.

Todos la contemplaron asombrados. Sus días con el logopeda estaban empezando a dar frutos y, poco a poco, aunque con mucho esfuerzo, Inés iba pronunciando la r. La exageraba bastante, pero sabían que ese era el primer paso para corregir ese pequeño defecto.

—¿Ves esa *estrrrella*? —continuó, ajena a las miradas de todos. Roberto asintió—. Había una vez una niña que cada noche contemplaba una *estrrrella*, la más bonita, la que más *brrrillaba*. Como no tenía mamá, también cada noche le pedía al cielo que le *bajarrra* la *estrrrella* para que cuidase de ella.

Inés le estaba contando el cuento que le sirvió para afrontar la pérdida de sus padres cuando sus noches se llenaban de angustia. Lo hacía como una cuentacuentos profesional, con las inflexiones necesarias, modulando la voz y con gestos que aportaban más veracidad a su historia.

Mateo la contemplaba con orgullo. Siendo tan pequeña, había sabido cómo ayudar a un adulto. Por supuesto, lo había llevado a su terreno, pero, por la forma en la que Roberto la miraba, había conseguido su objetivo.

Continuó hasta el final:

—La niña vio cómo *Estrrrella* subía al cielo con una *gan sonrrrisa*. No se sentía *tgiste* porque había podido *vivig* lo que tanto deseó y el *recuerrrdo* de esa mamá *amogosa* que la había cuidado, de su *arrroma*,

de sus *songisas*, del *amorrr*, la *acompañarrría* el *gesto* de sus días. Además, sabía que ella la *cuidarrría* desde el cielo, *contemplarrría* cómo *cgecía*, cómo se hacía una *mujerrr*. No, la niña no estaba *trrriste* porque su *estrrrella bgillaba*, *bgillaba* con intensidad.

45

Un amigo es un alma que habita en dos cuerpos.

Vinzenzo (K-drama)

—¿Piensas quedarte ahí tirado el resto de tu vida? —le reprochó su madre por enésima vez.

—¿Uhh?

—¿Uhh? ¿Qué es eso de «uhh»?

—Shhh. —Se puso un dedo en los labios pidiendo silencio.

—Hartita me tienes, Carlos Jesús.

—¡Joder, mamá, no me llames así! —protestó.

—¡Vaya! Por fin me prestas atención.

CJ apagó la televisión, se sentó en el sofá y miró a su madre.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? ¡Que dejes de pasarte los días viendo la tele! ¡Que salgas y te dé un poco el sol! ¡Que te vayas a tu casa!

—Está bien. Si eso es lo que quieres, haré la maleta y me iré. —Se levantó del sofá y caminó hasta la habitación que había sido suya de pequeño y que, tras la muerte de su prima, había vuelto a ocupar.

—Carlos… —Consuelo calló su segundo nombre, pues sabía que le molestaba, aunque no entendía el porqué, para ella era muy bonito—. Espera, hijo. —Corrió y entró en la habitación. Contempló cómo CJ metía su ropa de forma descuidada dentro de la maleta—. No es que me molestes…

—Sí, ya veo —la interrumpió sin dejar su tarea. Estaba tan molesto, tan enfadado que para no discutir lo mejor era mantenerse entretenido.

—¡Cómo vas a molestar a tu madre! Simplemente es que no quiero verte así. Eres joven, tienes que vivir.

—Y vivo, vivo muy bien. Por favor, déjame, mamá, porque al final la tenemos —dijo sin mirarla mientras intentaba cerrar la cremallera. Pero, como no había colocado bien la ropa, esta se salía por los lados.

—No, te limitas a ver series y películas.

—Mira, mamá… —Por fin dejó de intentarlo y se centró en ella,

pero una voz los interrumpió.

—¡Consueeelooo, Consueeelooo! —La vecina de al lado gritaba desde el salón. La puerta de la casa siempre estaba abierta cuando ellos estaban, pues en el pueblo no existía ningún peligro.

—¿Pasa algo? —Consuelo, seguida muy de cerca de su hijo, regresó a la sala. Manoli no entraría en casa sin pedir permiso si no fuera por algo importante.

—Ay, Consuelo, ¡que ha venido un famoso al pueblo! —gritó Manoli con entusiasmo—. Y, según parece, está preguntando por tu hijo.

—¿Un famoso? —interrogó Consuelo mientras CJ sonreía feliz, pues se imaginaba quién estaba en su pueblo buscándolo.

—Sí, mujer, ese actor guapetón de la serie que ponen por la noche, ese que es chino.

—No es chino —recalcó CJ.

—Bueno, qué más da, tiene los ojos así. —Y, para demostrarlo, usó los dedos para achinar los ojos.

—No todos los que tienen los ojos así son chinos.

—Ay, de verdad, Carlos Jesús, qué más dará, deja de interrumpir —protestó, molesta, Manoli, pues la desviaban de lo verdaderamente importante.

—Que no me llames así, soy CJ.

Manoli puso los ojos en blanco.

—CJ, CJ, eso no es un nombre. —Le dio un pequeño cachete, que, por supuesto, no le dolió. Manoli era pequeñita y muy delgada, una anciana adorable a la que CJ quería como si fuera su propia abuela—. Deja de distraerme con *tontás* —lo reprendió—. Ese mozo guapo y chino —recalcó, porque no le gustaba que le llevasen la contraria— viene en tu busca.

—¿Y tú de qué conoces a un actor de la tele? —lo interrogó, sorprendida, Consuelo.

—Paul Lee Hallen es mi amigo —dijo con orgullo e hinchando el pecho como un pavo real.

—¿Tu amigo? Ay, Conso, que el niño se codea con los famosos de la tele. —Manoli sonreía feliz. Si CJ la quería como a su abuela, ella lo quería como a uno de sus nietos, pues lo había visto nacer, ya que CJ había venido al mundo en esa casa y con su ayuda.

—¿Y dónde dices que está? —CJ estaba ya en la puerta, dispuesto a correr en busca de su amigo.

—Se lo ha encontrado tío Ernesto en la plaza cuando ha entrado en *ca* Aurori y ha preguntado por ti. Entonces tío Ernesto le ha indicado cuál es tu casa, pero tan solo ha dado unos pasos cuando un grupo de chavales lo ha reconocido. Lo tienen al pobre firmando autógrafos y haciéndose fotos. Ha corrido la voz y está todo el mundo en la plaza

con el mozo. Que, por cierto, es muy simpático; no deja de sonreír.

CJ elevó la mirada al cielo, desesperado. Se imaginaba lo que estaría pasando, seguro que lo agobiaban.

—¡Me cago en *to*! —gritó, enfadado—. No va a querer saber nada de mí, seguro que lo están atosigando.

Corrió como alma que lleva el diablo hasta la plaza del Ayuntamiento. Bajó la empinada cuesta que lo llevaba hasta allí a tal velocidad que estuvo a punto de chocar contra la estatua que adornaba la pequeña plazoleta y se tropezó un par de veces.

Llegó agotado. En esos meses no había hecho nada de ejercicio y apenas comía, así que la carrera había terminado con sus escasas fuerzas.

Se dobló en dos intentando recuperar el aliento. El sudor le caía por la frente y se le metía en los ojos, se limpió con la manga de la camiseta y contempló con la boca abierta el espectáculo que se había montado.

Paul Lee Hallen posaba como el experto actor y modelo que era. No paraba de sonreír, a pesar de que el contacto con la gente nunca le había gustado y esas personas no paraban de darle abrazos de bienvenida. Incluso algunos fueron más osados y le estamparon algún que otro beso. Lejos de sentirse incómodo, toda esa atención que le dispensaban le estaba gustando. Según parecía, Sonrisas y su terapia intensiva de amor estaban pasándole factura y transformando al actor solitario y siempre enfadado en un hombre nuevo al que las muestras de cariño comenzaban a gustarle.

—¡Eh, CJ, amigo! —gritó Paul cuando lo vio aparecer por el callejón, sudoroso y respirando como una locomotora vieja.

—Pa-Paul. —Elevó una mano para saludarlo.

Entonces las cosas se desmadraron más: toda la gente del pueblo no solo se quiso hacer fotos con Lee, también CJ se volvió el protagonista del momento y lo añadieron a cada instantánea. Incluso el alcalde se tomó fotos con los dos.

Cuando se quisieron dar cuenta, estaban sentados en el salón del jubilado tomando una cerveza junto a gran parte de los habitantes de ese bonito y acogedor pueblo de Extremadura.

Lee invitó a todos los que quisieron tomar algo. Las cervezas y los aperitivos llenaron las mesas del salón.

CJ le presentó a todo aquel que se les acercaba. Lee conversó con ellos, rio, contó anécdotas y logró conquistar a esa gente con su amabilidad y simpatía.

—No entiendo por qué la prensa te tacha de borde si eres un tío de lo más cercano —dijo Ignacio, uno de los primos de CJ.

—Ya ves, a la gente le gusta mucho criticar —intervino CJ.

—La verdad es que soy un tío borde, muy borde —explicó Lee—,

pero estoy reformándome.

—¿Y eso? —preguntó Carol, una rubia preciosa que no podía apartar sus ojos de Lee.

—Una mujer ha tenido la culpa. —La naturalidad con la que lo dijo hizo que CJ lo mirase asombrado.

—Vaya, amigo, veo que en estos meses muchas cosas han cambiado.

—Sí, y tú te las estás perdiendo.

La expresión de CJ se llenó de pena.

Estuvieron un buen rato en el hogar del jubilado hasta que Consuelo llegó y puso orden.

—Ale, todo el mundo a su casa, el muchacho debe estar agotado. Vamos P-P…

—Paul, mamá —ayudó CJ a su madre.

—Paul, a casa a comer y a descansar.

Y así fue. Poco a poco, todo el mundo se marchó y ellos tres se dirigieron hacia la casa.

Consuelo y Manoli habían preparado un montón de comida, tanta que el actor se sintió a punto de explotar.

—Ahora entiendo por qué CJ es tan buen cocinero —Lee ya no podía más y se tocaba la tripa mientras rechazaba otro pedazo de pastel que Manoli intentaba poner en su plato—, lo ha heredado de su madre.

Consuelo sonrió un poco tímida.

Tras la gran comilona, Lee quiso ayudar a recoger y fregar los cacharros mientras CJ lo miraba con la boca abierta.

—¡Vaya, sí que has cambiado! —exclamó entre risas. El antiguo Paul no pensaba en los demás y, por supuesto, no se habría prestado voluntario, ni siquiera se le habría pasado por la cabeza.

—No, no, de eso nada. Vosotros marchaos a dar un paseo. Carlos Jes… —Calló de golpe, siempre se le olvidaba que a su retoño no le gustaba su bonito nombre. Pero en esa ocasión rectificó a tiempo—. CJ, enséñale el pueblo a tu amigo. Nosotras recogeremos.

Y ninguno de los dos se atrevió a llevarle la contraria.

CJ le mostró los alrededores de su precioso pueblo y terminaron en la antigua cantera.

—Este sitio es espectacular. —Lee contempló el paisaje extraño pero bello con los ojos muy abiertos.

Pequeñas ranas saltaban a un lago que, como si de un marco se tratara, se encontraba rodeado por grandes trozos de rocas.

—¿Cómo…? ¿Qué es este sitio? —le preguntó Lee. Jamás había visto nada parecido.

—Es la antigua cantera. Extraían granito de aquí, pero la explotación dejó de ser beneficiosa y lo dejaron así.

—Guau, para ser algo creado por el hombre, me asombra su belleza.

Se sentaron en las rocas y allí, sin hablar, se quedaron unos segundos contemplando el paisaje.

—Hay mucha vida. —Lee señaló la charca en la que las ranas saltaban sin cesar.

—Sí, la naturaleza se adapta.

CJ se puso de pie y, tras buscar por el suelo, encontró un guijarro, que lanzó al lago.

—¡Eh! —exclamó Lee, y se colocó al lado de su amigo—. ¿Cómo-cómo has hecho eso? —preguntó, asombrado al ver cómo la piedra había saltado un par de veces sobre el agua.

El chef se carcajeó.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿De verdad? —Su tono sonó ilusionado y CJ pensó, al mirar los ojos brillantes del actor, lo solitaria y triste que debía haber sido su infancia, su vida. Entonces se encogió de hombros, le dijo un «Pues claro» y le enseñó a buscar los guijarros más adecuados.

—Deben ser planos —le dijo mientras contemplaban el suelo.

Cuando ambos tuvieron la piedra perfecta para el lanzamiento, CJ le mostró el rápido giro de muñeca que tenía que hacer para que diera varios saltos sobre la superficie, y a Lee le resultó lo más divertido que había hecho en años.

—¡Toma ya! —gritó, entusiasmado, el actor mientras miraba cómo el que acababa de lanzar daba tres saltos. CJ aplaudió su proeza—. Nunca hice nada parecido a esto. —Rio a carcajadas.

—¿De veras? —lo interrogó, sorprendido.

Lee asintió.

—Mi infancia consistió en estudiar y trabajar. —Lanzó un fuerte suspiro de frustración.

—Vaya, tío, cuanto lo siento.

—Ya, imagino. —Lee clavó la mirada en el horizonte. La sonrisa que dibujaban sus labios expresaba tanta tristeza que CJ necesitó saber qué era lo que estaba pensando.

—¿Estás bien? —preguntó el cocinero.

Lee sacudió la cabeza en una clara negación.

—No sé por qué, pero, estando aquí, sentado, he recordado a mi padre. —Tragó saliva y continuó hablando—: Él fue el ancla que me ayudó a tener los pies en la tierra. Él siempre quiso normalizar la vida planificada por mi madre. Me enseñó a respetar a los demás, a no creerme el ombligo del mundo cuando todos me adoraban como a un rey. Un rey despótico. —Soltó una triste carcajada—. Ahora tengo fama de tirano, pero de niño era aún peor.

—Seguro que eras de lo más adorable y lindo.

Paul lo miró con el ceño fruncido.

—¿Lindo? —Se carcajeó—. Sí, era lindo, pero también antipático y caprichoso. Así crecí y de adulto he cambiado gracias a Sonrisas, ella me ha domesticado. Pero te lo aseguro, el antiguo Paul Lee Hallen era de lo más odioso.

Ambos sonrieron.

—Mi padre lo dejó todo por Amanda —prosiguió—. Sus padres no aceptaban a una extranjera como esposa para su único hijo. Tenían muchas esperanzas puestas en él, debía ser el dueño de sus empresas y una mujer no coreana no era una opción. Pero a él no le importó nada, la amaba. Así que abandonó su país. A espaldas de Amanda, me enseñó el idioma, las costumbres, me lo enseñó todo —dijo con orgullo.

—¿Y qué pasó? —preguntó CJ tras unos segundos en los que tan solo se escucharon el susurro del agua, el piar de los pájaros y el viento que mecía sus cabellos.

—Murió, me dejó. Y yo… Yo quise irme con él. Con tan solo siete años, deseé morir. —Clavó sus ojos llenos de lágrimas, que bailaban en sus pupilas, en CJ, que lo contemplaba con tristeza—. Lo odié, porque me había dejado solo con ella, una madre que solo ve en mí un producto para llenarse los bolsillos. Estuve mucho tiempo furioso, ni siquiera quería ver sus fotos, detestaba escuchar su nombre. Pero un día, cuando cumplí quince, encontré un recorte de periódico que yo mismo había guardado en un cajón.

»En el hablaban de mi padre como el hombre en la sombra, el hombre que apoyaba a su mujer y a su hijo en sus carreras, que no destacaba por nada en particular, que había dejado su país, a su familia, a sus amigos para seguir a una mujer fría, sin corazón. En la foto se le veía contemplándome embelesado, con admiración y cariño. Entonces…

La voz se le quebró, pero necesitaba tanto sacar de su interior ese recuerdo que, tras tragar saliva, continuó:

—Entonces me di cuenta, lo entendí. Él me veía, siempre me vio, y se fue, no porque quisiera marcharse, sino porque la vida a veces nos golpea con fuerza, nos arrebata lo que más amamos. Ni ellos ni nosotros tenemos la culpa y debemos seguir porque los que se van merecen el reconocimiento a su lucha. Porque ellos no pueden, pero nosotros sí. Es nuestra obligación, nuestro deber por todo lo que nos dieron. Debemos mostrarles muestra gratitud. —Calló y de nuevo miró a CJ a los ojos.

Él asintió, porque comprendía perfectamente lo que Lee pretendía mostrarle.

Se quedaron en silencio unos segundos y al final le sonrió.

—Pero no he venido hasta aquí para contarte mi mierda de

infancia, he venido porque ya es la hora, CJ.

—¿La hora? ¿Qué hora?

—La hora de regresar. —Sus preciosos y rasgados ojos negros lo miraron con intensidad—. Ayer quedamos todo el grupo y decidimos que uno de nosotros tenía que venir en tu busca.

—¿Te eligieron a ti?

—Sí —se carcajeó—, todos dijeron que a mí me harías caso.

CJ se encogió de hombros.

—No sé si en esto…

—En esto también, porque te necesitamos. Te necesito.

—¿A mí?

—Sí, amigo. Me prometiste que cuidarías de mi alimentación y no lo estás haciendo. Mira lo delgado que estoy. —Se señaló.

—Pues yo te veo en forma.

—Necesito que seas mi chef, voy a contratarte para que prepares la comida de todo mi equipo.

—¿Cómo? ¿Qué? —CJ se puso en pie y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al agua, menos mal que Lee estuvo rápido y lo sujetó por la cintura.

—¡Eh, cuidado! —lo amonestó.

—Repite eso que has dicho.

—¿Eh, cuidado? —preguntó el actor, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—No, joder, lo otro.

Lee hincó una rodilla en el suelo, le tomó la mano derecha y, como si se tratase de una declaración de amor, le habló con voz profunda:

—¿Quieres ser el chef de Paul Lee Hallen y todo su equipo?

—Ostras, ¿de verdad? ¿Tú quieres que yo…? ¿En serio? —Nervioso, se movió de un lado a otro, y otra vez Lee fue rápido y lo salvó de un buen chapuzón.

—Para, para, siéntate, porque al final terminamos los dos en el agua y no se ve nada apetecible. —Era agua estancada y tenía un feo verdín en la superficie.

CJ obedeció y se acomodó.

—Vale, bien, repítemelo todo.

—¿Todo? ¿Otra vez? No, paso. —Se sentó a su lado y pasó un brazo sobre los hombros de su amigo—. Bueno, ¿qué?, ¿vas a tardar mucho en contestarme?

—Yo…, sí, sí quiero, ¿cómo no voy a querer?

—¡Genial! —gritó Lee, entusiasmado. Se puso en pie de un salto y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse—. Vamos a tu casa, tienes que preparar las maletas.

CJ sonreía feliz, por fin tenía algo por lo que luchar, por fin algo conseguía sacarlo del pozo en el que se había metido tras la pérdida

de Montaña.

Caminaron codo con codo y, en un punto del camino, CJ paró sus pasos.

—Saltando esa cerca, Montaña se rompió una muñeca —le dijo con la mirada clavada en el punto exacto donde ella había caído ese día—. Uff, no veas cómo lloraba. —Su boca dibujaba una sonrisa triste y llena de melancolía—. Allí —señaló una de las pequeñas montañas— hacíamos excursiones el uno de mayo. Nunca falté. Por supuesto, tenía que pedir el día libre, pues los restaurantes nunca cierran. Pero lo reservaba porque era una ocasión especial. Llevábamos comida y pasábamos… —De repente, calló.

—Es bonito tener recuerdos.

—Sí, es bonito. —Metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y continuó caminando—. ¿Sabes lo que más me jode?

—¿Qué?

—Yo le ofrecí el trabajo, yo le presenté a Álex, por mí…

—¡Para, para! No te hagas más daño.

CJ lanzó un profundo y furioso gruñido, gritó con todas sus fuerzas.

—Siempre pensamos en volver. —Tras el arrebato de ira, comenzó a hablar de manera pausada—. Aquí no había trabajo y ambos nos marchamos del pueblo, pero nos gustaba tanto que decidimos volver cuando nos jubilásemos. Lo prometimos. —Soltó una carcajada que no expresaba risa ni felicidad, más bien era como un quejido de dolor—. Y mira, aquí estamos los dos, en el pueblo que ambos amamos. Solo que yo miro la montaña, me siento en las rocas de la cantera, recorro las calles, bebo cerveza en el hogar, en el bar del hotel y ella… —tragó saliva con dificultad—, ella está en el cementerio. ¡Maldita sea!

Rompió a llorar de forma intensa y Lee lo tomó entre sus brazos. No dijo nada, no intentó consolarlo, simplemente se limitó a dejarlo sacar su pena y acompañarlo de manera silenciosa, como solo los buenos amigos saben hacer.

—Ahora, amigo —le dijo con voz calmada—, tú tienes la obligación de cumplir ese sueño. Lo harás por ella, por ti. Tienes que vivir, ser feliz, y cuando seas viejo, volverás al pueblo. Se lo debes.

46

—¿A qué nos aferramos, Sam?
—A que hay algo bueno en este mundo y vale la pena pelear por ello.
El Señor de los Anillos:
las dos torres

Con el maletero cargado, pues tanto Consuelo como Manoli lo habían llenado de viandas, partieron hacia Madrid. CJ estaba tan agotado que durmió gran parte del trayecto, pero, cuando se despertó, comenzó a interrogar al actor.

—Me dijiste que iba a cocinar para ti y tu equipo, ¿ahora tienes un equipo?

—Ajá.

—Pero un equipo, ¿de qué?

—De fútbol no, eso te lo aseguro.

—Ja y ja, muy gracioso.

—Te lo mostraré, queda poco para llegar.

Y así fue. Lee detuvo el coche frente a una gran torre y la señaló con un dedo.

—Este será tu lugar de trabajo.

—¿Aquí? ¿Aquí tienes tu oficina?

—¿Mi oficina? Claro, por supuesto que aquí tengo mi oficina.

—¿Has alquilado alguna de esas plantas?

—¿Alquilado? No, amigo: he comprado la torre —dijo con orgullo.

—¡LA TORRE ENTERA! —chilló, asombrado con la noticia.

—Amanda me pagaba muy bien y yo apenas gastaba dinero, pues lo único que hacía era trabajar, así que he invertido todo mi capital en esta torre. Aquí está mi agencia, ahora llevo las carreras de nuevos actores que quieren abrirse camino. Tengo contactos, contactos que saben que junto a mí pueden ganar muchísimo dinero y que harán frente al veto de Amanda. Además, conozco este mundillo. Ahora, soy la competencia de New Stars. —Las últimas palabras las pronunció con una sonrisa brillante.

—Pero…, pero ¿ya no harás más películas? —lo interrogó,

apenado.

—Claro que sí, me encanta actuar y no pienso dejarlo. Tengo un buen equipo que se encarga de todo, yo solo pongo mi imagen, y eso, amigo, abre muchas puertas. Además, tengo a Sonrisas a mi lado, ella sigue trabajando para mí. —Se señaló con descaro—. Aunque te seré sincero: se ha vuelto mucho más mandona.

CJ asintió, sus ojos se desviaron hacia la torre vecina a la de su amigo.

—Por cierto, eres un cabrón retorcido —lo insultó entre risas—. Te has instalado justo al lado de tu madre.

—Sí, me encanta la idea de abrir la ventana de mi despacho y contemplar el de ella.

Tras la visita a la torre, Lee lo llevó hasta Torrejón. Nada más bajarse del coche, vio a todos sus amigos y sus ojos se anegaron.

—¿Los has avisado tú? —Miró a Lee y este asintió.

El primero que se acercó a él fue Roberto. Ambos se miraron con pena, con complicidad.

—Hermano, por fin estás en casa —le dijo.

CJ asintió y se lanzó a sus brazos.

—Ahora todo irá bien, todo tiene que ir bien, se lo debemos —declaró el chef con total convicción y clavando los ojos en Lee, pues esas habían sido sus palabras, las que lo habían ayudado a regresar y afrontar la pérdida.

—Chicos, abrazo colectivo —propuso Sandy, y todos se unieron a ellos.

Así permanecieron un rato, arropándolo, consolándolo y dándole la bienvenida.

—Sempiterno —dijo Roberto cuando se separaron mientras se señalaba el punto exacto donde se había tatuado la palabra.

—Sempiterno. —Jaime fue el siguiente en pronunciarla e hizo el mismo gesto.

—Sempiterno. —Le llegó el turno a Sandy y tras ella, a Mateo.

CJ los miraba a todos con cariño, orgulloso de tener un grupo de amigos tan unido.

—Sempiterno.

Todos los ojos se centraron en Lee, él también se señalaba el corazón y CJ lo contempló totalmente sorprendido.

—¿Te lo has tatuado? —lo interrogó con los ojos abiertos por la sorpresa.

Paul se limitó a asentir.

—¡TE LO HAS TATUADO! —gritó el chef—. ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío! —De repente, su expresión cambió. Parecía ansioso—. Enséñamelo —le ordenó, porque no era una petición lo que había lanzado.

—No —dijo Lee—, no pienso levantarme la camiseta aquí, en plena calle.

—¡Enséñamelo! —gritó, y comenzó a acercarse a Lee con la intención de obligarlo.

Pero este comenzó a correr y CJ, detrás mientras el resto los miraban muertos de la risa.

Corrían en círculos alrededor de sus amigos y así estuvieron un buen rato hasta que Paul frenó su carrera.

—Está bien, está bien —dijo entre resuellos—, te lo enseñaré.

Y así lo hizo. Se subió la camiseta con una mano hasta mostrar su pecho. Justo donde latía el corazón, caligrafiada con la misma tipografía que habían usado el resto de los amigos, se veía la palabra: «Sempiterno».

Comenzaba el primer día del resto de la vida de CJ. Esa mañana se subía a su coche, trajeado y con infinitas ganas de trabajar de nuevo, de cocinar, de preparar sabrosos platos.

Aparcó en su plaza y, antes de subirse en el ascensor, miró por el gran ventanal que le mostraba la calle.

—Nunca te olvidaré —susurró, mirando al cielo—. Prometo vivir, viviré por ti. —Se llevó la mano al corazón y la elevó hacia el cielo.

Caminó hasta el despacho de Lee. Ese día estaría allí esperándolo, en eso habían quedado.

—¡Madre mía, pedazo despacho! —le dijo nada más poner los pies en él.

—No lo uso mucho, es más de Sonrisas que mío, pero quería darte la bienvenida.

—¿De verdad que desde aquí se ve el de la bruja? —CJ se acercó al ventanal y Paul, tras asentir y sonreír de forma maliciosa, le señaló la ventana de enfrente.

No estuvieron mucho rato en el despacho, pues CJ estaba deseando tener su primera toma de contacto con su cocina. En la primera visita que le había organizado ya la había visto, pero ese día se iba a meter en faena y la sangre le hervía.

—Pues nada, amigo, aquí está tu lugar de trabajo.

Lee abrió las puertas y el chef entró con seguridad, con ilusión. Contempló la grandiosa cocina totalmente equipada y reluciente.

Estaba tan entusiasmado que no se percató de que había otra persona allí hasta que escuchó la voz dulce y melodiosa de una mujer.

—Te presento a Mei Ling, será tu ayudante.

CJ posó los ojos sobre la pequeña mujer de pelo negro y ojos rasgados como los de Lee, tan preciosa que le cortó el aliento.

—Encantada, chef —le dijo, y a modo de saludo hizo una bonita reverencia.

—Mu-mucho gusto —saludó él de manera torpe, e intentó corresponder con el mismo gesto que ella, pero no fue tan elegante y se sintió un poco ridículo.

Apenas conversaron, pues Lee quería llevarlo hasta el comedor para presentarle a los camareros y, tras despedirse, salieron de la cocina.

—¿Es familia tuya? —preguntó CJ cuando se quedaron a solas.

—No, ¿lo dices porque es asiática?

—Bueno, yo he pensado…

—Es la mejor estudiante de la escuela del Henares, por eso la he fichado. No tiene nada que ver conmigo.

—¿Es coreana?

—No, es china.

—Es guapa. —Y, tras soltar esa apreciación, las mejillas de CJ se tiñeron de rojo.

—Mucho.

—Y muy pequeñita.

—Y dulce —explicó Lee.

47

Ahora no es el momento de pensar en lo que no tienes. Piensa en lo que puedes hacer con lo que sí tienes.

Ernest Hemingway

Dos años después

Las visitas al psicólogo lo estaban ayudando, poco a poco los resultados se empezaban a notar.

En la cama, abrazado a Marisa tras una sesión de sexo intensiva, pensaba lo que la terapia lo había ayudado a recuperar parte de su vida, de sí mismo.

—*El primer paso es reconocer que se necesita ayuda* —recordó las palabras de Jessica, su terapeuta—*, y ese paso ya lo diste hace tiempo. El segundo es aceptar esa ayuda, también lo has hecho, y eso me enorgullece. Y el tercero, poner todo de tu parte, centrarte en ti. Recuerda: pensar en uno mismo no significa que seas mala persona ni egoísta.*

Mateo las había memorizado todas y cada una, pues, gracias a las sabias palabras de esa pequeña mujer, comenzaba a recuperar la esencia del antiguo Mateo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Marisa, que, apoyada sobre su pecho, contempló su expresión soñadora—. Por tu sonrisa, debe ser en algo muy placentero. —Sonrió, coqueta.

Mateo la miró.

—Pensaba que te habías dormido. —Dejó un dulce beso en su boca.

—¿No me vas a contestar?

—Pienso en Jessica.

—¡Vaya! —Se levantó de golpe.

—No, no, no pienses mal. —Se dio un golpe en la frente con una de sus palmas, se acababa de dar cuenta de la atrocidad que había cometido. Hacía tan solo unos segundos había tenido un fuerte orgasmo del que estaba recuperándose, no estaba bien decirle a su chica que estaba pensando en otra. «El Mateo sin filtro ha regresado»,

pensó con pena.

—Joder, y ahora cómo arreglo esto —se dijo entre dientes.

Marisa ya se había puesto en pie y recuperaba su ropa, que, con la pasión del momento, había quedado esparcida por el suelo. Aprovechaban cada momento que tenían a solas, y estos eran bien escasos; con tres niñas, resultaba complicado. Cuando surgía la oportunidad, las prisas siempre los llevaban a desnudarse a la carrera, aunque en esa ocasión ese no había sido el motivo, sino la necesidad de sentirse, de disfrutar piel con piel.

Mateo se puso de pie y corrió a su lado. Intentó abrazarla, pero ella lo rehuía, le daba la espalda, ni siquiera quería mirarlo a los ojos.

—Marisa, perdona. Ha sonado mal, lo sé. No he pensado… Te juro… Lo que quiero decir es que pensaba en ella, pero no como mujer, que lo es, pero no como una de verdad…

«Joder, joder, así no lo arreglas, lo estás estropeando más», se dijo, inquieto.

Contempló cómo los hombros de ella se agitaban y su aliento se congeló. ¡Estaba llorando!

—Mierda, mierda. ¿Cómo…? ¿Qué hago? —Nervioso, se tocaba el pelo alborotado.

Pero, de repente, se dio cuenta de que ella no lloraba: se reía carcajadas, se retorcía e incluso lagrimeaba.

—Ay, Mateo, eres la caña —pronunció las palabras sin poder dejar de reír.

—¡Loca! —le gritó, molesto, y entonces fue él quien comenzó a recuperar su ropa y vestirse con premura.

—Venga, va, no te enfades. —La situación se había dado la vuelta, ahora era ella quien intentaba abrazarlo y él la evitaba—. Es que es tan fácil tomarte el pelo, me lo pones tan a huevo…

—Ja, ja, ja, y tú eres muy graciosa —dijo con ironía.

—A ver, Mateo. —Por fin consiguió tomarlo de una mano y lo llevó hasta la cama. Ambos se sentaron, uno al lado del otro—. Parece mentira que no me conozcas, siempre caes.

Mateo suspiró, clavó los ojos en los de ella y asintió.

—Tienes toda la razón, siempre caigo en tu trampa.

—Siempre. —Usó un ridículo tono cantarín y a Mateo le dio la risa.

—No puedo contigo, te lo juro, eres…

El teléfono de Mateo comenzó a sonar. Se levantó de la cama y lo tomó de la mesilla.

—¿Sí?

—¡Mateeeooo! —El grito de Lara estuvo a punto de dejarlo sordo —. Ven a buscarme de forma inmediata.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien? —se alarmó.

—No, ¿qué va a pasar? Tan solo queremos ir a casa de Lee. No es justo que la enana esté con Paul Lee Hallen y nosotras, con Jaime y su novio. Son dos pesados; no nos dejan hacer nada, nos vigilan.

—Pues me alegro, necesitáis mucha supervisión porque últimamente…

—Me estás destrozando la adolescencia —lo interrumpió—, y eso que, según Marisa, debería ser la época más bonita de mi vida. Necesito libertad de expresión. —Llegada a esa parte del largo monólogo de Lara, Mateo clavó los ojos en la tutora, que, pegada a él, estaba escuchando toda la conversación con una sonrisa en los labios.

—Tú y tus discursitos —le reprochó a Marisa mientras tapaba el móvil con una mano para que Lara no lo escuchase—. Precisamente libertad de expresión no te falta —espetó tras destapar el móvil.

—No puedes cortar mis alas —prosiguió Lara sin prestar atención a las palabras de su hermano— y obligarme a pasar el día con…, con estos dos trogloditas. —Mateo se la imaginó señalando a Jaime y a Carlos—. No tienes en cuenta mis necesidades. —Mateo puso los ojos en blanco—. El trato que me das es muy diferente al de la enana, y eso no es justo. Mi vida no es justa. Me tienes manía y de veras, Mateo, me estás destrozando la vida.

—¡Basta! —cortó la letanía—. Dios mío, y pensar que, cuando tu adolescencia pase, tendré que soportar la de Inés. —Suspiró, se acababa de dar cuenta de aquel pequeño detalle—. Mi vida sí que está destrozada —susurró.

—Bueno, ¿qué?, ¿vienes ya?

—Quedamos en que ibais a pasar el día con Carlos y Jaime. Marisa y yo necesitamos…

—¿Qué? ¿Necesitáis tiempo para qué? Si ya sois viejos y los viejos no saben divertirse. A ver, dime, ¿qué se supone que estáis haciendo?

—¿Viejos? —Mateo resopló, molesto—. ¡Nos está llamando viejos! Y tú —señaló a Marisa—, ¡no te rías!

—¡Vamos, Mateo, tú puedes! —lo alentó la tutora entre carcajadas —. Dale, que ya es tuya.

Le lanzó una mirada furiosa y continuó:

—Estás en la piscina. Por Dios, Lara, disfruta del día, date un baño. Cualquiera que te escuche pensará que os hemos mandado a la guerra.

—Ya nos hemos bañado.

—Pues daos otro baño.

—No queremos.

—Pues… dad un paseo, haced amigos.

—No nos dejan. Cada vez que algún chico se acerca a nosotras, Jaime lo espanta. Es un pesado.

—¡Bravo por Jaime! —lo expresó con demasiado entusiasmo.

—No, si ya sabía yo que era cosa tuya —le reprochó, molesta.

—Ay, Mateo, te has delatado tú solito —la intervención de Marisa se ganó una dura mirada de reproche.

—¿Ves?, ¿ves cómo eres un mal hermano? No me dejas hacer nada, estoy harta. Vas a crearme un trauma de por vida. Porfa, porfaaa, porfaaaa, Mateito, ven a buscarnos, porfaaaa —rogó, y en la mente de Mateo se dibujó con absoluta precisión la imagen de su hermana. Seguro que estaba poniendo esa expresión dulce con la que conseguía siempre salirse con la suya.

—¡Vale, vale, me rindo! Ahora mismo paso a buscaros. —Colgó, enfadado.

—Eres demasiado blandito. Hace contigo lo que quiere.

—Lo soy, lo soy —afirmó tras soltar un profundo suspiro de frustración.

Marisa negó con la cabeza un par de veces y, siguiendo el ejemplo de él, terminó de vestirse.

—Pues a tomar por culo nuestra tarde a solas. —Suspiró con tristeza.

Mateo la tomó entre sus brazos.

—No, no, de eso nada. No se ha terminado, simplemente estamos haciendo un intermedio. Estas dos se van a casa de Lee y allí las dejamos.

—Pero… tendrás que avisar a Sandy, pedir permiso…

—No, no, las soltamos allí y nos vamos a la carrera.

Marisa abrió mucho los ojos.

—Señor Costas, me sorprende, se está volviendo muy retorcido y tramposo —dijo con tono de burla.

—Porque tengo a la mejor maestra entre mis brazos. —Contempló sus labios sonrientes con hambre. Desde que su problema sexual se estaba solucionando, su apetito por Marisa crecía de manera intensa. No se lo pensó dos veces y la besó con fiereza—. Si tardamos un poco más, no creo que… —propuso entre jadeos.

—¿Estás preparado para otro asalto? —lo interrogó Marisa con voz insinuante, dispuesta a llevarlo de nuevo a la cama.

Mateo asintió y, con premura, comenzó a desnudarla.

48

No podemos elegir los tiempos en los que nos toca vivir, lo único que podemos hacer es decidir qué hacer con el tiempo que se nos ha dado.

El Señor de los Anillos:
el retorno del rey

Todo estaba organizado para celebrar el festival de verano. Profesores y alumnos habían ensayado durante todo el año para amenizar a las familias, que ocuparían los asientos que habían colocado frente al escenario en el patio del colegio Giner de los Ríos.

En la puerta, puntuales esperando a que se abrieran, estaban CJ y Jaime. Eran los primeros de la larga fila que se iba formando poco a poco. Todos los padres querían tener buenos asientos para ver a sus niños actuar.

—Prepárate para correr —le susurró Jaime.

Marisa le había advertido de lo que sucedería cuando las puertas se abrieran y una loca jauría de padres entrasen a la carrera sin respetar la fila, pues todos querían los mejores asientos.

—Tres, dos, uno, ¡cooorreee! —Y así lo hicieron.

Iban cargados de chaquetas, que fueron soltando en los asientos de primera fila. Para ser junio, el tiempo no era demasiado cálido.

—Dame tu chaqueta, que me falta una —ordenó Jaime a CJ.

—No, que tengo frío.

—No seas niño, ¡dame la chaqueta ya!

—Puto mandón —rezongó el chef, que, obediente, se desprendió de la prenda y se la tendió.

—Está reservado —le dijo Jaime a un señor que pretendía sentarse en una de sus sillas.

Estuvo un buen rato espantando a padres deseosos de aferrarse a esos asientos, los más deseados, mientras su compañero de aventura no hacía nada de nada.

—Pero qué morro tienen, nos mandan a nosotros los primeros —protestó Jaime, pues Sandy había insistido un montón de veces en la puntualidad y precisamente ella no estaba llegando a la hora acordada

—. Aquí, reservando asientos, debería estar Mateo, que para eso es su niña la que actúa, y no tú y yo… —Su protesta se cortó de golpe, pues CJ no le estaba prestando ninguna atención ¿y qué sentido tenía quejarse cuando nadie lo escuchaba?—. Eh, tío, ehhh. —Su amigo llevaba un buen rato quieto como una estatua mirando la puerta de entrada al recinto casi sin pestañear—. Ehhh. —Lo agitó de un brazo intentando llamar su atención y por fin lo consiguió.

—¿Qué? —CJ se volvió molesto hacia él.

—¿Cómo que qué? Estamos aquí para organizar las sillas que necesitamos. Organizar tú y yo. Pero aquí el único que está haciendo lo que debe soy yo, porque tú estás alelado mirando… ¿Qué es lo que miras que te tiene tan atontado? —Su cuello se estiraba buscando lo que había dispersado tanto a su amigo.

—¡Nada, no miro nada, joder! ¡Qué pesado eres, coño! —gritó.

—Eh, tío, relájate, que no soy sordo —lo reprendió por su arranque —. Pues vaya tela, encima de que mi hermana me usa como el chico de los recados, te manda para echarme una mano. Pero tú ni ayudas ni haces nada, y ahora te enfadas y me gritas. ¿Por qué coño me gritas?

—¡Eh, chicos, ya estoy aquí! —Sandy llegaba a la carrera.

—Ya era hora, llevo un buen rato dando explicaciones y regañando con algunos de los padres porque no aceptan, y con razón, que tengamos toda la primera fila reservaba. ¿Y dónde estabas tú? Eh, eh, ¿dónde estabas? Y este —señaló a CJ— no me ayuda nada…

—Eres un protestón. Madre mía, vaya charla. —Sandy lo miró molesta—. ¿Dónde te has dejado a Carlos?

—Hoy trabaja, no va a poder venir.

—¿Y Lee? —intervino CJ, nervioso—. ¿No viene contigo? Dijo que vendría contigo, ¡¿por qué no está contigo?! —La tomó de los brazos y la zarandeó con desesperación.

—Pero ¿a ti que te pasa? Suelta, suelta. —Le asestó manotazos intentando que soltara sus manos—. Ahora vendrá. Está como siempre, firmando autógrafos. —Puso los ojos en blanco—. No podemos ni salir a la esquina sin que una horda de adolescentes con las hormonas en ebullición nos paren. Anda, Jaime, siéntate en la otra punta. Y tú, CJ, vete a la opuesta. —El chef no se dio por aludido, volvió de nuevo su mirada a la puerta—. ¡Que te muevas, coño! —lo zarandeó Sandy con brusquedad.

—¡¿Ves?!, ¡¿ves?! Lo que te digo: ¡está alelado! —exclamó Jaime.

CJ los miró molesto, chasqueó la lengua y obedeció, pero a medias, pues se sentó en el lado opuesto al que le había dicho Sandy.

—¿Ves?, ¡algo le pasa! —protestó con energía Jaime.

—Déjalo, está enamorado —intervino Sandy.

—¿Enamorado? ¿Tú crees? ¿Y de quién?

—Creo que eres el único que no se ha dado cuenta.

—¿De qué? ¿De quién?

—¿No es evidente? —Chasqueó la lengua, molesta por tener que dar la explicación—. Está histérico porque sabe que Lee iba a traer a Mei Ling, ¿lo pillas?

—¿Mei Ling? ¿A CJ le mola Mei Ling?

—Vamos, ve a sentarte, porfa, que al final nos van a echar. Mira cómo nos miran.

—Anda, guapa, eso llevo aguantándolo desde hace rato. Como no vengan rápido los demás y ocupen los asientos, nos van a linchar. Pero dime, cuéntame cómo lo supiste. ¿Te lo contó él? ¡Mierda! No me entero de nada, parece que no soy del grupo, me guardáis secretos.

Pero la conversación se quedó a medias porque Mateo, Lara, Nadia, Roberto, Luna y Quique llegaron en ese momento, interrumpiendo el monólogo.

—¡Hombre, qué detalle el vuestro! —De nuevo, Jaime tomó la palabra—. Gracias, gracias por llegar con tiempo —ironizó, molesto.

—Lo siento, ha sido culpa mía. —Roberto se excusó—. Me ha sido imposible salir antes de casa. Quique se estaba poniendo guapo para ver a su novia.

—¡Jo, papá, no digas eso! —protestó el aludido.

Por todos era bien sabido que Quique bebía los vientos por Inés.

—No seas malo —intervino Luna—. La culpa ha sido mía —se excusó.

Luna había llegado a la vida del padre y el hijo hacía relativamente poco tiempo. Para ambos había sido como un soplo de aire fresco. Roberto había recuperado las ganas de amar, de compartir con alguien su vida, y Quique por fin tenía la imagen materna que tanto necesitaba.

—Vale, si ha sido culpa tuya, os perdono —dijo Jaime sonriendo a Luna con cariño. Todos la adoraban porque su amigo había recuperado la sonrisa gracias a esa preciosa morena.

—Pero a Mateo no lo perdono. Tú no tienes excusa. —Lo señaló—. ¿O es que tenías que escoltarlos? Como su casa está tan lejos… —ironizó Jaime, pues el chalet donde vivía con Marisa estaba bastante cerca del colegio.

—Dejaos de tonterías y sentaos ya, por favor —propuso Sandy.

—Habrás cogido asientos para todos, ¿no? —lo interrogó Mateo a voces, pues se había acomodado al lado de CJ y alejado de Jaime.

—¡Claro, señor! ¡Soy muy obediente, señor! —La burla implícita en las palabras de Jaime causó la risa de Mateo. Era lo que pretendía, le encantaba meterse con el más pequeño de la panda.

—No seas malo, déjalo —susurró CJ.

—Estoy tentado de decirle que llevamos aquí desde antes de que abrieran las puertas, pero sería demasiado cruel, ¿no crees?

—¿Estás nervioso? —preguntó el chef.

—Mucho, mi pequeña ha trabajado mucho y muy duro.

—Seguro que lo hace genial.

—¿Y tú, amigo? ¿Estás nervioso? Vale, no hace falta que me contestes: estás histérico.

—¿Yo? ¿Por? ¿Por qué? ¿Se me nota? ¿En qué…?

—No paras. —Mateo colocó una mano sobre la rodilla de CJ, que se movía en un traqueteo casi histérico.

—Es que ella va a venir. —Se había aproximado mucho al oído de Mateo para que nadie más lo pudiera escuchar.

—Lo sé, lo sé. Dime que hoy va a ser el día en el que te declares, en el que le pidas una cita.

—Lo voy a intentar.

—Eso espero, aunque siempre dices lo mismo y luego no haces nada. Mira que llevas dos años loco por ella y sigues igual de paradito.

—No encuentro el momento.

—Pero si pasas horas y horas con ella.

—Ya, pero en el trabajo no es el momento adecuado.

—¿Y cuando coméis juntos?

—No puedo interrumpirla, le encanta hablar y a mí, escucharla.

—¿Y cuando salimos en grupo?

—Hombre…, estáis vosotros por en medio y…

—¡Excusas, excusas!

—Baja la voz —lo amonestó—, lo único que me faltaba es que los demás se enterasen y me diesen también la murga.

—¿Crees que no lo saben?

La cara de CJ empalideció, dejo de mirar hacia la puerta y posó sus hermosos ojos sobre su amigo.

—¿Lo saben? —preguntó con la voz estrangulada.

—Hombre, eres trasparente como un cristal. El único que no se entera de nada es Jaime, pero, claro, él vive en su mundo…

—Joder, joder, joder. —Cerró los ojos.

—Shhh —lo amonestó una de las mamás que estaba sentada detrás de él—. Por favor, no diga tacos. —Le señaló a su retoño, que lo miraba con interés.

—Perdón —susurró entre dientes y rojo como un tomate.

—Ya viene tu chica —soltó Mateo, y CJ se puso de pie como si un resorte se hubiera accionado de golpe.

—Vete, vete a otro lado, deja que se siente aquí. —Y acompañó sus palabras con empujones, que le asestaba sin ningún tipo de cuidado.

Por la puerta, acompañado por Mei Ling, entraba Lee. Afuera se había quedado el gran grupo de chicas y chicos a los que había estado firmando autógrafos.

Los ojos de CJ se clavaron en la preciosa mujer que, desde el día

que la conoció, ocupaba sus sueños, su corazón; pero sus inseguridades, su miedo al rechazo, lo paralizaban a la hora de declararse.

—¡Mei Ling, Mei Ling! —gritó mientras agitaba sus brazos buscando su atención.

Y logró su objetivo, pues ella lo localizó y sonrió. Con pasos rápidos, se acercó hasta él.

—Hola. —Lo saludó, como era su costumbre, con una reverencia a la que él, a base de ensayo, correspondió con igual gracia.

—Siéntate a mi lado, te he reservado la silla.

—Oh, *glacias*, chef.

El gran espectáculo comenzó, pero tanto CJ como Mei Ling no prestaron excesiva atención, pues el roce de la larga falda de ella con el vaquero de él —debido a la proximidad de sus asientos—, de la piel de sus brazos y de la boca de ella en su oído cuando quería hablar —pues la música estaba muy alta— los mantuvo centrados en lo que sus cuerpos sentían y no en las canciones que, curso a curso, los niños fueron interpretando.

—¿Tienes frío? —le susurró CJ al oído al contemplar que el vello de los brazos de Mei Ling se erizaba.

—Un poco —respondió ella

CJ tomó su chaqueta, que al acomodarse en el asiento se había colocado sobre las piernas, y la puso sobre los hombros de ella.

—*Glacias*, chef. —Las mejillas de Ling se tiñeron de rojo y CJ suspiró, esa mujer lo volvía loco.

«Ya no puedo más», se quejó su corazón.

CJ estaba preparado, de ese día no pasaba, y justo cuando iba a tomarle la mano que estaba más cercana a la suya, el presentador anunció que era el turno de la clase de Inés.

—Oh, qué emoción, ¿*veldad*, chef? —Mei Ling se puso de pie aplaudiendo como loca.

«La próxima, la próxima vez será», se dijo CJ y, junto al resto de sus amigos, se levantó aplaudiendo tanto a Inés como a Marisa, que, como tutora de su curso, había subido junto al resto de los niños al escenario.

Lee contempló la actuación de Inés con una sonrisa en los labios e incluso entonó junto a ella la canción que interpretaban. Se la sabía a la perfección, pues Inés la había ensayado con él una y otra vez. Sintió orgullo al ver cómo la pequeña cantaba sin equivocarse, pronunciando las erres, y hacía la coreografía sin confundirse ni una sola vez.

La primera fila se vino arriba cuando la música cesó y gritaron como locos mientras aplaudían sin cesar.

—La pequeñita del centro, la del lazo rojo, es mi sobrina —le dijo Lee a la mujer de la fila de atrás sin venir a cuento, simplemente

porque necesitaba presumir.

—Esta ha sido la última actuación de nuestros niños —Marisa tenía el micrófono entre las manos—, pero les pido que aguanten un poquito más. Esperemos que la lluvia nos lo permita. —Miró hacia el cielo: una nube negra amenazaba tormenta—. Tenemos una sorpresa preparada. Por favor, los papás que nos iban a ayudar que suban al escenario.

Mateo se puso en pie. Marisa le había pedido que, llegado ese momento, le echara una mano. Él tenía que ocuparse de uno de los grupos de niños. En un principio se negó, le daba muchísima vergüenza y le pidió que buscase otros ayudantes, pero ella lo animó diciendo que lo necesitaba y que nadie se iba a fijar en él, pues los papás estarían atentos a sus hijos.

Lo que le extrañó fue ver que Lara y Nadia también subían, eso no lo tenían pactado. Les lanzó una mirada que expresaba su sorpresa, y ellas se limitaron a encogerse de hombros y sonreírle de una manera extraña.

Ya subido en el escenario, se situó en el punto que Marisa le había indicado, atento a su grupo. De repente, el repicar de unas campanas empezó a sonar por los altavoces y los acordes de *Marry You*, de Bruno Mars, comenzaron a sonar.

Los niños que Mateo tenía que cuidar, con un movimiento sincronizado y seguramente ensayado hasta la saciedad, se giraron hacia él, dando la espalda al público, y entonaron la canción en un coro de voces.

It's a beautiful night, we're looking for something dumb to do
Hey baby, I think I wanna marry you
Is it the look in your eyes or is it this dancing juice?
Who cares, baby, I think I wanna marry you
Well, I know this little chapel on the boulevard we can go
No one will know, oh, come on boy
Who cares if we're trashed, got a pocket full of cash we can blow[8]

Mateo los miró sorprendido. Parecía…, parecía que se lo estaban cantando a él. Se mosqueó más aún al ver que Lara y Nadia también participaban en el coro de voces. Pero sus sospechas se aclararon por completo al ver cómo Marisa caminaba hacia él y le tendía una mano.

—Oh, no, no —dijo entre dientes.

Se negaba a agarrarla, incluso la palmeó para alejarla de él, pero la profesora insistía y las traidoras de sus hermanas lo empujaron hasta que lo obligaron a moverse y lo situaron en el centro del escenario, con todos los ojos de los presentes fijos en él. Mientras, el resto de los niños continuaban cantando y bailando.

Marisa se colocó delante de él y, con su bonita voz, cantó el

estribillo:

Don't say no, no, no, no, no
Just say yeah, yeah, yeah, yeah, yeah
And we'll go, go, go, go, go
If you're ready, like I'm ready[9]

Cuando finalizó la canción, se hizo un silencio sobrecogedor y todos los ojos se clavaron en Mateo.

—¡Dios, estás loca! —gritó, nervioso, mientras se retiraba el pelo de la frente—. ¿No puedes hacer las cosas de una manera más discreta? —le preguntó entre dientes.

—No, ya sabes cómo soy. —Se encogió de hombros—. Además, así me aseguraba un sí. No puedes rechazarme delante de toda esta gente. —Usó el micrófono y todo el público empezó a corear.

—¡Di que sí, di que sí!

—¡Mateo, di que sí! —le gritaron sus hermanas.

Él miró al cielo, suspiró con fuerza, le quitó el micrófono a Marisa y gritó:

—¡SÍÍÍ!

Tomó a Marisa entre sus brazos y la besó. Nadia, Lara e Inés se abrazaron a ellos, felices.

—¿Chef? —Mei Ling contemplaba a CJ con ternura—. ¿Está usted llorando?

—Eh…, no, no… —Se secó las lágrimas con disimulo—. Se me ha debido meter algo en el ojo.

—Es usted muy lindo —le dijo entre sonrojos, y CJ sonrió.

Tras la bonita actuación, uno a uno todos los amigos abrazaron y felicitaron a la pareja.

El festival de fin de curso de ese año no solo se recordaría por las actuaciones de los niños, también porque fue el escenario de una divertida petición de mano.

Poco a poco, el patio comenzó a quedar despejado, padres y alumnos regresaban a sus casas.

Ya solo quedaban los amigos, que se prestaron voluntarios para recoger las sillas.

Cuando estaban a punto de irse, las nubes que durante toda la mañana habían amenazado tormenta comenzaron a descargar con fuerza, obligando a todos a correr hacia la salida.

CJ reaccionó con rapidez: tomó la mano de Mei Ling y tiró de ella.

Corrieron sin mirar atrás. Ella reía a carcajadas y él se contagió de su felicidad. Cuando se quisieron dar cuenta, estaban solos; los demás habían tomado otra dirección.

Entonces CJ detuvo su carrera y, con la respiración acelerada, se colocó frente a ella. Estaban empapados, no dejaba de llover, pero no

les importaba, todo dejó de tener sentido.

El chef retiró con manos temblorosas los mechones del negro cabello de Mei Ling, que se le pegaba a las mejillas, y se recreó en su suavidad.

Ella sonreía, siempre lo hacía, pero en esa ocasión contemplar sus bonitas facciones le aceleró el corazón.

Se aproximó, se acercó hasta que sus cuerpos, empapados, se tocaron y bajó la cabeza hasta que sus labios se rozaron sutilmente. En el instante en el que ella cerró los ojos, CJ profundizó en su primer beso con ella, ese que había deseado desde el primer momento que la vio y que por fin se había atrevido a darle.

Fin

[1] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[2] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[3] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[4] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[5] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[6] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[7] Versos de Sandy. Cantada por John Travolta, del álbum Grease (1978).

[8] Versos de Marry you de Bruno Mars, del álbum Doo-Wops & Hooligans (2010).
[9] Versos de Marry you de Bruno Mars, del álbum Doo-Wops & Hooligans (2010).